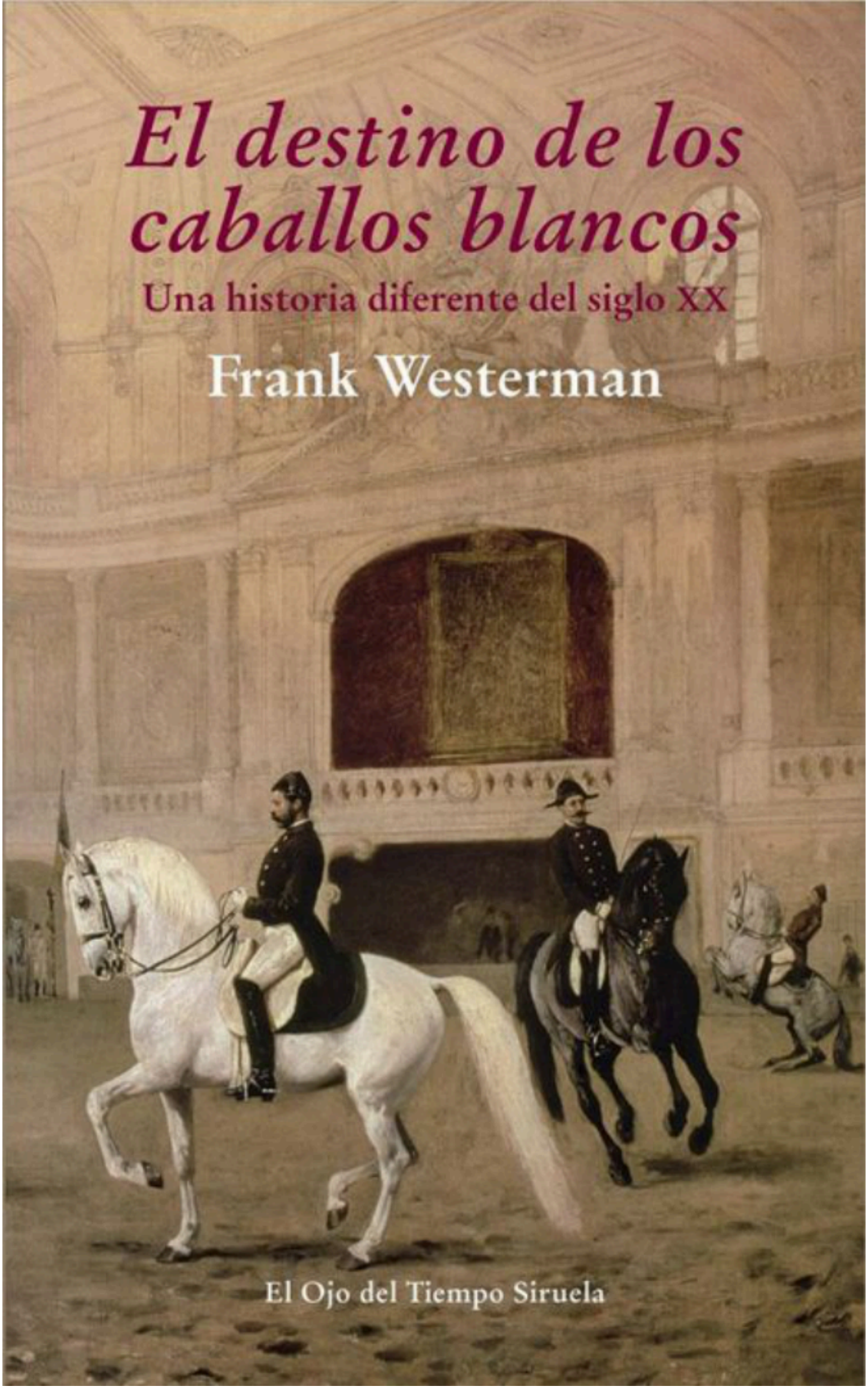
El destino de los caballos blancos

Una historia diferente del siglo XX

Frank Westerman



El Ojo del Tiempo Siruela

Frank Westerman

El destino de los caballos blancos

Una historia diferente del siglo XX

Traducción del neerlandés de
Goedele De Sterck

Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

Cubierta
El destino de los caballos blancos
Prólogo
Genealogía
Mapa 1
Mapa 2
Mapa 3
I
- Con zeta de lipizano
- Refrescamiento de sangre
- La pata de grulla
- Imperial de Austria y Real de Hungría
- ¡Las leyes de Mendel!
- La prueba de obediencia

II
- El retorno del tarpán
- La vuelta a casa
- Espécimen 4711
- Orden de apareamiento
- El criadero
- Operación Cowboy

III
- Fraternidad y unidad
- Animal Farm
- Las caballerías de la Guerra Fría
- El parque humano
- Conversano Batosta

Fuentes y agradecimientos
Créditos

El destino de los caballos blancos

Una historia diferente del siglo xx

Prólogo

Para mis hermanos y para mí la guerra transcurrió en paz. En verano no pasaba ni un solo día sin que montáramos a caballo siguiendo el curso del río. Mi padre estaba al frente de una parada de sementales en el sur de Polonia. Tenía a su cargo más de un centenar de animales de raza, los más nobles del Reich. Cada primavera acudían a padrear a la yeguada y en julio volvían con nosotros. Entre ellos había dos esbeltos purasangres ingleses, dos lipizanos de la Escuela Española de Equitación de Viena, cinco bereberes confiscados en Francia, un puñado de árabes tanto cruzados como puros, además de varias bestias de tiro de la raza noric y obedientes huzules, que aprendí a cabalgar con 5 años.

Nosotros vivíamos en Schloss Ochab, una mansión enlucida de blanco que hacía de residencia oficial. Las instalaciones de la parada de sementales de Draschendorf, situadas al otro lado del Vístula, ofrecían cobijo a los talabarteros, los guardianes y los palafreneros polacos, de los cuales los más jóvenes se alojaban en el henar encima de las cuadras. Auschwitz se encontraba a 35 kilómetros río abajo. De niños ignorábamos qué significaba *Konzentrationslager*, campo de concentración. La palabra nos resultaba tan difícil que acostumbrábamos a sustituirla por *Konzertlager*, campo de concierto.

En vísperas de Navidad solíamos escoger un cerdo bien cebado para luego sacrificarlo. «¡Adiós, Churchill!», exclamaba mi padre mientras le cortaba el pescuezo. Entre tanto yo daba saltos de entusiasmo, si bien no tenía ni idea de quién pudiera ser aquel hombre. El carnicero nos preparaba embutidos y rollos de carne que nos duraban meses. En Nochebuena mi madre entonaba cánticos del cancionero evangélico, acompañándose a sí misma al piano. Mi padre tocaba el violonchelo. Recibía clases de una chelista a la que hacía venir expresamente desde Viena y hacia la cual sentíamos una gran admiración, pues era la única persona que osaba llevarle la contraria.

Mi padre se mostraba duro y severo con sus subalternos, y también con nosotros. Aunque jamás llegó a azotarnos con el cinturón no dudaba en propinarnos bofetadas. Cada cierto tiempo obligaba a los mozos solteros a formar en fila y bajarse los pantalones ante el veterinario, llamado a averiguar si padecían alguna enfermedad venérea.

En el verano de 1944 mi padre mandó instalar una sirena en el tejado de Schloss Ochab e instauró una ronda de vigilancia nocturna para que pudiéramos dormir tranquilos. Comencé a soñar con los rusos: que conseguían apresarnos o capturar los caballos. Teníamos conocimiento de que se acercaban deprisa. Ya habían rechazado a nuestros soldados desde el Volga hasta bastante más allá del Dniéper. Sin embargo, se nos garantizaba que serían detenidos en el Vístula. Nuestra casa se ubicaba en la orilla segura del río, pero la parada de sementales estaba en la ribera oriental. Había que evitar a toda costa que los animales cayeran en manos del Ejército Rojo.

Mi padre empezó a llevar a cabo simulacros de emergencia. Cada vez que hacía sonar de forma inesperada la sirena, todos se apresuraban a ensillar la mitad de las monturas y uncir la otra mitad a los carros y carruajes de la cochera. Avena y heno, cuerdas, aparejos, las herramientas del herrero y del veterinario... Lo cargaban y lo ataban todo. En menos de tres horas se apostaba en la carretera una columna de personas y caballerías. Durante una de esas demostraciones, en presencia de una visita importante, mi padre hasta dio orden de marcha. En lugar de enviar al cortejo por el puente lo mandó directo al Vístula, obligando a todos a vadear el río y encaramarse a la colina situada en la margen opuesta.

«Por si el enemigo nos deja sin puentes», nos explicó por la noche.

El 7 de agosto de 1944, el primer enjambre de cazas rusos surcó el cielo. Salí corriendo. Desde debajo de un haya contemplé cómo pasaban los aviones. El estruendo hacía vibrar el aire. Eran tantos que el ambiente se fue oscureciendo en plena luz del día. De entre los cientos de aparatos que nos sobrevolaban había uno cuya bodega de pronto se abrió. El proyectil impactó detrás de nuestra casa, junto a las cuadras privadas, donde se alojaban las bestias de tiro así como Hildach, el caballo de silla de mi padre. Me preparé para encajar el golpe, pero no llegó a producirse. Al acercarnos hallamos un depósito de combustible con capacidad para quinientos litros. La gasolina se había desparramado formando unos charcos fangosos. «Una bomba incendiaria», observó mi padre, «destinada para nosotros».

Yo tenía 9 años. En ese momento supe que no nos libraríamos de la guerra.

Nos enseñaron a disparar a mi hermana –dos años mayor que yo– y a mí. «¡Beate! ¡Venga, compórtate como la hija de un soldado!», le gritaban cuando algo le infundía miedo o le resultaba difícil. Ignorábamos que mi padre llevaba semanas tratando de que sus superiores le dieran permiso para retirar los caballos más allá del Óder. Se lo negaron, reacios a mostrar semejante señal de debilidad. Nadie debía saber que el Reich estaba a punto de derrumbarse, de manera que todo siguió como siempre. En la primera semana de 1945 se ultimaron los preparativos para la nueva campaña de cubrición. El 16 de enero celebramos el séptimo cumpleaños de mi hermana Heidi. Vino una amiga suya a casa y todo el mundo estaba alegre. A la mañana siguiente, mi padre

recibió una llamada de un teniente coronel. «¡Marchaos de inmediato!», rezaba la orden. Aquella noche los rusos habían cruzado el Vístula y amenazaban con romper las líneas defensivas.

Mi madre se puso a hacer maletas. A mis hermanas Beate y Heidi y a mí nos mandó embalar nuestros cuadernos escolares y un juguete cada uno. Después se sentó a la mesa de la cocina y untó una enorme pila de emparedados. Heidi y yo saldríamos primero, acompañados de un cabo mayor. El cochero ya nos estaba esperando en el trineo para conducirnos a la estación. Aún era de noche y no había más luz que el tenue brillo de la nieve. Me daba la impresión de que el paisaje nos decía adiós. El tren tardó tres cuartos de hora en llegar y, después de hacer cinco transbordos, alcanzamos nuestro refugio al otro lado del Óder, ya no en Polonia, sino en Checoslovaquia.

A altas horas de la noche, nuestro chófer llegó con mi madre, Beate y los dos pequeños en el automóvil oficial. Mi padre venía en coche de caballos. Los soldados y los palafreneros recorrieron el trayecto en cinco días y cinco noches, a –20 ºC. Quien viajaba a lomos de una caballería llevaba otra montura de la mano. Cada hora los jinetes se veían obligados a caminar un buen rato para no congelarse.

Nos instalamos en la finca de una baronesa con suficiente espacio para alojar los caballos. Me creía a salvo, entre otras razones porque el Óder es más profundo que el Vístula. Sin embargo, a primeros de febrero mi madre cayó enferma: sufría un dolor punzante en el bajo vientre. Mi padre la acercó en el coche de servicio al hospital de Olmütz, donde la ingresaron enseguida. Cada dos días, mi padre acudía a verla con uno de sus hijos. Heidi fue la primera en acompañarlo. A la vuelta nos contó que mi madre estaba muy pálida y que tenía las mejillas hundidas. El 15 de febrero fue mi turno. Frau Hartwig, que era quien cuidaba a la paciente, nos estaba aguardando en la entrada. Mi padre se apeó y se dirigió a ella con paso tembloroso. Supe de inmediato que a mamá le había pasado algo. La espera se me hizo eterna, sentado en aquel coche helado. De repente, mi padre se giró hacia mí. «¡Friedel! Mamá ha muerto», me dijo.

Entramos en el hospital, nos apresuramos por los pasillos de alto techo, escaleras arriba. En cuanto divisé el rostro de mi madre, no pude contenerme por más tiempo. Frau Hartwig y las demás enfermeras trataron de consolarme en vano. Hasta que mi padre elevó su voz de comandante. A su juicio, el llanto no era digno de un militar; nos lo tenía prohibido desde pequeños.

Al día siguiente incineramos a mi madre en el cementerio de Olmütz y depositamos sus cenizas en una urna de cobre. Por desgracia, no pudimos entonar su canción favorita, *Befiehl du deine Wege*, pues el organista no disponía de la partitura. Terminada la ceremonia, mi padre nos encareció a Beate y a mí que en adelante nos armáramos de coraje al ser los mayores. Según nos explicó, habríamos de afrontar más momentos difíciles. No nos atrevimos a preguntar a qué momentos se refería. Aun así ambos presentimos que en ese instante nuestro padre compartía con nosotros algo importante del mundo de los adultos, y eso nos bastó para sentir que habíamos crecido de repente.

Al poco tiempo de mi décimo cumpleaños, él se marchó. Había recibido orden de transportar el mayor número posible de caballos por ferrocarril a Dresde, donde intentaría pasarlos al otro lado del Elba. Tan pronto como lograra su propósito, vendría a buscarnos a nosotros y a los quince sementales que no podría llevar consigo en su primer viaje. Mientras tanto, nosotros formaríamos la retaguardia de la parada de caballos de Draschendorf, bajo el mando del sargento Wiszik. Mi padre partió un Sábado Santo y no volvimos a verlo nunca más. Nos despedimos con prisas, porque había que aprovechar la súbita disponibilidad de unos vagones para ganado.

Esperamos todo el mes de abril a que mi padre regresara. Cada día nos llegaban rumores nuevos sobre los rusos. Mientras la vanguardia del Ejército Rojo avanzaba con paso firme hacia Berlín, mucho más al norte de donde nos hallábamos, desde atrás se nos acercaba el frente abierto en abanico. Y mi padre seguía sin aparecer. A finales de abril, el sargento Wiszik decidió obrar por su cuenta y organizó nuestra evacuación. Además de dos cabos alemanes quedaban siete palafreneros polacos. Y los quince equinos, entre ellos Poseur, un purasangre inglés; Nero, un holsteiner; Ibn Saud y Dakkar, ambos árabes de raza cruzada; y dos lipizanos de las caballerizas imperiales de Viena, Conversano Olga y Conversano Gratiosa, unos señoritos plateados de 16 y 22 años respectivamente. Los diferenciábamos llamándolos por su nombre materno, Olga y Gratiosa, lo cual resultaba de lo más cómico al tratarse de dos sementales. Justo antes de que emprendiéramos la huida, el herrero del pueblo les puso herraduras nuevas.

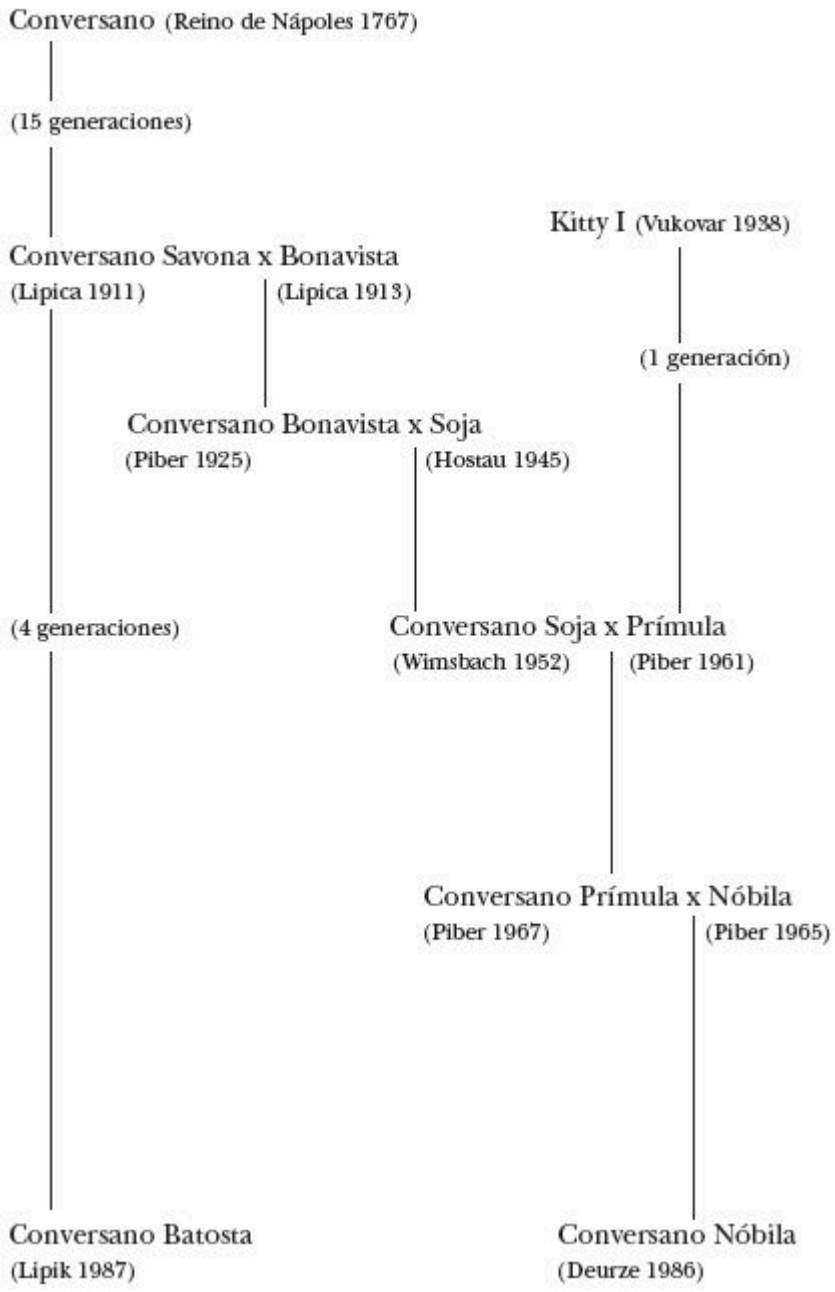
Mi abuela, que vino a vivir con nosotros tras la muerte de mi madre, se acomodó con mis hermanos pequeños en el carromato, cargada como siempre con el bolso de grandes asas donde guardaba la urna que contenía las cenizas de su hija. Estaba previsto que el chófer de mi padre encabezara el cortejo, al volante del automóvil que lucía la banderita de la parada de caballos de Draschendorf, pero, de buenas a primeras, el coche dejó de funcionar y no nos quedó más remedio que llevarlo a remolque. Yo estaba sentado junto al soldado Sylvester en una carreta tirada por los dos lipizanos. Cumplimos a rajatabla las instrucciones de mi padre, con la excepción de que no nos acompañaba ningún explorador montado, ni al frente ni en la retaguardia. En posición de descanso formábamos una pequeña caravana de cerca de 60 metros. Deseábamos marcharnos, pero el comandante local de la *Wehrmacht* no nos dio permiso. Corría el 30 de abril: nosotros no sabíamos que Hitler acababa de suicidarse. Ni el comandante tampoco.

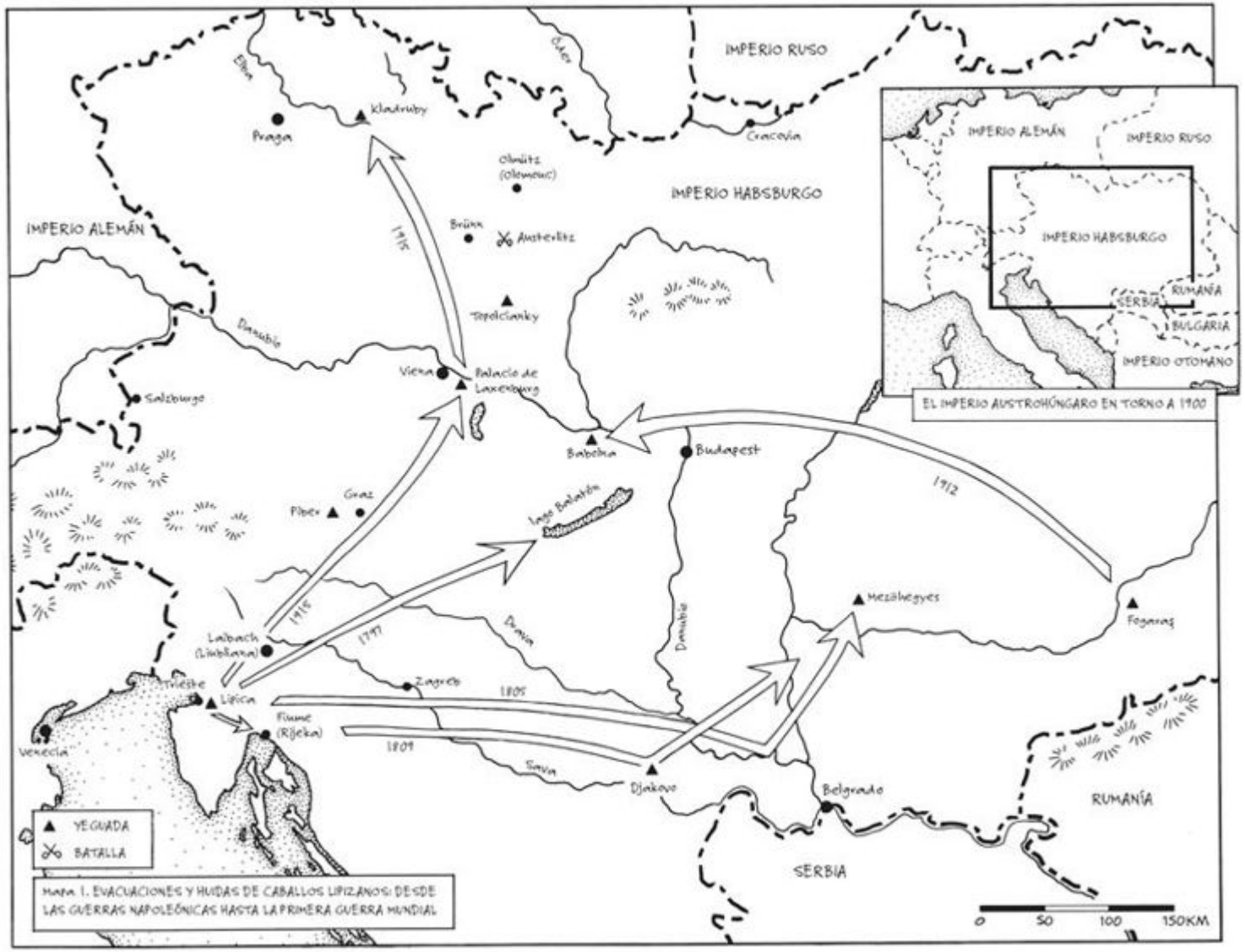
Hubo que esperar al 6 de mayo para que el hombre nos diera luz verde. Pretendíamos movernos hacia el oeste por un camino conocido como *Sudetenstraße*, que rodeaba Praga describiendo una amplia curva. Nuestro destino era la gran parada de lipizanos de Hostau en la selva de Bohemia, en las proximidades de la frontera con Alemania. Sin embargo, no tardamos en quedarnos atascados: la ruta era demasiado escarpada, llovía sin cesar y los carros llevaban demasiado peso. Aquel primer día recorrimos apenas 20 kilómetros, como mucho. Por fortuna, pudimos hacer noche en una hilandería de lino con montones de paños que nos sirvieron de cama. Tan pronto como cerré los ojos, vi rusos con rostros enrojecidos de cólera por todas partes.

A la mañana siguiente me tocó cabalgar. Además, cada vez que uno de los palafreneros se adelantaba me arrojaba la cuerda del animal que llevaba de la mano. Vendimos nuestro único caballo castrado por seiscientos *Reichsmark* a una familia que poseía una carreta, pero carecía de bestia de tiro. Las carreteras se inundaron de refugiados y columnas de prisioneros de guerra evacuados a pie. Todos los alemanes se daban a la fuga. Nos llegaban los mugidos de las vacas sin ordeñar. Al pasar por delante de las granjas abandonadas, los polacos se bajaban de sus monturas en busca de alimentos, entre ellos huevos, que sorbían de un trago. Tras la pausa del mediodía, que se había prolongado en exceso, se amotinaron. Si no se les pagaba por adelantado en eslotis, dejarían de «matarse trabajando para la familia del comandante». Esas fueron sus palabras. Mi abuela se subió al pescante y les habló en tono autoritario, como habría hecho mi padre. Su discurso surtió efecto, pues al menos decidieron quedarse.

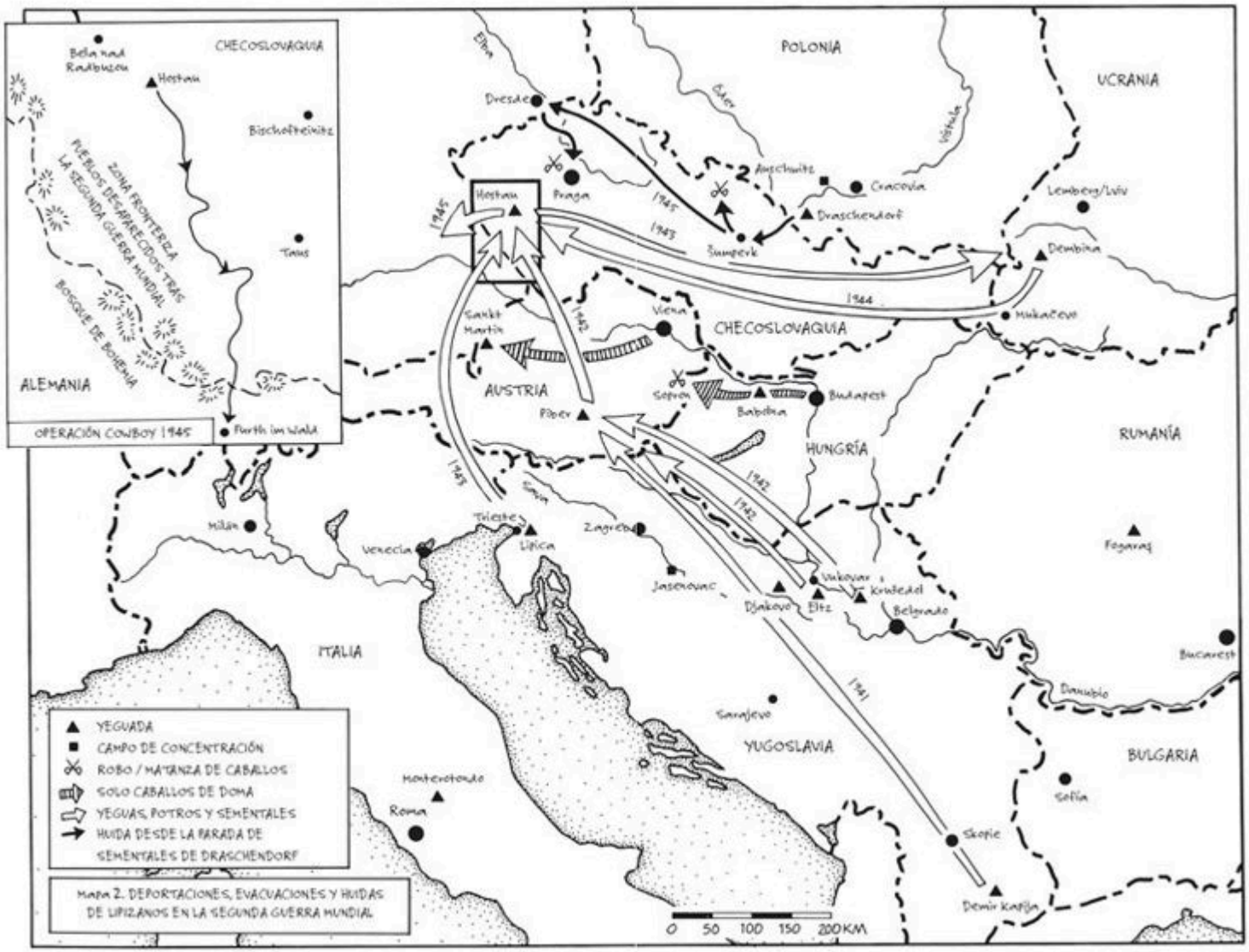
Aun así, en la noche del 8 al 9 de mayo, que pasamos bajo las estrellas, se emborracharon. Teníamos la intención de levantar el campamento al alba. Yo iba a guiar los lipizanos y, es más, ya estaba preparado cuando alguien gritó: «¡Los rusos!». No había nada que hacer. A nuestro alrededor fueron apareciendo rostros femeninos, de rasgos mongoles. Jamás había visto mujeres soldado, y mucho menos asiáticas. Llevaban el fusil cruzado al pecho, y de sus cartucheras colgaban enormes cargadores. Algunas se hallaban tumbadas dentro de unos vehículos. Pensé: «Si fueran alemanas, estarían sentadas con la espalda recta». Vinieron hacia mí dos mujeres sonrientes. Vi brillar el oro en sus bocas. Al instante me apuntaron. Con un movimiento de sus fusiles me dieron a entender que debía bajarme. Estaba convencido de que me llevarían a Siberia. Sin embargo, no sentían el menor interés por un chico rubio pajizo de 10 años. Lo que les interesaba eran los lipizanos. Me obligaron a entregar las riendas, y se acabó.

Genealogía

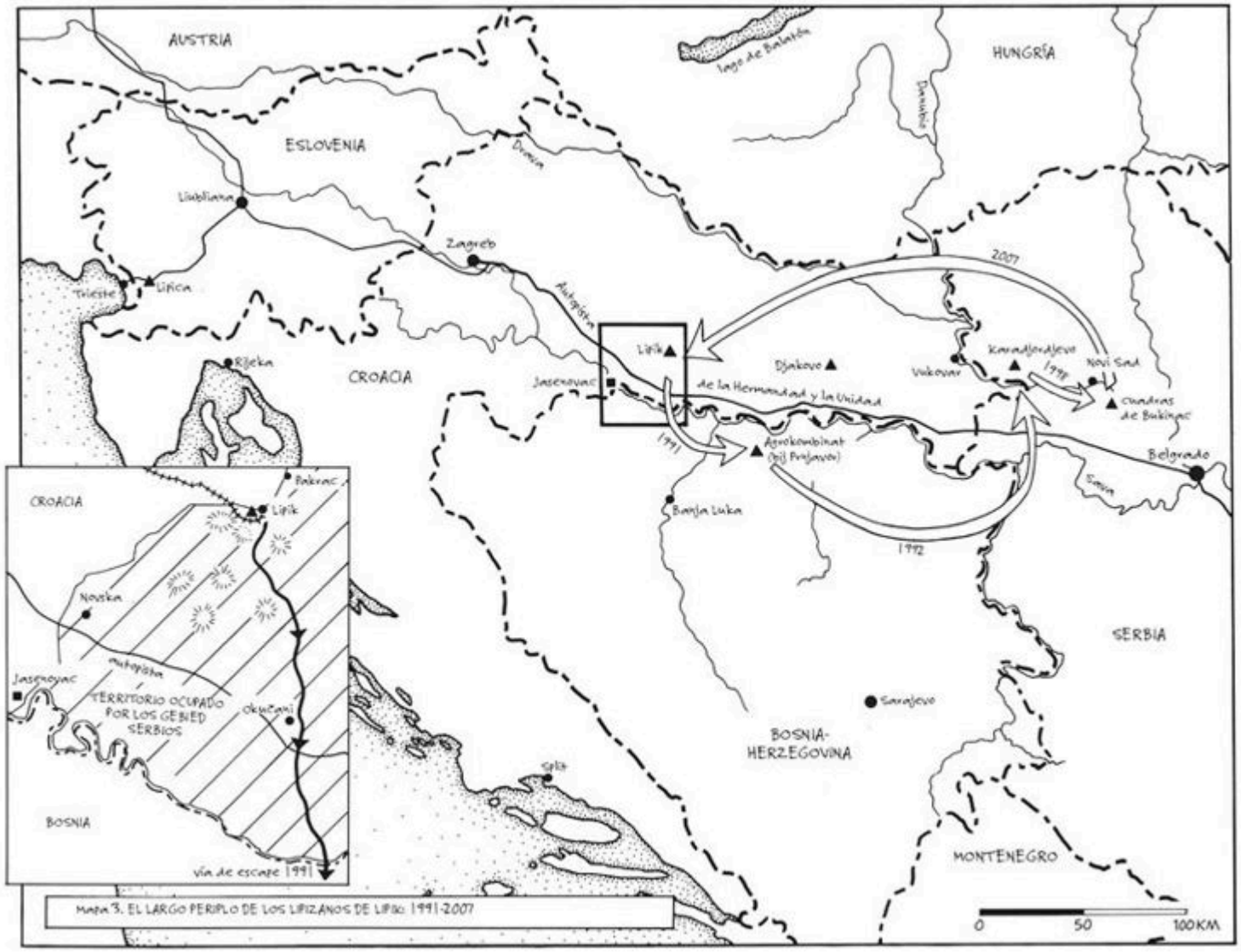

Conversano (Reino de Nápoles 1767)
(15 generaciones)
Kitty I (Vukovar 1938)
Conversano Savona x Bonavista
(Lipica 1911)
(Lipica 1913)
(1 generación)
Conversano Bonavista x Soja
(Piber 1925)
(Hostau 1945)
(4 generaciones)
Conversano Soja x Prímula
(Wimsbach 1952)
(Piber 1961)
Conversano Prímula x Nóbila
(Piber 1967)
(Piber 1965)
Conversano Batosta
(Lipik 1987)
Conversano Nóbila
(Deurze 1986)



MAPA 1. EVACUACIONES Y HUIDAS DE CABALLOS LIPIZANOS DESDE LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS HASTA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



Mapa 2. DEPORTACIONES, EVACUACIONES Y HUIDAS DE LIPIZANOS EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



Mapa 3. EL LARGO PERIPLO DE LOS LIPIZANOS DE LIPIK: 1991-2007

I

Con zeta de lipizano

Quien crece en las afueras de una ciudad tiene dos opciones. Ir al centro, a la plazoleta junto a los cines, para fumar cigarrillos de liar con vistas a la calle mayor que al cabo de 30 kilómetros desemboca en otra ciudad más grande. O aventurarse por la campiña.

En el barrio donde vivía yo, el límite de la ciudad estaba formado, de manera muy tangible, por unos edificios de apartamentos situados en la Speenkruidstraat, tres paredes de hormigón colocadas en fila, de once pisos de altura. En cada planta, la galería desembocaba en unas escaleras de emergencia que descendían, dando vueltas acrobáticas, hasta un arroyo y una cerca de alambre. Justo ahí se extendía el primer prado. Nada más atravesarlo, se alcanzaban unas rodadas que discurrían al lado de los montículos de acídulo forraje ensilado hasta llegar al canal de Deurze.

En los cálidos días de verano me dejaba llevar corriente abajo en un bote neumático, acompañado de quienes se habían decidido por la campiña como yo. El punto más lejano era la presa de Deurze. En la época del colegio, aquel paraje se me antojaba el fin del mundo. La ribera inclinada parecía estar hecha para tomar el sol, pero yo no tenía ni paciencia ni ganas de tumbarme ocioso en la hierba. Una tarde, mientras los demás se entregaban al calor como lagartijas, salté una valla dispuesto a explorar tierras desconocidas.

Después de pasar por delante de un saucedal y una bañera reconvertida en abrevadero se elevó ante mí una pendiente, abrupta como un terraplén y coronada por una hilera de álamos. Incapaz de mirar por encima de ella, la escalé reptando, a modo de un espía. Con el cuello estirado –al igual que una lagartija, por cierto– me quedé contemplando un rectángulo de blanca arena con marcas circulares y diagonales.

Sobrias figuras simétricas. El arenal se prolongaba hasta las puertas cerradas de unos establos. Justo cuando pensaba incorporarme, sonó el relincho de un caballo.

Una de las puertas se corrió hacia un lado, dando paso a una mancha oscura en medio de la cual sobresalía un caballo blanco. El animal vaciló un instante, como si estuviera posando. Salió del marco con huesuda parsimonia, de la mano de una muchacha con botas de montar y una melena por debajo de las caderas. La pareja se detuvo a unos veinte o treinta pasos de mi escondite. Cabeza con cabeza, o incluso labio con labio, como acariciándose.

En ese momento se abrió la segunda puerta. Del cuadrado negro surgió otro caballo blanco, todo menos calmoso, trotando, emitiendo bufidos, la cola enarbolada cual estandarte conquistado al enemigo. Un hombre de pelo ralo y llamativas patillas se colgaba del cabestro, tirando de él como de un freno de emergencia. Juntos daban unas cuantas vueltas sobre sí mismos, desatando un torbellino de arena. Me llegó un penetrante olor a cuerpo de caballo.

Cansada de la espera, la primera montura se puso a escarbar en el suelo con un movimiento rítmico del casco. «Será mejor que le pongas el trabón», oí que gritaba el hombre. Al instante, la muchacha empuñó la correa que llevaba atada a la cintura a modo de lazo y, tras varios intentos fallidos, logró sujetar con ella una de las patas traseras del animal. Luego pasó el otro extremo por entre las patas anteriores y terminó abrochándola alrededor del cuello del cuadrúpedo. Comprendí que no habían sacado a los dos caballos tordos para que pasearan al trote por el picadero. Con todo, no estaba preparado para lo que sucedió a continuación. La yegua atada, sí. Se quedó petrificada con la cola echada a un lado, convertida en estatua.

El soberbio macho no paraba de trotar en círculos, sacudiendo la cabeza en un intento por liberarse de la cuerda aflojada. De pronto, se detuvo en seco, los negros ojos fijos en las copas de los álamos o los altos cúmulos, en cualquier caso muy por encima de donde me hallaba yo. Me apreté aún más contra el talud para evitar que me vieran, y también para no tener que verlo todo. De la parte inferior del cuerpo del caballo surgía un miembro telescópico, segmento a segmento. Quería salir corriendo, pero no podía, fascinado por aquella visión. El sexo era negro y desembocaba en una protuberancia color carne. Resultaba ser más largo de lo que habría creído posible, además de curvo y rugoso como la trompa de un elefante. En ese preciso instante, el caballo saltó. El hombre de pelo ralo agarró el gigantesco órgano arqueado y tiró de él con el fin de afinar la puntería. Pataleando en el aire, el poderoso macho se transformó en un ejemplo de torpeza, incapaz de asirse a los flancos que se erigían ante él. A cada embestida, las crines le caían sobre las orejas, confiriéndole un aspecto un tanto ridículo. Recuerdo que ladeaba la cabeza, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, hincando sus amarillentos dientes equinos en la cruz de la yegua. Él la mordía, y ella lo dejaba. La escena se desarrolló en silencio, y a sacudidas, como en una película muda.

Freddy, el del puesto de patatas fritas, sostenía que, mientras que las personas sentimos ganas de practicar sexo a todas horas, los animales solo lo hacen cuando están en celo, y que eso marcaba la diferencia. Nos

describió a la chica de la larga melena del picadero, según él con un aire a la cantante Kate Bush, aunque de habla alemana. Eso sí, nos dijo que se apostaba su Seiko a que la muchacha jamás alcanzaría las escalas musicales de «Wuthering Heights».

Aunque Jelle y yo, a nuestros 13 años, no entendíamos a qué se refería, le dábamos la razón. Íbamos los tres, seguidos de Piotr.

–Se ha caído con la moto... ¡Zas!, contra el pilón de un viaducto. Viajaba de paquete. Su novio murió en el acto.

Freddy era muy aficionado a los pañuelos palestinos y nos llevaba al menos cinco años.

Cada vez que pasaba un tractor o una cosechadora arrastrábamos a Piotr hasta la cuneta y lo poníamos a pastar. El maíz estaba tan crecido que no veíamos aparecer las máquinas hasta el último momento, cuando ya hacía rato que el estruendo nos envolvía en una suerte de cápsula de aire trémulo. «Buen chico», decía Freddy a Piotr. Y a mí:

–Ni disparando un cañón se alteraría.

Jelle, el hijo de los vecinos, asintió con la cabeza, como si los caballos ya no tuvieran secretos para él, aunque solo había empezado a montar en las vacaciones de verano.

Yo tenía mis dudas.

–Esa actitud indica que ha perdido el instinto del peligro –tercié.

Freddy se apostó frente a mí y comenzó a explicarme que ese era precisamente el logro más hermoso de la milenaria doma y cría: un caballo bien adiestrado confía a ciegas en el ser humano.

–O sea, en ti.

Acto seguido se le ocurrió una idea a la que ya no renunciaría: que yo también debía probar a cabalgar.

Los caballos no me decían nada. Había acompañado a Jelle para ver a Freddy, del que en el fondo solo sabía que trabajaba en el puesto de patatas fritas situado detrás de la gasolinera Shell del polígono industrial, y que no tenía inconveniente en dejar tirado encima de la mesa de la cocina un billete arrugado de cien euros, como había podido comprobar la única vez que estuve en su casa. Una bolita de papel lista para ser arrojada a la basura. Con la peculiaridad de que era dinero.

Me puse a darle palmaditas en el cuello a Piotr, algo que hasta entonces ni siquiera había hecho.

–Pues debemos desandar todo el camino para ir a buscar una silla –insinué.

Era una bobada. No hacía falta ninguna montura.

–¿Y cómo quieres que monte?

Jelle compuso un estribo con los dedos y me mandó subir con un gesto de la barbilla.

Al agarrar un mechón de crines con una mano y posar la otra sobre el cálido lomo del animal, descubrí que de cerca todos los pelos se veían o negro azabache o blancos. Desde la distancia, el pelaje me había parecido de un gris indefinido y moteado, en todo caso muy distinto. Ante mi sorpresa, Freddy explicó que Piotr había nacido negro y que en unos años se volvería completamente blanco.

–Es un lipizano de media sangre. Los potros nacen negros, pero con 8 o 9 años se vuelven níveos.

Esa fue la primera vez que oí pronunciar el nombre «lipizano», una palabra legendaria cuya zeta chasqueaba como la fusta de un domador de circo.

Pasé la rodilla por encima de la grupa de Piotr y me senté apretando los muslos para no deslizarme hacia abajo. Tan pronto como tensé las pantorrillas, el caballo se puso en movimiento, terminando de masticar la hierba y sacudiendo las crines. Vestido de pantalón corto, notaba mi piel sobre su piel y percibía a la perfección la motricidad de los omoplatos equinos. Hacia arriba y hacia delante, al ritmo de las bielas de una locomotora. Pujante, regular. Me movía sin moverme.

¿Por qué viví aquello como una sensación portentosa? Freddy, Jelle, Piotr y yo pasamos al lado de patatales y campos de maíz, pero yo era el único que no necesitaba caminar. El único en poder otear el horizonte por encima de los cultivos. Desde lo alto de aquella cabalgadura, el mundo se veía de otra manera: los cantos rodados de la cuneta y el cauce reseco del arroyo aparecían bajo un ángulo diferente, más escarpado. Debía agacharme para evitar unas ramas de cuya presencia ni me habría percatado de haber ido andando. Al alzar los ojos se extendía ante mí un panorama mucho más amplio del que conocía. Abarcaba con la mirada toda la cuenca del canal de Deurze hasta más allá de la presa y el puente de madera para ciclistas, de reciente construcción. El horizonte se veía más ancho y más profundo. Me llevaban a hombros como a un campeón de lucha libre. No había nadie que midiera más de 2,10 metros, pero yo le sacaba una cabeza al montenegrino y al nubio más altos. Me sentía elevado. Por un lado estaba la infantería y, por otro, la caballería.

Jelle y yo pasábamos casi todas las tardes en el picadero De Tarpan, y los fines de semana, y las vacaciones. El patio pavimentado era nuestro territorio: el guadarnés, el tejado del granero cuando había que poner fin al traqueteo de alguna chapa ondulada que andaba suelta, los establos donde se escuchaba la respiración de los caballos e incluso la casa del propietario. Aunque no nos quedábamos a dormir en el picadero, daba la impresión de que también nosotros, los mozos y las mozas de cuadra, teníamos nuestra casa en De Tarpan, al

igual que los equinos.

A mis padres los mantenía alejados de todo eso, convencido de que no entenderían nada. Dejé de tomar cecina de caballo, aunque en ningún momento se me pasó por la cabeza hacerme vegetariano. En el techo de mi cuarto dibujé al carboncillo un potro árabe de tamaño natural, con ese morro tan característico, curvo como el pico de una tetera de Oriente. Y con una costilla menos que sus congéneres: diecisiete en vez de dieciocho.

Como no tenía miedo a los caballos, contaban conmigo para ayudar a desbravar los ejemplares de 4 años. A veces me tocaba ir de excursión con los niños que montaban los ponis y entonces siempre me decidía por Piotr, cada vez más blanco. Además, Jelle y yo entrenábamos al caballo castrado, de sangre caliente, del director de la planta de cerámica Royal Goedewaagen. El hombre había mordido el polvo después de quedarse enganchado tras la jamba de la puerta corrediza de las cuadras. Por más que se esforzara, Goedewaagen no logró ponerse en pie. Los de la ambulancia se lo encontraron a cuatro patas y con la espalda combada, como un perro, y así fue como lo llevaron al hospital, en esa misma postura.

En principio podíamos montar cualquier caballo, a excepción del macho blanco. No era el animal más grande de la cuadra, pero sí el más «noble». Un cuello como una bóveda, crines plateadas que terminaban en una artística voluta y unos ojos llamativos por su tamaño y negritud. Cuando pasaba a su lado una yegua en celo, golpeaba con fuerza los tabiques de su box. El hocico se hallaba cubierto por manchas faltas de pigmentación. Llevaba grabada una «L» en la mejilla izquierda y, en la nalga, una «P» coronada por una tiara imperial. En la puerta del establo colgaba un cartel que decía:

CONVERSANO PRÍMULA

Prímula, o Prim sin más, pertenecía a Piet. En los cinco años que frecuenté el picadero no vi ni una sola vez al dueño de la escuela de equitación sentado a lomos de su lipizano. Piet amaestraba a Prímula caminando justo detrás de él, empuñando las riendas cual cochero sin carruaje. Solía aprovechar las horas del mediodía, cuando no había clases, para sacarlo y someterlo al ejercicio de «riendas largas». Otros preferían subirse a su caballo y espolearlo, pero para Piet Bakker no existía disciplina más sublime que esta. No precisaba de espuelas, ni tampoco de pantalón o botas de montar.

Un día le pregunté en qué se diferenciaba Prímula de los demás caballos.

–La diferencia está en la sangre –me contestó.

–¿Y eso?

–La tiene azul. Más azul que cualquier otro caballo.

Decidí quedarme para asistir a la sesión de doma del mediodía. Prímula galopaba a un ritmo tan pausado, casi a cámara lenta, que Piet le daba alcance sin necesidad de correr. Así era como tenía que ser: durante el ejercicio de riendas largas, el domador no debía acelerar el paso. La fuerza del caballo se dirigía principalmente hacia arriba, de modo que acababa por levantarse del suelo. Donde mejor se apreciaba ese movimiento era en el trote elevado, cuando parecía que Prímula saltaba en una cama elástica y, después de cada bote, permanecía por un breve instante suspendido en el aire.

Las carreras de caballos a galope tendido eran sinónimo de extenuación y agotamiento, como su propio nombre indicaba. Piet solía compararlas con el campeonato de motociclismo que se celebraba todos los años en la cercana ciudad de Assen. Ni siquiera se conformaba con las disciplinas consideradas más selectas. Los saltos eran mero atletismo. Y el adiestramiento, gimnasia. Lo que se estilaba en De Tarpan era la doma clásica. Arte. Ballet.

Al cabo de la sesión del mediodía, Piet me invitó a que me acercara a la blanca arena de la pista exterior. Mientras Prímula masticaba una ración de pienso concentrado, él me contó que la raza lipizana se llevaba refinando desde hacía siglos. En 1580, en la yeguada imperial de la Casa de Austria, ubicada en una cresta montañosa en lo alto de Trieste, se dio forma a un caballo llamado a servir de cabalgadura de reyes y emperadores. Allí, los caballerizos del Imperio austrohúngaro crearon una raza noble y pura. Símbolo de vigor y gracia, de lealtad y afán por aprender. Todo ello reunido en un único solípedo, fruto del proceso de selección y cruce.

Piet recorrió la espina dorsal de Prímula con las yemas de los dedos, igual que un veterinario, contando las vértebras desde el nacimiento de la cola. Entre la trece y la catorce se detuvo y apretó el cartílago.

–Asombroso, ¿verdad?

Debí de alzar los hombros.

Me explicó que era un rasgo propio de los lipizanos: los criaban así, dotándolos de una flexibilidad extraordinaria a partir de la decimotercera vértebra. Por eso se les daba tan bien la levada, la postura en la que, durante unos segundos, se elevan sobre los miembros posteriores, como si se encabritaran de forma controlada. Recuerda la pose de un general victorioso que se presenta ante su soberano, tantas veces inmortalizada en cuadros y esculturas.

Prímula se echó a un lado y sacudió la cabeza. «¿Qué? ¿Se acabó la inspección?» Piet lo miró como un

padre mira a su hijo y le acarició el cuello.

–Ahora tú –me ordenó.

Creí que quería hacerme ver que el caballo no había derramado ni una sola gota de sudor, pero sí transpiraba.

–¿Lo notas?

–¿A qué te refieres?

–Acariciar un lipizano es acariciar la Historia.

Construimos una tribuna única y exclusivamente para poder contemplar a Conversano Prímula, el macho de sangre pura.

Lo hicimos por iniciativa de Leny, la esposa de Piet. Después de adquirir un lote de bancos de iglesia, llamó a Freddy, que tenía permiso para conducir un tractor, y le dio un papel con una dirección.

Jelle y yo lo acompañamos, subidos a los guardabarros y agarrados con ambas manos a una suerte de soporte. Salimos a la ciudad al son del golpeteo de la carreta que llevábamos a remolque, pasando por debajo de la vía del tren, al lado de la lechera de Acmesa y la sede de la compañía explotadora que dirigía el padre de Jelle.

Al llegar al semáforo nuevo, me apeé del tractor para preguntar por el camino. ¿Dónde estaba la Groningerstraat? ¿Al fondo a la izquierda o a la derecha? La señora a la que había abordado de buenas a primeras tomó el papel, le echó una ojeada y luego me examinó a mí.

–¿Buscas la sinagoga?

–No, una iglesia –contesté–. Vamos a recoger unos bancos.

El número 74 de la Groningerstraat se encontraba a la vuelta de la esquina, a mano derecha. Resultaba ser un edificio estrecho con tres vidrieras alargadas y otras tantas torrecillas. Nos abrió la puerta un individuo con los hombros invadidos por la caspa. Le seguimos por el enlosado lleno de grietas. La hilera de bancos, la pila bautismal y el púlpito se hallaban cubiertos por un velo gris. El suelo estaba sembrado de restos de excrementos de paloma mezclados con esquirlas de cristal. Según nos comentó el hombre, aquella era la antigua sinagoga, reconvertida en iglesia calvinista tras la guerra. Sin embargo, desde hacía poco, los protestantes se reunían en un espacio más pequeño, de modo que, por fin, se podría proceder al derribo de la vieja mole.

La palabra «sinagoga» seguía rondándome la cabeza. Habían transcurrido veinticinco años desde que se instalara –justo en el lugar donde Freddy cambió de sentido– una lápida conmemorativa cuya inscripción rezaba:

ESTE ERA EL BARRIO DONDE
EN 1940 VIVÍAN 550 JUDÍOS.
DESPUÉS DE LA GUERRA,
SOLO 25 REGRESARON.

Coincidiendo con la inauguración de ese modesto recordatorio, los grandes almacenes Vanderveen publicaron un libro sobre la historia de los judíos de Assen, en cuyas páginas se detallaba que una parte del mobiliario que veníamos a recoger nosotros ya había sido transportado al campo de Westerbork en 1940 para servir de escenario.

Los bancos que quedaban medían cuatro metros de largo. Pesaban tanto que apenas podíamos cargarlos entre los tres. Freddy en un extremo, Jelle y yo en el otro. Para colmo, cada vez que salíamos a la calle con un armatoste de esos bajo el brazo, el viento nos llenaba la cara de polvo. Colocamos los bancos en el remolque, alternando filas de tres y de dos, dispuestos respectivamente en sentido longitudinal y transversal. Luego los atamos con cuerda.

De regreso en el picadero, Freddy llevó el tractor directo hasta la pista exterior, al espacio reservado para el público, donde dejamos los trastos sobre un entarimado de palés desechados.

Una vez montada la tribuna, Piet se acercó a inspeccionar la formación de veinte bancos dispuestos en cuatro hileras de cinco cada una. Paseó la mano por los respaldos y palpó la parte inferior de los asientos, donde habíamos descubierto no mucho antes una batería de chicles. Con cara de reprobación, Piet nos encargó que quitáramos aquellos mazacotes con ayuda de una espátula. Se llevó un disgusto aún mayor al comprobar el estado deplorable de la madera. Arrancó un trozo, lo apretó con la mano hasta reducirlo a polvo y se alejó a zancadas, de vuelta a sus clases de equitación.

En el camino nos gritó por encima del hombro: «¡Retiradlo todo! ¡Las piezas malas van a la chimenea y las buenas se guardan!».

Nosotros le seguimos a una distancia prudente, en busca de palancas y martillos de carpintero. Bueno, qué se le iba a hacer, nos quedaríamos sin tribuna.

Aprendimos que, al separar a golpes los laterales, la parte central se estrellaba por su propio peso. Después ya solo faltaba soltar el respaldo del asiento y listos. Descargamos nuestra frustración a martillazos. De pronto, Freddy se acordó del cronómetro de su Seiko y decidimos tomarnos aquello como un campeonato. De dos en dos, con el mazo en ristre, aguardábamos el «¡Ahora!» del tercero en liza. Al final, conseguimos destrozar los bancos de la sinagoga en menos de seis minutos, con el rostro acalorado.

La última noticia que tuve de Prímula me llegó a través del cine. Corría el año 1991. En la sala prácticamente vacía vi desfilar ante mí a cinco hijos suyos. Primero Piotr, luego Lublice, Tarras, Latka y Sarpa, todos ellos caballos cruzados maduros y, por tanto, blancos como lipizanos. Junto con Nóbila, yegua lipizana de pura sangre, participaban en *La tempestad*, una obra de Shakespeare.

La escena que más me interesó se produjo transcurridas alrededor de tres cuartas partes de la película. Los descendientes de Prímula se paseaban con toda su blancura por el largo corredor de un palacio. Asomaban por las puertas laterales situadas a izquierda y derecha del pasillo, sin previo aviso y como de casualidad, semejando espectadores que acceden sin querer al escenario por la entrada de los artistas. Juntos hacían de telón de fondo para una historia de amor que se desarrollaba en medio de una orgía de colores y figuras ideada por el director Peter Greenaway. Transformado en un pintor de la luz, proyectaba sin cesar cuadros vivos, recargados y coloristas, uno encima de otro, con el actor John Gielgud como único remanso de paz, robusto en sus 88 años, entregado a su papel de Próspero.

Sin sobresaltos y aparentemente sin instrucción alguna, los caballos fueron ocupando poco a poco el primer plano, hasta rodear por completo a la hija de Próspero y el encadenado príncipe Fernando. Mientras los dos jóvenes se declaraban su amor («¡Admirable Miranda, cumbre de la admiración! / Qué tonta. Lloro por lo que me alegra»), las cabalgaduras iban a lo suyo, sin alterarse, olfateando el vestido de Miranda, rascando la alfombra, hasta que Nóbila se giró hacia el ojo de la cámara reclamando para sí todo el encuadre. Shakespeare/Próspero me miró mientras declamaba: «Somos de la misma materia que los sueños y el sueño envuelve nuestra breve vida».

En la sala había seis espectadores, incluyéndome a mí. Durante noventa minutos nos sumergimos en un mundo de ensueño, poblado por alígeros ángeles en columpios, y galgos, los más aerodinámicos de todos los animales terrestres. Shakespeare no parecía dar a entender que el indolente *Homo sapiens* fuera la cumbre de la creación. Todo lo contrario, retrataba a un demonio («Un diablo, un diablo de nacimiento, en cuya naturaleza nunca prenderá la educación») para subrayar que la especie del villano es incorregible. En aquella ambientación, los lipizanos irradiaban calma e inocencia, como si estuvieran muy por encima del hormigueo de las personas. Se me antojaban más sinceros que sus amos.

Allí fue donde me asaltó por primera vez una pregunta que desde entonces me persigue. ¿Qué pretende expresar el ser humano a través de sus animales de compañía? En el caso concreto del caballo: ¿qué representa para el hombre? Comprendí que era portador de muchos rasgos humanos. Aunque esos rasgos le fueran impuestos, inculcados y atribuidos desde fuera, no dejaba de estar imbuido de ellos. De entrada, el hombre había sometido al caballo, volviéndolo dócil y manso. Necesitó seis mil años para lograr ese propósito, pero el resultado mereció la pena: a diferencia de la cebra, el caballo comía de nuestra mano. No protestaba cuando se le ponían herraduras o se le limpiaban los dientes con hilo dental, como se acostumbraba a hacer a diario con los árabes del rey Hasán. En prácticamente todas las culturas, el caballo se situaba un peldaño por encima del resto del ganado, erigiéndose en su pastor. Envuelto en correas, empleaba la fuerza de sus músculos para surcar la tierra, contribuyendo a que se multiplicara la cosecha, y él mismo se encargaba de llevar el excedente a la ciudad. No pocas civilizaciones se levantaron sobre cuatro pezuñas y, si chocaban entre ellas, solían ser la rapidez y la agilidad del caballo las que determinaban el desenlace.

Si el perro podía llegar a traicionar a su amo –lo que, por otra parte, se consideraba una característica típicamente animal–, el caballo era valiente y orgulloso. En todas las épocas abundaron los hombres que amaban más a su montura que a su esposa. ¿Cuál era la última voluntad de los estrategas romanos? Despedirse de su caballo. El emperador Calígula, coetáneo de Jesús de Nazaret, engalanó a su Incitato de púrpura e incluso barajó la posibilidad de nombrarlo cónsul.

La humanización del caballo acabó penetrando en el lenguaje. Ni siquiera el percherón más tosco tenía patas, sino brazos y piernas. Desde que, en un pasado lejano, el caballo fuera admitido en los círculos de la nobleza se le trataba cada vez menos como a un animal.

Conversano Prímula estaba inscrito en una agencia de modelos y actores. Durante años protagonizó los spots de las galletas y el chocolate de la marca Verkade. Obtuvo incluso algún papel más relevante. En su día, ayudé a prepararlo para una participación en *Iris*, un largometraje de producción holandesa. Durante dos o tres semanas enseñamos a Prímula a permanecer quieto ante la llegada de automóviles que llevaban las luces puestas. Por la noche, lo colocábamos junto a la puerta del picadero cubierto. Cuando Piet se acercaba en el coche con las largas encendidas abríamos la puerta al grito de: «¡So, so!». Pese a que su instinto le pedía que saliera huyendo, conseguimos que el animal no se inmutara hasta dar casi con el parachoques. Se le veía

alerta, pero inmóvil.

Además, lo entrenamos para que se encabritara tan pronto como la actriz Monique van de Ven, en el papel de veterinaria, se disponía a agarrarlo del cabestro.

La única que tenía permiso para presenciar las grabaciones era la estudiante en prácticas del picadero. Nos contó que había estado agazapada al abrigo de un arbusto, embutida en un traje de neopreno, para no aterirse bajo la lluvia artificial. Prímula salió airoso del reto. Ufano, una figura blanca como la nieve bajo un foco azulado y frío. Su hieratismo advertía contra la desgracia hacia la que se abocaba Iris.

El lipizano era el caballo por excelencia. Se había convertido en la raza más próxima a los bastiones del poder humano. No solo amenizaba la coronación de sahs, monarcas advenedizos y dictadores del Tercer Mundo, sino que también estuvo presente en Washington, en 1980, con motivo de la ceremonia de juramento de Reagan. ¿Qué tenía este animal que tanto atraía a los poderosos? ¿La fuerza contenida? ¿El grado de adiestramiento? ¿O tal vez el blanco pelaje y la noción subyacente de pureza? El género humano no se dejaba moldear ni doblegar con la misma facilidad. Los avances del saber y la ciencia seguían sin propiciar una mejora sustancial de la propia especie, a pesar de los magníficos resultados alcanzados con los animales domésticos. Los humanos habían diseñado el haflinger, el trotón de Orlov, el caballo de tiro belga, el frisón, el poni de Connemara, por citar algunos. El prestigio del lipizano como raza de cría más antigua se basaba en más de cuatro siglos de refinamiento. Generación tras generación, los ejemplares habían sido seleccionados por su belleza interior y exterior, o lo que la Casa de Austria entendía por ello en cada momento. Todos los veranos, los machos de 4 años que destacaban sobre sus congéneres viajaban a Viena para ascender a la cúspide de la pirámide de la civilización. Recibían cobijo en el palacio y comían en pesebres de mármol rojo. Se tardaba entre diez y doce años en formar a cada caballo en las diferentes disciplinas de la doma clásica. Superadas todas las pruebas, el lipizano exhibía su arte en un marco imperial al compás de Händel, Chopin y Strauss. Bailando.

Cuando empezaron a pasar los créditos, esperé a que apareciera el agradecimiento a «Piet Bakker / De Tarpan», y ni siquiera entonces me levanté. La luz se fue encendiendo poco a poco, pero yo continuaba absorto en el flujo de mis pensamientos. El hombre, ajeno a cualquier influencia religiosa, había creado su caballo ideal, transformando el rudo *Equus ferus* de las estepas en el *Equus caballus*, un animal con 64 cromosomas, dos menos que su antepasado salvaje. Ni Dios ni la lenta evolución de Darwin habían intervenido en ello. El resultado era una especie nueva, capaz de actuar en una obra de teatro de Shakespeare con un mínimo de indicaciones escénicas.

Refrescamiento de sangre

Había un tal Hans Brabenetz, hipólogo de Viena, que se movía como el domador de un circo por la pista del mundo de los lipizanos. Estaba al corriente de las circunstancias y el carácter de cada ejemplar. No necesitaba ordenador: llevaba grabada en su cabeza la genealogía de cinco mil caballos. Herr Brabenetz era el archivo andante del Centro de Documentación de las Razas Equinas Austrohúngaras. Junto con su esposa, figuraba en la guía telefónica de Viena como: Reconocido especialista en la cría de caballos.

Durante un buen rato me paseé de un lado a otro de mi despacho mientras ensayaba tres frases en alemán. Luego marqué el número y expliqué a «Brabenetz» –erre grave y sonora– quién era y por qué deseaba hablar con él. Le anuncié que el fin de semana siguiente acudiría a Viena para visitar la Escuela de Equitación.

–Escuela Imperial de Equitación –me corrigió.

–Escuela Imperial de Equitación –repetí.

–Herr Hartmann, antes de que siga... Si no es indiscreción, ¿cuántos años tiene usted?

Dudé entre volver a mencionar mi apellido o responder a la pregunta.

–42 –contesté al final.

–¡Ja, ja! La mitad que yo. Tengo 84.

Después de transmitirle mis felicitaciones por su avanzada edad, saqué a relucir el tema de los lipizanos. Lo que más me intrigaba era la idea de nobleza: un animal criado por el hombre que se situaba en el escalón más alto de la selección racial. No había persona mejor preparada que mi interlocutor para instruirme sobre los antecedentes del «caballo imperial».

Herr Brabenetz arguyó que, a sus años, se tomaba las cosas con tranquilidad. Si le enviaba una carta, me contestaría en un plazo de dos semanas.

–En cualquier caso, si no es demasiado pedir, le agradecería que me anticipara desde ya mismo qué es lo que quiere exactamente de mí.

Le hablé de Conversano Prímula y sus ascendientes. Piet me había contado en su día que algunos de ellos saltaron a la fama y llegaron a actuar en Viena. Después de escucharme durante un rato, Brabenetz preguntó:

–¿Ha servido en el ejército?

–No –admití.

–Pues me temo que, si no ha sido soldado, no acertará a comprender nada de lo que yo le pueda explicar.

–Conozco la guerra. He estado en los Balcanes y en el Cáucaso.

–¡Ah, yo también! –exclamó Brabenetz–. En los Balcanes, y a las puertas del Cáucaso. Llegamos a Crimea en 1941, pero no pasamos de la península de Kerch... –se interrumpió a sí mismo para preguntarme–: *Govorite po russki?*

Le contesté en ruso.

–Se me daba bien –gruñó Brabenetz–. Estuve dos años y medio preso en un campo de concentración soviético, ¿sabe? Allí se aprendía el ruso militar... Hagamos una cosa... ¿Por qué no me llama el domingo? Veremos si puedo recibirle el lunes.

Solo con oír la palabra «Viena» me venía a la mente la atmósfera de las visitas dominicales en casa de mis tías abuelas, donde el tedio se mezclaba a partes iguales con el humo de los cigarros. En las fotos de luna de miel –de tal o cual hijo vestido con chaqueta a cuadros y nuera correspondiente con los rizos recogidos en un moño desenfadado– debidamente enmarcadas y expuestas en el aparador, la capital austriaca mostraba su rostro más pretencioso. De niño adoraba la tarta Sacher, pero aborrecía la piel amarillenta de los escalopes al estilo vienés. Cuando transmitían por televisión algún concierto de los Niños Cantores de Viena, sus voces cristalinas me sumían en un estado de perplejidad, más que nada porque, según sostenía mi hermana, con 10 u 11 años los castraban como a potros.

El hotel donde me hospedaba, junto al parque Arenberg, se erigía a la sombra de dos construcciones con aspecto de torre de refrigeración y una altura superior a la de una catedral. No podía haber elegido un lugar menos vienés: sin ventanas, gris, en un terreno invadido por los monopatines. El recepcionista me explicó que aquellas moles eran *Flaktürme*: torres defensivas con cuatro gavias cada una para la artillería antiaérea. *FLAK*, de *Flugabwehrkanone*, cañón antiaéreo. Entre 1943 y 1994 se elevaron en el corazón de Viena seis de esos colosos. Jamás llegaron a demolerlos.

Caminé hasta las torres. Al tocar el muro exterior de una de ellas, noté los nervios del encofrado bajo mis manos. Me topé con una entrada: un conducto oscuro y magnetizador que desembocaba en el mostrador de una muestra de arte moderno. Al otro lado de aquellas toneladas de hormigón reinaba un frío que recordaba el de una cámara frigorífica. Durante la subida, por escaleras y ascensores de servicio, se pasaba por delante

de esculturas e instalaciones: una rosaleda con flores marchitas, un portaaviones en miniatura encallado en una colina, un vídeo que proclamaba la paz proyectando una y otra vez la palabra *«peace»*. Desde arriba, a 60 metros de altitud, en el ventoso camino de ronda, pude contemplar la catedral de San Esteban y los demás puntos de referencia de la ciudad. Descubrí el curso del Danubio, muy canalizado y todo menos azul, un detalle que tampoco ayudaba a crear una imagen idílica.

Viena me desorientaba continuamente. Al bajar del metro en la parada del Volkstheater, me engulló una marcha de protesta. Los manifestantes se apretujaron en la escalera mecánica sin dejar de agitar la bandera austriaca. Llevaban pancartas contra la dictadura de la Unión Europea y coreaban un eslogan a favor de una Austria libre: *«Österreich bleibt frei!»*. Nada más salir a la calle, me los quité de encima. Junto a la boca de metro se extendía un edificio barroco descomunal, tanto que se necesitaban al menos diez minutos para darle una vuelta completa. Eran las caballerizas reales, que no debían confundirse con el hospedaje todavía más exclusivo de los lipizanos. En pleno auge de la Casa de Austria, los establos albergaban más de seiscientos caballos. A raíz de la reforma de 2001, el complejo se convirtió en el Barrio de los Museos. Desde entonces los lienzos de Schiele, Klimt y Kokoschka ocupaban el lugar de la abigarrada colección de equinos de lujo, entre ellos 32 kladruber «idénticos» encargados de tirar de los carruajes, 16 blancos y otros 16 negros para los entierros. El patio lucía decenas de divanes de plástico lila. Quien se apoltronaba en ellos no podía por menos que preguntarse qué había sido de la icónica Viena vetusta.

Mientras atravesaba Alemania en el tren ICE leí *La marcha Radetzky*, de Joseph Roth, para hacerme una idea de la antigua Austria que había modelado al lipizano. La obra, publicada en la época de entreguerras, recreaba las postrimerías de la monarquía del Danubio. «Viena era, como se diría más tarde, la capital de la paz.» Ese era el tono dominante. El autor hablaba con afecto del emperador Francisco José I, cuyos mostachos y patillas de patriarca se fundían en una efusiva cascada de rizos. «El emperador era viejo. Era el emperador más viejo del mundo. Veía cómo el sol se ponía en su imperio, pero nada decía. Sabía que él moriría antes de que su imperio desapareciera.»

Roth describía con minuciosidad el irrefrenable ocaso del Estado multiétnico, en otros tiempos tan pacífico y sosegado, que se extendía desde los Alpes hasta más allá de los Cárpatos. A comienzos del siglo XX, a los seiscientos años de su nacimiento, y tras ser gobernado por veinticuatro soberanos de la Casa de Austria, el Sacro Imperio Romano Germánico –atrapado entre prusianos, rusos y otomanos– ya no era más que una casa destartalada que crujía por todas partes. La convivencia entre polacos, checos, alemanes, rutenos, húngaros, eslovenos, croatas, italianos, rumanos, eslovacos y judíos estaba abocada al fracaso. Las finas grietas entre razas y clases se habían transformado en brechas. Roth, de origen judío, transmitía al lector el bochornoso antisemitismo, el incipiente nacionalismo y la tensión que se palpaba en las reuniones de los obreros, donde en apariencia solo se hacía gimnasia. Al mismo tiempo relataba cómo la cándida Viena se complacía en el desfile anual del día del Corpus: querubines militares entonando el himno imperial *«Gott erhalte, Gott beschütze / Unsern Kaiser, unser Land»* [Dios salve, Dios proteja / A nuestro emperador, nuestro país], un lipizano que se acercaba con «gran coquetería», seguido de una voz estridente: «¡Su majestad el emperador!».

«Y llegó el emperador. Ocho corceles blancos como la nieve tiraban de su carroza. En los corceles iban montados ocho lacayos. Llevaban libreas negras con bordados de oro y pelucas blancas. Parecían dioses, pero eran solo los criados de unos semidioses.»

En 1914, al estallar la guerra, Joseph Roth se alistó para defender la frontera oriental de su mundo contra los rusos. Era una batalla perdida. «Estos tiempos ya no nos quieren. ¡Lo único que persiguen es crear Estados nacionales! Se ha dejado de creer en Dios. El nacionalismo es la nueva religión.» En noviembre de 1916 lo convocaron en Viena, donde asistió como guardia de honor a las pompas fúnebres de Francisco José I. Pese a que se había entronizado a un sucesor, Joseph Roth se sintió desamparado, aunque lo peor todavía estaba por llegar.

Les pasó lo mismo a los mil caballos que juntos conformaban la raza de los lipizanos: tras la caída de los Habsburgo quedaron expuestos a los nuevos dioses, los agitadores de las masas, los demagogos.

Curiosamente, eran los equinos de la Escuela Española de Equitación los que mantenían viva la gloria pasada. Entre las estatuas ecuestres de la plaza de los Héroes y las callejuelas en torno al Palacio Imperial de Hofburg se condensaba la Viena de hacía cien años. Allí, bajo los arcos, hedía a excrementos de caballo, resonaba el golpeteo de las herraduras y aún se corría el peligro de ser arrollado por un carruaje. Aquella ambientación artificial preparaba al turista para el espectáculo con música de los lipizanos. El precio de la entrada oscilaba entre los 26 euros de una plaza sin asiento y los 142 del terciopelo del palco imperial. Opté por una solución intermedia con visita a las caballerizas incluida. El acceso al picadero –la Escuela de Invierno– se hallaba junto al museo acondicionado en los antiguos aposentos de la emperatriz Sissi, donde la preocupación por conservar el sueño afloraba con igual o mayor intensidad.

Mi asiento se situaba más o menos por el centro, en la galería superior, e incluso desde ahí el techo adornado con rosetones se me antojaba muy lejano. Debajo de mí colgaban tres lámparas de araña compuestas

por varios pisos que semejaban los de una tarta nupcial. Me encontraba en una sala de baile, la única del mundo que olía a caballo. Al rato apareció el presentador, pertrechado con un micrófono inalámbrico. Habló de la arquitectura del edificio y de la historia de la Escuela Española de Equitación, que abrió sus puertas en 1580, tras la llegada de nueve sementales andaluces –de ahí la referencia a España– llamados a erigirse en los patriarcas de una nueva raza equina de cuño imperial: de constitución atlética y con buenos modales, dignos de la Casa de Austria. «Los lipizanos son seres humanos como nosotros», prosiguió el director de pista mientras las suelas de sus zapatos iban aplastando la tierra suelta en el metro cuadrado por donde se movía. Repitió la afirmación en la grave lengua alemana, sin comentario ni ironía. Enseguida íbamos a ver unos equinos blancos capaces de bailar un vals vienés, por no hablar de la corveta y la cabriola, sendos aires elevados propios del ballet que constituían el punto culminante de la actuación.

Por los altavoces resonó una marcha de Johann Strauss padre. Entraron los caballos. Se fueron internando en las franjas de luz que el sol proyectaba sobre el suelo desde muy arriba. Empezaron por saludar a un emperador ficticio: los jinetes se quitaron el sombrero de dos picos –el *Zweispitz*– en absoluta sincronía, frente al palco imperial donde se exhibía el retrato de Carlos VI de Austria, quien había inaugurado la pista en 1735. Era domingo por la mañana, a la hora de misa. Durante cuarenta y cinco minutos fui testigo de una ostentación de magnificencia y suntuosidad. Los lipizanos, que pesaban fácilmente quinientos kilos, cambiaban con tal agilidad del galope a la izquierda al galope a la derecha que daban la impresión de estar saltando. Los apoyos y las piruetas, y el paso del trote en el sitio –*piaffe*– al trote elevado –*passage*–, se vieron coronados por la armoniosa simetría de la figura de la cuadrilla, protagonizada simultáneamente por dos grupos de cuatro caballos. Era la Alta Escuela en su máxima expresión, más alto imposible.

Puede que mi percepción estuviera influida por el recuerdo de Piet Bakker y Conversano Prímula, pero la demostración de riendas largas me pareció el ejercicio más hermoso. Las puertas se abrieron de golpe para dar paso a un único caballo: Favory Plutona. No llevaba silla de montar. Su trote semejaba un elegante contoneo. Seguía de buena gana el ritmo cadencioso de la *Pariser Einzugsmarsch* de Johann Heinrich Walch. ¿Era el caballo el que conducía al jinete a pie o viceversa?

Los saltos artísticos –indiscutiblemente el número favorito del público– eran menos sutiles pero más espectaculares. Sin embargo, comparada con las tarjetas postales en las que los lipizanos permanecían suspendidos en el aire a más de un metro del suelo, la realidad defraudaba un poco. Los llamados aires saltados se llevaban a cabo con tal velocidad que uno apenas se enteraba. El piafar previo transmitía una sensación de nerviosismo y tensión que se reflejaba en la estática mirada no solo del jinete sino también del caballo. Más que la ejecución me interesaba la procedencia de esas figuras. Mis primeros conocimientos sobre el tema se remontaban a una guía equina que me regalaron al cumplir 15 o 16 años. La obra explicaba cómo el arte de la guerra –a mi juicio, un verdadero horror– había dado lugar al arte de la equitación –una disciplina noble– y destacaba como punto culminante la cabriola, un salto en el que el caballo brinca en el sitio poniéndose de manos para luego, llegado al punto más alto, propinar una patada al aire con los cuartos traseros. En origen, aquella explosión de energía se diseñó para eliminar de una sola coz al enemigo. Un golpe letal de kárate que permitía mantener a los turcos alejados de las puertas de la ciudad. Un arma bélica elevada a manifestación artística: el mismo salto, en una versión más estilizada, había terminado por convertirse en la figura más apreciada de la Alta Escuela.

Al cabo de la función, Tania, una muchacha de ascendencia húngara que trabajaba de guía para costearse los estudios, me llevó junto con otros diez espectadores a los camerinos, el Stallburg. Para acceder a esa ala del palacio, los protagonistas del espectáculo solo tenían que atravesar un pequeño callejón cubierto.

«Establos de los caballos de la Casa Imperial desde 1565», decía un cartel colgado en la pared. «Bombardeados en 1945. Reconstruidos en 1947-1948.»

Favory Plutona estaba aún acalorado por el esfuerzo. Movió el hocico de un lado a otro de su pesebre de mármol en señal de que tenía hambre. A excepción de la cabeza equina de estuco blanco que adornaba cada box, el interior presentaba una apariencia moderna, con extintores protegidos por mamparas de cristal y tubos de neón en los pasillos. Había incluso un anexo que albergaba las lámparas de calor de un solárium para caballos.

Según nos contó Tania, los jinetes también estaban autorizados a residir en el Stallburg, aunque solo los *élèves*, los alumnos en prácticas, solían acogerse a ese privilegio. «¿Quién puede ser jinete?» La guía lanzó la pregunta como un bastón de *majorette* que ella misma volvió a atrapar al vuelo: «Cualquier varón que no mida más de 1,80 metros pero que, en proporción, tenga las piernas largas. Estas son las únicas condiciones».

Visitamos el guadarnés, donde se respiraba un olor a cuero y cera de abejas. Nos detuvimos junto a un caballo negro en cuyo pelaje no se percibía ni un solo pelo blanco o gris. Tania explicó que uno de cada cien potros de la raza lipizana conservaba su inicial color oscuro, ya fuera negro o marrón. Sus palabras provocaron más de una muestra de asombro entre los presentes. Había, además, un refrán popular que decía: «Mientras nazcan lipizanos oscuros, la Escuela Española de Equitación seguirá existiendo».

De vuelta en el hotel, encendí el televisor. Después de zapear un rato, me topé con un documental sobre gorilas de montaña en Ruanda en la cadena Animal Planet. «Lo que distingue a los hombres de los animales», oí que decía la voz en *off*, «es que estos últimos no conocen el arte ni la religión».

«¿Ah, no?», pensé. «¿Es eso cierto?» Tuve que reprimirme para no gritar: «¡Y no cometen genocidios!».

De hecho, era cierto que, en Francia, los caballos salvajes jamás llegaron a retratar a los trogloditas de Lascaux en pinturas rupestres. El ser humano, en cambio, tallaba tótems y crucifijos ante los cuales bailaba o se postraba. Su mundo imaginario se poblaba de équidos como Pegaso. Tras volar al cielo, el caballo alado se hizo un hueco entre las constelaciones para inspiración de los poetas que, a su vez, evocaron nuevos universos ficticios en sus rimas o salmos. Era eso lo que definía al hombre. En el supuesto de que el guionista de Animal Planet llevara razón.

La diferencia entre los humanos y los animales me fascinaba desde siempre. Mi antiguo profesor de Biología lo habría formulado de otro modo: él distinguía entre el hombre y «los demás animales». Ahí empezaba el problema. Hacia 1500 Leonardo da Vinci trazó unos dibujos en los cuales comparaba la expresión facial de seres humanos, caballos y leones, dotándolos de unos rasgos tan similares que, a primera vista, no quedaba muy claro a quién correspondía cada semblante. Curiosamente, por mucho que Darwin refutara la imagen del hombre en su calidad de soberano de la flora y la fauna por nombramiento divino, este seguía comportándose como el domador de la naturaleza que, una vez sometida, había de servirle en todo. Después de arrojarle el lazo al caballo salvaje de las estepas, se encargó de que el equino alumbrara unos descendientes reducidos a mascotas, de modo que la raza acabó por extinguirse, con excepción de unos pocos przewalskis mongoles. ¿Se le podía llamar progreso a algo así? ¿Conducía la sumisión de las especies necesariamente a una mejora? «¡El caballo es la victoria más noble que el hombre ha alcanzado nunca!», proclamaba el conde de Buffon, zoólogo de la Corte de Luis XV. Si éramos tan versados en manipular las especies animales, ¿por qué las tentativas de perfeccionar la raza humana desembocaban siempre en una masacre?

Apagué la televisión y llamé a Hans Brabenetz. Se acordaba de mí. Me citó en su casa a la mañana siguiente, a las nueve y media. Expulsé el aire de mis pulmones y abrí la ventana: me esperaba una tarde libre de compromisos. Decidí acudir al Museo de Historia Militar, donde se conservaba el automóvil en el que el archiduque Francisco Fernando había recorrido Sarajevo a finales del mes de junio de 1914. En el verano de 1994 había visitado como periodista, alerta ante el fuego de fusil del momento, la funesta bocacalle junto a la tienda de *delicatessen* de Moritz Schiller. Deseaba ver el impacto de bala que atravesó el negro vehículo del archiduque. No existía hito más tangible que provocara con tal ímpetu tectónico el colapso de una serie de viejos imperios que se sostenían unos a otros. «Era domingo, estaba estudiando», recordaba Joseph Roth. «Al mediodía vino a verme una chica. Por entonces todas llevaban trenzas. Sostenía en la mano una gran pamela amarilla. Dentro había un telegrama, un rayo de papel. Me dijo: “¿Te has enterado? Han matado a tiros al heredero del trono. Venga, ¿no pensarás quedarte aquí?”.»

El Museo de Historia Militar se había arrogado un lema vanguardista: «Donde mejor están las guerras es en los museos». Los domingos, la entrada era gratuita. En el acceso a la primera planta, dos rusas rubias contemplaban una demostración de esgrima, codo con codo con una familia turca. Después de pasar junto a un busto de Francisco José, las salas se volvieron más insulsas y obsoletas. De las paredes colgaban panoramas de batallas y las vitrinas lucían un uniforme austrohúngaro tras otro. Los hechos de armas anteriores al siglo XX se elogiaban sin ambages. La exposición incluía una tienda de campaña otomana y un cañón conquistado a los turcos en 1717 en la fortaleza de Kalemegdan en Belgrado.

Me llamó la atención que los cuadros se tornaban más crueles conforme se aproximaban a nuestros tiempos. En *Die Batterie der Toten*, un lienzo dedicado a una batalla librada en 1866, había más caballos que soldados moribundos. Podría parecer una obra antibélica, precursora del *Guernica* de Picasso –que también retrataba a un equino agonizante–, pero no era así. La muestra recordaba cada vez más una procesión de caballos muertos hasta que, cruzado el umbral de 1900, tomaban el relevo los obuses y las torres de artillería de las fábricas de la familia Skoda.

Era obvio que los comisarios del museo ignoraban qué actitud adoptar frente a las dos guerras mundiales. La última estaba demasiado reciente. De hecho, no fue hasta 2001 cuando el alcalde de Viena osó afirmar en voz alta que su país se había creído durante demasiado tiempo y sin razón la primera víctima de Hitler. Desde entonces, el año 1938 había sido objeto de una avalancha de publicaciones que difundían ese mismo mensaje en un ejercicio de penitencia. En las librerías vienesas abundaban los títulos del estilo de *Die Juden Wiens* [Los judíos de Viena], *Jüdische Frauen in Wien* [Mujeres judías en Viena] y *Der Anschluß: Ich hole euch heim* [La anexión de Austria: os traigo de vuelta a casa], por lo general dispuestos en estantes situados a la altura de las rodillas. El Museo de Historia Militar aún no había llegado tan lejos. Continuaba luchando con la Primera Guerra Mundial. Lo único que resultaba más o menos convincente era la ambientación de la jugada inicial: en una habitación con aire de sala de ventas, un viejo automóvil invitaba al visitante a entrar en el mundo de 1914. El descapotable, tan largo como una limusina, se hallaba equipado con ruedas radiales y anchos estribos donde cabía de sobra el neumático de repuesto. Era un Gräf & Stift de cuatro cilindros. Matrícula: A-III 118.

Me quedé contemplando la herida con forma de ostra que se apreciaba en la chapa de la portezuela trasera

derecha. El agujero en sí no era más grande que una moneda, pero alrededor la pintura se había ido, dejando al descubierto el metal. Poco antes del fatídico día, el archiduque y su esposa se habían paseado por Trieste en un landó tirado por lipizanos. En Sarajevo, en cambio, optaron por un automóvil.

Según las especificaciones técnicas recogidas en las placas de matriculación, el motor tenía una potencia de 28/32 C(aballos) (de) V(apor).

El atentado cometido por Gavrilo Princip y sus compañeros de lucha de la organización Mano Negra –nacionalistas serbios partidarios de la unificación con Bosnia– salió bien por pura casualidad, puesto que la bomba lanzada inicialmente erró el blanco.

–¿Es real o es una imitación? –preguntó un niño disfrazado de caballero medieval a su padre.

–Es real.

Jamás llegué a comprender que, al cabo de hora y media, se decidiera seguir adelante con el paseo por Sarajevo y que, por causa de un desafortunado malentendido, el automóvil de Francisco Fernando y Sofía se parara a tan solo unos pasos de Princip. El joven disparó dos balas. Y acertó dos veces.

–¿Quedará alguna mancha de sangre?

–No, hijo mío –replicó el padre–. Se limpiaron hace tiempo.

Estaba equivocado. Frente al automóvil se exhibía la chaqueta del pretendiente al trono. Entre el tercero y el cuarto botón, contando desde arriba, se abría un agujero. En la tela azul, a la altura del pecho, se extendía una mancha de color marrón rojizo.

Hans Brabenetz era un hombre de muy baja estatura, pelo a cepillo, bigotes blancos y ojos de miope enmarcados por una montura inmensa. Cuando llegué, ya me estaba esperando en la puerta de su casa, junto al cuartel de María Teresa, a los pies del parque de Schönbrunn. Vestía un jersey como los que de jóvenes comprábamos en los saldos del ejército: con tiras en los hombros debajo de las cuales cabía una boina plegada.

Lo saludé y me interesé por su salud.

–Esa clase de preguntas no se hacen a una persona de 84 años –me contestó.

Detrás de él estaba Susi, la esposa de Hans. Ahondó la observación de su marido en un baño de jovialidad.

El vestíbulo era todo un relicario, repleto de caballos pintados a la acuarela y dibujados a plumilla. Y el salón del matrimonio Brabenetz parecía ser una dependencia del museo militar. Me fijé en una colección de estribos y en un retrato del emperador Francisco José, en lo alto de un carruaje tirado por dos kladrubers marrones. Había también un tríptico de los más célebres regimientos de caballería: los ulanos, los dragones y los húsares. Conocía esos nombres por la obra de Joseph Roth, donde resonaban como sinónimos de honor y élite. Los ulanos, los dragones y los húsares desdeñaban a cualquier bípedo de la tierra, exceptuando al emperador y su entorno. «Todos vivieron una niñez miserable en colegios de frailes, una durísima juventud en internados para cadetes y crueles años de servicio en la frontera.» Tras el disparo de junio de 1914 se morían por ir a la guerra. Enseguida se mandó declarar el estado de alarma, pero, para disgusto del cuerpo de oficiales, la orden se revocó tan pronto como la amenaza bélica pareció desvanecerse en las semanas posteriores al magnicidio. Roth describía el estilo de vida marcial y la reanudación de las «maniobras de amor» –visitas colectivas a los prostíbulos– con aparente imparcialidad. «Hubieran preferido mil veces que se desatara una guerra, pero de momento no había. Las órdenes están para cumplirlas.»

En medio de un tintineo de tazas y platos, Frau Brabenetz nos invitó a tomar asiento en un tresillo de terciopelo gris verdoso. Su esposo me preguntó:

–¿En qué año nació ese tal Conversano Prímula del que me habló por teléfono?

Creí recordar que había venido al mundo en 1966 o 1967, pero como no estaba seguro me apresuré a comentar que era hijo de un renombrado macho vienés llamado Conversano Soja. Piet solía alardear de ese detalle.

–¡Ajá, Soja! –articuló Brabenetz–. En cualquier caso, lo importante es la madre. Si no me equivoco, Prímula nació en 1967 y desciende de Kitty I.

Se levantó para buscar algo en el cajón de un armario.

–Kitty era una yegua de cría fantástica –afirmó mientras revisaba unos documentos. De pronto, dejó de pasar hojas y exclamó–: ¡Vaya, vaya! ¡Ahora somos amigos!

Herr Brabenetz se volvió hacia mí. Kitty resultaba ser una yegua «de buena sangre», como solía decirse en la jerga de los criadores. Su árbol genealógico contaba con un gran número de purasangres árabes. Era la bisabuela de Conversano Prímula, que había heredado de ella una octava parte de sus genes. Mi anfitrión se dejó caer en el sofá y me contó que Kitty había nacido en 1938 en las caballerizas de la condesa de Eltz, en Vukovar. «Una yegua extraordinaria.»

Le expliqué que conocía Vukovar, incluida la morada de esa familia, o mejor dicho, el Vukovar tal y como quedó destruido en 1992: había pisado los escombros aún humeantes del castillo de Eltz.

Ese dato nos unió todavía más, puesto que Hans Brabenetz también había estado allí. Aunque en la guerra anterior. Tras un comentario de su mujer, vaciló un instante, como si fuera a revelarme, pese a todo, lo que

había hecho en Vukovar durante la Segunda Guerra Mundial. Me imaginé que vestiría el uniforme del ejército alemán. Al final, Brabenetz retomó el tema de los caballos. Precisó que entre los lipizanos de la condesa de Eltz había asimismo algunos sementales famosos, si bien sus cualidades no podían compararse con las de Kitty.

Un buen criador apostaba sobre todo por la yegua. No había que olvidar que la raza lipizana estaba formada por apenas seis familias de sementales: las de los patronímicos Conversano, Favory, Pluto, Neapolitano, Siglavy y Maestoso. Ellos eran los fundadores de las seis dinastías de lipizanos que transmitían su nombre de generación en generación. ¡Solo seis! Sumando las líneas de Incitato y Tulipán, se llegaba a ocho. Incluso así, la base del material genético seguía siendo estrecha como una barra de equilibrio. En los años en que la poza génica de un criadero amenazaba con secarse, los potros caían por docenas. A veces nacían caballos hermafroditas o, al contrario, animales asexuales, machos sin testículos y albinos. El grado de parentesco debía ser inferior al 10% o 12% para evitar que la degeneración se manifestara en toda su crudeza. En la yeguada italiana de Monterotondo llegó a haber en algún momento decenas de lipizanos que sufrían tumores como racimos de uvas en el nacimiento de la cola. El defecto del empobrecimiento genético se daba hasta –o quizá era más correcto decir sobre todo– en las mejores familias. ¿Acaso no se remontaba la hemofilia de Alexéi, el príncipe heredero del último zar ruso, al incesto que surgió entre los Romanov? En opinión de Brabenetz, era necesario que las cabañas se mezclaran cada cierto tiempo. A lo largo de la Historia se habían producido unas veces intercambios pacíficos y bien meditados de sementales y otras veces alteraciones forzosas provocadas por conflictos bélicos. Tanto unos como otros habían redundado en beneficio de la imprescindible *Blutauffrischung* o refrescamiento de sangre.

Saboreé la palabra *Blutauffrischung*.

Brabenetz me miró de soslayo.

Le pregunté a qué se refería con lo de la «mezcla de rebaños provocada por conflictos bélicos», pero esquivó la respuesta. Se limitó a decir que, a raíz del desmoronamiento del poder de Viena, la raza lipizana había quedado desperdigada por media docena de países. Se puso fin a la circulación de sementales y, a partir de ahí, los criadores de Hungría, Croacia, Rumanía, Checoslovaquia y Austria tiraron cada uno por su lado. La mayoría no hacía más que obcecarse con el rendimiento de los machos.

–Ahora bien –sentenció Brabenetz con el dedo levantado–, un caballo que sabe ejecutar a la perfección una cabriola no necesariamente transmite ese don a sus hijos. Lo que importa es la filiación materna. El criador tiene que ser capaz de reconocer en una yegua de 2 o 3 años al animal adulto. Debe ser como una niña de 12 o 13 años.

Mientras Susi quitaba la mesa, su esposo se golpeaba los muslos y el torso.

–¡Sin nalgas! –exclamó–. ¡Sin pechos!

–¡Hans!

Se instauró un silencio. Herr Brabenetz se tomó unos segundos para recapacitar.

–Cuénteme –dijo al fin con afabilidad–. ¿Qué es lo que quiere saber?

Tendí mi taza a Frau Brabenetz. En cuanto ella hubo abandonado el salón, comencé a exponer mi idea de profundizar en las peculiaridades de la especie humana a través del caballo o, mejor dicho, la injerencia del hombre en la evolución equina. ¿Cómo explicarlo? Con el tiempo había ido considerando al caballo en general, y ante todo al lipizano, como una creación humana. Lo que pretendía era separar, retirar y examinar todo cuanto el hombre había incorporado al caballo a lo largo de la Historia, en el convencimiento de que semejante enfoque arrojaría una nueva luz sobre el animal desnudo, el *Homo sapiens*.

Brabenetz ajustó el volumen de su audífono. De repente, apartó la mano de la rodilla: me había comprendido.

–Vendrá con nosotros –decidió.

Me anunció que se estaba organizando una excursión a Lipica, en las colinas de Trieste, a la yeguada donde en su día crearon el lipizano, un santuario ubicado en Eslovenia. La visita estaba prevista para el mes siguiente. Él haría de guía. Lo acompañaría su mujer, y un nutrido grupo de Amigos de la Escuela Española de Equitación. Sin duda me resultaría provechoso poder recurrir a la pericia de tantos entendidos en la materia. Brabenetz citó una serie de nombres de los cuales solo logré retener los títulos correspondientes: «Diplom-ingenieur», «Doctor» y, el más repetido, «Hofrat», consejero áulico de una Corte disuelta en 1918. En tan distinguida presencia se me abriría un mundo.

–De todas maneras, no puede escribir sobre los lipizanos sin haber estado en Lipica.

La pata de grulla

Prímula estaba muerto.

–Murió con 28 años. Por entonces aún teníamos el picadero –dice Leny.

–Reaccionamos tarde –añade Piet–. Padecía laminitis. La rotación del hueso tejuelo de las extremidades anteriores causaba una presión muy dolorosa en los cascos y la membrana basal se había infectado. En los últimos días ya solo podía apoyarse en los miembros posteriores.

Es marzo de 2007. Estamos almorzando en la casa flotante de Leny y Piet en un canal junto a la autopista a Groninga, detrás de un molino blanco y una gasolinera que se llama Molino Blanco.

Mientras recoge una miga de la mesa con el dedo índice, Leny explica que en enero de 1995 Prímula contrajo otra dolencia: su pelaje de invierno comenzó a rizarse y acabó adquiriendo un aspecto mucho más lanudo de lo habitual, como si de pronto estuviera envuelto en una desaliñada piel de astracán. Reconoció el síntoma.

–Había leído sobre la enfermedad de Cushing y supe enseguida que era eso.

Llevaron a Prímula a Utrecht, a la Facultad de Veterinaria. Allí le hicieron un análisis de sangre. El resultado llegó a las dos semanas por correo postal: Cushing.

Piet y Leny llamaron enseguida al veterinario. Sus tres hijos no se hallaban en casa. Como a ninguno de ellos le gustaban los caballos, no había necesidad de que presenciaran la despedida.

Los Bakker cubrieron el animal con su manta de siempre. Leny avisó de inmediato al Servicio de Recogida de Cadáveres. A la mañana siguiente, la grúa se llevó a Prímula.

Leny se ajusta con precisión al recuerdo que tenía de ella: una mujer enérgica de baja estatura. Se levanta de la mesa para ir a buscar una carpeta con papeles sobre Prímula.

Piet es un caso distinto. Renuncié varias veces a mi propósito de ponerme en contacto con él. La imagen que llevaba grabada en la memoria era la de un profesor lo más parecido a un gurú, cuyos accesos de cólera hacían temblar las ventanas. Le brillaba el cráneo; estaba calvo a excepción de un mechón rizado con forma de voluta que le caía por la nuca. Tenía aire de pianista. A veces se ausentaba toda una semana sin dar explicaciones. Después nos enterábamos de que había ido a visitar el criadero de lipizanos de Nicolae y Elena Ceaucescu en Rumanía y nos cautivaba con sus historias sobre la Securitate y los extraños encuentros en Bucarest. Al rememorar las clases, me venía a la mente un hombre repantigado en un sillón, al fondo del picadero cubierto, que gritaba al micrófono: «¡Auke! ¡Zas!». Si Auke no recibía un golpe de fusta con la suficiente rapidez o el debido vigor –porque la niña sentada a lomos del poni carecía de la fuerza necesaria–, el tono iba *in crescendo*: «He dicho: ¡Auke! ¡Zas!». La muchacha aludida movía el brazo hacia atrás y agitaba la fusta como podía. «¡No quiero caricias! He dicho: ¡Zas! ¡PÉGALE UN ZURRIAGAZO A AUKE! ¡ZAS! ¡ZAS! ¡ZAS! ¡ZAS! ¡Maldita sea, que no soy un puto loro!»

Treinta años más tarde, ante un emparedado de pan de centeno con queso y jamón, caigo en la cuenta de que Piet se ha vuelto más calvo, y más indulgente. Las líneas en torno a su boca se han suavizado. En la nuca le quedan unos pocos cabellos ralos ya casi sin rizos.

Sin dejar de remover mi café les pregunto por los comienzos: ¿cómo se les ocurrió traer un lipizano a los Países Bajos?

–Para él era un sueño –contesta Leny desde la habitación contigua–. Y yo acababa de recibir una herencia.

Piet deseaba abrir una escuela de equitación. Corría el invierno de 1970, tenía 29 años.

–Tenía conocimiento de que la yeguada estatal de Austria vendía de vez en cuando algún semental si lo juzgaba inapropiado para Viena, pero no tenía ningún dato de contacto –me explicó.

Llamó al consulado austriaco, pero lo despacharon con un áspero «Los lipizanos no están a la venta». El empleado de turno consideraba que los caballos imperiales, por más que ya no hubiera emperador, no podían caer bajo ningún concepto en manos del populacho. Piet no se dio por vencido. Sabía que en tiempos pasados era prácticamente imposible dar con un lipizano fuera de las caballerizas reales. De hecho, el primer macho llegado a los Países Bajos fue el «corcel guerrero» del hermano del soberano de Austria, capturado en 1600 en la Batalla de Nieuwpoort. Siglos después, a comienzos del XX, la reina Guillermina se hizo con un tiro de cuatro lipizanos oriundos de Hungría. Sin embargo, en 1970 la situación era muy distinta: las hijas gemelas del director de la fábrica de DAF tenían uno cada una y un vástago de una ilustre estirpe de lexicógrafos había conseguido adquirir en Austria una yegua llamada Nóbila.

Ni corto ni perezoso, Piet escribió una carta a una cuadra de lipizanos situada en los alrededores de Köflach, Austria, y, para su sorpresa, le contestaron. El doctor Lehrner, el jefe de la yeguada, tenía a la venta tres jóvenes potros sin domar.

–Allá fuimos –contó Piet.

–Era marzo y todo estaba nevado –prosigue Leny–. El tren nos dejó en Köflach. Nos tocó hacer dedo hasta nuestro destino.

El doctor Lehrner recibía a sus visitas en un antiguo monasterio de benedictinos que alojaba el cuartel general de la Yeguada Nacional de Austria, proveedor exclusivo de jóvenes machos para la Escuela Española de Equitación. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, con un toque de frivolidad ondulada a la altura de las sienes, todo muy vienés. Mientras observaba atentamente a Piet y a Leny desde el otro lado de su escritorio, el doctor Lehrner preguntó si buscaban un lipizano para participar en carreras. Con solo escuchar la palabra «carreras», a Piet se le desencajó la cara. Prueba superada. El director del criadero mandó traer un Land Rover y retiró su abrigo del perchero. Sentados en un todoterreno equipado con cadenas recorrieron el camino que, tras unas pocas curvas cerradas, terminaba en una pradera situada a 1.600 metros de altitud, donde se encontraba la «casa de los soldados», sepultada bajo la nieve, así como los establos de los potros. Tres palafreneros uniformados dispuestos en fila se cuadraron a la llegada del automóvil.

El primer animal que trajeron al patio helado pertenecía al linaje paterno de Maestoso.

–Ese no lo quería, porque caminaba muy despacio –Piet apoya las manos en el borde de la mesa y traga saliva–. Más tarde comprendí que ese andar pausado no era señal de torpeza, sino de gracia y majestuosidad. Fue un fallo no haberme dado cuenta antes.

El comentario me sorprende. Nunca vi a Piet como alguien capaz de reconocer sus propios errores.

El segundo ejemplar resultó ser un caballo estevado: miraba como una tímida colegiala, con los cascos apuntando hacia el interior. Para corregir el defecto, el herrero le había puesto un *Sonderbeschlag*, unas herraduras especiales con forma de media luna. Herr Lehrner se aclaró la garganta, se llevó las manos a la espalda y exclamó con la mirada fija al frente: «¡Muestren *Sonderbeschlag!*».

El jefe de cuadras se giró, chocó los talones y repitió: «¡Muestren *Sonderbeschlag!*». Acto seguido, su ayudante ordenó a un compañero de rango todavía más bajo levantar el cuarto delantero izquierdo del caballo.

Leny sostiene que en su vida ha visto un espectáculo de corte tan marcial. El doctor Lehrner no prestó la menor atención al mozo encorvado que sujetaba el miembro anterior del caballo. Minutos después, cuando ya hacía un buen rato que había cambiado de tema de conversación, por fin pronunció las palabras redentoras «¡Suelten brazo!», una orden que volvió a pasar por los tres niveles de antes.

–Pues sí –confirma Piet–, allí arriba, en los Alpes, habíamos ido a dar con un último vestigio del Imperio austrohúngaro.

Finalmente, trajeron a Conversano Prímula, de 3 años. Era de menor alzada que los otros dos, pero tenía las «piernas secas y nerviosas»: según Piet, eran fuertes como robles. A Leny le agradaban los grandes ojos.

–Nos dieron veinticuatro horas para pensarlo, ¿te acuerdas? Al día siguiente, llamaste por teléfono para comunicarles que te quedabas con «el pequeño».

Mientras Piet recoge la mesa, Leny abre la carpeta y me acerca un folio. BUNDESGESTÜT PIBER, dice el membrete en letras de imprenta, seguido de PEDIGREE. Contemplo la filiación rellenada a mano de Conversano Prímula. En el reino animal, nuestro árbol genealógico se conoce como pedigrí.

–Es una derivación del término francés *pied de grue* –explica Leny–. Significa pata de grulla.

La expresión *pied de grue* se corrompió hasta degenerar en el malsonante «pedigrí», que oculta la hermosa idea subyacente: la ramificación de la pata de la grulla semejaba un árbol genealógico.

El pedigrí de Conversano Prímula se divide en casillas rectangulares preimpresas, reservadas a los nombres de cuatro generaciones:

los padres,
los cuatro abuelos,
los ocho bisabuelos,
los dieciséis tatarabuelos.

Una simple ojeada al documento basta para comprender cómo funciona la onomástica dentro de la raza de los lipizanos. La madre de Conversano Prímula era una yegua llamada Prímula, en tanto que el padre era un macho de la dinastía de los Conversano, llamado Conversano Soja, y nacido en 1952 en Austria.

Paseo la mirada por los nombres, años y lugares de nacimiento. El lapso de tiempo que separa las sucesivas generaciones equinas oscila entre un mínimo de diez y un máximo de veinticinco años. El abuelo de Prímula, Conversano Bonavista, nació en 1925, ya en el periodo de entreguerras. En cambio, su bisabuelo, Conversano Savona, aún vino al mundo a cobijo de la desgastada monarquía del Danubio, en 1911, en la yeguada imperial de Lipica, cerca de Trieste. La pata de grulla se ramificaba desde Italia hasta los Cárpatos y desde Chequia hasta los Balcanes. El regreso en el tiempo hasta el origen de Prímula atravesaba el siglo XX a saltos: bajando los peldaños de las diferentes generaciones de animales se descendía automáticamente a las cavernas de la historia centroeuropea.

Pregunto a Piet y a Leny si puedo hacer una fotocopia del pedigrí de Prímula. Me dan a entender con un

gesto que me lo puedo llevar. Según dicen, deben de tener otro ejemplar.

Van sacando más papeles:

Un certificado veterinario que recoge los resultados de unas pruebas serológicas para detectar dos enfermedades graves: el muermo y la durina (ambas negativas).

Un visado de salida, con indicación del medio de transporte –un vagón para ganado– y la ruta exacta por el paso fronterizo de Kaldenkirchen.

Una factura por importe de 40.000 chelines austriacos.

Una licencia para importar un équido en los Países Bajos, con la condición de que, a su llegada, permaneciera un mes en cuarentena.

Un formulario aduanero del puesto fronterizo de Venlo, sellado con fecha del 30 de mayo de 1970.

Con este abanico de documentos, Prímula se presentó en los Países Bajos. Fue recibido como un inmigrante al que se acogía de buen grado. El diario local, *Nieuwsblad van het Noorden*, dedicó un artículo al memorable acontecimiento: «INSTRUCTOR DE EQUITACIÓN DE ASSEN ADQUIERE LIPIZANO DE PURA RAZA». En la fotografía adjunta, Prímula aún revestía aspecto de joven macho regordete que con su peso parecía hundir el suelo esponjoso bajo sus pezuñas. El nuevo amo –«el señor P. C. Bakker (29 años)»– expresaba una ambición en nada provinciana: «Necesito un caballo con el que pueda alcanzar el nivel de la Escuela Española de Equitación de Viena».

Ese era el Piet al que yo conocía, intransigente consigo mismo, y con los demás.

El 21 marzo de 1971 habituó a su caballo a llevar silla. Se sabe la fecha de memoria.

–Mi padre lo grabó. En las imágenes se ve que Prímula pone cara de: «vosotros sabréis».

Pregunto a Leny si ella también lo montaba.

–Alguna vez, pero tiraba mucho –me mira por debajo de sus rizos–. Según Piet, eso era imposible. Prímula no abusaba de su fuerza.

–Pues no –afirma su marido en seco–. Los caballos no hacen esas cosas. No tiran. El que tira es el jinete.

Su repentina determinación nos aboca al silencio. Piet y Leny me recuerdan a una pareja de corredores de sidecar en la que Leny, en su papel de copiloto, unas veces se acopla al movimiento de su esposo y otras se separa de él sacando medio cuerpo fuera, siempre con el fin de mantener en equilibrio a ambos.

En un intento por romper la tensión, cito otro dogma de Piet:

–Y un caballo jamás pisará a una persona que permanezca inmóvil en el suelo. Si la pisa, es que se ha movido...

–¡Exacto! –exclama Piet, satisfecho al comprobar que al menos alguien ha asimilado correctamente sus conocimientos.

–Lo hacía sobre todo cuando se acercaba una yegua en celo –insiste Leny implacable–. Por poco te arranca las riendas de la mano.

Piet se deja caer hacia atrás como un boxeador que acaba de encajar un derechazo. Aun así enseguida se repone.

–Vamos –me dice mientras se levanta–. Te voy a mostrar cómo hacer bailar a un caballo.

Rodeamos buena parte del lago de Zuidlaren en el todoterreno de Piet. Está lloviznando; la calzada brilla a causa de la humedad. El vaivén de los limpiaparabrisas desata en mí una avalancha de recuerdos. Me veo de nuevo de pie ante Piet, con la cabeza gacha, en compañía de Jelle, después de haber olvidado una sierra para metales en las cuadras de los ponis. Piet depositó la herramienta en el suelo delante de nosotros, separó un poco sus delgadas piernas y empezó a hablar, tomando carrerilla desde los cavernícolas de Lascaux. «Si ellos respetaban al caballo es por algo: por lo visto, los cazadores y los recolectores de hace 15.000 años, fijaos bien, ¡15.000 años!, ya sabían algo que vosotros aún no habéis comprendido.» Mientras señalaba con el dedo la cabeza de estuco de un tarpán que ornaba la fachada de la escuela de equitación bramó: «¡Por mucho que el tarpán salvaje de las zonas templadas se haya extinguido, sus instintos primitivos perviven! ¡Lo mismo que la estupidez humana!». Sus ojos parecían más grandes de lo normal. Piet no soportaba que lo miráramos con cara de borrego. Se puso aún más furioso. «¡Fuera de aquí! ¡No quiero volver a veros nunca más!»

Jelle y yo fuimos a por nuestras bicicletas y, sin articular palabra, nos marchamos. Al cabo de unos diez minutos nos cortó el camino un Renault 4 rojo. El coche frenó con tal brusquedad que se inclinó hacia un lado. Piet se apeó de un salto y nos ordenó que lo acompañáramos. «¡Dejad las bicis apoyadas contra cualquier árbol!» Como ninguno de los dos quería ponerse a su lado nos sentamos atrás, agazapados como detenidos. De regreso en el picadero nos llevó hasta la cafetería situada sobre los establos de los ponis, donde nos esperaba un tazón de chocolate caliente con un pastel de almendras envuelto en celofán.

Piet era un perfeccionista que no toleraba que el mundo a su alrededor no fuera perfecto. A los jóvenes caballos que no se amoldaban a su método basado en el ejercicio y la paciencia los obligaba a entrar en

vereda con mano dura. Un día Jelle y yo observamos cómo tiraba del cabestro de Robin, un alazán de apenas 4 años, para conducirlo al centro de la pista, soltando amenazas e improperios, dándole a la fusta sin parar y enseñando los dientes. Robin se arredró con los ojos encendidos en fuego. A cada latigazo se me encogía el corazón y pensaba «¡Basta ya!», pero el hostigamiento duró una eternidad. A Piet no le preocupaba lo más mínimo. Solía decirnos que en la naturaleza los caballos lo pasaban mucho peor: se molían a coces para dejar claro cuál era su rango en la jerarquía. «Ya veo que no erais conscientes de que estuviera desarrollando unos modales inaceptables. Por cierto, si habéis estado atentos, os habréis dado cuenta de que he hecho las paces con él.» Piet le había hablado a Robin en «lengua caballuna» para indicarle cuál era su lugar en la relación hombre-animal. Y punto.

Atravesamos las turberas, de rotonda en rotonda. De vez en cuando divisamos a lo lejos las velas y los mástiles de las embarcaciones que navegan por el lago. En tono afable, y con inmensa nostalgia, Piet relata su primera visita a la Escuela Española de Equitación.

–Con 20 años mi padre me regaló un billete de ida y vuelta a Viena.

Se sentó en la primera galería, al lado de un caballero vienés bigotudo y con bastón. Desde arriba contemplaron cómo los équidos movían los hombros bajo las lámparas de araña: los ejercicios de calentamiento de rigor.

–En un momento dado susurré «Bonito, ¿verdad?», pero mi vecino replicó: «Esto no es nada. Ya verá».

Los caballos no paraban de exhibir piruetas, cambios de galope y trotes lentos y elevados por entre las columnas, pero el hombre seguía insistiendo en que eso no era nada, hasta que, de pronto, se abrió la puerta abatible en uno de los laterales de la pista. Piet notó un pellizco en el antebrazo.

–Vi aparecer un caballo solo, sin silla. Al verlo de frente me dio la impresión de que no venía nadie con él. Resoplaba con fuerza, soberano, como si quisiera decirnos: «Ahora os vais a enterar de lo que es bueno».

El caballo no llevaba jinete. La persona que caminaba detrás de él sujetaba las correas con la mano. El animal, que iba prácticamente suelto, interpretó la misma variedad de ejercicios y figuras, como habían hecho antes sus congéneres, con la diferencia de que solo atendía a la voz y a los arreos. Los equinos podían llegar a aprender hasta treinta sonidos distintos. Esa ayuda «vocal», combinada con la posición de las riendas y la presión ejercida sobre el bocado, bastaban para ejecutar el repertorio íntegro de la doma clásica.

A mil kilómetros de Viena, Piet comenzó a aplicar ese mismo método a su macho lipizano. Media vida más tarde, a sus 66 años, posee todavía un caballo: Conversano Nóbila, hijo de Prímula y Nóbila, una yegua de la que durante mucho tiempo se creyó que era estéril. El propio Piet lo crió y lo domó a la cuerda larga. El animal, de 20 años, está alojado «en régimen de pensión completa» en una granja en las afueras de Zuidlaren.

Piet aparca en el corral. Al salir del coche, llama a su caballo. En la lejanía resuena un relincho. En cuanto nos acercamos al box, Conversano Nóbila asoma la cabeza por el hueco que se abre encima de la compuerta.

–Es clavado a su padre, ¿no te parece? Mira esos ojos.

Mientras contemplo cómo Piet lo cepilla y va deshaciendo uno a uno los nudos de la cola, me viene a la memoria *Rosa, a Horse Drama*, una ópera extravagante, curiosamente –o quizá no tanto– también de Peter Greenaway, sobre el desmesurado amor que un hombre profesa a su caballo. La prometida del protagonista, carcomida por los celos, imita cada vez más rasgos equinos para llamar la atención de su amado. Tras una extraña metamorfosis, la mujer acaba transformándose en una yegua.

Impaciente por calibrar el «contenido humano» de un caballo como Conversano Nóbila, lo primero que me sorprende es su animalidad: nada más abandonar la cuadra se pone a olisquear las briznas de paja esparcidas por el sendero que discurre entre los establos y, llegado al área cercada al otro lado de la granja, empieza a escarbar la tierra como si estuviera buscando algo.

–¡Excrementos de yegua! –aclara Piet sin intervenir, y luego se encarga de subtitular la escena–: «¿Qué yeguas han pasado por aquí en mi ausencia?».

Nóbila ya no escucha la voz de su amo. Estira el cuello todo lo que puede y frunce el labio superior, enseñando el color rosado de sus encías, para poder trazar mejor los olores. Después levanta la cola y suelta un buen cargamento de boñigas. Más que hacer sus necesidades, está marcando territorio con el fin de quedar por encima de sus adversarios.

–Muy bien, chico –lo elogia Piet–. ¡Y ahora a trabajar!

Me asombra la facilidad con que Nóbila –tras un último escalofrío de excitación– renuncia a sus instintos naturales y entra en vereda. Las instrucciones de Piet resultan casi imperceptibles. En cuanto él modifica la posición de los arreos, el animal realiza sin demora el ejercicio correspondiente. Nóbila camina con decisión y al grito de «¡Ven, ven!» pasa al trote sin necesitar más órdenes.

Comento a Piet que jamás lo he visto a lomos de un caballo y le pregunto por qué eligió la cuerda larga.

–Por razones de igualdad –responde–. No existe trato entre el hombre y el animal que se aproxime tanto al ideal de dos socios iguales.

A diferencia de Prímula, Nóbila porta un cabestro sin bocado. Desde el punto de vista físico, la única manera de mantenerlo bajo control consiste en mover la muserola blanda a la que va atada la cuerda larga. Resulta más difícil sujetar a un caballo sin hierro –que descanse directamente sobre el maxilar– en las

comisuras de la boca, pero el animal gana en autonomía. Dentro de la equitación, antinatural en esencia, Piet persigue la máxima naturalidad. Con el tiempo, ha ido utilizando la fusta como una batuta.

–Recomiendo a los jóvenes jinetes trabajar con una ramita de abedul, porque se rompe tan pronto como cargan la mano.

–Antes solías imponer tu autoridad con más firmeza –observo midiendo mis palabras.

–Puede ser –contesta Piet al pasar por delante de mí mientras ayuda a Nóbila a llevar a cabo unos apoyos–. Ahora bien, te aseguro que esto requiere algo más que autoridad.

Le recuerdo sus accesos de cólera dirigidos contra los caballos y los discípulos.

–¿Enfadarme? ¿Yo? –se ríe Piet, restándole importancia a mi comentario. La confrontación con el pasado es un obstáculo que se niega a sortear–. Leny también me lo dice a veces, pero lo considero una falsedad. Creo que os equivocáis.

Del bolsillo de su camisa no sobresale la proverbial cajetilla azul de Gauloises. Caigo en la cuenta de que Piet aún no ha encendido ningún cigarro. Al parecer, ha dejado de fumar. De pronto intuyo lo que puede haber sucedido: el ejercicio de riendas largas lo ha cambiado a él, de acuerdo con una variación libre del adagio de la aristocracia, según el cual quien da dinero a su hijo lo vuelve presuntuoso y maleducado, pero quien le regala un caballo lo convierte en todo un caballero.

Sin embargo, Piet sostiene que siempre ha apostado por la sutileza, un estilo propio de la doma clásica que se remonta a Jenofonte, quien ya consideraba, cuatro siglos antes de Cristo, que no se puede enseñar a bailar a un bailarín con la fusta y las espuelas.

En su tratado *Sobre la equitación*, el oficial de caballería griego rompe con la tendencia reinante de emplear la fuerza en la doma de caballos de guerra y de gala. En parte gracias a él, la equitación practicada en la vieja Atenas se adelantaba a su tiempo, como también demuestran los relieves del Partenón. En ellos se aprecia una serie de caballos en posición de «aires reunidos»: con las extremidades posteriores remetidas bajo el cuerpo en señal de que ejercían una función de impulso además de sujeción. Los preceptos de Jenofonte se retomaron en el Renacimiento. Fue entonces cuando los ejercicios y las figuras se erigieron en un arte que todavía se cultiva en su forma más pura en la Escuela Española de Equitación de Viena.

Y en el lago de Zuidlaren, donde Piet manda culminar una coreografía en toda regla a su blanco caballo. Por ejemplo, una pirueta en pleno galope en la que Nóbila gira alrededor de su propio eje en siete saltos. Por momentos, el juego de manos y pies resulta absolutamente asombroso: no me explico cómo el animal consigue realizar todos esos movimientos.

Piet ordena a Nóbila que pase del galope al trote y del trote al paso. Luego le manda detenerse en el centro de la pista. Estar quieto, con el peso repartido a partes iguales entre los cuatro cascos, es todo un arte en sí. La boca de Nóbila rebosa espuma por el esfuerzo. A un «¡Venga!» de Piet, el lipizano retrocede unos pasos, bascula la espalda echando el cuerpo atrás, cada vez más lejos, hasta ponerse de manos y alzarse en una levada. Durante unos segundos, Nóbila descolla sobre su amo.

La imagen me impresiona y me conmueve: veo un cuadrúpedo empeñado en erguirse a la manera de un bípedo, como en una animación acelerada de la evolución.

Imperial de Austria y Real de Hungría

Las guerras ayudan a la geografía a poner sobre el mapa regiones desconocidas. La bahía de Cochinos. Biafra. Vukovar.

–Nos hallamos en la autopista a Laibach –explicó el conductor del autocar–. Desde allí se tarda hora y media hasta Lipica, nuestro destino.

Jamás había oído hablar de Laibach. Lo asociaba vagamente con una banda de rock de derechas que cantaba sobre la intolerancia. Nada más. Me extrañó porque creía conocer los Balcanes como la palma de mi mano: a comienzos de los años noventa había vivido y trabajado en la zona como corresponsal. Ya no confundía Eslavonia –una provincia croata– con Eslovenia –el país–, pero Laibach no me sonaba.

Nuestro autocar cruzó la frontera entre Austria y Eslovenia sin reducir velocidad. A izquierda y derecha, gruesas nubes negras preñadas de lluvia se abalanzaban sobre las cumbres montañosas. Ya nada recordaba los incendios de junio de 1991, cuando Eslovenia y Croacia proclamaron de forma unilateral su independencia. Los dirigentes yugoslavos de Belgrado se lo tomaron como un *casus belli*. Justo ahí donde nos encontrábamos, en el límite entre ambos países, en la autopista al sur de Graz, entre el verde alpino y las granjas de montaña, se había desencadenado la guerra de los Balcanes. Bombardeos con aviones a reacción. Oficinas de aduana y de cambio en llamas. Las cenizas habían sido sustituidas por un cartel azul con las estrellas de la Unión Europea.

–¿Laibach? –pregunté al hombre que ocupaba el asiento de al lado.

–¡Ah! –exclamó–. Esto es un asunto entre austriacos. Así es como se conocía a Liubliana hace cien años.

Mi vecino iba vestido al estilo tejano, aunque pulcro y arreglado. Se llamaba Peter. Venía de Alemania. Él y yo éramos los únicos forasteros del grupo. Era pura casualidad que estuviéramos sentados juntos: al entrar en el autocar que nos esperaba en un barrio periférico de Viena, media hora antes de la salida, me encontré con que solo quedaba un asiento libre. Los Amigos de la Escuela Española de Equitación ya estaban instalados, con Hans y Susi en la primera fila.

«¿Sabe dónde se ha metido?», me preguntó Peter nada más presentarse. Se inclinó hacia mí y me confesó en susurros: «Son todos gente *k.u.k*. ¿Entiende a qué me refiero?».

A esas alturas ya me había enterado de lo que significaba *«k.u.k.»*, abreviatura de *kaiserlich und königlich*, imperial de Austria y real de Hungría, una reminiscencia de la doble monarquía, de la época en la que todo era mejor.

Dije que conocía a los señores Brabenetz y pregunté si los demás estaban cortados por el mismo patrón.

El alemán hizo una mueca y acto seguido la borró de su rostro con un movimiento vertical del pulgar y el dedo índice. Asintió con expresión grave. De paso me preguntó si sería tan amable de dejar su sombrero en el compartimento superior. Me endosó un trasto flexible de cuero oscuro que se diferenciaba bastante de los demás tocados que me encontré allí arriba: sombreritos con broches y bordados de flores. Sin querer, mis ojos se desviaron a sus propietarias, a los moños, y a los flácidos lóbulos de oreja ornados con un bamboleo de joyas. Las señoras me dedicaban una sonrisa, los señores como mucho un leve meneo de sus bigotes. Ellos observaban un código vestimentario estricto: cazadora sin cuello de tela gris con ribete verde billar y botones de cuero. Cuando ya cerca de Laibach hicimos una pausa en una gasolinera, me dio la impresión de que el área de servicio se veía inundada por el reparto al completo de una recreación de *Sissi*.

De nuevo en el autocar, Hans Brabenetz tomó el micrófono. Comenzó bromeando. Según decía, Lipica, donde se situaba el proveedor equino de la corte, se hallaba a nada menos que ocho días de viaje de Viena. Nos invitó a hacer el cálculo: un caballo recorría una media de 60 o 70 kilómetros al día y la distancia hasta el Stallburg ascendía a 500 kilómetros. «Sin duda se estarán preguntando si no existía otro lugar igual de idóneo, pero más próximo a la capital. Pues no, señores. La cordillera de la costa junto al mar Adriático era la opción más recomendable.» En 1580 los caballerizos de la Casa de Austria compraron la finca de Lipica al obispo de Trieste. Albergaba una mansión de estilo renacentista, además de un patio amurallado, unas cuadras y una capilla, y estaba alejada de cualquier caserío o asentamiento. El prelado tenía por costumbre pasar allí el verano, lejos del mundanal ruido. Lipica se encontraba más allá de la zona de clima templado del mar Adriático, en la altiplanicie kárstica. En ese paraje, a 400 metros sobre el nivel del mar, recibieron cobijo los mejores sementales del mundo, adquiridos en España, con el fin de que tuvieran descendencia con las coquetas yeguas de Trieste y alrededores y, a partir de 1584, también con las nobles hembras traídas de Andalucía para la ocasión. En un primer momento, los potros nacidos en Lipica presentaban los colores y las manchas más diversas. Sin embargo, los caballerizos dominaban su oficio como nadie. Comenzaron a poner énfasis en determinados rasgos. El 7 de diciembre de 1658, el emperador Leopoldo I firmó una lista de

veintitrés directivas que debían acatar los criadores de sus caballos. A juicio de Brabenetz, aquella iniciativa explicaba solo en parte la fama alcanzada por el lipizano. Según él, el secreto radicaba en el emplazamiento de Lipica. «En verano se está muy bien, pero en otoño se levanta un temporal que, por lo general, no amaina hasta la primavera.» Con su mano libre, nuestro guía gesticuló al decir que, de alguna manera, la constitución del lipizano había sufrido el desgaste del imparable viento de la montaña y que el clima extremo y la vegetación escasa y resistente habían redundado en beneficio de la complexión y el carácter del caballo de los Habsburgo. A continuación Brabenetz nos advirtió que el inhóspito paisaje resultaba de lo más sobrecogedor. La irregularidad de los roquedales tenía su origen en la presencia de formaciones calcáreas en el subsuelo. El agua, al disolver la cal, había creado pozas con forma de embudo que daban acceso a grutas y ríos subterráneos; fuera, al aire libre, sobresalían agrestes bloques de granito y otras rocas de erosión más lenta. El suelo, duro y pedregoso, había dado lugar a un caballo de cascos compactos que no se hendían ni se cuarteaban ni tan siquiera en el pavimento del Hofburg.

Después de las explicaciones de Brabenetz, el ambiente se volvió más relajado, y también más ruidoso. No se había hecho referencia alguna a la guerra, ni a la más reciente, ni tampoco a la de 1914-1918, que provocó la pérdida de Eslovenia, cortando despiadadamente cualquier conexión entre Lipica y la Escuela Española de Equitación de Viena. De pronto se armó un gran revuelo, provocado por una moneda de veinte céntimos de euro: la versión más nueva, de cuño esloveno. Se la habían dado como cambio a uno de los miembros del grupo. A todos les pareció una vergüenza que los eslovenos tuvieran la osadía de reproducir dos lipizanos en el revés de la moneda europea.

Yo también examiné la pieza y pregunté a uno de mis compañeros de excursión si Austria no había hecho lo mismo.

–Antes sí, cuando teníamos nuestro propio dinero –me contestó.

Más de uno sacó su cartera con monedero para cerciorarse de que no se había colado calderilla subversiva. Hubo quien se encargó de azuzar aún más los ánimos afirmando que Eslovenia pretendía registrar el nombre «lipizano» como denominación genuinamente eslovena. En medio de aquella consternación descubrí que todos llevaban en su billetera fotografías tamaño carné de caballos, en la misma funda de plástico en la que el ciudadano de a pie guarda el retrato de su amado o amada, o de sus hijos. No siempre se trataba de lipizanos. Mi vecino me regaló una tarjeta de visita en la que se reproducía un árabe-shagya negro en desenfrenado galope del que se podía comprar semen a tantos euros por tubito.

–Tiene muy buenas referencias –me aseguró el alemán.

Le dije que no poseía yeguas. A cambio, le enseñé el árbol genealógico de Conversano Prímula. Había encontrado imágenes de su padre, su abuelo y su bisabuelo en algunas obras dedicadas a la Escuela Española de Equitación. Conté que deseaba ir tras las huellas de esos lipizanos en su periplo a lo largo y ancho de Europa. ¿Cuál había sido su suerte durante las dos guerras mundiales? ¿A quiénes habían honrado con sus actuaciones y con qué fin? De Conversano Savona, el bisabuelo, me constaba que había sido un «excelente bailarín de levadas». Procedía de una de las últimas generaciones de potros de la Lipica imperial. Su partida de nacimiento decía: «1911, *k.u.k. Karster Hofgestüt Lippiza*» [Yeguada Imperial y Real Kárstica de Lipica]. Alzada de 1,57 metros. En edad procreadora, su descripción rezaba: «Macho fuerte, quizá excesivamente alto y estrecho, con bastante temperamento y ojos grandes y expresivos».

Conversano Savona transmitió esas cualidades sin fisuras, convirtiéndose en un semental dominante, capaz de imprimir su sello a toda su progenie.

–Eso está bien –observó mi vecino–, porque si un caballo, por muy extraordinario que sea, no hace eso, su semen no vale nada.

Lo primero que me llamó la atención fue el césped segado al milímetro, levemente ondulado y de un verde increíblemente homogéneo. Las tierras de Lipica se desplegaban a lo largo de un valle surcado por rectas avenidas flanqueadas por hileras de tilos y vallas pintadas de blanco en estado impecable. Era lo más parecido a un parque inglés recién rastrillado, aunque más seco. Todo menos inhóspito. Sobre unos cantos erráticos traídos del campo se habían extendido unos tepes de hierba en la que se habían excavado varios hoyos. Dos hombres en un carrito de golf se desplazaban por el césped sin hacer ruido mientras nuestro autocar seguía hasta la escalinata de entrada al Hotel Maestoso y el colindante Grand Casino Lipica. El hospedaje databa de la era de Tito, como podía deducirse de la arquitectura en forma cúbica y los rótulos en estilo retro. Habíamos penetrado en el corazón de Lipica sin cruzarnos con un solo caballo. En el vestíbulo nos esperaban una copa de vino y unas palabras de bienvenida pronunciadas por un joven con traje italiano y zapatos de punta. Era Zoran, el gerente.

Llevaba el cabello recogido en una coleta y lucía perilla. Si bien nos saludó con un *«Grüss Gott»*, como se estilaba en el país de origen de los Amigos de la Escuela Española de Equitación, no ponía demasiado cuidado en no herir las sensibilidades austriacas. Nos colocamos formando un medio círculo a su alrededor. Pese a su baja estatura, Hans Brabenetz se apostó frente a Zoran, mucho más alto que él, y ancló su bastón en la alfombra.

El gerente expuso los logros y las perspectivas. Según dijo, las cosas iban muy bien, sobre todo desde que se introdujo el euro.

Se oyeron protestas y abucheos sofocados.

Con los ojos clavados en un punto lejano situado detrás de nosotros, Zoran nos habló de la metamorfosis que Lipica había experimentado a finales de los años setenta del siglo XX con vistas al cuarto centenario, celebrado en 1980. Se construyeron dos hoteles, una sauna, una piscina, varias canchas de tenis y un picadero cubierto. Por desgracia, el presidente y camarada Tito, patrón del evento, falleció poco antes de las celebraciones previstas para ese verano. Su cuerpo sin vida fue transportado en un tren azul de Liubliana a Belgrado, pasando por Zagreb, por delante de una interminable hilera de hombres y mujeres enlutados.

El gerente iba a añadir algo a la historia de Lipica bajo el régimen de Tito, pero al comenzar la frase por «En su época...» se vio interrumpido por Brabenetz.

–La época de Tito, joven, es mi época. Y hablo en nombre de muchos de los aquí presentes si digo «nuestra época».

En lugar de volver sobre lo que se proponía relatar, Zoran saltó al presente.

–En los últimos tiempos, la mayoría de nuestros huéspedes son matrimonios. Ellas quieren ver caballos y ellos vienen a jugar al golf.

–¿Qué objetivo perseguís con la cría? –quiso saber Brabenetz.

–Creo que no le he entendido.

–¿Qué clase de caballo pretendéis criar? ¿Cómo debe ser físicamente? ¿Qué características debe reunir?

–¡Hans! –oí que susurraba su esposa.

Frau Brabenetz dio un paso al frente y expresó su gratitud por la calurosa acogida. El gerente alzó su copa y, como «invitados de honor de Viena», nos concedió el privilegio de visitar la yeguada por nuestra cuenta. Podíamos movernos con toda libertad por donde quisiéramos.

Entre la documentación que nos había facilitado Herr Brabenetz para el viaje, figuraba una breve historia de Lipica donde se relataba que, solo en torno a 1800, el criadero –«cuna de los lipizanos»– había sido desalojado precipitadamente en tres ocasiones. Siempre por el mismo motivo: la llegada de Napoleón (ver **mapa 1**).

La primera huida se produjo en marzo de 1797 –«en condiciones climatológicas adversas»–, tras la noticia de que el joven general francés –de tan solo 27 años– había atravesado los Alpes con 30.000 hombres. El caballerizo mayor de la Corte de Viena ordenó la inmediata evacuación de todos los bienes semovientes de Lipica. En cuatro columnas de unos 75 animales cada una –los sementales por separado– se dirigieron a pie tierra adentro bajo la gélida lluvia, desde la cresta montañosa en lo alto del mar Adriático hasta el lago Balatón. Era primavera: la temporada en la que nacen los potros. No transcurría ni un solo día sin que alguno viniera al mundo, lo que obligaba invariablemente a una parada forzosa de al menos una hora, el tiempo necesario para que los jóvenes animales, bien lamidos por su madre, se irguieran sobre sus larguiruchas patas.

Un año después, gracias a la firma del Tratado de Paz de Campo Formio, los caballos pudieron retornar sanos y salvos a casa. Aunque las cuadras y los anexos habían sido saqueados, en los campos el heno estaba listo para la siega y el único pozo de agua de Lipica no estaba envenenado. Mientras tanto, a 18 kilómetros en línea recta, Napoleón se daba un paseo triunfal por Trieste. A modo de sacrificio expiatorio le ofrecieron un lipizano no demasiado grande, elegido a toda prisa.

Menos de un decenio más tarde, en las postrimerías de 1805, Napoleón, por entonces ya emperador, entró de nuevo en guerra con los Habsburgo. Logró avanzar hasta el corazón de Viena. Lipica volvió a ser desalojada y los animales de raza se retiraron una vez más a Hungría.

Desde 1809 hasta la Batalla de Waterloo, en 1815, se produjo el tercer exilio húngaro. Coincidió con el interregno de seis años durante el cual Napoleón gobernó las provincias costeras del mar Adriático, incluida Lipica. Hubo que esperar a que el emperador francés desapareciera de la escena europea y se restableciesen las fronteras nacionales en el Congreso de Viena para que los caballos pudieran regresar con toda tranquilidad a Lipica.

Al doblar la página comprobé que las odiseas equinas habían sido recogidas en unos mapas geográficos. Los diferentes colores de las rutas de evacuación destacaban sobre el fondo siempre cambiante de los Estados de la Europa Central, con indicación de los años y la duración del exilio. No lograba quitarles los ojos de encima. No reflejaban el rastro de saqueo dejado por Gengis Kan y sus huestes ni las rutas de las diferentes cruzadas, sino que se trataba de las vías de escape de unas cabañas de solípedos domesticados y ennoblecidos que, en compañía de un grupo de palafreneros, habían atravesado estepas y cadenas montañosas. En total cruzaron cuatro veces el Danubio, algunas de ellas nadando, fieles a ese típico estilo caballar en el que solo las orejas, los ojos y los orificios nasales abiertos de par en par sobresalen del agua. Nada más encaramarse ansiosos a la orilla y sacudirse como perros, sus acompañantes los incitaban a seguir adelante, sin tregua, para evitar a toda costa que cayeran en manos del enemigo.

El área reservada a los caballos se hallaba detrás de una glorieta de columnas amarillo chillón que

pertenecía al casino. En cuanto me registré en recepción decidí ir a explorar la yeguada. Justo cuando yo entraba, salía la última oleada de visitantes. Se palpaba una atmósfera cargada, propia del verano, quizá porque amenazaba tormenta, o por el olor a heno fresco. En calidad de delegado especial de Viena pude pasar sin problemas hasta la Lipica original: un puñado de edificios antiguos en las laderas de una colina. Después de desviarme un poco del circuito turístico llegué a un silo para pienso, a un estercolero y, algo más arriba, a un descascarillado bloque de viviendas tan común en las zonas rurales de los países del Este. Unos hombres desaseados se rascaban la barriga sentados en un murete. Les pregunté por la *velbanca*, la selecta caballeriza de los sementales, edificada en 1703. Uno de ellos señaló con su botellín de cerveza una construcción situada a mis espaldas, varios metros más abajo, aunque uno de los muros laterales llegaba hasta el corral donde estábamos nosotros. En el muro se abría una ventana, una suerte de respiradero con forma de rueda. Me acerqué. Desde lo alto divisé los blancos lomos de diez sementales, separados entre sí por elegantes verjas de madera dura y hierro fundido. Juntos emitían el plácido ruido de unos animales entregados a la masticación. Si existía un santuario para los lipizanos, ahí estaba el sancta sanctorum.

Cien metros más allá, al otro lado de una capilla de bóveda azul cobalto, residían las yeguas. Las blancas madres y sus potros negros y marrones se encontraban en régimen de estabulación libre. Hundidos hasta el tobillo en la paja, apenas se tomaron la molestia de alzar la mirada. Los animales jóvenes, con el pecho pronunciado como el de un caballito de mar, se perseguían a toda velocidad, chocando entre ellos. En una pizarra colgada de la pared se indicaban las fechas en las cuales las diferentes yeguas habían dado a luz. El potro más joven tenía dos días.

También Conversano Savona había dado brincos por ese establo. Cuando él nació, en 1911, Lipica aún era propiedad del emperador. Me pasó por la cabeza que, durante tres siglos y medio, las sendas revestidas con grava no habían estado abiertas a la plebe. Hasta que, al estallar la guerra, el emperador, el zar y el sultán fueron expulsados de sus palacios y los lipizanos, de Lipica.

En el compendio histórico, el final de la yeguada de los Habsburgo se describía con frialdad. El preludio lo marcaba el desplazamiento de la parada de sementales de Fogaras, fundada en 1874 a los pies de los Cárpatos en Transilvania. En 1912, ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos en lo más profundo de los Balcanes, la cabaña de lipizanos se trasladó a la yeguada de Babolna, a más de 500 kilómetros, entre Viena y Budapest, con la excusa de que los animales padecían una enfermedad de los ojos. La Primera Guerra Mundial hizo peligrar la supervivencia de la raza en su conjunto. El 18 de mayo de 1915, a las ocho de la tarde, cinco días antes de que Italia declarara la guerra al debilitado Imperio austrohúngaro, se presentó en Lipica un mensajero del emperador con una orden de evacuación. En menos de veinticuatro horas el primer transporte de caballos, compuesto por siete vagones, salió de la estación de trenes del cercano pueblo de Sexana. La yeguada al completo, unos 200 ejemplares, se replegó en un tiempo récord al otro lado de los Alpes. Los invasores italianos se encontraron con una *velbanca* vacía, prados desiertos y establos sin yeguas. El emperador se había limitado a evacuar sus caballos, sin preocuparse de los campesinos. En las montañas de Trieste se libraron duros combates. Muchos pueblos quedaron reducidos a cenizas. De entre la población local, solo los palafreneros de Lipica, oriundos de Sexana, se libraron de la violencia: fueron ellos quienes acompañaron al éxodo equino, compartiendo el vagón con los animales y durmiendo en la misma paja. Los lipizanos fueron llevados por ferrocarril a la residencia estival de Francisco José, al sur de Viena. Los animales más jóvenes siguieron viaje hasta la parada de caballos de carruaje de Kladruby, a orillas del Elba, al este de Praga. Los nacidos en 1912 o con anterioridad, entre ellos Conversano Savona, se refugiaron en el maravilloso Palacio de Laxenburg, junto al Danubio: en época de la Primera Guerra Mundial difícilmente existía lugar más seguro en toda Europa. Aun así, pese a encontrarse en un remanso de paz, la cabaña desplazada se mostraba intranquila. En condiciones normales, cuatro de cada cinco yeguas parían todos los años un potro sano, pero a raíz de la huida de Lipica ya solo daban a luz una de cada diez. Además, en la primera mitad de 1916 murieron 31 yeguas preñadas, sin motivo aparente, lo cual contribuyó a que la población de lipizanos se redujera por debajo del umbral crítico de mil ejemplares.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo en el Hotel Maestoso, Hans Brabenetz me invitó con un gesto de la mano a que me sentara a su mesa. Tras señalarme la silla situada a su izquierda, el lado de su oído bueno, me preguntó mi opinión sobre la estancia en Lipica.

Contesté que me había impresionado enormemente la *velbanca*.

Sin embargo, él se refería a la calidad del material de cría. Acabábamos de volver de una visita guiada por el director veterinario. Brabenetz comprendió que para recabar un juicio de experto tendría que recurrir al resto de comensales.

–Amigos, creo que podemos estar tranquilos. Aunque nuestros jóvenes colegas eslovenos van por buen camino, Lipica no se puede comparar con nuestra yeguada de Piber.

Brindamos por esa constatación. Después, Brabenetz me presentó a las demás personas sentadas en nuestra mesa. Conocí a Frau Bachinger, madre de un jinete, y a Herr *«Hofrat»* Kugler, director del antiguo Museo de Lipizanos de Viena que, por desgracia, había tenido que cerrar sus puertas al encontrarse en estado de

quiebra. A mi lado se hallaba una señora que en su día tuvo la oportunidad de actuar excepcionalmente como amazona en la Escuela de Invierno, en honor a la emperatriz María Teresa. No logré entender a qué se dedicaba el «profesor» Zimmermann. Había también un biólogo de la Universidad de Viena, natural de Carintia, que hablaba con un acento regional tan marcado que Brabenetz lo tildó de forastero.

Saludé a todos con una leve inclinación de cabeza y expresé mi deseo de poder acceder a los fondos documentales de la Escuela Española de Equitación. Tenía mis esperanzas puestas en el *Hofrat*, gran conocedor del archivo, y, efectivamente, fue él quien tomó la palabra. Explicó que la mayoría de los documentos se conservaba en cajas sin etiquetar ni clasificar. En resumidas cuentas: para gente inexperta como yo, el archivo era un laberinto.

–¿Qué espera encontrar que no esté recogido en las crónicas oficiales?

Respondí que esperaba ver más claro en los años «alemanes». Sin embargo, al tomar conciencia de que había tocado una cuestión delicada, como antes en casa de Brabenetz, me apresuré a añadir:

–Me interesan los desplazamientos, no solo las giras, sino también las huidas forzosas.

Hofrat Kugler puntualizó que «por motivos obvios» el archivo presentaba sobre todo lagunas en los años de la guerra. Además, él mismo había reunido y publicado los documentos más importantes por encargo del Estado. No se contemplaba la posibilidad de que cualquiera se pusiera a curiosear en el resto del material.

Todos pusieron cara de lamentarlo mucho.

¿Y si, pese a todo, me arriesgaba a probar suerte?

En ese caso debía dirigirme por escrito a la atención de Frau Gürtler.

–Es la dueña del Hotel Sacher –dijo uno.

–Está justo enfrente de la Ópera –precisó otro.

–El más caro de Viena.

Según me contaron, la dama organizaba desde tiempos inmemoriales el exclusivo Baile de la Ópera para los círculos vieneses más distinguidos. Hacía poco la habían nombrado directora de la Escuela Española de Equitación, y también de la yeguada estatal de Piber.

–Como actividad secundaria –observó alguien.

Queriéndolo o sin querer, mis compañeros de viaje despertaron en mí la sensación de que Frau Gürtler era, si no la mujer más poderosa de Austria, en todo caso la más inaccesible.

Se abrió la puerta del comedor. Entraron los camareros con el café, seguidos de Zoran. El gerente, que venía con una lista en la mano, quiso saber quiénes deseaban apuntarse a una excursión por las grutas locales, las más grandes de Europa. El resto subiría a la montaña en busca de los jóvenes machos. Nadie optó por las estalactitas y las estalagmitas. Una vez en el autocar, todos se mostraron indignados: ¿por quiénes los habían tomado los eslovenos? En Lipica, proponer a unos apasionados por los caballos como ellos una visita espeleológica era de todo punto incorrecto, por no decir insultante.

Al cabo de media hora nos apeamos en una cima azotada por el viento. No había ni un solo caballo a la vista. Hasta donde alcanzaba la mirada, las colinas se hallaban cubiertas por vastas praderas. Nos encontrábamos al lado de una granja donde, por la noche, se echaba de comer a los machos. Hans Brabenetz se puso unas gafas de cristales tintados y adoptó su pose de hombre fundamentalmente enojado. En el lugar había dos mozos de cuadra embutidos en monos blancos y verdes que no sabían qué hacer con nosotros. Examinaron el calzado y el atuendo de las señoras con manifiesta compasión. Aun así todos estaban empeñados en ver los jóvenes machos.

–¿No pueden traerlos hasta aquí? –propuso Brabenetz.

Los chicos intercambiaron unas palabras en esloveno, hasta que el mayor de los dos se encogió de hombros. En esas, el más joven fue a por un cubo de pienso concentrado, subió a un tractor de color rojo intenso y se alejó rumbo al horizonte.

Mientras esperábamos, me abordó un hombre vestido con un jersey de lana trenzada sin cardar, en el que hasta entonces no había reparado. Según me comentó, me había visto tomar apuntes y quería hacerme una pregunta.

–Es realmente cómico –me cogió del codo y me llevó fuera del alcance del oído de los demás–. Sin duda ya se ha dado cuenta: ellos emplean la palabra *Schnäuzel* para referirse al hocico del caballo, pero le aseguro que en Austria decimos simplemente *Schnippe*. Eso es lo correcto.

Le dije que no sabía suficiente alemán como para captar tales matices.

–¡No son matices! –el hombre me retuvo y, de un toquecito, se ajustó las gafas–. No quiero que se lleve una impresión errónea. Este grupo no es representativo. Antes de jubilarme, editaba manuales escolares y le juro que los niños austriacos aprenden alemán. Es la lengua de nuestro país –hizo una pausa al ver que cruzaba a nuestro lado una señora ocupada en pasear a su perro faldero–. La mayoría de los caballeros aquí presentes son oficiales retirados. Hacen gala de toda suerte de aderezos obsoletos. Sienten devoción por la emperatriz María Teresa. Anhelan los viejos tiempos. Y que sepa que no soy ningún comunista, pero va siendo hora de que Austria mire hacia delante.

Según me explicó el editor, desde hacía unos diez años los libros de texto ya no rebosaban nostalgia. No

obstante, los mitos persistían. Solo tenía que mirar a mi alrededor: la pérdida del imperio aún no se había asimilado. Y, casi un siglo después, todavía no se había conseguido erradicar la convicción de que, en la Primera Guerra Mundial, Austria había abanderado una lucha legítima. El hombre señaló el norte, donde se perfilaban los Alpes Julianos: por ahí discurría el frente, a lo largo del cauce del Isonzo, el valle por el que los italianos lograron acceder al corazón de Austria. Me preguntó si sabía que en esa zona cayeron al menos 300.000 soldados en doce batallas libradas en un espacio de tres años.

No tenía ni idea. Mis conocimientos de la Primera Guerra Mundial dejaban mucho que desear. Estuve a punto de comentarle que los niños holandeses apenas estudian esa etapa en la escuela, pero al final me callé porque tampoco era nada de lo que presumir.

El hombre me contó que sus abuelos habían dado todo cuanto poseían al emperador, hasta sus anillos de boda.

–Los ofrecieron para costear la maquinaria bélica. A cambio les entregaron unas alianzas baratas de hierro. Alemania y Austria no han aprendido nada de la Primera Guerra Mundial. Y menos los militares profesionales con su mentalidad de dragones.

Le pregunté a qué se refería.

–...a la propensión a ponerse firmes ante todo lo que irradia autoridad. Basta que tomen unos tragos de aguardiente para que entonen el himno imperial: «¡Nuestro patrimonio y nuestra sangre para el emperador! ¡Nuestro patrimonio y nuestra sangre por la patria!».

–¿No cree que se trata de una muestra de folclore que acabará extinguiéndose por sí solo? –sugerí, acordándome de las ofrendas de coronas y los desfiles conmemorativos a los que cada año acudían menos veteranos.

Mi interlocutor negó con la cabeza: el número de nostálgicos iba en aumento. La monarquía gozaba de tan buena prensa que los herederos lejanos de la Casa de Austria se atrevían de nuevo a reclamar sus castillos.

–Sin embargo, son ellos quienes desataron la guerra y quienes la perdieron. No el pueblo llano. No mis abuelos.

–¿Cómo es que usted ha ido a parar a los Amigos de la Escuela Española de Equitación?

–A este club de rancios monárquicos, querrá decir.

Asentí, quizá con más vehemencia de lo que habría querido.

–Me gustan los caballos –contestó–. Me parece que con eso está todo dicho.

A la espera de la llegada de los jóvenes machos traté de imaginarme la desolación y el caos resultantes de la Primera Guerra Mundial. No me resultó fácil. El resumen histórico se limitaba a detallar la tramitación jurídica del asunto de los lipizanos, como una nota curiosa al margen de la Historia. En 1918, desde el momento en que los austrohúngaros y los alemanes quedaron derrotados en los confines de sus imperios, la raza lipizana pasó a ser una especie proscrita y amenazada. En las riberas del Elba y del Danubio, los lipizanos sobrevivieron a la supremacía de sus creadores y patrones, la Casa de Habsburgo-Lorena.

Los Tratados de Paz de París –Versalles, Saint-Germain y Trianon– redujeron los contornos del desmoronado reino hasta el actual país alpino con forma de chuleta llamado Austria. Italia se quedó con el sur del Tirol, la península de Istria y un bocado de Eslovenia. Los lipizanos se desperdigaron por los nuevos Estados de la Europa Central, como en una diáspora.

Alemania, no menos castigada por «Versalles», se vio obligada a pagar una indemnización en especie fijada en 125.000 caballos para la agricultura. Austria tuvo que renunciar a parte de sus lipizanos. En un acuerdo separado se definió el reparto de las cabañas. La raza pertenecía al emperador, pero el emperador lo había perdido todo: su corona, sus títulos, sus pertenencias. Mientras Europa se hallaba sepultada bajo los escombros y los innumerables mutilados de guerra se arrastraban hasta lo que quedaba de sus casas, una comisión internacional se dedicó a estudiar los expedientes veterinarios y los pedigríes de unos caballos. No daba crédito a lo que estaba leyendo. Tras un complejo juego de intercambios –en el que se canjeaba tal o cual yegua por tal o cual semental poco común–, los caballos confinados en Laxenburg se dividieron en dos cabañas, ambas con la mayor variedad posible de líneas genealógicas. En su calidad de vencedora, Italia se llevó algo más de la mitad de los lipizanos evacuados de Lipica: 109 ejemplares. A Benito Mussolini le bastaron para fundar su propia yeguada militar de lipizanos en la Lipica italiana.

Austria logró conservar 97. Conversano Savona era uno de ellos: un caballo blanco de sangre azul en una república que había abolido la aristocracia por decreto.

Justo cuando el tractor rojo estaba a punto de desaparecer de nuestro campo de visión, alguien gritó: «¡Ahí vienen!». Al principio, no vi nada más que las colinas amarillas y verdes salpicadas de manchas grises y coronadas por el cielo azul claro. A través de esa paleta de colores culebreaba, en el lejano horizonte, una serpiente oscura: 70 machos jóvenes bajando una ladera al galope. Avisté una multitud de cuerpos equinos en movimiento, un oleaje furioso. De vez en cuando la ristra se ocultaba en un pliegue del paisaje, permaneciendo invisible durante medio minuto. Nadie sabía de antemano por dónde volverían a salir, pero

cada vez que aparecían se hallaban mucho más cerca. Al cabo de un rato pude distinguir las siluetas de los diferentes animales. Noté cómo el suelo empezaba a vibrar bajo mis pies. Me eché a un lado, por si acaso, porque estábamos en medio del corral, justo delante de las puertas de las caballerizas.

Mis compañeros ni se inmutaron. Repartí mi atención entre la manada que llegaba a todo correr con las orejas gachas y la sonrisa radiante de felicidad de Frau Brabenetz y Frau Bachinger, que admiraban el espectáculo cogidas del brazo. Los caballos entraron por las vallas con forma de embudo sin aminorar la marcha. En la recta final iniciaron un *sprint*. ¿Y la meta? ¿Dónde estaba? Nunca antes había visto acercarse a mí tantos caballos en tropel. Sus cascos levantaban tierra y guijarros. No producían retumbos ni tampoco estampidos, sino toda una pared sonora. Las damas vienesas no parecían estar dispuestas a apartarse. Yo estaba apoyado en la valla de tablas blancas. Justo en el instante en el que me disponía a saltarla resonó un coro de fuertes relinchos. Al alzar los ojos, vi que los animales se detenían como a la voz de mando, derrapando en una nube de polvo, a un brazo de distancia de Frau Bachinger y Frau Brabenetz. A las dos señoras no se les ocurrió nada mejor que empezar a darles palmaditas, sin ni siquiera soltar sus bolsos de mano, como si los blancos caballos acabaran de ganar un trofeo.

El corral se transformó en una maraña de humanos y animales, pero ¿qué más daba? Nadie reprendía a los machos que mordisqueaban los fulares y los peinados. Hans Brabenetz se hallaba en medio de aquella barahúnda, con la barbilla levantada, inmóvil. «*Bravo!*», exclamó una mujer tocada con un sombrero. Lo había oído bien: no dijo «*Brav!*» [¡Buen caballo!] sino «*Bravo!*» [¡Bravo!], del mismo modo que en la ópera los espectadores aclaman a los artistas.

¡Las leyes de Mendel!

La línea de los Conversano se extendía sobre dos siglos largos y se remontaba hasta el semental Conversano –sin más–, un animal extraordinario nacido en 1767 en el reino de Nápoles. Con 7 años fue trasladado a Lipica por mediación del conde de Kaunitz con el fin de aportar sangre fresca a la yeguada. Era negro.

El que una raza blanca pudiera tener un patriarca negro apelaba no menos a la imaginación que la existencia de yeguas blancas capaces de parir potros negros. A los criadores ya nada de eso les sorprendía: cruzaban animales guiándose por su instinto y su experiencia. En un principio enviaban a Viena machos de todos los colores y capas, desde caballos manchados y moteados hasta alazanes e isabelinos, lo cual era lógico teniendo en cuenta que el lipizano era una raza cruzada, nacida del mejor material genético equino procedente de lugares tan diversos como Dinamarca y Egipto. Sin embargo, con el paso del tiempo, terminaron dominando los caballos blancos. Incluso muchos de los potros de pelaje más negro empezaron a volverse más claros con tan solo un año de vida. Eran conocidos como «Kaiserschimmel», caballos blancos del emperador, por ser los favoritos de la Corte. Ese cambio no era obra de los criadores, asombrados por la progresiva desaparición de los ejemplares oscuros. La mayoría de los descendientes de animales marrones o negros, cruzados con caballos blancos, salían blancos ellos también. Cabañas enteras se tornaron claras. En el curso del siglo XIX se fundaron nuevas yeguadas de lipizanos lejos de Lipica, en los Balcanes, los Cárpatos y otras regiones pertenecientes a la Casa de Austria. Los criadores de esas paradas nuevas trataron por todos los medios de preservar la paleta cromática. Sin embargo, para mantener el patrón de la raza, se vieron a menudo obligados a recurrir a caballos blancos, por lo que el número de ejemplares de color no cesaba de disminuir.

Siempre que pensaban: «Se acabó, ya no saldrá ninguno oscuro», surgía algún potro que no perdía su color originario. Por su rareza, el lipizano negro acabó adquiriendo rango sobrenatural, tan codiciado por los criadores como el tulipán negro por los cultivadores de bulbos.

Uno de los participantes en nuestra excursión a Eslovenia, un tipo de espíritu emprendedor con barba de pocos días y una Blackberry que le susurraba en tono sensual *«Master, you've got mail»*, estaba empeñado en comprarse un lipizano negro. En las cuadras de Lipica había uno, y no uno cualquiera, sino una auténtica belleza.

–¿Cuántos años tiene este animal? –preguntó sin mirar al director veterinario.

–Siete –contestó nuestro guía–. Ha terminado su formación básica y ahora pasa a formar parte de nuestra propia escuela de equitación.

Habíamos asistido en el picadero de Lipica a una exhibición de los *rajtšul* eslovenos, jinetes profesionales que imitaban el arte de Viena.

–¿Cuánto piden por él?

El director veterinario esbozó una sonrisa educada: el caballo no estaba a la venta.

En lugar de rendirse, el austriaco levantó la mano, dándole a entender que esperara un momento. Se llevó el móvil a la oreja y echó a andar de un lado a otro del pasillo, conversando animadamente con Austria. Le oímos decir: «Un flechazo». Mientras tanto, uno de nosotros tendía un puñado de heno al caballo y le rascaba la cabeza. Al terminar la llamada, el empresario habló en privado con el director veterinario. Del lenguaje corporal se deducía que el uno hacía una oferta que al otro le ponía en un aprieto. El esloveno desplazó el peso de su cuerpo hacia atrás, expresando rechazo a la vez que determinación. El lipizano negro era el orgullo de Eslovenia.

De todas las razas equinas, el lipizano es el caballo más estudiado. Existe un sinfín de publicaciones científicas sobre líneas maternas, grupos sanguíneos, consanguinidad, aparato digestivo, pigmentación, tumores benignos, pureza. En Austria, los lipizanos debían reunir una serie de condiciones estándares: altura hasta la cruz de entre 152 y 158 centímetros, tronco no superior a 165, línea nasal poco curvada. Los formularios en los que se anotaban esos datos –treinta y siete requisitos en totalguardaban cierto parecido, no deliberado, con las «tablas arias» de la época nazi, cuya medida crucial era la distancia entre la frente y la parte posterior de la cabeza. La definición de la pureza racial del lipizano estaba sometida a criterios estrictos. Las máculas no constituían un impedimento siempre y cuando se cumpliera la «regla de las cinco generaciones»: todo lipizano cuyos padres descendieran de lipizanos puros hasta un mínimo de cinco generaciones era considerado de pura sangre. Ya fuera casualidad o no, para ser admitido a las SS el candidato estaba obligado a presentar un certificado de ascendencia aria de al menos cinco generaciones: un árbol genealógico en el que constara que desde el 1 de enero de 1800 ni una sola gota de sangre no aria se había mezclado en el pasado del aspirante.

Selección y exclusión. Dos principios aplicados desde siempre para mejorar las razas. Me asombraba el

tiempo que se había tardado en dilucidar las leyes de la herencia, y la crueldad con la que en el siglo XX se había abusado de la genética, desarrollada a partir de 1900.

El insigne Charles Darwin indagó con el máximo esmero en la existencia de rasgos que desaparecían misteriosamente para volver a aparecer de forma esporádica al cabo de varias generaciones, pero no logró desvelar el enigma. Viéndolo en perspectiva, resulta un tanto extraño: pese a que su teoría de la evolución abarcaba la vida terrestre en su totalidad, Darwin no comprendía el mecanismo de la herencia genética. En 1859 descubrió que el individuo más apto para sobrevivir en la naturaleza acabaría desplazando al más débil, pero ¿a qué se debían las diferencias entre individuos? ¿Cuál era el origen de esa variación? Darwin tachó de aberrante –*veritable rubbish*– la por entonces aceptada hipótesis de la jirafa del francés Lamarck, que atribuía la aparición del largo cuello al hecho de que el animal comiese hojas de árboles cada vez más altos, considerando tal particularidad morfológica una adaptación lograda a lo largo de la vida y transmitida de generación en generación por vía genética. Lo que sí admitía Darwin era que las jirafas de cuello largo tenían más probabilidades de sobrevivir que sus hermanos de cuello corto, pero eso era una cosa muy distinta. La pregunta esencial seguía sin respuesta: ¿qué era lo que se reproducía en la reproducción?

Darwin se devanó los sesos a propósito de esa cuestión en su vasta obra titulada *La variación de los animales y las plantas bajo domesticación*. Con la ayuda de su primo Francis Galton hizo una serie de experimentos: entre los dos realizaron transfusiones de sangre de conejos de orejas largas a conejos plateados y viceversa, pero los animales murieron. Galton, un matemático brillante, oponía lo innato *(nature)* a lo adquirido durante la vida *(nurture)*. Según él, los rasgos propios de animales y plantas se explicaban en parte por la predisposición y en parte por el entorno. Sin embargo, quedaba por ver cuál era la aportación exacta de cada uno de estos factores y si, de entrada, era lícito separarlos. ¿A qué debía achacarse la dureza de los cascos de los lipizanos? ¿Al suelo rocoso de las formaciones kársticas, es decir, al entorno? ¿O debía concluirse que esa característica se había convertido –con el tiempo– en una propiedad genética?

En 1883 Galton acuñó el término «eugenesia» para referirse a la mejora de la raza humana a la manera del criador de animales. Este último excluía de la reproducción a los individuos débiles y disminuidos vendiéndolos al carnicero o castrándolos –eugenesia negativa–, en tanto que fomentaba la multiplicación de los mejores –eugenesia positiva–. Las posibilidades se anunciaban infinitas: había quedado demostrado que las especies evolucionaban y, dentro de ese proceso, el hombre había ido escalando hasta alcanzar el peldaño más alto, de modo que, por pura lógica, podía aspirar a un destino incluso más sublime. Lo único que faltaba por desentrañar era el mecanismo de la herencia. Darwin consultó una y otra vez a criadores de caballos y de palomas. ¿Por qué elementos se guiaban? ¿En qué momento se manifestaban las variaciones y cómo? A la práctica de la selección artificial llevada a cabo por los criadores de animales, Darwin contraponía la selección natural como mecanismo que ayudaba a unas especies a sobrevivir y condenaba a otras a la extinción. No en vano el subtítulo de *El origen de las especies* rezaba: «La conservación de las razas favorecidas en la lucha por la existencia». Sin embargo, Darwin añadía enseguida la siguiente puntualización: «Las leyes de la herencia siguen siendo en buena parte desconocidas».

Me topé con esa cita en una biografía del monje Gregor Mendel (1822-1884).

Mendel leyó a Darwin, puesto que su versión alemana de *On the origin of species* se halla plagada de marcas y anotaciones al margen. Darwin, en cambio, jamás llegó a tener noticias de Mendel, ni de sus desconcertantes ideas concebidas en la intimidad de un jardín monástico. El monje aficionado a los cigarros puros pasaría a la Historia como el hombre que dio con la llave de la evolución. De haber sido interrogado acerca del misterio de los lipizanos negros, sin duda habría comenzado por refutar que los conceptos de sangre y cruzamiento tuvieran que ver con la herencia. Nada más articular ese punto de vista, los criadores de caballos de la Corte se hubieran reído de él en la cara, convencidos como estaban de que en la cría de ganado todo giraba en torno a la sangre, las líneas genealógicas y la consanguinidad. Se veían a sí mismos como «mezcladores de sangre», capaces, además, de medirse con los mejores del mundo. Mendel, sin embargo, llegó a una conclusión radicalmente distinta por la vía de la estadística.

Las vivencias del monje, descritas de modo escueto en su biografía, se fueron enlazando en lo que terminaría siendo una historia trágica. Autor de un descubrimiento del orden de los de Copérnico, Newton o Darwin, Mendel se pasó la vida tratando de convencer a los demás, sin éxito. ¿Nació antes de tiempo? ¿Comprendió él mismo el verdadero alcance de sus averiguaciones? ¿O acaso había que atribuir la falta de reconocimiento a la abulia en la que estaban sumidas las ciudades de provincias austrohúngaras en la segunda mitad del siglo XIX?

Johann Mendel era hijo único de un colono de la provincia austriaca de Moldavia, al norte de Viena. Su padre, obligado a trabajar tres días a la semana en el bosque para su señor –una servidumbre feudal conocida como *robota*–, se quedó cojo al verse sorprendido por la caída de un árbol. De no haber sido por las excelentes calificaciones que obtenía en la escuela, Mendel habría sucedido a su progenitor en las faenas agrícolas. Gracias a los sacrificios de sus padres, dispuestos a renunciar a cualquier gasto innecesario, el niño pudo seguir estudiando, hasta el punto de que logró superar la prueba de acceso a la Universidad. Más tarde Mendel escribiría en tercera persona sobre sí mismo: «Tenía que buscar a la fuerza una salida de su estado de amarga

preocupación por la subsistencia. En 1843 solicitó permiso para ingresar en el monasterio agustino de Brünn y se lo concedieron».

Johann tomó el nombre de fray Gregorio, hizo voto de castidad y se ordenó sacerdote poco antes del comienzo de 1848, el año en que las revoluciones hicieron tambalear las monarquías de Europa. Ante la rebelión de liberales, socialistas y minorías desfavorecidas, la Corte vienesa accedió a la petición de crear una asamblea nacional. La primera reunión se celebró en el picadero del Hofburg: los lipizanos permanecían encerrados en sus cuadras porque había que servir la causa del pueblo. Se suprimió la *robota*, pero, aparte de eso, no se hacía más que discutir. La dinastía de los Habsburgo sobrevivió a los disturbios de 1848 gracias a un desesperado juego de toma y daca. Aunque las regiones rebeldes sufrieron la mano dura de la monarquía y la asamblea no duró ni un año, se puso coto al conservadurismo más rancio de la Iglesia y la nobleza.

Fray Gregorio de Brünn se benefició de la ventaja que la ciencia había obtenido sobre la fe. Impartía clases de Historia Natural y, en su tiempo libre, se dedicó a realizar experimentos con guisantes. Acompañar al alma de los moribundos no era su punto fuerte: se indisponía con solo ver a un enfermo.

El 8 de febrero y el 8 de marzo de 1865, Mendel pronunció sendas conferencias sobre sus experimentos basados en el cruzamiento del *Pisum sativum*, una variedad de guisante. Explicó todas las fases, paso a paso. Para empezar, había seleccionado siete especies de guisantes que se diferenciaban entre sí por el color de la vaina –verde o amarillo– o la altura del tallo –inferior a 30 centímetros o superior a 70–. A continuación polinizó las legumbres con ayuda de un pincel, colocando un poco de polen de una sobre el pistilo de otra y viceversa. Finalmente, analizó el aspecto de la descendencia y estableció el número de guisantes con vaina verde y vaina amarilla, y con tallo largo y tallo corto. Lo más revolucionario de su planteamiento fue la aplicación de la estadística a la naturaleza, un enfoque que arrojó resultados sorprendentes. Después de examinar en profundidad 12.835 plantas, Mendel concluyó que la transmisión de los caracteres estudiados obedecía a un patrón numérico. Más importante aún fue el descubrimiento de que esas características no se diluían, en el sentido de que no surgían vainas amarillas verdosas ni tallos de media altura. Todo ello le llevó a afirmar la existencia de determinados portadores de propiedades genéticas –a las que él llamaba *Elemente*– que no se mezclaban en la reproducción, sino que se transmitían de generación en generación sin sufrir cambios. En cualquier caso, había que distinguir entre la predisposición a desarrollar una de esas características y la aparición real de la misma. De hecho, los rasgos genéticos no se manifestaban siempre. Podían permanecer ocultos durante generaciones para luego emerger de pronto en un descendiente lejano.

Por ejemplo: el negro pelaje del primer Conversano.

Si bien la opinión pública se esforzó por asimilar los razonamientos de Mendel, no tomó conciencia del enorme alcance del descubrimiento del monje. Con todo, el secretario de la Sociedad de Historia Natural lanzó la propuesta de publicar el texto. Ninguno de los socios se opuso. Así fue como en 1866 las actas de la sociedad recogieron el trabajo *Versuche über Pflanzen-Hybriden* [«Experimentos de hibridación en plantas», de Mendel], una publicación que, tras ser redescubierta en 1900 –cuando la lápida mortuoria del autor llevaba ya dieciséis años bajo el musgo–, abrió la puerta a nuevas formas y utopías de mejora racial que no dejarían indiferente a nadie.

Mendel se pasó nueve años cruzando variedades de guisantes en un jardín monástico de 35 x 7 metros; nosotros, alumnos de bachillerato, repetimos su experimento en nueve semanas, sustituyendo las legumbres por moscas de la fruta. Era materia obligatoria, incluso para los objetores de conciencia a la experimentación con animales. Nuestro profesor de Biología –con barbas y de gesto expresivo– gustaba de provocarnos en el terreno intelectual, a la manera socrática. Hablando de la manipulación genética y de las complicaciones sociales que conllevaba. O de Darwin y de si descendíamos del chimpancé o no. «¡Claro que no!»

Según explicaba nuestro profesor, Darwin tardó años en dar a conocer su teoría de la evolución por temor a la victoriana mentalidad del momento. Transcurrían otros doce años hasta que –en 1871– se atreviera a escribir: «Sabemos, pues, que el hombre desciende de un cuadrúpedo peludo, dotado de cola y de orejas puntiagudas». El *Homo sapiens* era un primate que compartía con los demás primates un antepasado simiesco, lo cual no significaba que Darwin no atribuyera al hombre un rango especial. Al contrario, le extrañaba la mala costumbre de la especie humana de proteger a los individuos débiles, manteniéndolos –artificialmente– con vida, como si le trajera sin cuidado el principio de la selección natural. Llevando ese razonamiento a sus últimas consecuencias no se podía sino concluir que el amor al prójimo propiciaba la degeneración de la especie. Llegado a ese punto, Darwin se apresuraba a matizar, casi asustado, que esas consideraciones no debían interpretarse como un alegato para abandonar a su suerte al más débil o privarlo del derecho a reproducirse.

Experimentar con la *Drosophila melanogaster* –mosca de la fruta– era todo menos aburrido. Algunos ejemplares tenían ojos blancos en vez de rojos, o alas redondeadas en vez de puntiagudas. Al criar nuevas generaciones, teníamos que vigilar esos rasgos físicos, así que nos pusimos manos a la obra, pertrechados con un frasco con tapón de metal, una lupa y una probeta. Anestesiábamos las moscas con un algodón impregnado de éter para poder observarlas mejor.

Previamente, en la clase teórica, habíamos aprendido que los portadores de la herencia genética estaban formados por parejas en las que una parte provenía del padre y la otra de la madre. Se alojaban en el núcleo de cada una de las células corporales, en cromosomas con forma de filamento, de las cuales pendían, a su vez, pares de genes infinitamente pequeños, responsables de una propiedad determinada. Como la de poseer alas redondeadas o puntiagudas. Durante la reproducción, esos pares de genes se dividían en dos mitades, denominados alelos, cada uno de los cuales terminaba de modo arbitrario en un espermatozoide o un óvulo. Al mezclarse una célula sexual masculina con una femenina en el momento de la fecundación, ambas mitades volvían a unirse, de modo que en cada nuevo par de genes un alelo provenía de la madre y el otro del padre.

A la hora de llevar a cabo el experimento con las moscas de la fruta había que estar muy alerta para no perder el hilo. En la práctica, el alelo responsable de las alas puntiagudas solía ganarle la partida al alelo que determinaba las alas redondeadas. Por eso se le llamaba dominante y se le representaba con una mayúscula, por ejemplo (A), para distinguirlo del alelo recesivo (a). La larva solo se transformaba en mosca con alas redondeadas si heredaba una (a) de su padre y también de su madre y, por tanto, poseía el par de genes (aa). Las otras posibilidades, (AA) o (Aa), daban siempre lugar a una mosca con alas puntiagudas, a causa de la (A) dominante.

Al cruzar una mosca de la fruta con alas redondeadas (aa) con una mosca con alas puntiagudas dotada de dos alelos dominantes (AA), todos los descendientes tenían alas puntiagudas por haber heredado una (A) y una (a) y pertenecer, por tanto, al tipo (Aa).

AA (= puntiagudas) x aa (= redondeadas)
\ / Aa (= puntiagudas)

Sin embargo, al cruzar los descendientes de esa primera generación (Aa) entre ellos (Aa x Aa), quedaba de manifiesto que eran capaces de producir moscas con alas redondeadas (aa).

Aa (= puntiagudas) x Aa (= puntiagudas)
\ / AA (= puntiagudas) + Aa (= puntiagudas) + aA (= puntiagudas) + aa (= redondeadas)

Según las estadísticas, de cada cuatro descendientes de la segunda generación, uno volvía a lucir alas redondeadas.

El experimento contribuyó a que sintiéramos un gran respeto por Mendel, quien había descifrado semejante mecanismo sin haber oído hablar de cromosomas, genes y alelos. Lo que valía para guisantes y moscas de la fruta se hacía extensivo a los hombres y a los caballos. El factor blanco o, mejor dicho, el alelo responsable del empalidecimiento del pelaje, dominaba sobre el del color. Esa era la explicación.

«Ya llegará mi hora», confesó Gregor Mendel a un miembro de su orden. Su estudio sobre los guisantes fue remitido a más de cien bibliotecas científicas de toda Europa. Él mismo se encargó de difundir otros cuarenta ejemplares entre expertos e interesados e inició una correspondencia con el principal botánico del mundo germanohablante, el profesor Carl Nägeli, de Múnich. Tras tantear el terreno en las primeras cartas, Mendel pasó del «Estimado Señor» al «Estimado amigo». Aseguró al profesor que los resultados de su cultivo no casaban con el estado de la ciencia y le hizo llegar varios paquetes de semillas para que repitiera el experimento de los guisantes.

Nägeli ni los abrió.

Mendel, en cambio, sembró un campo de vellosilla por recomendación de su amigo de Múnich. «Es un privilegio haber encontrado en usted un colega tan competente e insigne», le alabó el catedrático.

En junio de 1870, Mendel se lamentaba de que le empezaba a fallar la vista. Ya no consiguió polinizar la vellosilla con la debida precisión. En cualquier caso, desde que fuera elegido abad en 1868, disponía de poco tiempo para seguir adelante con sus estudios biológicos. Fue condecorado con la Orden de Francisco José, pero no por sus logros científicos, sino por sus méritos sociales.

En 1867 el Imperio de los Habsburgo se convirtió en la afamada doble monarquía: a lomos de un lipizano de la línea de Maestoso, el emperador de Austria fue coronado rey de los magyares en las colinas de Buda.

Como abad, Mendel impuso sus propios criterios, lo cual dio lugar a un enfriamiento de las relaciones con el obispo. Dio luz verde a sus monjes para que predicaran la teoría de la evolución de Darwin, en detrimento del relato de la Creación. El monasterio jamás destacó por su fervor religioso. De hecho, el obispo ya había amenazado con cerrarlo en alguna ocasión, alegando que entre sus muros parecía haberse apagado «cualquier brillo de espiritualidad». Mendel comenzó a fumar cigarros de Virginia y mandó pintar el zaguán del monasterio con escenas seculares de colmeneros y hortelanos, y un San Isidro arrodillado en primer plano, como patrón de la agricultura. Un día fue a verle un comerciante de semillas francés, interesado en los entresijos de su estudio sobre los guisantes, pero para entonces ya le faltaban fuerzas para rebelarse contra su destino de incomprendido. «Es una larga historia», se limitó a contestar. «Demasiado larga como para contarla

ahora.»

Johann Gregor Mendel falleció el 6 de enero de 1884 de una nefritis, a la edad de 61 años. El padre de la genética, que vivía en celibato, no tuvo descendencia.

El epílogo de la biografía de Mendel –titulado «Reconocimiento tardío»– ocupa decenas de páginas.

1900 fue el año del redescubrimiento de su trabajo y, en consecuencia, del nacimiento de la genética como disciplina. Tres eruditos –Hugo de Vries en Ámsterdam (marzo), Carl Correns en Tubinga (abril) y Erich von Tschermak en Viena (junio)– publicaron por separado sobre las leyes de la herencia desveladas por Mendel. Los tres ensalzaban la genialidad del monje. El cultivo de las plantas y la cría de los animales requerían un cambio en la forma de pensar, que en adelante había de cimentarse sobre las fracciones y el cálculo de probabilidades. A título póstumo, Mendel brindó a la posteridad un instrumento concreto para mejorar las razas.

En Inglaterra, el zoólogo William Bateson –uno de los primeros discípulos del fraile– comprendió de inmediato que la genética tendría enormes consecuencias para «el poder del hombre sobre la naturaleza». No podía imaginarse otro hallazgo capaz de revolucionar la Humanidad de esa manera.

Desde San Petersburgo hasta Los Ángeles, los científicos se interesaron por el estudio de Mendel sobre los guisantes. Para sorpresa de todos, no resultaba difícil de conseguir. Muchas bibliotecas universitarias disponían de un ejemplar de *Versuche über Pflanzen-Hybriden*, sin leer. Lo primero que tenían que hacer era cortar las hojas intonsas.

Para sintetizar los acontecimientos posteriores no se podría hacer nada mejor que recurrir a una tabla cronológica, como las que se manejan en historia militar:

1901. William Bateson manda traducir el trabajo de Mendel del alemán al inglés.
1904. Bateson va en peregrinación a Brünn, pero la falta de entusiasmo de los monjes lo decepciona.
1906. Los agustinos destinan un rincón del recibidor del monasterio a la memoria de su antiguo abad.
1908. Thomas Hunt Morgan, primer premio Nobel en el ámbito de la genética, monta un laboratorio para la reproducción y el cruce de la mosca de la fruta en la Universidad de Columbia, Nueva York.
1909. La conmemoración de Darwin (centenario de su nacimiento/cincuenta aniversario de *El origen de las especies*) tiende un puente entre la teoría de la evolución y las leyes de la herencia gracias a la mejor comprensión del fenómeno de las mutaciones: alteraciones producidas a saltos en el material genético.
1910. La sociedad internacional Amigos de la Ciencia erige un monumento en honor a Mendel en Brünn.

En 2007 la cría de lipizanos se basaba en un sólido enfoque mendeliano. En la Universidad de Recursos Naturales y Ciencias de la Vida de Viena, sita en la Gregor Mendelstraße, buena parte del Departamento de Zoología se dedicaba casi en exclusiva a la genética del lipizano. Cada vez que nacía un potro que conservaba su color negro original se les oía decir a los especialistas: «¡Las leyes de Mendel!».

La Universidad de Liubliana no se quedaba atrás. Año tras año, los zoólogos eslovenos de la Facultad de Biología acribillaban a los directivos de la yeguada de Lipica con esquemas de cruzamiento de obligada observancia.

–¿Que cuál es el objetivo que perseguimos con la cría? –el director veterinario no tuvo que pensárselo mucho–. Criar caballos más grandes. De cruz más pronunciada. Por lo demás, nos esforzamos sobre todo por mantener las cualidades tradicionales.

En la estrategia de selección racial diseñada en Liubliana, todos los sementales y todas las yeguas poseían un número que incluía una maraña de caracteres genéticos. Los expertos habían desarrollado programas de ordenador para calcular las mejores combinaciones de apareamiento. En vísperas de la estación de monta enviaban los resultados por fax a la yeguada.

–Aunque no hay que fiarse siempre de esas recomendaciones –reconoció el director veterinario–. Si mi intuición me dice que es preferible hacerlo de otra manera, lo hago como a mí me parezca.

–¿No cree en un planteamiento científico?

–No es eso.

–¿Entonces?

–Pues mire, no estamos hablando de gallinas –contestó el criador mientras se frotaba las manos–. El lipizano es como nosotros. Hombres y caballos nos entendemos poco menos que de igual a igual.

La prueba de obediencia

El pedido me estaba esperando en el estante de una librería: una lata de película con el formato de una bandeja redonda. En la etiqueta aparecían los datos escritos a rotulador:

Título: *Die Spanische Hofreitschule zu Wien* [La Escuela Española de Equitación de Viena]
Dirección: Wilhelm Prager
Producción: Universum-Film AG (UFA), Berlín
Longitud: 414 metros
Público y censura: todas las edades, libre de blasfemia
Clasificación: con gran valor artístico, edificante para el pueblo
Estreno: 14-12-1939, Gloria Palast, Berlín

Estaba sentado ante una mesa especial para la reproducción de películas de 35 mm, equipada con toda clase de botones y una pantalla de proyección. Era mediodía. El archivero de turno había salido a comer y me tocaba esperar a que regresara y colocara la cinta en las bobinas. En ese instante empezaría a correr el tiempo que se me había concedido.

La concertación de la cita, el viaje en tren hasta la estación central de Berlín, el trayecto hasta la Fehrbellinerplatz con sus inconfundibles edificios nazis... Todo había discurrido con tal fluidez que llegué antes de tiempo a la fachada de hormigón del archivo cinematográfico alemán. El conserje me condujo a través del pasillo solado con baldosas a la sala de proyecciones. Estaba al corriente de mi visita, y también de mi procedencia. «Es usted el holandés que viene a ver los caballos blancos.»

En efecto. O, mejor dicho, venía a ver el documental más controvertido jamás rodado sobre la Escuela Española de Equitación. Por los alemanes, un año después del *Anschluss*, la anexión de Austria. Con un poco de suerte saldría Conversano Bonavista, el antepasado más célebre de Prímula. En el momento de la grabación era un macho de 14 años, formado en la Alta Escuela. Su nombre estaba grabado en el marmóreo panteón equino del Stallburg: CONVERSANO BONAVISTA 1925-1953. Podría reconocerlo por su complexión maciza, su cuello sorprendentemente corto y la falta de pigmento alrededor de los ojos y la boca.

El que Bonavista y su padre Savona lograran cosechar tanto éxito en la época de entreguerras no fue en absoluto evidente. En 1918 la por entonces destartalada Escuela Española de Equitación se había visto privada del adjetivo «Imperial» y, en los años veinte, su supervivencia –con un puñado de caballos– se hallaba supeditada a la condición de que las puertas de la Escuela de Invierno se abrieran al pueblo. La afluencia de público cayó en picado. Durante una temporada, Viena perdió el interés por el ballet equino. Bastaba con imbuirse de las crónicas de Joseph Roth para comprender hasta qué punto la antigua metrópoli del reino del Danubio se encontraba sumergida en la desolación. La ciudad aparecía como un hidrocéfalo dentro de las fronteras de la nueva república: una cuarta parte de los austriacos vivía en Viena. Hordas de mendigos vagabundeaban por los majestuosos soportales. «El hospital cuenta con un servicio de reconstrucción para el hombre lisiado por la violencia bélica», escribía Roth. «Sección de Cirugía Plástica Facial. Ahí se ayuda a los mutilados de guerra a recuperar la imagen y semejanza de Dios.» Por todas partes surgían «museos antibélicos» en cuyos escaparates colgaban fotografías de mancos y cojos a modo de reclamo para los transeúntes. En la calle y en el Parlamento se exigió en reiteradas ocasiones el cierre de la Escuela Española de Equitación. Al fin y al cabo, esa institución tan genuinamente aristocrática no tenía ninguna utilidad. Más de uno abogó por convertir la Escuela de Invierno en piscina o sala de cine. Solo atendiendo rápidamente a las necesidades del momento –mediante la organización de actuaciones benéficas a favor de los enfermos de tuberculosis–, la directiva consiguió evitar que los lipizanos acabaran en el matadero. Sin embargo, ya no quedaba ni un destello del esplendor de antaño. En la entrada se ofrecían tarjetas postales de blancos caballos en plena ejecución de una levada o cabriola cuya venta iba destinada al Fondo de Utensilios, con vistas a la adquisición de herramientas para el Stallburg.

Las ventanas de la sala del archivo cinematográfico podían oscurecerse mediante unas cortinas marrones. En el alféizar crecían sanseverias y largos brotes de citronela. Aproveché el tiempo de espera para repasar el legajo K 310888 que acompañaba a la película. Contenía recortes de periódico sobre el director, Wilhelm Prager. La solapa indicaba cómo había que afrontar las «cintas de la época nacionalsocialista». Una puntualización típicamente alemana. El texto advertía al espectador desprevenido de que estaba a punto de ver un documental enmarcado en la propaganda nazi que había allanado el camino hacia el Holocausto. Seguía una cita de Goebbels: ya en 1933 subrayaba que en adelante las películas alemanas debían revestir

carácter «popular» y que la presencia del arte solo se justificaba si «estaba arraigado en el mundo nacionalsocialista». Lo demás era arte «desarraigado» y terminaría en la picota como en la Edad Media, indefenso, para luego ser extirpado definitivamente.

Entre los documentos figuraba una filmografía de Wilhelm Prager: dirigió más de cincuenta películas, once de ellas sobre caballos. Según el autor de una necrológica, el director sentía predilección por el deporte y la agricultura, y muy en especial por el caballo como puente entre ambos. Wilhelm Prager, nacido en 1876, falleció a la edad de 79 años. Su boca –al menos de mayor– era una raya grave sin gracia alguna. Se consagró como cineasta en 1925 con una oda pedagógica al cuerpo humano: *Wege zu Kraft und Schönheit, ein Film über moderne Körperkultur* [El camino de la fuerza y la belleza, una película sobre el moderno culto al cuerpo].

«Protofascista», sentenciaba el prospecto. La cinta era un himno a la belleza de hombres y mujeres de constitución atlética que se mantenían en forma a base de bailar, practicar gimnasia y darse algún que otro baño de vapor. *Mens sana in corpore sano*. Hasta el mismísimo Benito Mussolini mostraba su agilidad ante la cámara.

Visto en perspectiva, *Wege zu Kraft und Schönheit* sirvió de fuente de inspiración para las posteriores obras propagandísticas nazis. No en vano Leni Riefenstahl se estrenó en la gran pantalla en la cinta de Prager: interpretaba a una de las deslumbrantes esclavas de una casa de baños romana encargadas de aplicar bálsamos a una mujer. Según demostró un historiador del cine, la composición y la luz de algunos fotogramas de *Olimpiada*, el documental en dos entregas que Riefenstahl dedicó a los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, parecían copiadas de *Wege zu Kraft und Schönheit*. Si las similitudes resultaban flagrantes, las diferencias también, porque, a fin de cuentas, a Leni Riefenstahl ya no le importaba el individuo, sino el grupo. Las multitudinarias escenas de *El triunfo de la voluntad* –sobre los interminables desfiles del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP)representaban el punto culminante de la propaganda cinematográfica. Riefenstahl solo aislaba al individuo de la masa cuando buscaba representarlo como una célula útil en el organismo superior del que formaba parte: la raza aria. Retrataba al hombre, previa omisión de todo rasgo de humanidad, como un animal gregario.

A juzgar por las críticas, Wilhelm Prager fue una persona menos politizada y menos propagandista. Su interés por el movimiento y el ritmo parecía sincero. En 1928 se erigió en el primer cineasta convocado por un Comité Olímpico para grabar unos juegos de verano, celebrados en Ámsterdam. A primera vista, el salto de los atletas a los caballos de doma podía parecer insignificante, pero ganaba en importancia al examinar la cronología que marcaba el compás de la filmografía de Prager: en 1928 aún no se quemaban libros en Alemania y Austria, pero en 1939 ya habían entrado en vigor las leyes raciales antijudías –«en defensa de la sangre y el honor germanos»– y se preparaba a marchas forzadas al pueblo para la campaña polaca.

El proyector era fácil de manejar. Había un botón que servía para activar, ralentizar, detener y rebobinar la cinta, y otro que permitía subir y bajar el volumen. El archivero dio la vuelta a la mesa de proyección y corrió las cortinas. «En cualquier caso, si necesita ayuda, puede encontrarme en el despacho 323, al otro lado del pasillo.»

Nada más encender el aparato, apareció una imagen de Viena. Se oía un chisporroteo, como de una lumbre, apagado de pronto por el sonido de unas trompetas. Entraba en pantalla la Escuela de Invierno, con sus 46 columnas corintias. En la galería superior había una pequeña orquesta de viento. No se veía a los músicos. De los instrumentos musicales colgaban banderas con la cruz gamada.

El tono no dejaba lugar a dudas: era más bien estridente y acelerado. Sin embargo, la siguiente escena resultaba extraordinariamente relajante. La cámara se movía hacia atrás por el Stallburg, donde los caballos de la escuela aguardaban pulcros y curiosos el inicio de una exhibición insólita. Los jinetes iban saliendo uno a uno de un corredor lateral, con el maestro y primer jefe Zrust a la cabeza, seguido de su mano derecha, Lindenbauer, al que reconocí de unas fotografías en las que mandaba ejecutar un *passage* a Conversano Bonavista. Eran austriacos, imperiales de Austria y reales de Hungría en cuerpo y alma. Calzaban unas botas a la rodilla de cuero negro con relucientes espuelas, no porque las botas estuvieran de moda, sino por tradición. En el minuto 3:20 se produjo un encuentro entre ellos y dos oficiales de la *Wehrmacht* –con idéntico calzado– y una dama vestida con un traje de dos piezas.

«Heil Hitler!» Zrust alzó el brazo y sus invitados le devolvieron el saludo exactamente al mismo tiempo. Ambas delegaciones se hallaban en un patio: los alemanes a la sombra de un árbol, los austriacos a pleno sol, como en una revista de tropas.

¿Se sentían Zrust y los suyos incómodos o, al contrario, estaban encantados con el nuevo líder de Berlín? No debía olvidarse que, en marzo de 1938, a su entrada en Austria, los alemanes habían sido recibidos entre vítores y aclamaciones y que no habían dudado en volver a otorgarle a la Escuela Española de Equitación el calificativo de «Imperial».

El mando alemán empezó por nombrar un nuevo director: Alois Podhajsky, un austriaco al servicio de la *Wehrmacht* –desde la anexión de Austria– cuya carrera militar se remontaba a la Primera Guerra Mundial y su incorporación como dragón al Cuarto Regimiento del Emperador Fernando. Las memorias de ese tal Podhajsky

ponían de manifiesto con qué ansia la *Wehrmacht*, el NSDAP, las SA, las SS y también el Ministerio de Alimentación y Agricultura deseaban hacerse cargo de los blancos caballos. Comenzó un enérgico tira y afloja entre las partes. Podhajsky describía las innumerables delegaciones que visitaban el Stallburg. Lo examinaban absolutamente todo. Los camisas pardas de las SA parecían ganar la partida, hasta que un general de la *Wehrmacht* transfirió el asunto a las instancias más altas. Al final, Berlín decidió que la yeguada de Piber quedaría bajo la responsabilidad del Ministerio de Agricultura, en tanto que la Escuela Española de Equitación dependería directamente del mando supremo del Ejército.

El decreto hizo una concesión a las SS de Heinrich Himmler:

> El mando supremo del Ejército está dispuesto a brindar a los miembros de las SS montadas la posibilidad de mejorar su estilo y habilidades en la Escuela Española de Equitación.

En el minuto 4:50, Zrust pasó a llamar a los protagonistas de uno en uno.

«¡Favory África!», exclamó; a lo que Favory África acudió al trote y se detuvo ante los inspectores alemanes. Los caballos eran presentados con nombre y apellido, no así los jinetes. Me enderecé en la silla. ¡Sí! ¡El cuarto en aparecer era Conversano Savona! No Bonavista, sino el viejo Savona mismo. Detuve la imagen, rebobiné medio minuto e hice salir de nuevo al macho –fotograma a fotograma– de la sombra de la puerta. Lo primero que se veía era su hocico blanco, y luego la luz del sol en sus crines. Como en un examen, Savona dio un giro de noventa grados para que se pudiera admirar mejor su línea dorsal. Se negó a permanecer quieto. A duras penas, el palafrenero consiguió que no se pusiera a mordisquear los arbustos ornamentales.

«Conversano Savona es capaz de llevar a cabo la levada perfecta», anunciaba Zrust.

El cineasta Wilhelm Prager convocó a ocho caballos de escuela para un espectáculo en el picadero ciertamente más hermoso del mundo. Al son de la música militar, el montaje alternaba vistas panorámicas con detalles de un pie levantado o un ojo lleno de ardor. En su afán por abordar la historia de la equitación, Prager incluía asimismo imágenes de los tapices antiguos de *El picadero real*, de Antoine de Pluvinel. Representaban los «aires elevados» tal y como se ejecutaban en el siglo XVI en la Corte francesa. La tradición de la Escuela Española de Equitación se remontaba a los métodos del maestro y caballerizo mayor galo, que había refinado la equitación griega de Jenofonte.

Conversano Savona exhibió la figura en la que sobresalía: la levada «entre columnas». Se distinguía de los demás caballos blancos por su cola cortada en línea recta. Me encandiló su agilidad. El mando del proyector, que me permitía contemplarlo a cámara lenta, era una herramienta extraordinaria para analizar cada movimiento en series de sucesivas posturas. El flujo del tiempo se dejaba capturar en intervalos de décimas de segundo. Me recordaban las cronofotografías decimonónicas de Eadweard Muybridge. Por primera vez en la Historia, aquellas imágenes, tomadas en 1878, reflejaban con gran precisión la secuencia de los movimientos equinos. El excéntrico Muybridge, fotógrafo en San Francisco, fue contratado por el gobernador de California para acabar con el viejo misterio de si el caballo, al trotar, levantaba o no los cuatro cascos del suelo en el mismo momento. El galope también había venido causando quebraderos de cabeza a los pintores de todas las civilizaciones. El caballo solía aparecer retratado con los cuartos anteriores y posteriores estirados, como un títere al que, de pronto y a la vez, se le hiciera levantar los brazos y las piernas. De hecho, por la historia del arte desfilaba un largo séquito de caballos en posturas cómicas. El trote resultaba aún más enigmático, si cabe, a causa de las discrepancias sobre el momento en que el animal quedaba suspendido en el aire. El invento de la fotografía podía aportar la respuesta definitiva, pero para lograr su propósito Muybridge se vio obligado a perfeccionar primero los mecanismos de obturación de la época. Tan pronto como consiguió fotografiar un caballo en pleno movimiento pudo demostrar que, por un instante, el animal permanecía suspendido en el aire. De paso, Muybridge diseñó un artefacto –el zoopraxiscopio– capaz de proyectar una rápida sucesión de imágenes y así recrear la impresión de movimiento.

En mi opinión, Wilhelm Prager fue más lejos que Muybridge, y no solo porque se lo permitió la técnica. Queriendo o sin querer mostró el caballo, en concreto el ennoblecido y amaestrado lipizano, como un *Übertier*, un superanimal.

El 18 de junio de 1939, el traspaso de la Escuela Española de Equitación al mando supremo alemán se celebró como una anexión o *Anschluss* en miniatura. Si bien Zrust, Lindenbauer y los demás jinetes tuvieron que realizar el saludo hitleriano en el acto de presentación, Alois Podhajsky, el nuevo director, se jactaba de haber suprimido ese «gesto repugnante» nada más ocupar su cargo en 1939.

La vida de Podhajsky estaba entrelazada con la de los lipizanos de Viena. Se le veía hacia la mitad del documental, sentado a lomos de un caballo, con una gorra militar y la espalda recta. No era un lipizano. El comentarista decía: «Con esta montura, un purasangre alemán, ganó un premio en los Juegos Olímpicos de Berlín».

Bronce, había leído en sus memorias.

De los sucesos más o menos importantes que Podhajsky iba relatando emergía la imagen de una persona

moldeada por el tiempo.

Aprendió a ejecutar levadas con Conversano Savona.

Su padre sirvió al emperador como oficial del Ejército austrohúngaro.

De niño, Alois, nacido en 1898, fue de guarnición militar en guarnición militar: de Móstar (Herzegovina) a Travnik (Bosnia), de Travnik a Esseg (Croacia), de Esseg a Lemberg (ahora Lviv, en Ucrania), y de Lemberg a Czernowitz (más allá de los Cárpatos, actualmente también Ucrania).

Al estallar la Primera Guerra Mundial, vio cumplido su sueño: con tan solo 18 años se incorporó a la caballería.

La experiencia le defraudó. «Muy raras veces se me presentó la oportunidad de galopar al encuentro del enemigo con el sable en ristre.»

En octubre de 1917 resultó herido en el cuello. «Yo también ofrecí el sacrificio de mi sangre al moribundo Coloso, la sacra alianza de los pueblos de la Europa Central.»

Tardó en recobrarse. Durante un tiempo se quedó sin habla y sufrió una depresión. «De pronto, prácticamente todos los lugares donde había jugado de pequeño pertenecían a países extranjeros.»

Solo en 1927, al ser nombrado inspector de caballería del Ejército de la República de Austria, empezó a recuperarse mentalmente.

En 1933 y 1934, Podhajsky conoció la euforia como aprendiz de jinete en la Escuela Española de Equitación. «Mis maestros, verdaderos modelos de autocontrol, me inculcaron a través de sus lipizanos la mentalidad necesaria para alcanzar el máximo grado de doma.»

Su participación en las olimpiadas de Berlín supuso una fuente de frustración para el resto de sus días. Él, austriaco, era el mejor. No obstante, el jurado se mostró tan corrupto que el oro y la plata acabaron en manos alemanas.

Despachó la anexión de Austria en dos frases: «En 1938 la Historia universal sacudió mi vida sin previo aviso [...]. Austria fue engullida por el *Reich* y sus oficiales por la *Wehrmacht*».

En el verano de 1939, Podhajsky se llevó a sus blancos caballos de gira por Alemania. Fue todo un éxito. A causa de la movilización general, como preludio a la invasión de Polonia el 1 de septiembre, estuvo a punto de perder a sus palafreneros más capacitados. Sin embargo, logró convencer al mando supremo de Berlín de la necesidad de que algunos sargentos fueran eximidos de la obligación de acudir al frente para poder cuidar de los lipizanos. «Resulta difícil imaginarse mayor muestra de respeto a la cultura europea.»

Me habían prevenido de ello una y otra vez. Si quería comprender las peripecias vividas por los lipizanos bajo el Tercer Reich, había una cosa que no debía perder de vista: que Adolf Hitler era austriaco. Nació en Braunau am Inn, un pueblo fronterizo, pero aun así austriaco al cien por cien. Braunau fue el primer lugar de Austria que Hitler visitó en su marcha triunfal de marzo de 1938. Por todas partes le recibía una muchedumbre exultante de alegría, con Viena –donde había sido rechazado en dos ocasiones por la Academia de Bellas Artes– como gran final. Desde un balcón del Hofburg arengó a cientos de miles de personas.

«Este país es alemán», vociferó. Y también: «Informo a la Historia de la incorporación de mi patria al *Reich*». Desde arriba paseó la mirada por la plaza de los Héroes, con sus célebres estatuas ecuestres, que sobresalían de la multitud.

De buenas a primeras, la Ópera, el Teatro Nacional y la Escuela Española de Equitación, algo así como la Santísima Trinidad de la cultura austriaca, quedaron convertidos en el orgullo de Alemania. Al término de su discurso, el *Führer* habría podido caminar por los pasillos del palacio hasta la Escuela de Invierno y el Stallburg, pero a Hitler no le gustaban los caballos. Calzaba botas sin espuelas. Hasta había quien aseguraba que los caballos le infundían pavor. En el día de su cumpleaños, en abril de 1933, la revista equina *St. Georg* le rindió homenaje con un retrato en portada a toda página. El pie de foto rezaba: «El hombre que hizo que Alemania volviera a cabalgar». Sin embargo, en ese mismo año, el *Führer* se negó a aceptar como obsequio el caballo de saltos Wotan, triple campeón de la Coppa d'Oro Mussolini. Envió un telegrama en el que afirmaba sentirse «profundamente conmovido» por tan hermoso gesto, pero su decisión estaba tomada:

> Al fin y al cabo, ya soy copropietario de este caballo, de modo que no importa a quién pertenezca. Es una joya, y orgullo de la nación alemana.
> Adolf Hitler

El *Führer* era vegetariano. Adoraba los perros. En el frente, sumido en el fango belga, se apiadó de Fuchsl, un fox terrier blanco. Más tarde, en su propia guerra mundial, tuvo un pastor alemán, una hembra llamada Blondi. Los lipizanos, en cambio, le atraían por su naturaleza genuinamente «austriaca». Además, el arte que exhibían –a medias entre el ballet y la gimnasia– enlazaba con el culto al cuerpo que tanto le apasionaba. Y, para colmo, los blancos caballos eran la máxima expresión de la pureza racial.

Hacia el final del largometraje, el maestro y primer jefe Zrust conducía a la delegación alemana hasta el

palco imperial, un espacio rectangular con chimenea y lámparas decorativas con aspecto de velitas en la pared.

«Señoras, caballeros, por favor, tomen asiento.»

En el centro se encontraba una mesa de salón con un arreglo floral y cuatro sillas. La dama se quitó los guantes y retocó sus rubios cabellos. Después de que Zrust se apartara con discreción, la cámara cambió de perspectiva, ofreciendo una panorámica desde arriba de los tres visitantes, acomodados en la mejor posición posible, en una Escuela de Invierno por lo demás vacía.

Llegaron tres caballos, uno detrás de otro, en un galope contenido. «¡La prueba de obediencia!», anunciaba Zrust.

En lugar de enviarlos a la ancha pista, el maestro de ceremonia los mandó al estrecho palco. Los animales dieron la vuelta a la mesa girando como un carrusel, ligeros, sin rozar nada ni a nadie. El círculo era tan pequeño que no habría cabido ni un solo caballo más. Finalizada su danza coral, abandonaron el palco por el lado opuesto.

Los alemanes comenzaron a aplaudir, pero Zrust les rogó silencio, porque faltaba la otra mitad de la prueba. Se acercaron otros tres caballos blancos. Supe por la cola cortada en línea recta que el del medio era Conversano Savona. En un movimiento rítmico de cuatro o cinco saltos, los machos rodearon la mesa por la derecha. Detuve la imagen para poder contemplar mejor a Savona. Pese a sus 28 años seguía rebosando temperamento. Tras iniciar su carrera en la Alta Escuela para mayor honor y gloria del emperador, pasó a actuar –entre los 7 y los 27 años– para la República y, finalmente –en su vejez–, acabó rindiendo obediencia, ignorante y no sin cierta frivolidad, al Imperio de los Mil Años.

Al volver a reproducir la cinta dejé que desapareciera galopando entre los bastidores.

II

El retorno del tarpán

La política racial de Hitler tenía su origen en un experimento con caballos y bovinos. Desde los años 1920, los hermanos Heinz y Lutz Heck, directores de sendos parques zoológicos, se esforzaban por demostrar que los antepasados primitivos de la vaca y el caballo, ambos extinguidos, podían volver a criarse, buscando la pureza primigenia a través de los genes mezclados de las razas domesticadas.

Los hermanos Heck crecieron en el zoo de Berlín, que dirigía su padre. Lutz sucedió a su progenitor en 1931, mientras que Heinz, dos años más joven, se encargó del Tierpark Hellabrunn de Múnich. A diferencia de sus antecesores en el cargo, tanto uno como otro antepusieron las especies autóctonas –osos, linces, nutrias– a las más exóticas, erigiendo el nuevo hábitat de los lobos en Berlín en su mayor reclamo. En un acto de patriotismo, y también por curiosidad científica, se empeñaron en «reconstruir» y dar vida a los uros –avistados hasta 1623– y a los tarpanes –después de que la última yegua salvaje se matara en 1880 al precipitarse a un barranco en Ucrania en el curso de una batida–. Lutz crió rebaños de asilvestradas vacas corsas, toros de lidia españoles y otros bovinos de apariencia feroz, aplicando los siguientes criterios de selección: agresividad, color, tamaño y forma de los cuernos. Por mucho que el uro hubiera dejado de existir, parte de su material genético pervivía en los bóvidos. Por medio de una reproducción planificada y controlada, los genes originales volverían a encajar como un rompecabezas y, de ese modo, se acabaría resucitando a una especie muerta.

En Múnich, Heinz persiguió ese mismo ideal con unos caballitos cenicientos: koniks polacos. Descendían de los últimos tarpanes, que vivían en cautividad. El 22 de mayo de 1933, en la segunda generación, su técnica surtió efecto. «¡Salió un potro fabuloso!», escribía Heinz con mirada retrospectiva. «De pelaje gris bastante homogéneo, con crines negras, cola negra y una ancha raya oscura que le recorría la espina dorsal. El ejemplar reunía todos los rasgos comprobados del antiguo caballo teutónico. ¡Ahí estaba nuestro caballo primitivo! Había nacido un animal que ya nadie hubiera esperado ver jamás.»

Fue Lutz quien relacionó el retorno del tarpán –y más tarde también el del uro– con los mitos de grandeza del pueblo alemán: por las venas de aquellos animales resucitados fluía «la sangre pura de los antiguos habitantes de las selvas germánicas», los bovinos salvajes y los caballos del *Cantar de los nibelungos*. Lutz supo como nadie apreciar el interés social del experimento de «re-creación». Los productos del cruzamiento, los bastardos, permitían recuperar la línea pura. Eso significaba que aún se estaba a tiempo de invertir –a través de una selección adecuada– la progresiva degeneración del pueblo germano. Existía la posibilidad de borrar los elementos turbios de una raza en el plazo de unas pocas generaciones y, a la vez, rescatar los genes arios. Lutz Heck ingresó en las SS y entabló amistad con Hermann Göring, para quien organizó batidas de caza en los bosques de Schorfheide, al norte de Berlín, donde fueron liberados los tarpanes «reconstruidos».

Me sabía la historia de los hermanos Heck porque conocía a los «recriadores» de mi época. En la Universidad Agrícola de Wageningen, donde estudié en los años ochenta, constituían la vanguardia de los ecólogos. La mayoría de ellos poseía un título de ingeniero en Zootecnia, una disciplina orientada originariamente a la mejora de la calidad de la ubre o el emplazamiento de los pezones de las vacas lecheras. Sin embargo, esas aplicaciones no les interesaban. Ellos se proponían deshacer la domesticación. Pretendían asilvestrar los caballos y las vacas, conocidos en su jerga como «ganado grande».

Al ser preguntados por el objetivo que perseguían con la cría, tenían la respuesta preparada: caballos y vacas cuya constitución y temperamento se asemejaran al máximo a los de sus antepasados extinguidos. Por eso mismo, puestos a elegir, preferían a un potro que mordía y coceaba a otro que, movido por la curiosidad, se acercase a lamerles la mano.

Carolien pertenecía a ese gremio. Era una mujer robusta, sin reparo alguno en introducir el brazo hasta la axila en el conducto pélvico de una vaca. Fue ella quien me presentó a sus correligionarias. Ninguna de sus compañeras se maquillaba y todas vestían prendas unisex de color camuflaje. Los recriadores sí comían carne, aunque solo la de los ejemplares más débiles de sus propios rebaños.

«Yo por mí la vendería», afirmó Carolien, «pero el consumidor de a pie la encuentra demasiado dura». Y esa dureza no se podía combatir dejando manir los filetes durante una semana hasta que las células comenzaran a descomponerse. «Para cuando la carne está blanda, ya se ha sobrepasado la fecha límite de venta.»

En una época en la que cada vez menos gente creía en la posibilidad de moldear la sociedad, los recriadores centraron su atención en la maleable naturaleza. A finales de los años ochenta se vieron beneficiados por el hecho de que, gracias al fracaso de un proyecto destinado a ganar terreno de cultivo al mar, las tierras densamente pobladas de los Países Bajos fueron ampliadas con las Oostvaardersplassen, una reserva natural de unas dimensiones impropias de ese pequeño país cuyos pantanos terminaron por dar cobijo a la flora y fauna

habituales en un delta fluvial de clima templado. Se desarrolló un rico ecosistema, aunque la cadena alimentaria carecía de algunos eslabones esenciales: cabezas de ganado y su depredador natural, el lobo. Si bien la propuesta de soltar lobos no fue bien recibida, nadie tenía inconveniente en que la reserva se poblara con bovinos de pelo largo y caballos cenicientos. A los recriadores les aguardaba la ardua tarea de filtrar los rasgos primitivos del ganado domesticado con el fin de re-expresarlos en copias de especies equinas y bovinas desaparecidas, en un intento por perfeccionar el ecosistema.

Carolien y los suyos continuaron la obra de los hermanos alemanes, no solo en el espíritu, sino en la letra: introduciendo bovinos de Heck. Los ingenieros de la naturaleza holandesa apostaron decididamente por los descendientes de los supuestos uros que aparecían retratados en más de un cartel con cruz gamada. También les sirvieron de punto de partida los recreados tarpanes de Heinz. A su juicio, esos animales no despedían el menor tufo nazi, en cualquier caso no más que un Volkswagen.

Los recriadores se consideraban a sí mismos progresistas. Según ellos, el futuro pasaba por acabar con la sumisión de la naturaleza al hombre.

En el preciso momento en que empezaron a soltar en la naturaleza de fabricación humana la prole de los animales erigidos en símbolo nazi, salió a hacerles la competencia un nuevo tipo de eugenista, tan poco convencional –si no más– como los herederos de los hermanos Heck, aunque hecho de otra madera: el transgenista. Apareció en escena el 16 de diciembre de 1990, en la persona de Herman de Boer, catedrático de Biotecnología de la Universidad de Leiden. Aquel día, el profesor De Boer, fiel a la tradición holandesa, invitó a toda su gente a bizcochos con mantequilla y granizo de anís azucarado, de color azul, porque el ternero que había nacido unas horas antes en su laboratorio era un macho. El animal recibió el nombre de su creador: Herman. Por el físico no hubiera podido deducirse que las células corporales del pequeño toro llevaran incorporado un fragmento de ADN humano.

El profesor y su equipo vestían camisetas estampadas que decían:

1990 – THE YEAR OF THE TRANSGENETIC COW.

En el camino al triunfo, De Boer y sus colegas de bata blanca habían celebrado cada avance, pequeño o grande, con el rugido *DNA*, que consistía en gritar siete veces seguidas en inglés *«¡Déééé-Ennnn-Aaaah!»,* agarrados por los hombros, hasta que se quedaban sin voz.

En teoría, las futuras hijas del toro Herman deberían dar leche materna humana, o al menos una variedad de leche que contuviera uno de los componentes de aquella: la lactoferrina.

«La Madre Naturaleza ha encontrado en la biotecnología a un nuevo amante», sentenció Herman. Esas palabras merecían un brindis con champán. El público prorrumpió en vítores y aplausos. Sin embargo, al otro lado de las vallas de la empresa Pharming se escucharon abucheos de protesta. En todo el país, la Sociedad Protectora de Animales mandaba empapelar las paradas de autobús con imágenes de madres con ubres al estilo de René Magritte. ¿Acaso se había creído el profesor que podía arrogarse impunemente el papel de Dios o del demonio? ¿Ya no se acordaba de quién era Mengele? Por la noche, espectros con pasamontañas se dedicaban a destruir estaciones biológicas para el cultivo de maíz y patatas transgénicos. Bajo el seudónimo de De Ziedende Bintjes –Las Patatas Furiosas– distribuían panfletos en los que reivindicaban la autoría.

«Terroristas», opinaban los periódicos. «Los coletazos de la Fracción del Ejército Rojo en los Países Bajos.»

No se trataba de vándalos comunes. Las octavillas semejaban publicaciones científicas; solo faltaban la bibliografía y las notas a pie de página. Habida cuenta de la cuantía de los daños, el Servicio Nacional de Inteligencia no podía por menos que vigilar a la nueva banda de Gedeón. Sin embargo, la tentativa de infiltrarse en el grupúsculo a través de estudiantes de la Universidad Agrícola de Wageningen fracasó. En la redacción de la revista para la que yo trabajaba a comienzos de los años noventa también nos preguntábamos quién se escondía tras aquellos actos violentos contra los esfuerzos por cortar y pegar moléculas de ADN. ¿De qué clase de individuos se podía esperar que reunieran ambos elementos: el afán de destrucción y una formación universitaria en Genética? Me enviaron a mí a averiguar la respuesta a esa pregunta, con el argumento de que, como exalumno de Wageningen, seguramente sabría dar con el caldo de cultivo de Las Patatas Furiosas.

En una casa okupa de vegetarianos estrictos en Wageningen me reuní con los miembros del Grupo de Contacto para la Biotecnología y la Sociedad. Conocía de vista a esos chicos y chicas anarquistas cuyos ornamentos revelaban cierto toque de frivolidad. En los ojales de sus negros abrigos lucían cascabeles. Todos tenían un aspecto desaliñado, al igual que los perros con los que compartían el hogar. Algunos estaban preparando la tesis doctoral.

–En un momento de la Historia, el hombre pasó de presa a predador –observó uno de ellos.

–Y para celebrarlo practica el sacrificio ritual.

–El asesinato ritual –rectificó otro.

–La matanza de toros –intervino un tercero.

Quedamos en que no se mencionarían nombres. Estábamos sentados en la cocina comunitaria de una vieja casa del dique, entre cajas repletas de verduras procedentes de la huerta colectiva. Uno de los okupas, un doctorando con toda una fila de aros en la oreja, afirmó: «Nosotros somos a Las Patatas Furiosas lo que el Sinn Fein al IRA».

Según explicó, hacía cuarenta mil años que la evolución se había descarrilado. Lo que los paleontólogos calificaban de «gran salto adelante» no era otra cosa que la imposición de la hegemonía del hombre sobre los animales. El *Homo sapiens* se había escapado del pelotón de las especies y había conseguido someter a las demás criaturas a su voluntad.

El muchacho recurrió a Darwin: «Hemos convertido a los animales en nuestros esclavos y por eso no nos gusta considerarlos nuestros iguales».

Había que verlo de la siguiente manera: toda clase de animales salvajes habían sido apartados de la senda de la evolución. Los habíamos enjaulado, domado y criado para beneficio nuestro. Peor aún, la domesticación no se limitaba a los caballos, los lobos o las cabras, sino que hasta los esclavos africanos habían sido encadenados y vendidos en el mercado.

Una chica sentada en un desgastado sofá en compañía de su perro sumó a la lista la opresión de la mujer y manifestó que el ejercicio del poder desembocaba siempre en el control del material genético.

Ese último comentario exigía un momento de reflexión.

–A través de la moral sexual –añadió la joven del perro.

Se hizo el silencio.

–Es por eso por lo que la homosexualidad provoca rechazo, a veces rayando en la histeria. A la gente no le gusta que los genes de papá y de mamá ya no se transmitan como es debido.

–¿De modo que queréis dar marcha atrás a la Historia, o mejor dicho a la evolución? –concluí.

–No –respondió el doctorando–. Queremos evitar que se repitan determinados excesos en nombre de la genética.

–El Holocausto –sugerí.

–Sí, ¿y qué me dices del *apartheid?*

En mi visita a los sótanos del denominado BioTechnion pasé por delante de unas jaulas con ratones transgénicos que se parecían a los ratones normales, con la diferencia de que eran tres veces más grandes que sus congéneres no manipulados.

«Residuos peligrosos», ponía en una cajita con cagarrutas.

–¿Qué tienen de malo esos excrementos? –pregunté al administrador del centro de experimentación con animales.

–Son carcinógenos –contestó y, ante mi falta de reacción, precisó–: cancerígenos.

En el ITAL, el Instituto de Energía Nuclear aplicada a la Agricultura, el director del Departamento de Biología Molecular abrió la puerta de un laboratorio con grado de seguridad C-1. Una colaboradora equipada con mascarilla y gafas de plexiglás introducía finísimas tiras de clavel en un líquido vertido sobre una placa de Petri. Con ayuda de unas pinzas sumergía los verdes confetis en una sopa de bacterias que transmitían extrañas propiedades genéticas a las células vegetales con el fin de crear un clavel más duradero.

–Lo que yo hago es nuevo y desconocido y, por tanto, macabro y peligroso –observó con una sonrisa aparentemente sardónica.

Seguimos hasta una habitación con forma de cubo cuyo rótulo decía CUARENTENA. La estancia se hallaba aislada por medio de una cámara de seguridad con dos puertas acorazadas. Los tecnólogos que realizaban experimentos con gérmenes patógenos al otro lado de las portillas estaban embutidos en trajes blancos de los pies a la cabeza.

–Al cabo de cada ensayo, la habitación es esterilizada por completo –comentó el director del Departamento de Biología Molecular.

Me enteré de que Las Patatas Furiosas, cuyas actividades destructivas habían llegado hasta el ITAL, tenían un precedente en Alemania. En los alrededores de Colonia, un comando femenino llamado Gen-Joggerinnen –corredoras de los genes– había saltado la valla de un vivero del Instituto Max Planck, donde crecían miles de petunias a las cuales se había inoculado un gen del maíz. Desbarataron el ensayo plantando varias matas de flores «bonitas». Resultó menos lúdica la acción de protesta de los Virus Encolerizados de Darmstadt. El primer día del año 1989 prendieron fuego al Instituto de Genética local, según explicaban en su folleto, para cortarle el paso a los pioneros de la «cría de seres humanos».

De pronto me vi pertrechado con una batería de argumentos a favor y en contra de la tecnología de mejora de las razas y las especies, pero ¿cómo sopesarlos?

El pasado estaba ahí y no se podía negar: la aplicación de las conclusiones poco elaboradas de Mendel había dado lugar a las páginas más negras de la Historia. Los ingenieros de la genética, entre ellos Herman de Boer, defendían su trabajo aludiendo a la parábola del cuchillo del pan: se usa el mismo utensilio para cortar el pan

y para degollar a alguien. Juraban y perjuraban que sus incursiones tecnológicas servían única y exclusivamente a fines nobles. Ello no era óbice para que manipularan herramientas empapadas en sangre vieja. No cabía la posibilidad de borrar de un plumazo los antecedentes y empezar de cero, como también sugería el orador de una conferencia para los estudiantes de la universidad.

La disertación llevaba por título: «*Nature vs. Nurture*: La genética en la primera mitad del siglo XX». Se celebró en el salón comedor revestido de madera del Hotel De Wereld.

Acudieron unos cuarenta interesados, incluidos varios okupas o asimilables que aún no sabían que llevar un ratón blanco estaba pasado de moda, al menos fuera de Wageningen. En el alféizar, un chico rapado al cero hacía correr un ratoncito por sus manos entrelazadas en forma de cuenco como en una noria.

Nuestros pies estaban pisando suelo histórico: el 5 de mayo de 1945 se firmó en esos mismos metros cuadrados la capitulación de los alemanes en los Países Bajos. En la pared colgaba un marco con una fotografía de dos generales, uno alemán y otro inglés, sentados frente a frente, ambos tiesos como una vela. SALA DE LA CAPITULACIÓN, decía un cartelito encima del marco de la puerta. Desde hacía poco se alquilaba también para bodas. Aún era de día. Las ventanas daban al monumento antibelicista que se erigía en la esquina con la Bevrijdingsstraat, la calle de la Liberación.

El conferenciante resultó ser un epistemólogo con traje de tela vaquera. A su lado, en una pantalla, apareció un vaticinio de 1922: «En el futuro próximo, el hombre será capaz de sintetizar formas de vida inconcebibles en la naturaleza». Las palabras provenían de Nikolai Vavilov, «biólogo de Lenin» y uno de los primeros mendelianos. Sintió el deber de dedicar su vida a la erradicación de las malas cosechas. El zar lo envió a Persia y a Afganistán en busca de variedades de trigo y centeno resistentes a las heladas. En 1917, los Vavilov, una familia de comerciantes de San Petersburgo, fueron «proletarizados» por los bolcheviques. Ni siquiera aquello logró enfriar el entusiasmo de Nikolai. Con vistas a la creación de lo que debería llegar a ser el mayor semillero del mundo, viajó a las zonas de origen de los principales cultivos con intención de adquirirlos *in situ*: el maíz en México, la patata en el Perú y el trigo en Palestina. Se llevó a Leningrado todas las semillas y tubérculos habidos y por haber. En una entrevista que concedió en París afirmaba: «Aspiro a una filosofía agraria de alcance universal. O mejor dicho, a una filosofía agraria marxista. Cito a Marx: “Antes los científicos estudiaban el mundo para comprenderlo, nosotros lo estudiamos para modificarlo”».

El público se rio por lo bajo. Las palabras y los actos de Vavilov tuvieron buena acogida.

Nikolai Vavilov instaló decenas de semilleros bien surtidos por toda la Unión Soviética, fiel a la idea de que la mejora de los cultivos requería un surtido amplio y diverso «para poder dirigir la evolución».

En 1924, la colección de Vavilov contaba ya con 64.000 especies y variedades. Los genetistas del resto del mundo o bien lo admiraban sin reservas o bien se mofaban de él. Los detractores no creían en Mendel, sino en la centenaria tesis de Lamarck: una propiedad adquirida durante la vida de un organismo puede transmitirse por vía genética a la generación siguiente. Desde esa perspectiva, traer centeno a prueba de heladas de Afganistán se consideraba una complicación innecesaria, pues bastaba con que cualquier planta de centeno sobreviviera a un invierno gélido para que se volviese resistente a las bajas temperaturas. En otras palabras, el hombre podía «curtir» los organismos o adaptarlos de cualquier otra manera al entorno para que luego las generaciones posteriores heredaran esas modificaciones.

Se nos informó de que, poco después de la Primera Guerra Mundial, un tal Paul Kammerer, experto en reptiles y anfibios de Viena, insufló nueva vida al lamarckismo. Además de como zoólogo, el doctor Kammerer dio que hablar como músico, masón, ateísta y pacifista. Consiguió cambiar el color de las salamandras modificando el color de la tierra del terrario. Al tratarse de una propiedad que se enmarcaba dentro del fenómeno de los rasgos camaleónicos, no despertó demasiado interés. Sin embargo, su experimento con anfibios causó un revuelo mundial. En su laboratorio de Viena, Kammerer obligó al sapo partero común, una especie que se aparea en tierra firme, a procrearse en el agua. Tenía curiosidad por saber cómo los animales se las arreglarían en un ambiente húmedo y resbaladizo al carecer de «callosidades nupciales»: unas protuberancias en la palma de las extremidades anteriores que permitían a los sapos acuáticos aferrarse a las hembras. A los sapos terrestres les costó mucho trabajo copular, hasta que se obró el milagro: la cuarta generación vino al mundo con callosidades nupciales. Habían nacido unos sapos terrestres que presentaban un rasgo propio de sus primos acuáticos, no por cruzamiento sino por adaptación.

Con motivo de su gira por Estados Unidos, en 1924, el doctor Kammerer fue recibido por *The New York Times* como el «nuevo Darwin». Las verrugas en las patas de los sapos terrestres confirmaban la veracidad de las tesis de Lamarck. Los caracteres hereditarios contenidos en el idioplasma no eran determinantes, sino moldeables en función del entorno. Había que restar importancia a lo innato en beneficio de lo adquirido y lo aprendido. Ese triunfo de la *nurture* sobre la *nature* acabó con las pretensiones de superioridad de arios y aristócratas. El conferenciante nos obsequió con una cita del idealista Paul Kammerer: «Estos milagrosos resultados abren un camino radicalmente nuevo hacia la mejora de nuestra raza y la purificación y el fortalecimiento de toda la Humanidad. Una vía mucho más hermosa y digna que la de los fanáticos racistas». Kammerer arremetió contra los llamados *Hakenkreuzler* o cruces gamadas, los cabezas rapadas de la sociedad de estudiantes vieneses que en los años veinte recorrían como pandillas de matones las calles de la ciudad,

blandiendo la bandera con la esvástica. Criticó el descarnado antisemitismo que en Austria afloró muy pronto en campañas como «¡No les compren a los judíos!» y la promesa de políticos y sacerdotes de propiciar una «Viena libre de judíos». En Moscú, el ministro soviético de Cultura reconoció en Kammerer el perfil del héroe socialista y mandó realizar un largometraje titulado *Salamandra* sobre ese genio extranjero que había demostrado que la procedencia no resultaba decisiva para el futuro del ser humano. Lo importante era el entorno en que uno se criaba. Una sociedad igualitaria sin clases daría automáticamente lugar a un hombre nuevo y uniforme. La herencia lamarckiana constituía un eslabón tan esencial, por no decir imprescindible, en la creación del *Homo sovieticus* que a Kammerer le ofrecieron una cátedra en la Universidad de Moscú. El doctor se habría marchado a la Unión Soviética si no hubiera sido porque en agosto de 1926 la revista *Nature* publicó los resultados de un estudio en el que se alegaba que los sapos terrestres de Kammerer habían adquirido sus callosidades nupciales mediante inyección subcutánea de tinta china.

Llegado a ese punto, el orador tomó un sorbo de agua. «Unas semanas después», prosiguió, «Kammerer escribió una carta a sus camaradas de Moscú». Defendió su inocencia, pero como no podía probarla se disculpó por la conmoción que había ocasionado. El doctor terminó su misiva con las palabras: «Espero tener el valor de poner fin a mi vida destrozada». A la mañana siguiente se pegó un tiro.

Abandonamos la sala en silencio. Se encendieron las farolas, pero, curiosamente, yo seguía flotando en otro tiempo y en otro espacio, en algún lugar entre Viena y Moscú.

Aunque Kammerer fue condenado a ocupar un segundo plano en la historia por estafador, su muerte no zanjó la lucha entre mendelianos y lamarckistas, sino todo lo contrario. Los soviéticos volvieron a la carga. Menos de un año después del escándalo en torno a la persona del doctor vienés, en agosto de 1927, *Pravda* lanzó a un nuevo abanderado del lamarckismo: Trofim Lysenko, un hombre misterioso, sin formación académica. Según decía el periódico, en un koljós de la República Soviética de Azerbaiyán, Lysenko había transformado trigo de invierno en trigo de verano «manipulando» las semillas, no por polinización cruzada.

El prestigio del proletario hecho a sí mismo fue en aumento. Al humedecer las semillas y congelarlas, mutaban poco a poco en especies de abundante cosecha. El método Lysenko resultaba cada vez más prometedor, sobre todo durante las hambrunas de 1932 y 1933. En Ucrania, la colectivización de la agricultura por Stalin causó millones de muertos y el surgimiento generalizado del canibalismo. Superada la catástrofe, había que buscar chivos expiatorios. Se inició la era de las grandes depuraciones soviéticas. Nikolai Vavilov, buque insignia de la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas, corría el riesgo de terminar en un gulag. Sus antecedentes burgueses y sus contactos al otro lado del océano levantaban sospechas y se le acusaba de «sabotaje agrario»: obcecado con la creación de bancos de semillas, había perdido de vista las necesidades del pueblo.

De súbito, la perspectiva mendeliana recibió el calificativo de «postura enemiga de las clases en el ámbito de la biología». En los congresos, el tiempo de uso de la palabra de Lysenko fue creciendo.

En 1936, en uno de esos encuentros, Vavilov le preguntó:

–¿Es usted capaz de modificar los rasgos hereditarios de las especies?

–Sí, camarada.

Lysenko declaró inválidas las «leyes de los guisantes» de Mendel. Mendel era un monje, alemán para más señas, que había creado una heterodoxia estática y conservadora inaceptable para los bolcheviques, fervientes partidarios del dinamismo y el progreso.

En 1938, Vavilov, el «biólogo de Lenin», fue destronado por el «biólogo de Stalin». Dos años después, metieron a Vavilov dentro de un automóvil negro y lo llevaron a un gulag a orillas del Volga, donde murió como mártir de la genética.

Hasta aquí el Este.

¿Y el Oeste?

Lo más llamativo era que, en Europa y América, el afán por crear seres humanos mejorados se manifestaba tanto en la izquierda como en la derecha, en los progresistas como en los conservadores. Prácticamente todos los genetistas pretendían aplicar a la sociedad las técnicas de los criadores de animales. En 1920, el presidente del Movimiento Americano por la Eugenesia vaticinó que «la transferencia al ámbito humano de los elevados criterios de apareamiento manejados en la cría equina» supondría una auténtica revolución para la Humanidad. Soñaba con el día en que las mujeres exigieran a sus pretendientes «un historial biológico y genealógico», del mismo modo que los criadores de ganado se negaban a aceptar sementales sin pedigrí. Según propugnó el primer biógrafo de Gregor Mendel en 1924, la sociedad tenía que pedir un duro sacrificio a los indigentes y los inválidos: debían renunciar a «la felicidad de tener hijos». Cuando algún líder político salía en defensa de los más débiles, movido por razones humanitarias, no pocos genetistas recurrían al proverbial *survival of the fittest*, o supervivencia del más adaptado. Aunque «adaptado» no era lo mismo que «fuerte», la teoría de Darwin solía entenderse, equivocadamente, como «la ley del más fuerte». Quien deseaba mantener con vida a discapacitados y contrahechos se burlaba de la Naturaleza. Si a ello se sumaba la visión futurista

del *Übermensch* de Nietzsche –que miraría hacia el hombre del pasado con vergüenza y dolor– estaban servidos los principales ingredientes del darwinismo social.

Como había que empezar por alguna parte, el holandés Herman Bernelot Moens lanzó la propuesta de cruzar un hombre negro con una hembra de chimpancé. Una sola vez. Albergaba la esperanza de que de ese experimento naciera un ser medio humano medio simiesco, un tipo primigenio capaz de arrojar luz sobre la procedencia del hombre, y también sobre su destino. En el folleto de captación de voluntarios, de 1905, Moens lo explicaba como sigue: «El ser humano ha de elevarse hasta tal punto que la fe le resulte de una candidez pueril. Solo en ese caso podrá emerger una especie humana sublime, un superhombre que desdeñe al hombre actual del mismo modo que este menosprecia al hombre mono». Si el cruce entre caballos y asnos generaba mulas, ¿por qué no confiar en que el nuevo ensayo diera resultado? Para sortear el tabú de la zoofilia se podía acudir a la inseminación artificial. De ese modo, «quedarían eliminadas todas las objeciones éticas». Moens disponía de unas cartas de recomendación impresionantes y contaba con el compromiso de la reina Guillermina de contribuir a la financiación, pero, finalmente, el proyecto se frustró a causa de la Segunda Guerra Mundial.

En Escandinavia y Estados Unidos, la eugenesia arrancó con fuerza, sobre todo en California, donde la castración –y desde 1900 la esterilización– de criminales era una práctica común. En un intento de ayudar a la selección natural, decenas de miles de mujeres paupérrimas fueron esterilizadas en contra de su voluntad. Al mismo tiempo, la segregación racial y los poderosos tabúes debían evitar el vergonzoso trato carnal entre mujeres blancas y hombres negros. Cada vez más países adoptaron medidas para impedir que sus elementos indeseables se reprodujeran. Los suecos se entusiasmaron al comprobar que la aplicación de la teoría mendeliana multiplicaba con creces el cultivo de cereales. En 1921 inauguraron el Instituto de Biología Racial, una primicia mundial. Tras medir y fotografiar a decenas de miles de suecos, los especialistas clasificaron a todos ellos en tipos más o menos deseables. El siguiente paso fue la esterilización –en un primer momento voluntaria– de los sujetos inferiores.

Finlandia y Noruega se sumaron a la iniciativa. Por su parte, Dinamarca se decidió a comienzos de los años treinta a desterrar a las jóvenes licenciosas –diagnosticadas de «imbecilidad erótica»– al islote deshabitado de Spongö, cuyo barquero debía vigilar que no echara pie a tierra ningún miembro del sexo masculino. «El derecho a la vida ha de disociarse del derecho a dar vida», recomendaba un alegato holandés a favor de la eugenesia en 1926. «La reproducción del idioplasma defectuoso corrompe la sociedad», con independencia de que se produjera una mejora en el nivel de vida. ¿Acaso no había presentado Platón en *La República* la sociedad ideal como una yeguada donde todo ejemplar que padeciera una deficiencia física o mental quedara excluido de la procreación?

Alemania se subió al tren en 1933. En la Ciudad Libre de Dánzig se puso en circulación un sello de diez peniques con la efigie de Gregor Mendel. HIJOS SANOS, decía el texto en la esquina superior izquierda; en el lado opuesto se leía FUTURO FELIZ. Los nacionalsocialistas resumieron su doctrina en una concisa sentencia: «biología aplicada a la política». Todos los componentes de la teoría nazi se fundamentaban en procesos naturales. El ansia de espacio vital tenía su explicación en el concepto de biotopo, el principio del *Führer* aparecía en los machos alfa de las manadas de lobos y el hambre territorial justificaba la guerra ofensiva. El pacifismo era antinatural. Con el advenimiento de Hitler, la Era Tecnológica dio paso a la Era Orgánica. La Oficina de Política Racial del NSDAP se dedicó a clasificar a las personas en tres categorías: superiores, inferiores y «excluidos». En opinión de los ideólogos de Hitler, hacía falta un «médico del pueblo» que despojase a la población germana de máculas perjudiciales y exóticas. Los médicos normales sanaban el cuerpo, que no dejaba de ser un organismo mortal. Los rasgos genéticos, en cambio, se perpetuaban generación tras generación y, por tanto, su salud debía considerarse una prioridad. El lema *Aufartung durch Ausmerzung* [Mejoramiento de la raza mediante el exterminio] se convirtió en el núcleo del proyecto nazi destinado a la crianza de seres humanos.

En la enseñanza, las horas de Biología aumentaron en un 50%, en detrimento de las lenguas extranjeras, con el fin de «biologizar» el pensamiento.

En una librería de viejo compré algunos libros de texto alemanes de la época nazi: *Herencia, raza, pueblo*, para la enseñanza primaria, y *Genealogía y biología racial*, para la secundaria. A los alumnos alemanes se les inculcaba el amor por los místicos bosques teutones, donde los germanos primitivos, armados con puñales y lanzas, se enfrentaban al bisonte europeo. Las chicas recibían información sobre la maternidad a una edad temprana y todos sin excepción realizaban el experimento con las moscas de la fruta: desde las instancias más altas se instaba encarecidamente al Ministerio de Educación a adquirir suficientes tarros de mermelada, cloroformo y moscas para no poner en peligro las clases de Genética mendeliana.

Los niños alemanes aprendían a recitar poesías como:

> ¡Mantén tu sangre pura!
> No es solo tuya
> Viene de muy lejos, e irá mucho más lejos aún Lleva el peso de miles de antepasados
> Lleva todo el futuro dentro

Las últimas páginas de los libros de texto incluían un árbol genealógico preimpreso donde los pupilos tenían que rellenar el nombre y el color de los ojos, la piel y el cabello de cada uno de sus ancestros.

«Ningún niño o niña», escribía Hitler en *Mi lucha*, «deberá dejar la escuela sin que se le haya encaminado al completo conocimiento de la necesidad de la pureza de sangre».

La vuelta a casa

Un día, al vaciar el buzón, me encontré con una carta procedente de Viena. La dirección en el remite me aclaró que la enviaba Hans Brabenetz.

Mientras rasgaba el sobre caí en la cuenta de que sostenía en la mano un objeto sorprendente, un curioso medio que me unía con el pasado, o al menos con una tradición. Brabenetz me enviaba –«lo prometido es deuda»– una copia de un árbol genealógico centenario. En Lipica, yo le había mostrado el pedigrí de Prímula, que retrocedía en el tiempo hasta Conversano Savona, y él ahora me enviaba el de Savona, con la yegua Perletta, nacida en Lipica en 1838, como ascendiente más lejano.

La última noche de nuestra excursión, Brabenetz y yo nos pusimos a hablar largo y tendido en el vestíbulo del Hotel Maestoso. Con el dedo índice levantado repitió una vez más su adagio:

> El que se dedica a la cría de caballos deseoso de alcanzar el galardón de las palmas olímpicas, debe, ante todo, atender a elegir bien las madres.

–Virgilio –aclaró–. *Las Geórgicas*.

–¿Cómo se llega a ser hipólogo? –quise saber, consciente de que una sola pregunta bastaba para animar a Brabenetz.

Mi interlocutor colocó su bastón entre las rodillas, apoyó las manos en la empuñadura y dijo:

–¿Conoce al escritor húngaro Molnar? Molnar habría contestado: «Bueno, a ver, ¿cómo se llega a ser prostituta? La primera vez se hace por curiosidad, la segunda por amor y luego por dinero».

Brabenetz mostraba la bravura de un anciano que ya no tiene nada que perder. Nos habíamos pedido una cerveza. Frente a nosotros, un musulmán bosnio estaba hojeando un libro de la mesita de salón. Parecía un clérigo, vestido con bombachos y un blusón cerrado hasta el cuello. En la cabeza portaba un fez de color rojo oscuro.

–El verdadero hipólogo –me confesó Brabenetz– reconocerá en todo momento que el purasangre árabe posee una apariencia más noble que el lipizano, de proporciones menos armónicas. En realidad, tiene las extremidades anteriores demasiado cortas, la cabeza demasiado pesada, carece de una cruz en condiciones y la espalda le falla en todos los sentidos.

Brabenetz no heredó sus conocimientos equinos de sus padres. Provenía de una familia de artesanos, sastres para ser exactos. No tenían caballos. Se crió en el distrito trece de Viena, en torno al Palacio de Schönbrunn, donde Susi y él seguían viviendo.

–De pequeño conocía el nombre de todos los caballos del barrio y, al salir de clase, siempre pasaba a saludarlos.

Nacido en abril de 1923, frecuentó la secundaria en la segunda mitad de la década de los treinta. Me asaltó la curiosidad. ¿Habría manejado los manuales de biología nazi que tanto hincapié hacían en la genética y la constitución de los judíos, los gitanos y los criminales?

–¡Qué va! –contestó–. Austria era demasiado católica. Puede que esos libros se introdujeran después de la anexión, pero yo jamás los he usado.

–¿Llegó a cruzar alguna vez moscas de la fruta?

Recibí una mirada vidriosa por respuesta. Brabenetz soñaba con incorporarse a la caballería. En la movilización de 1939 aún no había alcanzado la edad militar. Sin embargo, en 1940 se alistó voluntario en cuanto pudo, con tan solo 17 años.

–Nada más enrolarme, encajé el primer revés: «Las unidades montadas están completas».

Por fortuna, quedaba algún caballo de artillería, encargado de tirar de los cañones. Durante su formación como oficial, Brabenetz aprendió a montar.

–Cualquier sargento se creía un pequeño dios –relató–. En el cuartel, los suboficiales no dormían en el dormitorio común, sino que tenían habitación propia.

En junio de 1941 se ofreció –a cambio de obtener algunos privilegios– para participar en la invasión de la Unión Soviética, la Operación Barbarroja.

> Bajo los sauces del Neckar
> o en las riberas del Rin,
> todos piensan que para vivir no hay mejor lugar.
> ¡Pero yo quiero ir al Cáucaso!

Eran versos de Hölderlin, el poeta. Eso era lo que recitaban.

Con una sonrisa de oreja a oreja, y antes de que yo pudiera abrir la boca, Brabenetz se disculpó:

–Sí, era joven e ingenuo.

Añadió espontáneamente que, un buen día, los chicos judíos de su clase desaparecieron.

–Y créame, por entonces no me pregunté ni una sola vez: ¿por qué?

En el verano de 1941, el regimiento de Brabenetz llegó a Crimea. Ahuyentaron a los rusos como liebres por la polvorienta llanura que se extendía más allá de la cordillera de la costa de Yalta. Con un par de caballos, Brabenetz transportaba los equipos de radio, por detrás del frente. Cuando sobrevino el otoño, su unidad y él recibieron orden de pasar el invierno en la península de Kerch.

–En Navidad se desató la contraofensiva. No libramos ningún combate. Marchábamos y marchábamos. Por la estepa nevada. Quien caía ya no volvía a levantarse, sino que moría helado. Lo he visto con mis propios ojos en un amigo mío. Lo único que podía haber hecho por él era llevarme la cadenita con su nombre para poder inscribirlo como muerto en combate en lugar de desaparecido. Sin embargo, no me atreví a quitarme los guantes. Seguí marchando.

Brabenetz me enseñó las palmas de sus manos, plagadas de cicatrices ásperas y callosas. Eran las secuelas de las lesiones por congelación sufridas en las postrimerías de 1941. En el hospital de campaña tuvieron que darle de comer como a un niño grande de 18 años al tener las dos manos vendadas. Una vez recuperado, le dieron permiso para regresar tres semanas a casa.

De vuelta en Viena, en marzo de 1942, Brabenetz asistió de uniforme como único visitante al entrenamiento matutino de los lipizanos, sentado en la primera galería de la Escuela de Invierno. Abajo, en la pista, los oficiales alemanes tomaban clase de equitación con un individuo de enérgicas cejas: el coronel Podhajsky, el director nombrado por los alemanes. A Brabenetz le sorprendió gratamente que el instructor empleara los términos técnicos austrohúngaros, y no los prusianos. Era un detalle curioso, porque en el zoo de Viena hasta los monos habían pasado a llamarse «monos alemanes», y los elefantes «elefantes alemanes».

–En realidad, los austriacos fuimos todos alemanes durante siete años.

La constatación de que la Escuela Española de Equitación se mantuvo como baluarte austriaco enorgulleció a Brabenetz.

Tan pronto como Podhajsky se percató de la presencia del espectador le llamó con la mano.

–Bajé las escaleras a todo correr y, una vez abajo, hice el saludo militar. «¿A qué ha venido aquí?», me preguntó. Y antes de que yo pudiera decir nada, añadió: «¿Por qué no trabaja? ¿Por qué no hace algo útil y agarra una escoba?». Iba a contestarle, pero él se me adelantó: «¿Nombre? ¿Unidad?». A la pregunta de qué se me había perdido en Viena pude, por fin, responder que estaba de baja por enfermedad. «¿No tiene novia?» «Sí, mi coronel, pero no sale del trabajo hasta las cinco de la tarde.»

Después de su muerte, Podhajsky se convirtió en un héroe popular del que nadie hablaba nunca mal. Lejos de Austria se le conocía en los círculos de la Alta Escuela como *«the good nazi»* en virtud de un único mérito: haber guiado sus nobles lipizanos sanos y salvos por la Segunda Guerra Mundial.

–Era un hombre complicado –opinó Brabenetz–, lo mismo que Herbert von Karajan.

Busqué un destello de ironía en el rostro de mi interlocutor, pero no encontré más que seriedad.

Según me contó Brabenetz, Podhajsky poseía el rango de coronel solo porque así lo exigía su cargo. Saltaba a la vista que jamás acudió al frente: su pecho no lucía medallas al valor.

–El último día de la guerra se quitó el uniforme de la *Wehrmacht* y se puso rápidamente un brazalete con los colores nacionales rojo-blanco-rojo –resopló Brabenetz.

El propio Podhajsky no consideró ese cambio de bando como una traición. En su biografía explicaba cómo su esposa Verena se había llevado su uniforme en una cesta de ropa y lo había hecho desaparecer unas horas antes de que llegaran los americanos. En consecuencia, Podhajsky no cayó prisionero de guerra, en tanto que Brabenetz, pese a su rango bastante inferior, fue detenido sin contemplaciones y pasó dos años y medio en un campo de trabajo en Bielorrusia.

Me acordé de nuestra primera conversación telefónica. «¿Ha servido en el ejército?» Brabenetz se había tomado muy a pecho mi respuesta negativa. Para él, la experiencia militar era una condición necesaria para comprender el mundo de los caballos. Empecé a entender por qué. Tenía que ver con la típica mentalidad del soldado profesional, proclive al pensamiento rectilíneo, como mucho anguloso, pero jamás flexible ni amoldable a las circunstancias. Así era como se le entrenaba, por no decir amaestraba. El militar purasangre había renunciado a una panoplia de cualidades humanas: espontaneidad, creatividad, autonomía, conmiseración. Conforme iba adquiriendo las propiedades soldadescas en el cuartel *(nurture)* se semejaba cada vez más a un animal domesticado. Todo militar reaccionaba de modo automático a las voces de mando. Eran capaces de permanecer inmóviles en postura de firmes o alzar las rodillas rítmicamente en el sitio, uno-dos, uno-dos, como en un *piaffe*. Por supuesto, el militar avanzado dominaba también el paso de la oca. Las unidades de élite sabían, además, desfilar con las piernas estiradas y el torso y la cabeza girados hacia el líder, formando un ángulo de noventa grados, a modo de un ejercicio de hombro adentro en el adiestramiento caballar.

Se diría que el ojo clínico y el instinto de criador de Hans Brabenetz eran innatos. Durante su entrenamiento como oficial, la doctrina basada en «la sangre y la tierra» –*Blut und Boden*– aún carecía de profundidad biológica y se limitaba a eslóganes contra los judíos y los bolcheviques. En 1942 lo destinaron a Croacia. A orillas del Danubio, en la ciudad de Vukovar, tuvo que entrenar reclutas para la caza de partisanos. Entre los croatas que secundaban la causa de Hitler estaban, por un lado, los fascistas declarados de la Ustasha, que iban por su propio camino, y por otro, el Domobran, el ejército regular del régimen títere de Croacia. A Brabenetz le encomendaron la tarea de inculcar crueldad a los *domobrani*, los soldados en servicio militar obligatorio, para la lucha contra Tito.

Le pregunté si por entonces tuvo conocimiento de la existencia del campo de Jasenovac y la masacre –sin hornos, pero no por eso menos sistemática– de partisanos, serbios y judíos. A fin de cuentas, ese «Auschwitz de los Balcanes» se encontraba cerca del cuartel y no pocos croatas ventilaban efusivamente sus sentimientos de odio, empezando por un arzobispo con vocación de líder que proclamaba: «¡Ya no es la lengua la que habla, sino la sangre!».

Brabenetz negó con la cabeza: no había oído hablar de Jasenovac hasta después de la guerra y, en aquella época, el que los *ustashi* aprovecharan el conflicto bélico para deshacerse de los serbios no pasaba de ser una mera conjetura.

–Los *ustashi* eran sus aliados –le dije.

–Llegué a ver a alguno, pero no tuve ninguna relación con ellos.

Como simple oficial de la *Wehrmacht* se le escapaban muchos detalles.

–Por lo general, todo parecía estar bajo control –se defendió–. Entrábamos sin problemas en cualquier corral a charlar con el campesino de turno, solo que después nos quedaba la duda de si habíamos estado hablando con un granjero o con un partisano.

La mayoría de los «campesinos» con los que se trataba Brabenetz trabajaban como colonos en la finca de la familia de Eltz, donde doña Antoinette, condesa de Elz, se entregaba en cuerpo y alma a la cría de árabes, nonius y lipizanos.

Con las manos en las coderas de su chaqueta, Hans Brabenetz me contó que un buen día se presentó en Vukovar un veterinario del ejército, un tal Frielinghaus. El doctor Frielinghaus llevaba consigo un poder especial del mando supremo de Berlín: venía a comprar lipizanos de pura sangre para el imperio de pura raza de Hitler.

Al parecer, en plena guerra, los jefes del ejército alemán se ocuparon activamente de los lipizanos que se hallaban desperdigados por los Balcanes. Se me ocurrieron al menos diez preguntas a la vez, pero Brabenetz no consintió que lo interrumpiera. Según me explicó, la condesa de Eltz renunció a unos 25 caballos a cambio de una regia recompensa. Recibió a Frielinghaus en un despacho «del tamaño de un granero», por decirlo con las palabras del veterinario. Su ofrecimiento para organizar el transporte fue declinado: los caballos elegidos para Hitler tenían unos cascos estupendos.

–Apuesto a que su Kitty era uno de ellos.

En efecto. Antes de profundizar en ese tema, me interesé por el motivo de aquella compraventa.

–Lo que se pretendía era preservar valioso material de cría.

–¿Solo de lipizanos?

Brabenetz alzó la barbilla y me miró a través de sus cristales tintados:

–Sí, quitando algún árabe.

Comprendí que el *Führer* se había tomado el interés de propiciar la vuelta a casa, entendida como el regreso al Imperio –*Heim ins Reich*–, del mayor número posible de lipizanos. Dio orden de ir a buscarlos a lo largo y ancho de los Balcanes: en un monasterio serbio, en el castillo de la familia de Elz en Vukovar y también en la yeguada de Macedonia, donde el rey de Yugoslavia acostumbraba a criar sus lipizanos. Con excepción de los caballos de la condesa de Elz, todos fueron decomisados sin más. La cabaña del rey Pedro II, huido y exiliado, se desplazó vía Skopie y Belgrado a Piber. La confiscación y el posterior transporte y agrupamiento de la raza lipizana obedecían a cierto patrón, aunque el porqué de la operación no quedaba muy claro, al menos al principio. Resultó que la yeguada de Piber no fue el destino final: en octubre de 1942 se procedió al desalojo de las cuadras de Piber, seguido poco después por el de los establos de Lipica. Tras la caída de Mussolini en 1943, las tropas alemanas se apoderaron de la cuna de los lipizanos y, una vez más –al igual que en 1797, 1805, 1809 y 1915–, los bienes semovientes fueron trasladados al completo.

Adolf Hitler ordenó guiar todas esas poblaciones de lipizanos por los Alpes y reunirlos luego como hijos pródigos en la localidad de Hostau, en los Sudetes.

–Como austriaco –se apresuró a matizar Brabenetz–, rechazo el término de Sudetes. Es un concepto cien por cien nacionalsocialista. Prefiero hablar de la Bohemia alemana.

La mayoría de las evacuaciones se llevaron a cabo bajo el pretexto del «peligro de los partisanos», lo cual no era del todo infundado. De hecho, una de las yeguadas de lipizanos de Croacia había sido saqueada por los combatientes de Tito. Se sospechaba que escondían los animales en las boscosas colinas de los alrededores o que los usaban en patrullas de reconocimiento.

Solo los lipizanos de los países «seguros» del Eje, Hungría y Rumanía, se quedaron donde estaban. En cualquier caso, no habrían cabido en Hostau.

–¿Sabe una cosa? –me dijo Brabenetz mientras se inclinaba hacia mí–. Tiene usted mucha suerte de que yo siga con vida. El día que me muera, ya nadie podrá contarle estas historias de primera mano.

De pronto, apareció su esposa: Susi Brabenetz venía a buscar a su marido para dar un paseo vespertino.

–¿Un paseo? –la voz de Hans Brabenetz recuperó de inmediato el volumen para sordos–. ¡Estoy hablando!

–No lo hagas por mí, sino por nuestros invitados.

Hans Brabenetz echó un vistazo al vestíbulo, donde se habían congregado sobre las relucientes baldosas unos pocos excursionistas. Para variar, no dio su brazo a torcer. Frau Brabenetz meneó la cabeza, dio media vuelta y condujo a los caminantes hasta la puerta con resolución.

Mientras tanto, Herr Brabenetz retomó el hilo de su relato. El lugar donde Hitler mandó agrupar los lipizanos yacía oculto en la selva de Bohemia, en la actual Chequia, junto a la frontera con Alemania. En tiempos anteriores, la región había pertenecido a la monarquía del Danubio y después pasó a formar parte de Checoslovaquia. En ella abundaban los alemanes étnicos –*Volksdeutsche*–, que en los años treinta clamaban cada vez más alto por el ingreso de su región en el país vecino de régimen firme y estricto, deseosos de convertirse en alemanes del imperio –*Reichsdeutsche*–. En octubre de 1938, a la llegada del sólido ejército de Hitler, se formó en cada pueblo y ciudad una espontánea hilera de brazos levantados.

La anexión de los Sudetes, a los pocos meses de la de Austria y apenas un año antes de la invasión de Polonia, sería la última conquista «pacífica» del *Führer*, con la bendición –*peace in our time*– de Gran Bretaña, Francia e Italia y de acuerdo con el Tratado de Múnich. Todos los checos fueron desahuciados y expulsados en largas y lentas columnas. Una vez que, en términos raciales, los Sudetes eran más alemanes que la propia Alemania, llegaron los lipizanos.

Los condujeron hasta unas dependencias del ejército donde normalmente se alojaba a los sementales destinados a la cría de caballos militares. A raíz del traslado de la blanca raza equina, la parada de sementales de Hostau, 600 hectáreas de henares dispuestas en torno a una majestuosa mansión, quedó convertida en una modélica yeguada. Según vaticinaba un periódico alemán, Hostau, un pueblo de alfareros y cordeleros, ya no daría que hablar por su cerámica y sus cuerdas, sino por los nobles lipizanos, puesto que en adelante los caballos blancos más renombrados del mundo pastarían en sus «magníficas praderas verdes».

El oficial que se hallaba al frente de la mayor yeguada de lipizanos de la Historia fue un gran amigo de Brabenetz: el comandante Hubert Rudofsky.

–Siempre lo he considerado como mi segundo padre –relató Brabenetz.

El hombre era un verdadero amante de los caballos. No había aprendido a conducir por convicción y podía llegar a cambiarse de ropa tres veces al día por pura vanidad, «como Hermann Göring». En prueba de la amistad que los unía, Rudofsky había donado buena parte de su valiosa colección de dibujos y cuadros de temática equina a los Brabenetz, que los tenían expuestos en su casa de Viena.

Entre 1943 y 1945, el comandante de la *Wehrmacht* Rudofsky cuidó de más de 300 yeguas reproductoras y de algunos sementales, todos ellos lipizanos, además del centenar de potros que nacía cada primavera. En mayo de 1945 había en Hostau unos 400 lipizanos, incluido el ganado joven: más o menos dos tercios del total de ejemplares disponibles para la reproducción. Cabía puntualizar que, en Viena, el coronel Podhajsky tenía a su cargo tan solo 40 sementales. No obstante, fue él quien se hizo con el título honorífico de «hombre que rescató los lipizanos de los horrores de la Segunda Guerra Mundial».

Fue una injusticia. Las yeguas desempeñaban un papel mucho más importante.

Guardamos silencio. El bosnio sentado frente a nosotros se levantó. Tal vez nos había estado escuchando.

Brabenetz se inclinó hacia atrás y observó que la culpa la tuvo Hollywood, Walt Disney para ser exactos, con su largometraje basado supuestamente en las memorias de Podhajsky. «Pura ficción.»

Me interesé por el título de la película, pero Brabenetz no me hizo caso, argumentando que sin duda me resultaría más útil la realidad.

–Y esa realidad es que, al final de la guerra, Podhajsky recibió un trato exquisito, mientras que Rudofsky acabó en un campo de internamiento checo.

Pregunté si Rudofsky había tenido hijos y si seguían con vida.

–Jamás se casó.

Tras su cautiverio, Rudofsky fue desterrado a Alemania, donde aguardó con resignación la muerte de Podhajsky, ocurrida en 1973. Después empezó a dar tímidos pasos para rehabilitar su honor. Brabenetz salió en su defensa en Viena, reclamando que se reconociera el papel de Rudofsky en la supervivencia de los lipizanos durante la guerra, con el fin de enderezar la tergiversada visión de la Historia.

–¿Y?

–Obtuvo reconocimiento en 1985. Le otorgaron un diploma y le dedicaron una exhibición de gala. Con todo, resulta muy difícil, por no decir imposible, deshacer una imagen creada por Hollywood.

Rudofsky falleció al año siguiente, en 1986. Hans Brabenetz pronunció un discurso fúnebre y depositó en la tumba una corona de los Amigos de la Escuela Española de Equitación. No hubo más.

Me interesé por Hostau.

–¿Queda algún vestigio?

–Ninguno. En 1945 expulsaron a los alemanes del lugar. Todos se fueron. Hasta el último hombre y hasta el último caballo.

Me asaltó un acuciante deseo de visitar el paraje donde Hitler había reunido la raza lipizana, convencido de que las tierras de la antigua yeguada de Hostau debían de conservar la huella de aquella fanática fe en la superioridad racial.

Brabenetz me leyó el pensamiento.

–Ahórrese la molestia –me aconsejó–. Lo único que va a encontrar es un patatal. Nada más.

Espécimen 4711

En agosto de 2002, el desbordamiento del Moldava tuvo consecuencias desastrosas. A causa de las imparables lluvias estivales, el río alcanzó en una semana un nivel de 7 metros por encima de la media habitual. Se inundaron los túneles del metro de Praga, así como el parque zoológico, situado en una zona baja. Se ahogó un elefante y una de las focas se escapó de la piscina de agua salada. Más tarde la rescataron medio muerta en el Elba, a la altura de Dresde.

> Hola,
> Tengo noticias del Archivo Militar. El edificio se encuentra en un estado deplorable desde las inundaciones de 2002. Es un milagro que los documentos sobre la yeguada militar de Hostau no hayan sufrido daños. Según me han comentado, se trata de tres cajas de cartón.

Fue la primera información de los archivos checos que Martina me envió acerca del pasado de los lipizanos bohemios. Le había pedido que comenzara a indagar sobre la yeguada –*hrˇebc´ín*, me tradujo, con erre sonora– de Hostau –*Hostounˇ* en checo–. Martina tenía la lengua atravesada por una aguja de metal coronada por una bolita negra. Era una chica-*piercing*, de cabello oscuro y peinado en punta. Había estudiado neerlandés y japonés en Olomouc. Ya había dejado atrás sus años de pasión por el manga. En realidad, estaba un poco cansada de Japón y los japoneses. Iba a embarcarse en un nuevo proyecto: una tesis doctoral sobre la literatura colonial neerlandesa desde una perspectiva feminista, «perspectiva de género», me corrigió. La conocí en un festival literario celebrado en un teatro de Praga donde había una marca roja en la pared: HASTA AQUÍ LLEGÓ EL AGUA EN 2002.

Como no podía recibir fotografías en mi móvil, Martina me envió algunas imágenes del Archivo Militar por correo electrónico. En la pantalla de mi ordenador apareció un edificio destartalado, sin lugar a dudas de la época de los Habsburgo, con la fachada mutilada. Las rejas habían perdido toda su elegancia y colgaban torcidas ante las ventanas; los marcos y los cristales habían sido arrastrados por el agua. Sobre la puerta de entrada flotaba un toldo de lona para proteger al visitante de la caída de escombros.

Martina me informaba rigurosamente de sus avances, primero por sms y luego con más detalle por correo electrónico. Al llegar al archivo tuvo que registrarse en un contenedor marítimo que hacía de conserjería. Había un perchero obsoleto del que pendían una porra de policía y un *walkie-talkie*.

«¡Vaya!», decía el mensaje corto, «está prohibido hacer fotos».

Me enteré de que el archivo funcionaba a medio gas, y con medio inventario. En 2002 todos los documentos archivados en la planta baja se habían disuelto en el agua fangosa del Moldava. Solo se habían salvado los fondos de la planta superior.

Martina subió por la escalera a una sala de lectura con luz de neón y un reloj de estación sin gracia alguna. Sacó rápidamente algunas fotografías del interior con el móvil: se veían mesas de formica y anchos alféizares con plantas cetrinas.

Las cajas de Hostau la estaban esperando en el mostrador. Al parecer, los documentos de la A a la K habían sido trasladados a la parte de arriba poco antes de las inundaciones, con motivo de una reorganización del espacio.

Martina: «¡Están! ¿Qué te parece?».

«Suerte de principiante», contesté, acompañando el texto de un *smiley* por si no captaba la ironía.

A Martina le gustaban los perros, no los caballos. Sin embargo, su sentido del honor y del deber no le permitía hacer las cosas a medias, así que ahondó con entrega en el pasado de los lipizanos.

La archivera le entregó un índice del contenido de las cajas para que marcara con una cruz las piezas de su –mi– interés. Después, la mujer pasó la lista a un censor invisible que tenía su despacho en la habitación contigua. Era él quien otorgaba o denegaba el *nihil obstat*.

La primera petición regresó a vuelta de correo.

«Spáleno» [Quemado] –rezaba la respuesta.

Aparentemente, la historia documentada de la mayor yeguada de lipizanos de todos los tiempos se había visto amenazada no solo por el agua, sino también por el fuego.

Aparecieron órdenes del Ejército Rojo del verano de 1945, aplicables a la yeguada militar. Tablas de sanciones impuestas a los saqueadores de las casas abandonadas a toda prisa por los alemanes en Hostau y alrededores. Medidas contra la propagación de enfermedades venéreas y el abuso del alcohol. Y una descripción de las raciones semanales:

Soldados	*Prisioneros de guerra*

25 g de mantequilla	–
40 g de manteca	–
125 g de margarina	10 g de margarina
750 g de carne	–
500 g de pan (al día)	250 g de pan (al día)

¿Y los caballos?

Ni palabra. Exceptuando un pedido de material para realizar pruebas sanguíneas capaces de descartar la influenza equina, elaborado por los veterinarios, y un anuncio de una subasta pública de cabalgaduras «licenciadas del servicio militar».

Martina esperó una hora larga para poder acceder a los documentos catalogados como *tajne* –secretos–. Después de evaluarlos, el censor tenía que autorizar su consulta con una rúbrica y un sello que ponía: DESCLASIFICADO. Por desgracia, ninguna de las piezas hacía referencia a los lipizanos. Había un discurso de un general de brigada checoslovaco de 1948: «Este año nuestro país ha enfilado el único camino posible, el del socialismo. ¡Así lo ha decidido el pueblo! ¡Así lo ha decidido la Humanidad!», y unas instrucciones para preparar carteles «afectuosos» con ocasión del 52 aniversario del primer presidente del pueblo. Más allá de 1949, Hostau dejó de existir como yeguada militar y las pistas de papel se agotaron.

Martina se llevó un disgusto, más que yo. «Vivimos en un vacío informativo», me escribió. «Antes, en el instituto, mis profesores se eternizaban explicando la Primera Guerra Mundial, con tal de no tener que abordar la Segunda. Y ya ni hablamos de la época comunista. Por aquí el grueso de la gente todavía no sabe cómo afrontarla.»

Martina ya había cerrado su portátil cuando se acercó a su mesa un hombre uniformado.

–¿Tiene usted interés por los caballos de Hostau?

Era el censor. Lamentaba haber tenido que defraudarla, a ella y a otra persona que había venido preguntando por el mismo asunto no hacía mucho.

Gracias a Dios, Martina tuvo el reflejo de sonsacarle la información pertinente.

La otra persona resultó ser un alemán que se dedicaba a reconstruir las rutas de evacuación de los caballos durante la guerra. De niño había presenciado una de esas huidas. En un intento por escapar de los rusos, sus padres trataron de desplazarse de Polonia a Hostau con los sementales y la familia al completo. La madre murió en el camino y luego el chico perdió a su padre.

–Me enseñó un viejo telegrama de la Cruz Roja –había relatado el censor–. El texto decía que el padre había fallecido en Praga en 1945, en la prisión de Pankrác.

Martina copió los datos de la tarjeta de visita del alemán.

–Lógicamente, como hijo se quedó con muchas preguntas sin contestar –prosiguió el censor–. Por desgracia, llegó tarde. El registro de la prisión desapareció con la crecida del Moldava.

Junto al bar de zumos de la estación principal de Múnich me estaba esperando el hombre que había huido a Hostau con caballos y todo. Estaba absorto en el *Frankfurter Allgemeine*. No por matar el tiempo, sino porque lo leía desde hacía cincuenta años.

–Ehrenfried Brandts –se presentó después de guardar su diario–. Llámame Friedel.

Lucía un pelo corto, de ese color ceniciento que adquieren los cabellos rubios con el paso del tiempo. Era de complexión alta y delgada, tal vez frágil, aunque no aparentaba los 72 años que decía tener. El calificativo de «cartógrafo de rutas de evacuación equinas» le arrancó una sonrisa, pero enseguida se apresuró a explicarme que no poseía información de primera mano sobre la yeguada de Hostau, preocupado por no cumplir mis expectativas.

–En mayo de 1945 me dirigí a la yeguada con 15 sementales en busca de asilo, pero nunca llegué.

Friedel Brandts hablaba con cautela. Cuando lo llamé por teléfono me propuso que nos viéramos en Múnich, adonde acudía con frecuencia. Era mediodía y me invitó a almorzar en el Intercityhotel, un cubo de sosiego acoplado en el ruidoso vestíbulo de la estación de trenes. Tomamos asiento en un interior de cinco estrellas y pedimos *carpaccio* de salmón con espuma de rábano picante.

–Por tanto, tampoco sé demasiado sobre los lipizanos en la Segunda Guerra Mundial. Salvo que a mí me quitaron dos de las manos.

Brandts se colocó un palillo entre los dientes, distraído, como si tuviera que espantar sus pensamientos a base de mordiscos. Al rato se repuso. Su padre sí tenía que ver con Hostau: como comandante de una parada de sementales en la Polonia ocupada era compañero de armas de Hubert Rudofsky, que dirigía la yeguada de Hostau. Ambos tenían el mismo rango, estaban bajo el mismo mando e intercambiaban de vez en cuando

algún semental. Nada más.

Para comprender la vorágine que arrastró a los caballos de Hitler había que hacerse primero una idea del concepto de la yeguada nazi en su conjunto. Brandts movió sus esbeltas manos, abrió su maletín y sacó un libro titulado *Pferde zwischen den Fronten* [Caballos entre frente y frente]. Escrito por él. Se le iluminaron los ojos cuando me tendió la obra.

–Salió hace un mes.

Era una mezcla entre informe de viaje y reconstrucción histórica, entre documento autobiográfico y crónica. Al final del libro había un mapa del continente europeo, desde el meridiano de Berlín hasta el de Minsk, donde se apreciaba una maraña de líneas de puntos que representaban las rutas de evacuación de valiosos sementales y yeguas.

–No se puede disociar la historia equina del *Generalplan Ost* de Hitler –insinuó.

Llevaba tiempo documentándome sobre ese plan. El término, igual de neutro y velado que el de *Endlösung* –Solución Final–, hacía alusión al proyecto de crear una nueva sociedad de hombres y mujeres de sangre pura en los territorios conquistados en el este de Europa. Antes que nada había que limpiar la zona de eslavos, judíos y gitanos. Luego, una inyección masiva de cinco millones de alemanes –plantados como esquejes– debía ofrecer garantías para la germanización de países como Polonia, Bielorrusia y Ucrania, cuyas fértiles tierras estaban llamadas a convertirse en el granero del Imperio de los Mil Años.

Los caballos desempeñaban en todo eso un doble papel: tirar de las piezas de artillería y arar la tierra más allá de las líneas. Seis semanas después de la invasión de Polonia, se dio comienzo a la reconstrucción de las yeguadas existentes dañadas en la guerra relámpago, una tarea encomendada a Gustav Rau, el caballerizo mayor de Hitler, que por entonces tenía 59 años.

–Un déspota –sentenció Brandts.

–¿Lo conoció?

–¡Ya lo creo! Después de inspeccionar la parada de sementales siempre entraba en casa con un puro en la boca. Nadie se atrevía a fumar dentro, pero él hacía lo que le venía en gana.

Rau se vanagloriaba de tener acceso directo al *Führer*, un privilegio que –ya fuera cierto o no– infundía respeto hacia su persona. Friedel Brandts recordó cómo vaciaban tres cuartas partes de la caja de puros de su padre por precaución, ya que el caballerizo mayor de Hitler solía abastecerse sin mesura.

Brandts podría estar horas hablando de Gustav Rau y su esposa Hertha, quien había causado en él, de niño, una impresión tan repulsiva como indeleble. A veces le mandaban llevarle hortalizas frescas con la carreta y el caballo. Era un trayecto largo. Después de colocarle las cajas en el cobertizo, ella no tenía el detalle de ofrecerle nada de beber, ni siquiera en un día de mucho calor. Sin embargo, a fuerza de instruirse sobre el desmedido afán de trabajo y mérito profesional de Rau, comenzó a ver sus recuerdos bajo una luz menos turbia. El hombre obtuvo el título de «caballerizo mayor» en 1933, año en que fue elevado al rango de jefe superior de yeguada de toda Alemania. Durante la guerra recibió carta blanca para dar forma al «caballo del futuro», valiéndose de sus dotes de criador y de los nuevos avances en el ámbito de la genética. Entre 1939 y 1945 redactó más de mil páginas sobre la evolución de su proyecto, conservadas como «informes Rau» en un archivo de Friburgo. Brandts los fotocopió y se los leyó de principio a fin, prestando especial atención a la parada de sementales de Draschendorf, donde se había criado.

Uno de los primeros textos describía el caos posterior a la capitulación polaca en septiembre de 1939:

> La yeguada de Racot, en la provincia de Posen, conocida desde siempre por sus ejemplares de sangre bereber, huye hacia el este tratando de escapar a nuestros bombarderos, que apuntan a los grises uniformes de los palafreneros polacos. El director está muerto, la manada se ha dispersado. [...] Nuestros aviadores siguen ametrallando. Hay muchos caballos muertos. [...] Los sementales premiados Indogermane y Centurio, ambos galardonados y pertenecientes a la raza trakehner, están letalmente heridos. [...] El célebre purasangre alemán Rheinwein se ha ahogado al cruzar a nado el Vístula.

Durante seis años, Gustav Rau fue de yeguada en yeguada, primero en automóvil con chófer y luego, cuando Ucrania entró a formar parte de su mando, en una avioneta de tres plazas capaz de aterrizar y despegar en prácticamente cualquier lugar. Su base de operaciones era una mansión confiscada a un magnate judío del sector textil en Łódz´/Litzmannstadt, con lujosos cuartos de baño y vistas a la alambrada que rodeaba el gueto local. Rau, más bien regordete, no tenía escrúpulos. Ni siquiera le avergonzaba mostrar el estoma que se le había practicado: en días de mucho calor se bañaba en el Vístula sin preocuparse lo más mínimo por ese hándicap. Por discreción, Ehrenfried Brandts reproducía en su libro solo parte de una fotografía de Rau en bañador, procedente del legado de su padre. Se había encargado de recortar el extremo inferior del torso.

El caballerizo mayor de Alemania acariciaba la ambición de crear nuevas razas equinas a partir del mejor y más diverso material genético que pudiera ofrecer el género *equus*. Del mismo modo que Poseidón obsequió a la Humanidad con el caballo, Rau se propuso regalar al pueblo alemán el équido militar perfecto. «Ese animal», escribía, «tendrá el corazón y el temperamento de un purasangre, la musculatura de un caballo mediano de sangre fría, cascos resistentes al desgaste, pecho ancho y una extraordinaria condición física

basada en una dieta de hierba y heno». Lo último suponía un cambio radical en las técnicas de mejora aplicadas hasta entonces: los caballos más nobles, entre ellos los lipizanos, eran especies ahembradas que necesitaban avena para sobrevivir. Rau citaba un fragmento de una carta redactada por un soldado en el camino al Cáucaso: «Cuántas veces no habremos visto cómo los caballos avanzaban a duras penas, exhaustos, con la cabeza gacha apoyada en la collera. Nada más desaparejarlos hincaban la rodilla para no volver a levantarse nunca más. Hemos atravesado pasos montañosos bautizados como "estrechos de los caballos muertos"».

La digestión y el metabolismo de la mayoría de los équidos «modernos» precisaban de pienso concentrado. Al menor fallo en el suministro se desplomaban.

Sentados a la mesa en el sereno y casi aséptico Intercityhotel, Brandts me inició en los –a su juicio notables– antecedentes de Rau. Bajo el emperador Guillermo, el soldado cayó tres veces herido en combate como ulano. «Quien se ha abalanzado con la lanza en ristre sobre el enemigo», pontificaba Rau en 1936 en su *Buch der Kavallerie* [Libro sobre la caballería], «al menos ha hecho algo en su vida».

Se ufanaba de sus cicatrices como si de medallas se tratase. Despreciaba el automóvil y se oponía como impenitente caballero a la motorización y la mecanización. Un oficial había de contemplar el escenario bélico a lomos de su Rocinante, con la visera del yelmo alzada. Si se refugiaba debajo de su coraza, se adormecía y se embotaba. «Jamás ningún ejército podrá prescindir de la caballería», sostuvo Rau hasta su muerte. En cambio, reconocía que la carga montada pertenecía al pasado. Las artes bélicas occidentales confiaron mucho tiempo –quizá demasiado– en su fórmula de éxito: galopar en formación cerrada hacia el enemigo con el fin de abrir una brecha en la defensa. Según había quedado demostrado desde Alejandro Magno, el uso de los caballos como fuerza de asalto resultaba superior a las tácticas de las hordas asiáticas montadas que, pese a ser más vivas, más veloces y más ágiles, solo rozaban la perfección cuando pisoteaban los asentamientos encontrados a su paso. Las demás «especialidades orientales» –la estrategia de las unidades moras de acercarse con sigilo a los campamentos enemigos para hacerse con las yeguas, menos ruidosas que los machos– tampoco fueron nunca decisivas. Por esa razón, el grueso de los comandantes europeos abrigó hasta comienzos del siglo XX el ideal romántico de la guerra «deportiva» con caballos. En su calidad de comandante en jefe de las tropas alemanas, el emperador Guillermo no estaba sentado en una silla ante su escritorio, sino que se pasaba el día a lomos de su montura. Nadie osaba retirar los caballos de las primeras líneas del frente, a pesar de su indefensión frente a la ametralladora. A raíz de la introducción de los gases tóxicos, se diseñó una máscara antigás equina. De hecho, se conservaban algunas fotografías en las que el jinete y su caballería respiraban ambos por un tubo de goma. Mientras tanto, emergía del lodazal belga, envuelto en humo de pólvora, el prototipo del sustituto del caballo: el carro de combate.

Entre 1914 y 1918 cayeron en los campos de batalla más de un millón de caballos. «Un sacrificio enorme el de esta pobre criatura», concluyó Rau. «Una cifra inaudita.»

Si bien la función de la caballería sufrió cambios significativos, su papel no se había agotado. En la nueva Guerra Mundial, Rau pretendía volver a equipar el ejército alemán con diéseles cuadrúpedos. Sin embargo, los generales apostaron por las motocicletas, los todoterrenos, los camiones, los carros blindados y los cazas. En otoño de 1941 se vino abajo el telón para lo que quedaba de la caballería: rumbo a Moscú, la última unidad montada alemana recibió orden de incorporarse a una división blindada.

Rau puntualizaba: «Todo avance por la senda de la tecnología supone un retroceso en la lucha contra las fuerzas de la naturaleza». Los caballos seguían adelante con independencia de la climatología. No se quedaban empantanados a –20 ºC.

En 1942, la última unidad montada del ejército de los Estados Unidos también se vio obligada a descabalgar. Rau atribuía esa medida a la presión de la General Motors, interesada en vender su armamento móvil. Aun así, en la práctica, las operaciones militares continuaban apoyándose en buena parte en la labor del caballo como animal de carga y transporte, sobre todo en el barro y la nieve del frente oriental. En la *Wehrmacht* trabajaban 3.700 herradores cuyo único cometido consistía en cuidar los cascos de las caballerías. La tarea de domar a los potros de 3 años y ponerles la silla se confiaba a mujeres de entre 18 y 40. El ejército alemán disponía de un millón de caballos y necesitaba cada mes 6.000 nuevos animales para compensar las pérdidas.

–Rau deseaba ofrecer calidad y cantidad a cualquier precio –explicó Friedel Brandts.

De paso criaría también el caballo de labor ideal –«un équido superior a muchos suelos»–, así como el mejor caballo de saltos del mundo para el deporte hípico.

En caso de necesidad, Rau no tenía ningún reparo en recurrir a la retórica nacionalsocialista más estridente, haciendo el saludo hitleriano, hablando de la aplicación de los principios del *Führer* dentro de sus yeguadas o deseándoles a sus colaboradores «algo del genio de Goebbels». Las formalidades no iban con él. Brandts me contó que, un día, Rau se había dirigido a su padre de forma impropia en un militar, «¡Heinz, ven un momento!», a lo que el padre contestó, no sin arriesgarse, «Para usted, Herr *Oberst*, prefiero seguir siendo Herr *Major*».

Quise saber si existía alguna relación entre Rau y los hermanos Heck, empeñados en reconstruir uros y

caballos primitivos de pura raza.

Friedel Brandts se mojó los labios y respondió que entre ellos había un mundo de diferencia. Rau se guiaba por la utilidad y el valor de uso. Los purasangres ingleses y árabes constituían los primeros colores de su paleta, los necesitaba para poder pintar, aunque no había que confundirlos con el cuadro en sí. Me enteré de que el caballerizo mayor de Hitler proclamaba verdades contrarias a la doctrina nazi. «Los caballos de raza no rinden mejor que los cruzados.» Y: «La complexión es más importante que la raza». Mientras en la sociedad humana se llevaba a cabo la segregación racial última y definitiva, Rau cruzó los caballos más diversos. Por ejemplo: el de sangre más fría con el de sangre más caliente, un proyecto en el que Brandts padre estuvo obligado a participar.

–En la yeguada teníamos una noriker tosca y basta. Rau nos envió un lipizano para que la cubriera.

El resultado fue un potro un tanto anguloso cuyos huesos parecían estar a punto de rasgarle la piel. Sin embargo, en opinión de Rau, se trataba de un cruce logrado.

Me sorprendió que se experimentara de esa manera con los lipizanos bajo los auspicios de los nazis.

–Demasiada sangre pura conduce a la insania –recitó mi interlocutor de repente.

La frase se le había escapado sin que recordara muy bien de dónde le venía. Con toda probabilidad se la había oído a Rau. En cualquier caso, las palabras dejaban de manifiesto que el caballerizo mayor era un sujeto pragmático decidido a suministrar caballos útiles pesase a quien pesase. Rau no tuvo inconveniente en socavar los cimientos de la ideología a la que él mismo servía. De todas maneras, el concepto de sangre pura no se podía delimitar de forma clara y unívoca. La definición de pureza racial resultaba arbitraria a la fuerza. El propio lipizano descendía de patriarcas de origen danés (Pluto), italiano (Conversano y Neapolitano), egipcio (Siglavy) y checo (Maestoso y Favory), pertenecientes a razas distintas. Podía concluirse, pues, que era un bastardo, nacido de una cabaña cruzada de la que los criadores destilaron una línea racial determinada que poco a poco había pasado a denominarse «pura».

A Brandts también le asombraba la arbitrariedad con la que los nazis trataron sus principios biológicos. Recordaba un poema corto y burlón que había tenido que aprender de memoria en la escuela «germanizada» para familiarizarse con el inglés y, de pasada, con las leyes de Mendel:

> Había una vez una joven llamada Sharkey
> Que se lió con un negrito.
> El fruto de su pecado
> Fueron cuatrillizos, no mellizos,
> Uno blanco, otro negro y dos caqui.

Con las manos apoyadas en la mesa, Brandts paseó la mirada por el restaurante, que se encontraba vacío a excepción del camarero.

–Hay algo que de niño no sabía –me confesó en tono más bajo–. Mi padre estaba también al cargo de los caballos de Auschwitz.

Por razones de cercanía geográfica. En realidad debería haberse ocupado de esos animales el propio Gustav Rau. Tras una visita realizada a Auschwitz en junio de 1941, el caballerizo mayor de Hitler anotó en su informe: «Cuenta con 8.000 prisioneros, de los cuales un 94% son polacos. Se está convirtiendo en una importante explotación agraria, con una superficie de casi 4.000 hectáreas, en la que, entre otras labores, se crían caballos, bovinos y cerdos». El agrónomo y antiguo avicultor Heinrich Himmler, jefe de las SS, accedió a abrir en Auschwitz una yeguada con 70 yeguas, la mitad de sangre fría y la otra mitad de raza holsteiner, además de un semental para cada grupo. En lugar de encargarse él mismo de esos caballos, Rau decidió de un día para otro encomendar la tarea al comandante Brandts, junto con la doma de las monturas del servicio de vigilancia, la unidad montada de las SS Totenkopf.

–Mi padre habló unas cuantas veces por teléfono con Rudolf Höß, el comandante del campo, pero hasta donde yo sé jamás estuvo en Auschwitz –me comentó Brandts–. Imagino que los curiosos no eran bienvenidos.

Años atrás escuché en Radio Noord-Holland un concurso radiofónico en el que un exaltado pinchadiscos hacía la siguiente pregunta: «¿Con qué clase de gas se mató a los judíos de Auschwitz? (a) gas mostaza, (b) Zyklon B o (c) monóxido de carbono».

El primero que llamase y acertase la respuesta correcta ganaba dos entradas para un concierto de música pop. «¡Gas mostaza!» Tanto el *disc jockey*, autor de la pregunta, como el oyente pertenecían a la generación del «todo vale». La delicadeza ya no se estilaba. Al escuchar aquello me pregunté: «¿Es reprochable la estupidez deliberada?».

Tiempo después, en Múnich, me enteraba de hechos embarazosos, desconocidos por mí y, por tanto, reveladores de mi propia ignorancia. Auschwitz como yeguada. Dicho de otro modo, bajo el humo de los hornos de cremación se había llevado a cabo un proyecto de selección y mejora genética, con todo el esmero y toda la dedicación que ello requería. Tampoco sabía que en el terreno de Auschwitz se realizaban experimentos botánicos ni que Himmler sentía un gran interés por la homeopatía y las hierbas medicinales. Nunca antes había oído hablar de la existencia de un Instituto de Genética Vegetal gestionado por las SS.

Además de un matadero humano –el mayor de la Historia–, Auschwitz fue una granja experimental y un polígono industrial. Antes de ser ejecutado en 1947, el comandante Höß declaró en Núremberg que había dirigido un «enorme laboratorio agrario».

El trato que los nazis conferían a la flora y la fauna, incluidos los seres humanos, obedecía a una planificación metódica y estricta. El *Generalplan Ost* conllevaba la limpieza étnica y la colonización de medio continente, con el fin de sustituir material supuestamente inferior por material supuestamente superior. En Auschwitz se obligaba a razas humanas despreciadas a colaborar en la mejora de la especie equina antes de exterminarlas. Y en los prados de Raisko, pertenecientes a Auschwitz, se experimentaba con el cultivo de diente de león para la obtención de caucho.

En 1941, en el momento en que se suprimió la caballería montada, la Oficina de Estadística de la *Wehrmacht* calculó que «las reservas de caucho para suelas de zapato y neumáticos» se agotarían en el plazo de un mes. No habían hecho caso a Gustav Rau: «Los caballos son el medio de transporte más fiable». Los alemanes tenían a su disposición toda una red de carreteras recién construidas, pero el bloqueo marítimo de los aliados los obligó a buscar una alternativa a las plantaciones tropicales de caucho. Hitler y Himmler creyeron poder encontrarla en el tallo del *Taraxacum officinale*: el diente de león. La Unión Soviética había diseñado un método de extracción de caucho para una variedad significativamente más rica en látex: *Taraxacum kok-saghyz*, conocido como diente de león ruso.

Por mediación del *Führer* en persona, un comando SS de biólogos nazis logró apoderarse de la flor rusa. Se le dio un nombre en clave: «Espécimen 4711».

Todo el material genético confiscado se catalogó como «kriegswichtig», vital para la guerra. Unos 350 prisioneros de Auschwitz, en su mayoría mujeres judías, algunas de ellas doctoras en Biología, manipularon las diferentes variedades de *Taraxacum* con tijeras de uñas y pinceles a fin de mejorar manualmente la planta rica en látex mediante polinización cruzada. La metodología y los resultados obtenidos se describían en una publicación científica. Un poco más allá, en la fábrica de Buna, que también formaba parte de Auschwitz, la cosecha se transformaba en caucho.

Con motivo del 120 aniversario del nacimiento de Gregor Mendel, en julio de 1942, el presidente de la Asociación Alemana de Biólogos escribía: «Si tratáramos de medir el alcance de todo cuanto se ha conseguido en este país en virtud de las leyes de la herencia, enmudeceríamos por respeto a la grandeza de los logros obtenidos y las metas aún pendientes». Según concluía un panfleto del NSDAP dedicado a Mendel, el pueblo alemán tenía el deber de sumarse al trabajo del horticultor y el ganadero: «propiciar lo útil, rechazar lo indeseable». Ese mismo año, en una fecha anterior, se había dado luz verde a la Solución Final: los vagones de ganado recorrían Europa con total puntualidad. Mientras la tarea de «quitar las malas hierbas humanas», en palabras de Himmler, se efectuaba de forma cada vez más rigurosa, las SS concibieron la idea de extraer material de la colección más amplia de idioplasma del mundo: los semilleros de Nikolai Vavilov.

En la Unión Soviética, la muestra de Vavilov había terminado por caer en el olvido. La genética mendeliana perdió la batalla ante la teoría de Lysenko según la cual las especies eran «re-educables». De los once bancos de semillas, ni uno solo se trasladó al otro lado de los Urales, como se acostumbraba a hacer con la mayoría de los recursos estratégicos. Los soviéticos desmantelaban fábricas enteras, transportaban los componentes por ferrocarril y volvían a montarlas en la lejana y desierta Siberia. El Instituto de Genética Vegetal de las SS elaboró una lista de las principales estaciones biológicas de Vavilov y las distintas zonas climáticas entre Múrmansk y la región subtropical de Bakú en la costa del mar Caspio. Un brillante botánico de apenas 27 años, el doctor Heinz Brücher, fue el encargado de llevar a buen término la misión. Disponía de un intérprete, una decena de soldados y dos camiones del ejército. En Crimea y el interior de Ucrania extrajo de los depósitos de Vavilov variedades de trigo (3.000 unidades), cebada (1.000) y avena (500). Buscaba también una especie de geranio de la que los soviéticos obtenían un aceite lubricante que no se solidificaba ni siquiera a temperaturas extremadamente bajas, así como un arbusto con alto contenido en látex llamado *guayule* que Vavilov había traído en persona de México y sometido a prueba en una plantación alternativa de caucho en Azerbaiyán.

El botín se almacenó en las colinas al oeste de Graz, en el castillo de Lannach, rodeado de 120 hectáreas de campos experimentales para la mejora de cultivos. Desde ahí los cereales más resistentes a las heladas y al mildiu fueron difundidos y sembrados en las fértiles tierras entre el Óder y el Volga.

Gustav Rau hizo lo mismo con los caballos. Según me contó Friedel Brandts, en 1943 el caballerizo mayor de Hitler envió a uno de sus subalternos más capacitados al sur de Rusia para llevar a Polonia cientos de kabardiners. Los alemanes se los habían arrebatado a cosacos que en su fuero interno seguían fieles al asesinado zar. En lugar de cumplir la orden de Moscú y conducir los animales a Georgia a través del Cáucaso, los cosacos se pasaron al enemigo, entregándole poco menos que la raza kabardiner al completo. El delegado de Rau que se ocupó del traslado de los equinos era el doctor Frielinghaus, el de los lipizanos de Vukovar.

Cumpliendo con el espíritu del *Generalplan Ost*, Gustav Rau distribuyó el material genético a partir del agrupamiento de lipizanos de Hostau. Mandó sementales a varias yeguadas remotas para propagar el esperma. Así, por ejemplo, en 1944 había dos Conversano en Draschendorf a orillas del Vístula. A fin de acelerar la

colonización de Ucrania, Rau fundó una yeguada avanzada en la localidad de Dembina, junto a la vía férrea de Lemberg, con dos sementales y treinta y tres yeguas de la población de lipizanos de Hostau. Utilizó para ello una granja abandonada a 800 kilómetros en dirección este, no muy lejos del desmigajado frente ruso.

Ehrenfried Brandts tardó medio siglo en regresar a la casa de su infancia. Consciente de que su padre había vestido el uniforme del invasor, no se atrevió a ir antes. En 1968, cuando por fin se decidió, tuvo la impresión de que los álamos en las riberas del Vístula habían encogido. También el haya del jardín, que en su día le sirvió de protección, se le antojó más pequeña que en sus recuerdos.

–Al parecer, yo había crecido más que ellos.

Su hermana Beate jamás tuvo el coraje de afrontar el pasado. Ciertamente había sufrido más que él, como cuando asistió al duro interrogatorio del jardinero polaco a manos de dos agentes de la Gestapo que creían que no había nadie más en el invernadero. El hombre fue deportado a Mauthausen y no regresó jamás. Friedel pidió a Beate una contribución para su libro *En memoria de nuestra madre*, pero ella fue incapaz.

Como hijo no pretendía reparar el honor de su padre. Eso sí, a falta de una lápida, quería levantarle un monumento. Un monumento de papel. En él decía que, en 1942, el comandante Heinz Brandts envió a un palafrenero polaco a Auschwitz para domar un caballo salvaje de la unidad montada de las SS Totenkopf. El chico no solo logró su propósito, sino que, además, volvió. Otro polaco, el antiguo director de la yeguada de Kajetanowicz, consiguió escapar de Auschwitz gracias a su mediación. «Es un gran conocedor de los caballos. Lo necesitamos en Draschendorf», aseguró Brandts al comandante del campo. La carta de liberación de Kajetanowicz –después de tres años de trabajos forzados– se ha conservado. Se trata de un documento excepcional: muy pocos prisioneros salieron por la puerta adornada con el lema *«Arbeit Macht Frei»*.

Durante largo tiempo, Friedel Brandts estuvo obsesionado con la huida de la parada de sementales de Draschendorf en el invierno y la primavera de 1945. Tras su jubilación, recorrió el trayecto una y otra vez. La reconstrucción de la primera etapa hasta Checoslovaquia no planteó demasiados problemas. Reconoció sin titubear la puerta del hospital de Olmütz, donde le habían comunicado la noticia de la muerte de su madre mientras esperaba en el coche. Olmütz había pasado a llamarse Olomouc.

Le costó más trabajo averiguar el periplo de su padre desde aquella última despedida apresurada, un Sábado Santo, a inicios de abril. Al atardecer, con más de cien sementales alojados en vagones para ganado, su padre partió en dirección oeste y desapareció de su vida. Según pudo verificar Friedel Brandts, el 7 o el 8 de abril de 1945 el convoy llegó al hospital veterinario número cuatro en una colina junto a Dresde, pero no era un lugar seguro. La ciudad había quedado reducida a cenizas y escombros, por entre los cuales las huellas dejadas por las calles formaban una suerte de entramado a cuadros. Los puentes sobre el Elba también estaban destrozados. Y los bolcheviques se hallaban a orillas del Neisse. Para colmo de desgracias, el comandante Brandts tuvo que entregar 60 sementales al cuerpo de ingenieros para el arrastre de troncos de árboles. «Las tropas se quedan con 60 caballos sin castrar», escribió ese día en una carta. «Eso significa que, después de apalearlos y dejarlos cojos, los rematarán alegando que son intratables. Cinco años y medio de duro esfuerzo para nada.»

Acompañado de los pocos caballos que le restaban, Brandts padre continuó por el valle del Elba en dirección sur, en busca de un puente o un vado. En la tarde del 17 de abril fueron atacados desde el aire. Buscaron refugio, pero dos guardas polacos de la yeguada y dos sementales fallecieron por la caída de un muro.

El 1 de mayo de 1945, el mismo día que Joseph y Magda Goebbels mataron en el búnker de Berlín a sus seis hijos y luego se suicidaron siguiendo el ejemplo de Hitler, Brandts se enteró de que lo habían ascendido a teniente coronel.

–Para un militar convencido como él, debió de ser una noticia reconfortante –sospechaba el hijo–. Aun cuando la causa estuviera perdida.

A cuatro o cinco días de marcha de Hostau, el convoy quedó atrapado en un pueblo al norte de Praga. Los rusos se adelantaron al teniente coronel Brandts y lo obligaron a rendirse. Corría el 9 de mayo, el día de la capitulación definitiva de los alemanes. Después de que Brandts y sus hombres entregaran las armas, los soldados soviéticos centraron su atención en los caballos. Uno de los suboficiales se complació en someter la montura de Brandts, un angloárabe llamado Hildach, a una prueba. Animado por el griterío y los vítores de la tropa apremió al animal a saltar vallas y empalizadas, hasta que cayó. Según testigos oculares, Hildach consiguió levantarse, pero cojeaba tanto que le pegaron un tiro allí mismo.

Tras asistir a tan dolorosa escena, el teniente coronel Brandts declaró disuelta la parada de sementales de Draschendorf y se despojó del uniforme. Los rusos se llevaron los caballos y prosiguieron su camino. Al comprobar que el enemigo no se disponía a arrestarlo, Brandts partió como ciudadano libre en busca de sus hijos, con el fin de rescatarlos del caos. Sin embargo, poco después, al hacer transbordo en una estación de trenes en los alrededores de Praga, fue detenido por milicianos checos y transportado a la prisión de Pankrác. Tres años más tarde, en abril de 1948, un telegrama de dos líneas de la Cruz Roja anunció que Brandts padre había sido fusilado, con toda probabilidad ya en el verano de 1945, y supuestamente por haber asaltado a un

carcelero.

Brandts hijo no se prestó a facilitar demasiados detalles sobre su propia huida hacia el inalcanzable Hostau en compañía de 15 sementales. Me remitió a un texto de 1945 en el que relataba sus experiencias día a día, regalo de Navidad para sus primeros padres adoptivos.

Friedel Brandts se frotó la frente con las yemas de los dedos.

Le pregunté si después había seguido en el mundo de los caballos. Si montaba. Si poseía algún ejemplar.

–No, aunque salgo de vez en cuando como cochero. Me gusta llevar las riendas cortas.

En los años en que se dedicó a trazar las rutas de evacuación de los caballos durante la guerra, Brandts se había matriculado en un curso de conducción en Szilvásvárad, Hungría.

–¿En la famosa yeguada de lipizanos?

Mi interlocutor asintió con la cabeza.

–Los lipizanos húngaros se crían como caballos de carruaje.

Entonces fui yo quien asintió. Creí comprender lo no expresado. Friedel Brandts todavía trataba de conseguir lo que no había logrado con 10 años: subirse a una carreta tirada por dos lipizanos y escapar a los rusos aunque estos tuvieran los ojos almendrados de unas mujeres soldado uzbecas.

Orden de apareamiento

El repiqueteo de los tacones de Ines Hubinger hacía eco en el claustro del monasterio. En las cuatro alas se alzaban galerías abovedadas con el techo pintado de azul Wedgwood. Seguí a Frau Hubinger por el pavimento de adoquines, dispuestos en círculos en el patio cuadrado. El aire alpino crepitaba por el frío; de nuestra boca salían nubecillas de vapor.

–Le acompañaré hasta la planta de arriba.

Llegamos a un moderno ascensor de vidrio y metal.

–Nos fiamos de usted. Le llevaré café y luego le dejo.

Mi anfitriona era la secretaria del Bundesgestüt Piber, un criadero de caballos situado en las estribaciones sudorientales de los Alpes. La melena negra azabache y los vaqueros ceñidos le conferían una apariencia elegante, lo cual sin duda le ayudaba a llevar a buen puerto su cometido principal: despertar el interés de potenciales compradores por los lipizanos no admitidos en Viena. Como actividad secundaria gestionaba el archivo de la Escuela Española de Equitación, aunque los documentos habían pasado por tantos lugares que ya nadie se aclaraba.

En el monasterio no había ni un alma: la temporada de visitas no solía animarse hasta después de Semana Santa. Una vez en la segunda planta, Ines Hubinger se puso a descorrer cortinas y abrir radiadores, como un agente inmobiliario. Nos encontrábamos en un apartamento de dos habitaciones con muebles modulares de los años cincuenta, librerías, aparadores, réplicas de célebres retratos de lipizanos y, en el suelo, pilas y pilas de cajas de mudanza sin vaciar. En un rincón, tras una lámpara de pie, se escondía una puerta. Ines la abrió en medio de un tintineo de llaves. Justo detrás se elevaba otra puerta, igual de blanca y discreta. Resultó ser de acero y daba acceso a una caja fuerte empotrada.

–Está hecha de material ignífugo.

A media altura había una suerte de biblias de museo encuadernadas en cuero color coñac: los registros genealógicos originales de la raza lipizana desde 1822.

Frau Hubinger sacó un tomo y lo llevó hasta la mesa. Temí que no podría tocarlo sin antes enfundar unos guantes blancos, pero me dio permiso para que lo abriera. El crujiente papel despedía un olor decimonónico. Admiré la hoja consagrada a la yegua Palerma, del criadero imperial de Austria y real de Hungría *Karster Hofgestüt Lippiza*, con los diferentes apartados preimpresos: cabeza, cuello, hombros, cascos, proporciones corporales en general, aires, temperamento y, lo más importante, la ascendencia.

Eslovenia reclamaba los registros desde hacía años. Si me los llevaba y cruzaba la frontera con ellos bajo el brazo haría saltar las relaciones entre Viena y Liubliana. Los austriacos tenían tal miedo de perder todo lo vinculado con los lipizanos que habían alcanzado un acuerdo con Italia: a cambio de que ellos se comprometieran a proteger el vino italiano en el mercado europeo, en 1998 Roma reconoció formalmente la existencia de un único «país de origen» del lipizano, Austria.

–Qué maravilla –observé, señalando con el dedo las para mí ilegibles pero gráciles letras escritas a mano con un cálamo.

–No sé qué decirle –objetó Ines mientras se echaba el pelo hacia atrás–. Es un trabajo ímprobo.

Por aquellos folios danzaban miles de diminutos nombres dobles. Y el noble registro de familia ni siquiera estaba completo. No se remontaba hasta el año inicial de 1580. Los tomos más antiguos se extraviaron o, en cualquier caso, desaparecieron a raíz de los saqueos de Napoleón. En 1822 la Corte de Viena dictó que a partir de entonces se llevarían al día dos ejemplares, uno en Lipica y otro en la capital del Imperio. Después de la Primera Guerra Mundial, Italia se incautó, además de 109 lipizanos, el registro genealógico. Según sostenían los austriacos, se trataba de la copia de Viena. Al parecer, el ejemplar que yo tenía en mis manos era el original, tan codiciado por Eslovenia.

–Aunque introduzco los datos de los potros directamente en el ordenador, estoy obligada a registrarlos también a mano por precepto legal –me explicó Ines.

Le pregunté a qué legislación se refería.

–La Ley sobre la Escuela Española de Equitación –contestó.

En cuanto Frau Hubinger hubo abandonado la estancia, me quité el abrigo y lo dejé encima de una silla. Un poco incómodo con la situación, saqué mi plano del archivo, un croquis que había esbozado en casa con la ayuda del secretario general de la LIF, la Federación Internacional de Lipizanos. Se llamaba Atjan Hop y era holandés. Entre semana trabajaba en el Hospital Universitario de Leiden como administrador de trasplantes de células madre. Tardé en localizarlo, lo cual fue una lástima, porque de uno u otro modo intervenía siempre en cualquier evento relacionado con la raza lipizana. No se perdía ni una sola reunión en el Hofburg. Cuando

fallecía uno de los sementales de la Escuela Española de Viena se encargaba de escribir una fervorosa necrológica. Y cada vez que el director veterinario de Piber se devanaba los sesos con el plan de apareamiento, era Atjan Hop quien lo sacaba de dudas.

Comparé el interior con mi plano. Según las instrucciones, la librería de la primera habitación, frente a las ventanas, albergaba una fila de seis clasificadores, uno por cada una de las seis familias patriarcales: Conversano, Favory, Pluto, Neapolitano, Siglavy y Maestoso. El propio Atjan Hop los había dejado allí. Llevaba años acudiendo al lugar en vacaciones como archivero no remunerado. Poco a poco iba poniendo orden en la historia documentada de los lipizanos. Cuando hablé con él por teléfono antes de partir de viaje, aludió a una serie de cartas de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX en las que los lipizanos de los Balcanes recibían el calificativo de *Beutetiere*, animales de captura.

–Las clasifiqué como hago siempre, pero al día siguiente ya no estaban. Sospecho que escondieron la correspondencia por temor a posibles reclamaciones. A raíz de aquel incidente estuve seis años sin pisar el archivo. Me prohibió la entrada el anterior director. Digamos que, durante una temporada, caí en desgracia.

Atjan Hop me había guiado hasta el lugar desde la distancia, en un momento –aun tratándose de una coincidencia fortuitaen que Frau Elisabeth Gürtler, la inaccesible directora, estaba de viaje en Nueva York. En realidad, su presencia no resultaba imprescindible, pues era una gerente capaz de delegar. Además tenía suficiente personalidad como para conmocionar a la Austria más conservadora con su intención de abrir las puertas de la Escuela Española de Equitación a las mujeres: en contra de la fuerza de la tradición, había anunciado –pocas semanas antes– su decisión de admitir a dos amazonas como jinetes en prácticas.

En los cajones de uno de los armarios de pared encontré, de nuevo siguiendo las indicaciones de Atjan Hop, las fichas de los potros del último medio siglo, catalogados por fecha de nacimiento. Extraje la de Conversano Prímula y leí que el parto, el 20 de enero de 1967, se había desarrollado «con facilidad».

Color del cordón umbilical: *blanco amarillento*.

Placenta: *burdeos*.

Apariencia en el segundo día de vida: *De estatura baja pero equilibrada, complexión noble y muy elegante; cabeza grande y distinguida, cuello bien formado, hombros extraordinarios*.

Altura hasta la cruz: *92 cm*.

Al cabo de cuatro meses, en el momento del destete, continuaba siendo «relativamente bajo». Por entonces medía 124 centímetros. En los informes de evaluación correspondientes al primer y al segundo año de vida se volvía a mencionar el «escaso crecimiento» del potro, además de su carácter «inquieto» y su «fogoso temperamento». En la primavera de 1970 llegó el veredicto final: *Se destinará a la venta por no alcanzar las dimensiones requeridas*. Y debajo: *Vendido el 27/5/1970 al Sr. P. C. Bakker, Países Bajos*.

Para mi sorpresa, la ficha llevaba adjunta una hoja con el programa del Día Nacional del Lipizano celebrado en el picadero De Tarpan en octubre de 1987, es decir, diecisiete años más tarde. El entonces director de la Escuela Española de Equitación se había apostado junto al canal de Deurze, con una capa echada sobre los hombros, para inspeccionar un puñado de lipizanos. Piet protagonizó uno de los puntos culminantes de la jornada llevando a Prímula de la cuerda larga. Coloqué el programa sobre el alféizar y le hice una foto. En ese instante se abrió la puerta. Ines me trajo una bandeja con pastas, zumo y café. Debió de ver el *flash*, pero no me reprendió.

–El restaurante de la planta baja está cerrado –avisó–. Si necesita cualquier cosa, estoy en mi despacho.

Volví a ponerme el abrigo y rodeé la cafetera con ambas manos: pese a la exaltación provocada por el primer hallazgo estaba aterido. La calefacción no daba señales de vida. Después de tomarme un café revisé todos los archivadores enumerados en la lista de Atjan Hop. Luego empecé a abrir cajas de mudanza al azar, sin ganas, porque eran muchas. Todas ellas contenían informes veterinarios, hasta que, de pronto, di con una de forma diferente que llevaba escrito con rotulador «1943». 1943 era el año en que Goebbels preguntó a la masa congregada en el Palacio de Deportes de Berlín: «¿Queréis la Guerra Total?», a lo que la multitud contestó con un apasionado «¡Sí!». Repasé todas las cajas, pero por más que buscara no apareció ninguna con «1941» o «1944». Envié un sms a Atjan a propósito de la caja «1943» para comprobar si sabía de ella.

No transcurrió ni un minuto hasta que llegó la respuesta. ¡NO! TENGO MUCHA CURIOSIDAD. ¿PUEDES HACER FOTOS?

Me olvidé de comer y de beber. Encontré una nota sobre una nueva estatua de lipizano en Viena, la coreografía de la prueba de obediencia –la que Conversano Savona realizó en 1939 ante las cámaras– y el anuncio de una visita de las Juventudes Hitlerianas: «Por último, confiamos en que nos asigne un guía irreprochable. *Heil Hitler!*».

Conforme iba sacando documentos de la caja, quedaba cada vez más patente que la Escuela Española de Equitación había prosperado, y mucho, bajo el poder nazi de la Gran Alemania. Alois Podhajsky y su mujer Verena pasaron a ocupar una residencia oficial en el Hofburg. Se acondicionó una antesala con muebles de época y cuadros de lipizanos para los invitados de honor y la propia Escuela de Invierno fue adornada con tres

lámparas de araña del tamaño de las campanas de la catedral de San Esteban. Se adquirieron uniformes nuevos para los jinetes y mantos bordados en oro para los caballos. Todos los años hacían acto de presencia en el gran Día de la *Wehrmacht*, así como en funciones benéficas para los organismos que ayudaban a aliviar las consecuencias del conflicto bélico, entre ellos la Cruz Roja alemana. En abril de 1944, Podhajsky fue condecorado con la Cruz al Mérito de Guerra, Primera Clase y con espadas.

«El Imperio de la Gran Alemania cuenta con la más prestigiosa escuela de equitación del mundo», decía un folleto. En letras góticas, el autor manifestaba su gratitud por el amparo del que gozaba la Escuela Española de Equitación como «patrimonio cultural» bajo la soberanía alemana.

El viejo esplendor se recuperó. Río abajo, en Budapest, se fundó una academia gemela. En otro momento anterior, los húsares húngaros ya habían dado tímidos pasos para tratar de abrir una escuela asociada en el criadero de lipizanos de Babolna. En 1938 les dieron permiso para que la alojaran en la fortaleza de Buda, donde también residía el regente de Hungría, simpatizante de Hitler. Se formaron 22 lipizanos en la doma clásica. En 1941 había fondos suficientes para costear una actuación de los caballos húngaros en Viena, un acto que también se reseñaba en el folleto.

Al igual que todos, el coronel Podhajsky concluía sus cartas con un sello de cruz gamada y el saludo hitleriano, seguidos de una garbosa «P» o firma completa. En un informe de evaluación calificaba al jinete jefe Lindenbauer de «absolutamente fiel y leal al Estado nacionalsocialista».

MI FLASH HACE HORAS EXTRA, envié a Atjan.

Encontré listas de ocupantes del Stallburg actualizadas anualmente. Entre 1940 y 1943 el número de caballos vieneses aumentó en más de la mitad: de 42 a 68. En el resumen de 1940 figuraban tanto Conversano Savona –«especialista en levadas»– como su hijo Bonavista –«excepcional caballo de escuela, maestro de las riendas largas»–. En la lista de 1941 faltaba el padre. El viejo Savona debió de llegar a los 30 años. Como no se explicaba de qué manera había perdido la vida, nada me impedía creer que había muerto entre las columnas de la pista, en plena faena.

Bonavista pasó a ocupar el lugar de su progenitor como primer caballo de escuela de la dinastía de los Conversano. Encabezaba los listados de 1941 y 1942, pero, curiosamente, no aparecía por ningún lado en el de 1943. Sin embargo, según la inscripción en el Stallburg, Bonavista vivió hasta 1953.

Busqué la hoja que le correspondía en el registro genealógico. Ahí figuraba la fecha en la que fue elegido para ingresar en la Escuela Española de Equitación de Viena –13 de septiembre de 1929–, sin que en ningún momento se aludiera a una posible interrupción. ¿Acaso se habría lesionado? No hallé nada que pudiera apuntar en esa dirección en su expediente veterinario. Me molestaba no poder dilucidar el motivo de su ausencia. Bonavista era el caballo favorito e inseparable del jinete jefe Lindenbauer. En 1943, con 18 años, debió de estar en la cúspide de sus capacidades.

Tras un almuerzo a base de pastas, bolsitas de azúcar y zumo de manzana di con un fajo de instrucciones de Berlín. Una de ellas, fechada el 26 de junio de 1943, provenía directamente del gabinete de Hitler: en adelante solo estaba permitido utilizar el título *«Der Führer»*. O para subalternos alemanes: *«Mein Führer»*. En ambos casos era preceptivo omitir la hasta entonces habitual añadidura *«und Reichskanzler»*. Localicé también unas actas donde se confirmaba que los animales de cría de Piber, 103 en total, habían sido transportados a Hostau el 4 de octubre de 1942.

En sus memorias, Podhajsky no ocultaba su disgusto por ese desplazamiento. A lo largo de su vida había asistido a la mengua de Austria, de imperio a provincia de Alemania, y para colmo de males se sumaba a ese progresivo desgaste la pérdida de la tricentenaria cría de lipizanos. Además de situarse fuera de las fronteras de la nueva provincia, Hostau se enclavaba en un paisaje demasiado amable y gozaba de un clima excesivamente benigno. En su calidad de adquirente de machos jóvenes, el director de la Escuela Española de Equitación advirtió del riesgo de debilitamiento de la raza. «El lipizano», alegaba en una carta enviada a Berlín, «se ha curtido en las rocas de la costa adriática y en las frías praderas alpinas más arriba del monasterio de Piber. Debe su resistencia a los vientos huracanados y la dureza del suelo. En las tierras bajas de los Sudetes enflaquecerá y terminará por desaparecer».

El mando supremo de Berlín remitió su misiva para evaluación a Gustav Rau, que la devolvió con una única nota al margen: «No está demostrado que el caballo sea producto del entorno». Esa frase resumía la esencia de la biología nazi: quien afirmase que el entorno influía en la herencia genética abrazaba el «lamarckismo» o el «lysenkoísmo», lo cual equivalía a hacer campaña a favor de judíos y bolcheviques. Por mucho que se cortara la cola de 22 generaciones sucesivas de ratones, como hizo el alemán August Weismann, la vigesimotercera seguía viniendo al mundo con ella. Aplicando ese mismo razonamiento, los bebés judíos eran igual de astutos que sus padres desde su nacimiento. Los caracteres innatos se transmitían de generación en generación, y punto.

En octubre de 1942, Gustav Rau visitó la yeguada modelo de Hostau para inspeccionar uno a uno los lipizanos allí agrupados. Al maestro le causaron muy buena impresión las yeguas de Croacia, pero consideraba que las hembras procedentes de Piber sufrían de «endogamia». Algunas le parecieron de tan mala calidad que ordenó al comandante Rudofsky que las vendiera en el mercado local de ganado. A finales de 1942, en cuanto

tuvo conocimiento de que en Hostau se subastaban yeguas de Piber, Podhajsky viajó a los Sudetes, donde se deshizo en críticas, desaprobando las curvas y la gracia de las yeguas. El mando supremo, irritado por la enemistad entre Rau y Podhajsky, convocó a ambos coroneles en Berlín en enero de 1943.

Mientras el sexto ejército de Hitler, después de avanzar hasta el Volga, se encontraba cercado por las inclementes tropas soviéticas, Podhajsky se desplazó al cuartel general de la *Wehrmacht* para exponer sus quejas. Sentado a la mesa de negociaciones en el búnker de mando, volvió a la carga, alegando que Rau mandaba cubrir las yeguas de Hostau con 3 años, cuando el lipizano era por naturaleza una raza todo menos precoz.

–La verdad es que a esa edad siguen siendo unas crías –confirmó, al parecer, el comandante Rudofsky.

Rau no se rindió.

–Si los trakehners saben hacerlo –objetó–, los lipizanos también.

En la reunión de Berlín, el caballerizo mayor de Hitler no cedió un ápice. Antes de marcharse, Podhajsky rogó encarecidamente a los presentes que preservaran la raza de «experimentos extraños» para evitar «la pronta desaparición del lipizano auténtico».

Al alzar los ojos me di cuenta de que el sol se había ocultado tras un velo de nubes. Fui a por la lámpara de pie y la instalé junto a la mesa cubierta de documentos. Entre un montón de cartas sin interés apareció un escrito del mando supremo, redactado por un tal coronel Stein, en el que se instaba a Podhajsky a prestar durante una temporada al criadero de Hostau «un caballo de escuela aún no demasiado formado en la doma clásica». Intuí que se trataba de una iniciativa de Rau, quien acostumbraba a realizar sus pedidos de sementales vieneses a través de Berlín.

En ese instante me llegó un sms: ACABO DE RECIBIR UN MENSAJE DE CORREO ELECTRÓNICO DE INES: «¡VAYA CON LOS HOLANDESES! ¿SOIS TODOS TAN FANÁTICOS? LO HE DEJADO ARRIBA A LAS 10 Y SON LAS 4...». ¿TODO BIEN?

Se me escapó una sonrisa. Bebí un sorbo de agua y me tomé la última bolsita de azúcar. Comencé a entrever lo que podía haber pasado con Bonavista.

En 1943 Rau presenció en Viena una exhibición de gala de la Escuela Española de Equitación para gerifaltes nazis. Podhajsky dedicó al evento unas cuantas páginas. Terminada la actuación, el caballerizo mayor alemán, con una copa de vino espumoso en la mano, colmó de elogios al director de la Escuela. Lo que Podhajsky había conseguido con sus lipizanos rayaba en la perfección. Sin embargo, las alabanzas de Rau iban seguidas de un «pero» envenenado. Aparentemente, añadió en voz alta para que todos le oyeran:

–Con todo, la Escuela Española de Equitación no consolidará su reputación hasta que logre iniciar en la doma clásica a los hanoverianos.

Intuí para qué había acudido Rau a Viena. Mi sospecha se vio confirmada en las últimas líneas de la carta de Berlín. La leí entera, aunque en realidad ya sabía lo que me iba a encontrar. En nombre de Rau, el mando supremo decretaba una orden de apareamiento, reclamando los dos mejores caballos de escuela para el criadero de Hostau:

1) Favory África,
2) Conversano Bonavista.

El criadero

Las cuadras se esconden tras una barrera de ortigas que llega a la altura de las caderas. Cuatro largos edificios, dispuestos en paralelo sobre el lomo de una colina, y afeados por los huecos de las ventanas de antaño que quedaron reducidas a simples respiraderos. Los henares, o lo que resta de ellos, se hallan cubiertos por lascas de pizarra. A izquierda y derecha nacen unas rodadas que a lo lejos serpentean por los prados hasta desaparecer entre la fronda de la selva de Bohemia. Las montañas en el horizonte demarcaron durante media vida humana la Frontera del Socialismo y la Paz, también conocida como Telón de Acero.

–Calle de la Liberación –lee Martina en un cartelito atornillado a un poste de electricidad–. Bueno, todo depende de lo que se entienda por liberación.

Atravesamos el seto de ortigas al mismo tiempo con las manos en alto, como en un canje de prisioneros. Un gato atigrado nos lanza un maullido desde el marco de una ventana.

–¡Zape! –le digo.

El animal sale pitando y yo, bastante menos ágil que él, me encaramo al alféizar y desde ahí salto a la superficie de hormigón. Martina viene detrás. Se niega a que la ayude a subir.

Desparramados por el suelo están la carcasa de un ordenador del Este, un montoncito de trozos de carbón olvidados y una carretilla de plástico rojo no biodegradable. El pesebre fijado en la pared y las fosas de deyecciones del pasillo central son los únicos recuerdos que quedan de la antigua presencia de animales. El techo que se extiende sobre nuestras cabezas llegó a albergar los caballos más costosos de Europa: el lipizano negro arrebatado al rey Pedro II, el purasangre del ministro Von Ribbentrop y Favory África, el lipizano blanco de Viena elegido para convertirse en semental y, posteriormente, en obsequio de Hitler al emperador Hirohito, aunque el caballo jamás fue entregado.

¿Cómo puedo hacerle ver a Martina que nos hallamos en un lugar mítico?

En mi mochila llevo todos los informes que el caballerizo mayor de Hitler elaboró sobre Hostau: Ehrenfried Brandts me los buscó, fotocopió e incluso reseñó en unos papelitos amarillos adhesivos. Incluyen hasta una descripción de la «vida laboral» de Conversano Bonavista. En la primavera de 1943 cubrió a 12 yeguas, 35 saltos en total, dejando preñadas a 5 de ellas. Su grado de fecundación se cifraba, por tanto, en el 41,7%. Al tomar conocimiento de ese dato, Gustav Rau decidió brindarle una segunda oportunidad y volvió a convocar el caballo para la estación de apareamiento de 1944, haciendo oídos sordos a las recomendaciones del comandante Rudofsky.

Martina me hace señas. Ha descubierto unos cerditos detrás de un tabique medianero. En un puñado de paja, al calor de una lámpara, se sucede una hilera de salchichas peludas acurrucadas las unas contra las otras. El cable de la lámpara se mete por la esquina del murete, junto a un tronco con un hacha. No hay enchufe. El cable sale afuera por una grieta: por lo visto, está conectado de forma ilegal al poste de electricidad de la calle. Bajo el canalón se encuentra una cisterna de agua de lluvia. Por aquí el campo de ortigas ha dado paso a un huerto de cebolletas y judías. De repente, tomamos conciencia de que, en la actualidad, este extremo de la mayor yeguada de lipizanos de la Historia está habitado por humanos. La carretilla de color rojo fluorescente pertenece a un niño checo que se está criando en una caballeriza.

Al otro lado de la calle de la Liberación, detrás de la vieja cervecería y la iglesia de Santiago, se alza un centro para jóvenes delincuentes. Ya lo visitamos por la mañana en compañía del alcalde de Hostau. «No hay asesinos ni violadores, sino solo ladrones y drogadictos», nos explicó. Durante la visita por el pueblo no nos llevó a los establos a causa de su «impresentable» estado. En cambio, el reformatorio de régimen semiabierto, una antigua mansión rodeada de majestuosos árboles dignos de cualquier parque, lucía canalones de última generación y marcos de ventana de aluminio. En la Segunda Guerra Mundial dio cobijo a la administración de la yeguada.

El alcalde detuvo su Volkswagen entre chirridos ante la escalinata donde, sesenta años antes, el comandante Rudofsky se apeaba cada mañana de su carruaje tirado por dos lipizanos, bajo la atenta mirada del ordenanza, que le recogía la fusta y le tenía preparado un par extra de botas recién lustradas. Luego informaba al oficial en breves frases del nacimiento de algún potro o cualquier otro suceso acaecido durante la noche.

El alcalde levantó las dos manos a modo de disculpa: él no conocía los detalles.

–¿Por qué no me cuentan ustedes lo que se hacía en este edificio? –insinuó.

Nació en 1964, igual que yo. Y, además, éramos los dos ingenieros agrícolas. El alcalde señaló con la mano los jardines del reformatorio: en tiempos anteriores albergaba dos alas más. Por entonces se trataba de un verdadero castillo: Schloss Trauttmansdorff.

Comenté que la familia Von Trauttmansdorff pertenecía a la alta nobleza de la monarquía del Danubio. Era

una estirpe de caballerizos mayores de la Corte de Viena. Su castillo amurallado se encontraba río abajo en la pequeña localidad de Bischofteinitz, de donde provenía también la familia patricia de los Rudofsky.

–¡Más cosas! –nos animó el alcalde.

Él solo podía decirnos que, con anterioridad a la revolución, el conde Von Trauttmansdorff «poseía todo cuanto oliese a tierra».

–¿La revolución?

Martina me dio un codazo: así era como se llamaba al golpe comunista en Checoslovaquia.

–Después de la guerra, el castillo se convirtió en cuartel de los soldados fronterizos rusos –prosiguió el alcalde mientras se ajustaba la camisa de leñador–. Cuando lo abandonaron, en 1990, estaba totalmente destrozado.

Su pueblo se extendía hasta la *Grenzzone*, una franja de 10 kilómetros en la que solo podían internarse los lugareños para pastar sus vacas o segar la hierba. Más allá estaba la *Sperrzone* : 2 kilómetros de naturaleza virgen hasta la línea de demarcación que separaba el comunismo del capitalismo. Antes, en el Ayuntamiento, el alcalde nos había mostrado un libro sobre la historia de Hostau, el único que tenía: una crónica fotográfica de los años 1948-1989. Resultó ser un álbum conmemorativo en blanco y negro de los sucesivos desfiles del 1 de mayo, cuando los soldados soviéticos recorrían la calle de la Liberación en sus todoterrenos. A veces iniciaba el cortejo una cosechadora adornada a modo de carroza. ¡EL COMUNISMO ES NUESTRO FIN!, proclamaban las pancartas a los cuatro vientos. El Día del Trabajo se desarrollaba siempre igual, año tras año, hasta el punto de que se volvían todos intercambiables y se perdía cualquier noción cronológica.

Mientras nosotros hojeábamos el libro, el alcalde no paraba de moverse en su sillón de cuero. ¿Qué más podía enseñarnos? ¡Ah, sí!, Hostau disponía desde hacía poco de una fotografía aérea que engalanaba el vestíbulo de la casa consistorial. Por supuesto también estaban los folletos elaborados por el *Heimatkreis*. Yo no sabía muy bien cómo interpretar ese concepto. Busqué a Martina con la mirada, pero mi intérprete estaba ocupada en enderezar sus gafas y formular una pregunta en checo. Acto seguido, tradujo que en los Sudetes cada pueblo contaba con un círculo activo de antiguos habitantes en la diáspora, el llamado *Heimatkreis*. Se trataba de la población alemana original, expulsada en 1945.

–En checo ese fenómeno se conoce como *Odsun* –explicó Martina–. Literalmente significa «desplazamiento», pero sigue siendo un tema tabú.

En resumen, los vencedores checos expulsaron a Alemania a todos los alemanes de los Sudetes, sin saltarse ni olvidarse de prácticamente ninguno, alegando que en 1938 habían coreado a voz en grito «¡Un pueblo, un imperio, un *Führer!*». Los obligaron a marcharse sin contemplaciones ni miramientos. Pudieron llevarse 50 kilos de equipaje por persona. Quedaron confiscados los relojes, las alhajas, el dinero en metálico, las acciones extranjeras y las cartillas de ahorros. Los alemanes cruzaron la frontera en vagones para ganado.

Miré por la ventana y contemplé las chimeneas de Hostau, tratando de asimilar los dos movimientos de expulsión, primero al este –los checos– y siete años más tarde al oeste –los alemanes–. ¡Chis chas!, barridos por la escoba étnica de la guerra, que siempre pasa dos veces, como el borrador en el tablero de dibujo mágico de un niño.

Durante el entreacto residían en Hostau más caballos que seres humanos. El alcalde apostaba la cadena de oro que llevaba al cuello a que entre los mil vecinos no había ninguno que recordara el periodo comprendido entre octubre de 1938 y mayo de 1945. De la población original checa solo regresó el señor Váchal. Con el brazo estirado, el alcalde recorrió a golpe de pulgar la agenda de contactos de su móvil. Al llegar al número del señor Váchal, nos lo dictó.

–Él les puede hablar de la época anterior a la guerra, pero no estuvo aquí durante la ocupación alemana.

Los informes Rau que llevaba en mi mochila se ceñían precisamente a esos años en blanco. Describían cómo en los establos detrás de la iglesia se había puesto en marcha un arriesgado experimento genético. El caballerizo mayor de Hitler creía que la raza lipizana era susceptible de mejora. Si bien admiraba su inigualado temperamento –aplicado, leal, inteligente, fogoso y al mismo tiempo amigable en el trato con los seres humanos–, le disgustaba la rigidez de sus movimientos. Era un caballo «cuadrado», sin dotes de trotón o saltador. Aun así tenía un encanto indiscutible, en parte debido a una hermosa cualidad lograda por los criadores: la escasa inclinación del húmero –cuarenta grados en lugar de cuarenta y cinco– hacía que los potros de la raza lipizana, al retozar por los prados, levantaran sus extremidades un poco más de lo normal por naturaleza, lo cual les confería una gallardía particular. Rau no pretendía ni mucho menos nivelar ese rasgo noble, sino que aspiraba a librar al lipizano de su «imagen obsoleta» y proporcionarle una apariencia más «militar». Las indicaciones apuntadas en las notas adhesivas de Brandts me llevaron de sorpresa en sorpresa. Con el fin de criar sin demora un lipizano más robusto y más ágil, Rau elaboró unos esquemas de apareamiento controvertidos. Se cubrió las espaldas informando de entrada a Berlín de que «el apareamiento de hermanos de padre y madre no era inusual según los estudios genéticos más prestigiosos del momento». Con la misma determinación con la que ya había mezclado sangre fría con sangre caliente, así como caballos de tiro con caballos de monta, cruzó en Hostau sementales y yeguas emparentados entre sí. Rau ensayó con los lipizanos el método de la cría de líneas puras: una aplicación específica de la consanguinidad. Dio orden a

Rudofsky para que los primos cubrieran a las primas y los padres a las hijas. Entre personas eso se conocía como incesto, un fenómeno considerado tabú en todo el mundo. Sin embargo, el Imperio alemán, con el *Herrenvolk* –la raza superior– a la cabeza, buscó su supremacía en la selección y el cruzamiento, y no consintió que nada ni nadie refrenara su afán de experimentación en el ámbito de la mejora racial. Los criadores de conejos y aves se servían de la consanguinidad para perfeccionar su producto. Una vez que se lograba modelar la figura deseada a partir del material bruto se trataba de retocar y afianzar el resultado obtenido. Además, la cría de líneas puras era un método eficaz para enfatizar determinadas propiedades. Gustav Rau debió de pensar: «Si esta técnica surte efecto en las gallinas, ¿por qué no en los caballos?». Al cruzar un padre de crines largas con una hija también de crines largas era muy probable que el potro luciera unas crines aún más largas. Paradójicamente, el progresivo cruzamiento de animales consanguíneos contribuía a la creación de una línea pura. La consanguinidad fomentaba la asociación de alelos idénticos: al final, las combinaciones (AA) y (aa) terminaban por desbancar a la variedad (Aa), con la consecuencia de que los descendientes guardaban entre sí un parecido cada vez mayor. Así y todo, la cría de líneas puras no dejaba de tener algo de juego de azar, pues se corría el riesgo de producir criaturas contrahechas que solo interesaban al carnicero.

Rau advirtió a Berlín: «Denle a entender al coronel Podhajsky que no se inmiscuya en lo que hacemos en Hostau».

Durante la visita, el alcalde también nos llevó hasta la estación de ferrocarril del pueblo, por donde pasaba varias veces al día un tren diésel. Detrás del andén no había un campo de fútbol, como solía suceder en esos casos, sino un circuito de saltos con obstáculos y una tribuna de madera.

–Esto es prácticamente lo único que recuerda al pasado hípico de Hostau –dijo el alcalde.

Era una zona pantanosa y no se veía ni un solo caballo. Resguardados por una cubierta de chapa ondulada, una pandilla de jóvenes nos observaba desde detrás de los cuellos de sus abrigos. El alcalde los conocía: vivían en el reformatorio. Aunque no debían de tener más de 17 años, sus cabezas calvas llenas de cicatrices les daban un aire de ancianos. El más alto miró de soslayo los *piercings* en las aletas nasales de Martina y luego nos volvió la espalda en un gesto hostil.

En época nazi, los chicos hubieran sido exterminados como miembros degenerados de la especie humana. Los inspectores del Tercer Reich los habrían relegado sin piedad a la categoría de individuos defectuosos –*Ausfalltypus*–, de los cuales era preferible deshacerse. Con toda probabilidad, los hubieran utilizado como carne de cañón. En cambio, en la Chequia del año 2007 se les brindaba una segunda oportunidad mediante la reinserción social, basada en la idea comúnmente aceptada de que podían ser «re-socializados», pero para ello había que sacarlos de su entorno pernicioso y trasplantarlos. El entorno se consideraba un factor importante.

Comenzó a lloviznar. De vuelta en el coche pregunté al alcalde de qué vivían los habitantes de Hostau.

–Yo también me lo pregunto a veces –contestó en tono alegre–. No hay turismo, no hay industria. La gente que no trabaja para el Estado se busca la vida como puede. Hay quien engorda cerdos en el garaje, otro recibe de vez en cuando un giro postal de su hijo que se ha marchado de soldador a Alemania. Y, por lo demás, todos esperan encontrar algún día un tesoro.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja e hizo una pausa para que sus palabras surtieran mayor efecto. Luego explicó que desde la caída del comunismo abundaban los aficionados a la arqueología. Todo el que podía permitírselo se compraba un detector de metales y se adentraba en los bosques en busca de las joyas que los alemanes de los Sudetes habían escondido bajo tierra antes de ser expulsados. Unas veces aparecían objetos valiosos como cuberterías, medallas de honor, gemelos de oro. O candelabros de plata. Otras veces el botín resultaba decepcionante y se reducía a embalajes impermeables con libros de caja, álbumes de poesía o fotografías de familia. El alcalde animaba a los buscadores de fortuna a guardar también los hallazgos aparentemente insignificantes, puesto que a través del *Heimatkreis* podían ser devueltos a su propietario o a los deudos.

–Para esa gente sí tienen valor.

Creí que estaba bromeando, pero nos habló con absoluta seriedad de un «catálogo de los pueblos desaparecidos» en el que los arqueólogos confiaban ciegamente. Se trataba de un atlas financiado por alemanes nostálgicos en el que se describían cincuenta aldeas de los Sudetes abandonadas en 1945 y demolidas durante la Guerra Fría: en la práctica, era una guía inmejorable para buscadores de tesoros. De regreso en el Ayuntamiento, el alcalde me regaló un ejemplar.

–Ya me enviará a cambio su libro, cuando lo termine.

En la cervecería de la esquina estudiamos el catálogo de los pueblos desaparecidos. Las aldeas desfilaron ante nuestros ojos en orden alfabético: Dianahof, Haselbach, Oberhütten, Plöss, Ruhstein, Unterhütten, acompañadas de su nombre en checo y de una hoja con antiguas postales, croquis catastrales y datos de interés, por ejemplo la presencia de un reloj de bronce o de una talla de madera.

Se acercó una camarera vestida con traje bávaro. Después de echar un vistazo a la barra, comprendí que en ese rancio establecimiento solo se servía cerveza de Pilsen, la más famosa de todas las invenciones checas.

El tamaño tampoco admitía discusión.

Con dos jarras de medio litro al alcance de la mano, nos enfrascamos en la historia de los castigados pueblos de origen alemán que se extendían a la sombra de la Frontera del Socialismo y la Paz. Tras la llegada al poder de los comunistas, aquellos enclaves desiertos y medio derruidos constituían un escondite ideal para quienes deseaban huir o pasarse al hemisferio capitalista. Por eso se contrató a Zemstav, una fábrica de Praga que disponía de unas excavadoras especialmente potentes. Las máquinas de los camaradas de Zemstav rugían desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde. La empresa de derribos recibía 40.000 coronas por cada casa demolida, y una cantidad mucho mayor por una iglesia o un molino de agua con aserradero anexo. En el informe anual de Zemstav del año 1955 se hablaba de la «obtención de material de construcción aprovechable», medido en metros cúbicos, en las aldeas de Heuhof (10 casas arrasadas), Schwarzau (6), Schneiderhof (36), Neumark (4), Maxberg (10), Fichtenbach (7), Vollmau (5), Haselbach (31) y Grafenried (71).

Las cifras me impactaron, y a Martina también. Su propia experiencia de la Guerra Fría no tenía ni punto de comparación con ese ímpetu excavador. A finales de los años ochenta, los maestros de la escuela primaria le infundieron miedo al Oeste con su obsesión por las máscaras de gas.

–Cuando sonaba la alarma teníamos que ponernos uno de esos tiesos trastos de caucho y, sobre todo, debíamos seguir jugando.

Esa sirena, que anunciaba un ataque con armas químicas, era el último eco ya agonizante de la histeria generalizada que había padecido con particular virulencia la población fronteriza.

Antes de que las fortificaciones del Telón de Acero adquirieran su carácter inexpugnable –incluida la *Todeswand*, la pared de la muerte, con el voltaje letal de sus alambres de espino–, miles de checoslovacos cruzaron como gamos los montes de la selva de Bohemia. A juzgar por el atlas, la migración humana se prolongó durante medio año, desde febrero de 1948, fecha en que los comunistas se apoderaron del país, hasta el final del verano, cuando las tropas fronterizas por fin lograron poner coto al flujo de refugiados mediante una intensificación de las patrullas. La Stasi checoslovaca, la StB, se encargó de acabar con el último goteo de tránsfugas. Sus agentes se hacían pasar por traficantes de seres humanos especializados en rutas secretas no vigiladas. A cambio de dinero conducían a las «personas dadas a huir» a una senda boscosa poco transitada que terminaba en una barrera, el prometido y anhelado puesto avanzado de una base militar estadounidense en territorio de la Alemania Occidental. Los refugiados debían recorrer el último tramo hasta la libertad en solitario, hasta que les daba el alto un «yanqui» que, sin articular palabra, los conducía a un despacho desangelado. Allí debían rellenar una solicitud de asilo en toda regla, con preguntas como «motivo de la huida». Una vez cumplimentado el formulario eran apresados: acababan de firmar las pruebas de cargo.

El catálogo recogía una imagen de una de esas trampas de la StB ataviada con banderas de Estados Unidos: una cabaña cerca de la aldea de sopladores de vidrio de Fichtenbach, derribada en los años cincuenta.

De pronto, el paisaje en torno a Hostau se me antoja más inhóspito, pese al sol acuoso. Ha bajado la temperatura. Las chimeneas despiden volutas de humo. Por todas partes se respira el típico aire del Este: aún se usa el carbón como combustible en las viviendas a este lado de la línea de demarcación. Nos dirigimos a lo alto de una colina a la espera de que el señor Váchal llegue a casa. Nos ha cogido el teléfono el hijo: su padre está en Bischofteinitz, pero vuelve dentro de media hora. Según nos ha dicho, no tienen timbre. Pasadas las cinco, podemos entrar sin más, empujando la puerta de la valla.

En la linde del bosque se erige una ermita: la virgen María, el niño Jesús, una velita. Es un edificio de nueva construcción. Ante nosotros se abre una vista panorámica del valle del Radbuza, las ondulantes praderas y el puñado de casas agrupadas alrededor de la iglesia de Santiago. En lontananza, en una de las colinas, sobresale por entre los árboles una espigada torre de radar de la vigilancia fronteriza. Martina comenta que el paisaje le recuerda a una novela de Bohumil Hrabal cuya trama se desarrolla en la selva de Bohemia entre retazos de historia de los Sudetes.

Tiempo atrás, en Praga –en el Festival de Literatura celebrado en el teatro por entonces ya recuperado de las inundaciones a orillas del Moldava–, habíamos hablado de Hrabal y de su obra más afamada, *Yo serví al rey de Inglaterra*, de 1971. Después de ver la película me animé a leer el libro. Lo que más me llamó la atención fue la analogía con la yeguada modelo de Hostau. Cuando las tropas de Hitler invaden la región, Liza, una chica de los Sudetes, inicia a Jan Ditie –Jan Niño– en los secretos de la sangre pura. Gracias a ella, el protagonista del clásico de Hrabal, de estirpe eslava, «con cabello rubio y ojos azules», logra llegar a camarero en un idílico hotel de montaña con un jardín repleto de esculturas de caballeros teutones y germanos con yelmos astados. «Según me ha explicado Liza, aquí se abrirá el primer criadero europeo para la mejora de la raza humana.» Jan Ditie sirve tazones de leche a mozas robustas de origen campesino y vino del Rin y del Mosela a los soldados de pura sangre de las SS. Al fin comprende que las muchachas entran en las habitaciones del hotel por la misma razón por la que «se lleva la vaca al toro y la cabra al macho cabrío del pueblo».

Aquello no era una fantasía grotesca, lo grotesco radicaba en la realidad creada por Himmler. Él concedía de veras licencias extraordinarias a los oficiales de las SS para que acudieran a procrear a los bellos hoteles de

montaña. «Cada guerra supone una sangría de la sangre de mejor calidad», escribía Himmler ya en octubre de 1939 en su «orden de procreación». Había que compensar la pérdida de hombres. La participación más intensiva en el intercambio sexual quedaba reservada a la élite racial de Alemania: las SS.

En esa misma línea se inscribía la guerra particular de Hitler contra los anticonceptivos y el aborto. «Ya decidimos nosotros sobre la vida sexual», llegó a decir el *Führer*. Y también: «La pérdida de hombres no conduce a la extinción de un pueblo, pero la falta de mujeres, sí».

Eran más importantes las yeguas.

Por supuesto, no faltaban las bromas sobre las gratificaciones y las medallas a las mujeres que sobrepasaban el objetivo de cuatro hijos por familia. «A por una familia numerosa, como la de Hitler», se susurraba. En cualquier caso, Magda Goebbels, con sus seis hijos, desempeñaba una función modélica como supermadre. En el marco del Proyecto Lebensborn [Fuente de Vida], las madres solteras, las llamadas «novias del *Führer*», podían amamantar y cuidar a su bebé con toda tranquilidad en las maternidades de las SS. Debido a la obsesión por los cabellos rubios y los ojos azules, Escandinavia concentraba el mayor número de clínicas. De los 12.000 niños nacidos en los Lebensborn y «bautizados» con una daga ceremonial, la más famosa fue la cantante Anna-Frid, del grupo Abba.

Martina entendió adónde quería llegar: la cría de lipizanos bajo Rau como espejo de los hogares Lebensborn de Himmler.

Al igual que las clínicas de maternidad, los criaderos del caballerizo mayor de Hitler, donde las yeguas pastaban apaciblemente en compañía de sus potros juguetones, tenían por objeto la reproducción y la mejora de la raza elegida. La *Wehrmacht* se conformaba con que Rau le proporcionara 6.000 nuevos caballos al mes para sustituir a los animales caídos en combate, pero él aspiraba a algo más: crear el caballo militar ideal. En su yeguada modelo de Hostau, la participación más intensiva en el intercambio sexual quedaba reservada a los sementales de élite de Viena. Al cumplir seis meses, sus descendientes eran marcados con un hierro incandescente: una hache cruzada por una daga.

Nos encontramos al señor Váchal delante del cobertizo que hace de trastero. Tiene las mejillas cubiertas de vetas moradas y porta un gorro de patinador atravesado por una raya blanca. Resulta que su hijo no le ha anunciado nuestra visita, pero no importa: se admiten preguntas.

El señor Váchal afirma que es el único habitante de Hostau de antes de la guerra.

¿Caballos?

Vuelve a asentir. De pie entre sus ocas de cuello largo, el señor Váchal afronta la conversación como si lo estuviéramos sometiendo a un interrogatorio. No hace ademán de invitarnos a entrar. Al rato cambia sus respuestas por una pregunta:

–¿Han llegado hasta la escuela en el límite del pueblo?

No que sepamos.

–Da a la yeguada. ¡Cuántas veces no habremos visto a los soldados caerse de su caballo!

Antes de la llegada de los alemanes, el ejército checoslovaco criaba y entrenaba sus caballos en Hostau. Entre el castillo de Trauttmansdorff y la escuela había un terreno cercado por una valla de madera donde desbravaban a los animales jóvenes. Primero les ataban un muñeco a la grupa y luego los montaba un recluta. Desde su pupitre, el señor Váchal había contemplado auténticas escenas de rodeo, y no solo él: hasta el maestro se distraía con el espectáculo.

Tras un arranque frío y titubeante, nuestro interlocutor parece animarse. Relata cómo a la edad de 10 años, con motivo de las elecciones, oyó bramar y despotricar al dirigente popular de los alemanes de los Sudetes en lo alto de un escenario. El 1 de octubre de 1938 llegaron las tropas alemanas, poco después de la vuelta al colegio tras las vacaciones.

–Fui a ver los desfiles con mis padres en la plazoleta junto a la iglesia. Había cruces gamadas. Los niños de mi clase me gritaron: *«Tschechischer Hund!»*. De pronto me había convertido en un «perro checo».

Le pregunto si habla alemán.

Sí. Con fluidez. Como todo el mundo. Sin embargo, no piensa hablarlo nunca más.

–Me prohibieron la entrada a clase y me enviaron a una escuela para minorías étnicas. A las dos semanas nos deportaron.

No ha visto un lipizano en su vida. Se perdió los años «alemanes».

El señor Váchal se dispone a guardar su rastrillo y su azada en el cobertizo. No puede contarnos nada más.

–Verán –añade–. Mi padre nació en 1898. Tal día como ayer. Se unió a los partisanos y presenció la liberación de Hostau. Llegó aquí en el mismo momento que el Ejército Rojo, el 17 de mayo de 1945. Por entonces ya no había ni rastro de caballos.

Operación Cowboy

No fue el *Heimatkreis*, sino los mormones de Utah quienes, a través de sus tentáculos genealógicos, me pusieron en contacto con un pariente extraviado de Hubert Rudofsky. En una de sus páginas web, un tal U. Rudofsky lanzó una pregunta con el Asunto «Bohemia». Yo reaccioné: «¿No será usted familia del comandante Hubert Rudofsky?». La suerte estuvo conmigo, porque me contestó que sí.

> *Dear* Mr. Westerman:
>
> El comandante Hubert Rudofsky, director de la yeguada militar de Hostau de 1943 a 1945, era mi tío, el hermano mayor de mi padre. Heredé todos sus documentos. Los revisaré y los compartiré con usted.
>
> Un saludo y mis mejores deseos,
> Ulrich Hubert Rudofsky
> Delmar, Nueva York, USA
>
> P. D.: Por alguna razón su mensaje fue a parar a la bandeja de correo basura, pero lo rescaté al ver «Bohemia» en el asunto.

Le respondí que, evidentemente, tenía interés en examinar los papeles del tío Hubert, pero que, por otra parte, estaba buscando un testigo ocular, alguien que pudiera describirme de primera mano el final de Hostau. Al día siguiente, pasada la hora del desayuno en la costa este de Estados Unidos, el sobrino Ulrich Rudofsky respondió:

> Por supuesto tengo mis propios recuerdos de los lipizanos y de la guerra, pero no hay que olvidar que en 1945 tenía tan solo 10 años. Me agradaba ir a ver al tío Hubert a la yeguada. Mi caballo favorito era un potro de lipizano de pelaje rojizo. Cuando le soplaba se apartaban los pelitos y se entrevía su pálida piel. Los demás potros eran todos negros o grises. Me acuerdo de sus misteriosos nombres: Maestoso, Pluto, África. Antes de seguir: tengo Skype con cámara web. ¿Y usted?

Yo también tenía Skype, aunque sin cámara. Pregunté al señor Rudofsky cuándo tendría un momento para conectarse.

Sin prisas; tenía una cita en el hospital para que le practicaran una endoscopia del esófago. No sabía si después podría hablar sin problemas. Ya lo intentaríamos a lo largo de la semana.

> P. D.: Quizá se pregunte por qué acepto atenderle. Tengo 72 años y siento la necesidad de hablarle a alguien de mi pasado. A mis propios hijos no les interesa.

Para ir preparando la conversación me puse a ver *Miracle of the White Stallions*, la película de Hollywood de 1963 que tanto había criticado Hans Brabenetz. No me costó ningún trabajo averiguar el título y mucho menos encargar el DVD por internet. La carátula mostraba una imagen al estilo de *Doctor Zhivago*: «Louis» Podhajsky en uniforme de coronel, con su esposa Verena acurrucada contra su pecho, en medio de una manada de caballos blancos en pleno galope perseguidos por una columna de carros blindados estadounidenses.

«El día que la guerra se paralizó [...] por un hombre audaz, una devota esposa y mil magníficos sementales.»

Era una cinta curiosa. El espectador se quedaba con la sensación de que la vida de un caballo, o en todo caso de un lipizano, era más valiosa que la de un ser humano. Y, en realidad, eso había sido cierto: lo demostraba la Historia, incluida esa historia en concreto.

La primera parte se desarrollaba en la amenazada Viena de marzo de 1945, al compás del relato del propio Podhajsky: las bombas de los aliados que llovían sobre la ciudad pese a la artillería antiaérea de las torres defensivas, las súplicas del comandante para poder evacuar los caballos de escuela y el reiterado *«Nein!»* de sus superiores, los preparativos para la huida, el caótico desplazamiento de los sementales hasta la estación de trenes invadida por los refugiados y, finalmente, el transporte en los vagones de ganado en medio de nuevos ataques aéreos. Los caballos recibieron cobijo en Sankt Martin, a tiro de piedra del pueblo natal de Hitler.

Si bien la película presentaba algunos defectos –la interpretación un tanto forzada de Robert Taylor, el guion poco matizado–, no se trataba de un caso de flagrante falsificación de la Historia. Era cierto que Alois Podhajsky y su esposa Verena huyeron de Viena con los caballos, incluyendo Conversano Bonavista, que ya había cumplido con su deber de apareamiento. Y también era cierto que las bombas estalladas en la Michaelerplatz dañaron el Stallburg. El temor ante la inminente llegada de los rusos era fundado, habida cuenta de la suerte que por esas mismas fechas corrieron los animales de la filial húngara de la Escuela

Española de Equitación. En un primer momento pareció que la evacuación de los caballos se había llevado a cabo a tiempo y con éxito: marcharon a la estepa húngara antes de que el Ejército Rojo asediara Budapest y ocupara la ciudad el 13 de febrero de 1945. El comandante Géza von Hazslinszky, director de la Escuela, se desplazó hacia el oeste con sus blancos caballos y sus jinetes húsares, de etapa en etapa. Envió a uno de sus hombres a Viena en calidad de aposentador. Podhajsky puso todo el Stallburg a disposición del delegado húngaro, puesto que él mismo estaba a punto de evacuar a sus animales. Sin embargo, los húsares de Budapest no se movieron con la suficiente rapidez. El 24 de marzo de 1945, los carros de combate soviéticos alcanzaron la columna de lipizanos a tan solo una hora a pie de la frontera con Austria. De los 22 sementales, 18 se mostraron tan fogosos e intratables que fueron sacrificados en el acto; los 4 restantes, más dóciles, acabaron tirando de los carros de municiones en dirección a Viena.

Aunque el largometraje cargaba un tanto las tintas a la hora de describir el terror y los vívidos sentimientos del personaje de Verena Podhajsky –Lilli Palmer–, el argumento se mantenía fiel a los hechos históricos. Tanto en la realidad como en la versión de Hollywood, Podhajsky-Taylor se quitó el uniforme en el último momento para poder acudir al encuentro del enemigo vestido de civil.

El guion avanzaba hacia el primer clímax: la apresurada actuación de la Escuela Española de Equitación en el exilio, el 7 de mayo de 1945, en honor al general George Patton y sus soldados. Como comandante del Tercer Ejército de Estados Unidos, este estratega de las unidades blindadas logró cruzar el Rin y abrir el acceso al sur de Alemania y a Austria. Durante el penúltimo día de la guerra asistió a un espectáculo de lipizanos improvisado por Podhajsky, con música, un *pas de deux*, ejercicios de riendas largas y aires de la Alta Escuela.

Conversano Bonavista también participó. Del mismo modo que en el preludio del conflicto bélico había bailado para Arthur Seyss-Inquart, el austriaco más leal a Hitler, al final de la guerra bailó para los vencedores, que condenarían a muerte a SeyssInquart y los de su condición.

Finalizada la exhibición, Podhajsky, a lomos de Neapolitano África, rogó al general del ejército estadounidense que se hiciera cargo de la Escuela Española de Equitación, no solo de los sementales, sino también de las yeguas y los potros congregados en Hostau, Checoslovaquia. «Sin las yeguas, la raza se extinguirá.»

Existían fotografías de aquel solemne encuentro. En las imágenes se veía a Patton, de pie, llevándose la mano al casco.

El general anotó en su diario: «Se me hizo extraño comprobar que en un mundo en plena descomposición unos veinte hombres de mediana edad, en buena condición física, habían invertido todo su tiempo y su energía en enseñar a bailar a unos caballos».

En la película expresa esa reflexión en voz alta. Sin embargo, en el minuto 58, a media hora del desenlace final, el guion y la realidad se separan: en la gran pantalla, Patton accede a la petición de Podhajsky, ordenando la inmediata liberación de las yeguas y los potros de Hostau.

«Han disneyficado la verdad», me advirtió Hans Brabenetz.

Aquel mismo 7 de mayo, Hubert Rudofsky cumplió 48 años. Uno de los informes Rau de abril de 1945 mencionaba que, en su calidad de oficial alemán de mayor rango destacado en la región, se le había confiado la defensa de Hostau. Si bien el pueblo de los lipizanos no era más que una imperceptible cabeza de alfiler en el vasto mapa geográfico (ver **mapa 2**), aparentemente alejado de toda violencia bélica, en la primavera de 1945 los rusos avanzaron desde el este y los americanos desde el oeste, de modo que el corredor alemán de los Sudetes se fue estrechando poco a poco. En Hostau trabajaban centenares de prisioneros de guerra y la Gestapo estaba investigando la lealtad del conde de Trauttmansdorff, pero el pueblo no era escenario de combates.

La yeguada sufrió por primera vez las consecuencias de las derrotas en el este en el verano de 1944, cuando Gustav Rau se vio obligado a desmantelar, tras tan solo una temporada, el puesto avanzado de lipizanos que había montado en Ucrania. Los 35 caballos adelantados en el marco del *Generalplan Ost* regresaron a Hostau con sus potros tras 800 kilómetros de marcha. Dos yeguas –Basta y Batista– fallecieron nada más llegar, víctimas del muermo. Por temor al contagio, Rau dio orden de poner la manada en cuarentena. Lograron evitar una epidemia, pero tuvieron que afrontar un nuevo problema: se avecinaba el invierno y faltaban establos donde cobijar a los animales. Los días 18, 19 y 20 de octubre de 1944, Rudofsky y Rau pasaron revista a la población de lipizanos, unos 500 ejemplares, de los cuales 73 fueron seleccionados para la venta en el mercado de caballos contiguo a la iglesia de Santiago. «Hemos de prescindir de los que dan muestras de un temperamento inadecuado.»

Ajeno al inminente desmoronamiento del Imperio de la Gran Alemania, el caballerizo mayor se explayaba sobre la flamante disciplina de la Psicología Animal, a la que auguraba un gran futuro. Entre uno y otro comunicado oficial filosofaba sobre el peso del factor genético en la conducta humana y animal, y las trascendentales consecuencias que acarreaba ese dato para la cría. Aunque no mencionara ningún nombre, debía de referirse a los pioneros descubrimientos del zoólogo austriaco Konrad Lorenz, quien en 1942 ayudó

en Polonia a someter a seres humanos a la prueba de la «germanidad», lo cual le llevó a concluir que los «mestizos» nacidos del cruzamiento entre individuos de origen polaco y alemán perdían buena parte de la laboriosidad y la eficiencia germanas. Todo indicaba que Rau estaba al corriente de los fundamentos de la etología, definidos por Lorenz y algunos otros científicos a partir de los años treinta: además de rasgos físicos como el grupo sanguíneo, el color de los ojos y la forma de la nariz, la herencia genética también determinaba ciertos modelos de conducta. Recién salidos del huevo, los polluelos del ánsar común seguían, tambaleantes y de forma automática, al primer objeto moviente con el que se cruzaban, en condiciones normales la madre, aunque en los experimentos de Lorenz iban detrás del propio investigador. Existía, por tanto, una serie de conductas que no se adquirían, sino que estaban «preprogramadas genéticamente». Después de Mendel, el futuro premio nobel Konrad Lorenz ejerció un papel relevante en la causa *nature* contra *nurture*, a favor de «lo innato» y por ende de la ideología nazi, y en contra de «lo adquirido». Gustav Rau interpretó los signos de su tiempo con asombrosa clarividencia, hasta el punto de que en 1945 tuvo la sangre fría de aplicar los últimos avances científicos a la cría de lipizanos. Exigió a sus criadores que concedieran más importancia al afán de aprender, a la obediencia y al intelecto, habida cuenta de que esas propiedades intangibles dependían más de la genética de lo que se creía en un principio.

En ese mismo informe, Rau informaba de su intención de utilizar lipizanos negros como sementales.

El caballerizo mayor mantuvo durante mucho tiempo la apariencia de normalidad. Aun así sus escritos destilaban cada vez más noticias funestas. A comienzos de 1945, los soviéticos arrollaron una yeguada en el este de Polonia: «Las hordas de los Cosacos Rojos han causado serios daños. No respetan nada ni a nadie y son especialistas en el robo de caballos». Acto seguido, Rau mandó evacuar la parada de sementales de Racot, en Polonia, «el 21 de enero a las diez de la mañana, en cuatro grupos, cruzando el Óder hasta Hostau». En el penúltimo fajo de fotocopias había una nota adhesiva de Brandts: «La red de Rau comienza a desarticularse dramáticamente».

El caballerizo mayor hablaba de deserciones de palafreneros, líneas de teléfono cortadas y una estampida de ejemplares árabes ametrallados por un enjambre de bombarderos enemigos en los alrededores de Dresde: «Se escaparon los sementales Allegro, Lampas, Dar II, Zeus, Adagio, Königspage, Omega, Einerlei, Krokant y Liwiec, puesto que algunos de los acompañantes soltaron sus caballos a raíz de los ataques aéreos. Atlas resultó muerto. A Minorit se le fracturó el hueso del pie y tuvieron que matarlo de un tiro, lo mismo que a Ikarus».

El 14 de marzo, el «material de cría» de la parada de sementales de Racot alcanzó Hostau. Sumaba 170 caballos en total: los kabardiners y los ponis de raza don que un año antes habían llegado a Polonia en compañía del doctor Frielinghaus tras un calvario de más de mil kilómetros. Se presentaron ante el comandante Rudofsky, junto con un grupo de cosacos. ¿Dónde hospedarlos? El líder de los soldados, un tal «príncipe» Amassov, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de no caer en manos de los rusos. Sus hombres y él se ofrecieron para ocupar los puestos abandonados por los mozos de cuadras. Era al menos una buena noticia en medio de tanta desgracia.

En la primera hoja de la siguiente tanda de informes, Brandts había escrito a mano: «¡Los últimos!».

El proceso de reproducción se hallaba en pleno auge. Los días 3, 4 y 5 de abril de 1945, Rau realizó su última visita a Hostau. Reclamó otros tres sementales de escuela. A falta de medios de transporte, ordenó: «Los animales marcharán hasta su destino desde Sankt Martin, donde se encuentra la Escuela Española de Equitación». Con parquedad militar confirmaba el nombramiento del comandante Hubert Rudofsky como «jefe de defensa de la base de Hostau».

En el último documento, de 25 de abril de 1945, Rau comunicaba que venía de entregar las yeguas Marschmusik (Música Militar) y Dragonerliebchen (Novia de Dragón) a la división de infantería.

El resto de la hoja estaba en blanco, vacío.

Ehrenfried Brandts había anotado a lápiz: «Rau salió al encuentro de los oficiales británicos vestido de civil. No fue hecho prisionero».

A Ulrich Rudofsky aún le costaba tragar, pero podía hablar sin sufrir demasiadas molestias. De vez en cuando interrumpía nuestra conversación transatlántica para beber un poco de agua.

–De modo que no solo ha estado en Hostau, sino también en Bischofteinitz. Pues bien, siguiendo el muro del castillo desde la plaza de la iglesia se llega a una farmacia con vistas al puente. Esa es la casa donde pasé los diez primeros años de mi vida.

Nos oíamos el uno al otro, pero no nos veíamos. Ulrich hablaba inglés con esa brusquedad tan característica del acento americano, sin el menor deje de alemán. Según me contó, sus abuelos vivían en una mansión de estilo neorrománico que luego se reconvirtió en una escuela del hogar. Su padre era médico con consulta privada. Un buen día partió al frente del este, durante años no dio señales de vida, reapareció al final de la guerra y se suicidó. Ulrich apenas llegó a conocerlo.

–Por eso he considerado siempre a mi tío Hubert como mi padre adoptivo. Solía decirle *Onka* Hu, u *Onka* sin más. Él me llamaba Matzl. Continuó utilizando ese diminutivo cariñoso incluso cuando yo había cumplido

ya los 50.

Le pregunté por su tío y por los recuerdos que conservaba de Hostau y Bischofteinitz.

–Es como si le viera pasar ahora mismo por delante de la ventana de nuestra casa en su carruaje tirado por dos lipizanos. Los días que no tenía colegio me iba con él. Después de la guerra, cuando me mudé con mi madre y mi hermana a Estados Unidos, se encargó de costear mis estudios. Le estoy eternamente agradecido.

Nuestra conversación saltaba de un tema a otro como la bola de un *flipper*. Nombrara a quien nombrara, Ulrich Rudofsky conocía al susodicho.

¿Gustav Rau?

–*Of course*, solía tomar el té con mi familia. Si entraba yo, *Onka* me mandaba recitar la tabla del siete. O deletrear alguna palabra difícil. ¡Horrible!

También llegó a coincidir con Amassov, el príncipe de los cosacos.

–Un día me subió a un enorme caballo negro. Al parecer, debí de gritar con voz de pito: «¡*Onka* Hu, hace calor aquí arriba!».

Ulrich fue monaguillo en la iglesia de Bischofteinitz, que lucía una vidriera donada por sus abuelos con motivo del feliz regreso del tío Hubert de la Primera Guerra Mundial. Luchó como dragón en el valle del Piave, donde Ernest Hemingway, imberbe, con 18 años, acudió como conductor de ambulancia para evacuar a unos italianos lesionados, con la mala suerte de que él mismo cayó herido mientras repartía cartas y cigarrillos.

–Mi tío no se saltó ni una vez la misa del domingo. Asistía al oficio con el uniforme de la *Wehrmacht*. Tengo aquí su cartilla militar. Afirma ser católico y expresa su deseo de recibir la extremaunción en caso de resultar herido de muerte.

En la calle principal, un poco más allá de la iglesia, tenía su casa la tía Brigitta.

–Se jactaba de ser la jefa de las mujeres nazis de Bischofteinitz. Su marido era igual que ella. El tío Hubert, no. En su fuero interno seguía siendo monárquico, imperial de Austria y real de Hungría, por si le suena ese calificativo.

Tenía curiosidad por saber en qué grupo étnico se autoincluían los Rudofsky, pero me sentí incómodo al formular la pregunta.

Sin embargo, el propio Ulrich no le dio mayor importancia y contestó con absoluta naturalidad:

–Somos alemanes de raíces polacas, expulsados de Silesia en el siglo XVI, durante otra ola anterior de depuraciones étnicas.

A mi interlocutor del Estado de Nueva York le dio un acceso de tos. Según me comentó, se notaba la garganta áspera. Al instante retomó el hilo de su relato. Bischofteinitz no había sufrido ni un solo rasguño en toda la guerra. Al final, pasaron por el pueblo avalanchas de refugiados con carretillas de mano atiborradas de pertenencias personales. Se dirigían al oeste, lejos de los rusos. En las calles se levantaron barricadas de postes de telégrafo y alambres de acero.

–Había una enfrente de casa, en el puente. Aquello era emocionante. Los miembros de la milicia popular alemana y de las Juventudes Hitlerianas comenzaron a ensayar maniobras defensivas. Se ocultaba tras el muro del castillo y entre las tumbas del cementerio. A mí también me dieron un arma. Mi maestro era el cabecilla del grupo local. Tan pronto como me vio, el tío Hubert me arrebató el fusil y me envió a casa alegando que la guerra no era cosa de niños.

El día en que Bischofteinitz cayó, *Onka* Hu se encontraba en la yeguada de Hostau y no pudo recriminar a su sobrino cuando este corrió a esconderse tras el muro del castillo junto con sus compañeros de clase. Estaba llegando una columna de carros de combate, no por el este, sino desde Alemania. Se acercaban a través de las colinas. El primer tanque se detuvo con el motor en marcha al lado del puente sobre el Radbuza, justo delante de la barricada. Llevaba una estrella. ¡Estadounidenses! Eran las cinco de la tarde. De pronto se oyeron unos disparos. El cañón giró despacio en dirección al camposanto. Sonó un estruendo sordo. Ulrich sintió que el suelo vibraba bajo sus pies, y también que le temblaban las piernas. Se hizo el silencio. Al minuto, el maestro y sus alumnos salieron de su escondite agitando una sábana blanca.

–Después me enteré de lo que sucedió en Hostau y de por qué los primeros en llegar fueron los americanos y no los rusos.

Entre las fotografías y los papeles escaneados que Ulrich me envió antes de someterse a la endoscopia había un informe mecanografiado que llevaba por título «El destino de los criaderos de lipizanos durante los años de guerra, 1941-1945», del propio Hubert Rudofsky, una entrevista con el veterinario jefe Rudolf Lessing y las memorias del comandante estadounidense Charles Reed, anotadas en 1970.

A partir de esos documentos, la caída de Hostau puede reconstruirse con bastante exactitud.

El principio del fin comienza cuando el 26 de abril de 1945, entre la una y la una y media de la mañana, se presenta un mensajero en bicicleta que entrega una nota manuscrita al comandante Rudofsky. La firma del remitente resulta tan descuidada –¿a propósito?– que lo único que se lee es «Walter H.». El tal Walter H. dice ser un oficial de la fuerza aérea alemana. Según relata, una vez hecho prisionero de guerra, ha informado a los

americanos del lugar donde está concentrada la raza lipizana por orden de Hitler. Cree que existe una posibilidad de transferirles los animales. Hay que actuar con celeridad, puesto que los rusos llegarán a Hostau en cuestión de días. El comandante Rudofsky solo tiene que comprometerse a no ofrecer resistencia. Es decir, capitular. La oferta que Rudofsky sostiene en la mano se ha elaborado con el consentimiento del coronel Charles Reed, del Segundo Regimiento de Caballería de Fort Riley, Kansas, que se encuentra en el flanco occidental de la selva de Bohemia. Al parecer, ambos oficiales, el uno vencedor y estadounidense, el otro vencido y alemán, se han puesto de acuerdo en que la raza lipizana debe pertenecer al Oeste y no a los bolcheviques de Moscú.

Rudofsky vacila. Como militar y hombre de honor ha jurado lealtad al *Führer* y a la bandera nazi. Por otra parte, corren rumores de que los rusos se comen los caballos apresados, con independencia de la raza o el pedigrí.

Rudofsky se confía a su veterinario jefe, el doctor Lessing, y lo manda al galope al otro lado de la cadena montañosa para recabar información más detallada a los estadounidenses.

A última hora de la tarde –ya es de noche–, en la cantina, los oficiales interrogan al enviado de Rudofsky. El coronel Charles Reed, cuyo regimiento no pasó del caballo al carro de combate hasta 1942, no necesita ser convencido del valor del botín que tiene al alcance de la mano. Sin embargo, se halla en un dilema: si saca los animales de Checoslovaquia infringe el Tratado de Yalta. Stalin, Roosevelt y Churchill –posando juntos en un banco al sol– acaban de pactar en Crimea hasta dónde puede avanzar el Ejército Rojo y hasta dónde los estadounidenses, los británicos y los canadienses. La «línea de Yalta» coincide justamente con la cordillera que atraviesa la selva de Bohemia: la antigua frontera –anterior a la guerra– entre Alemania y Checoslovaquia. La única solución que se le ocurre al coronel Reed es esperar a los caballos a este lado de las montañas después de que hayan sido conducidos hasta allí por los alemanes.

Al doctor Lessing se le antoja una propuesta inviable. El número de animales concentrados en Hostau es demasiado elevado. Resulta imposible conducir una manada de semejante tamaño monte arriba sin que nadie se percate. Además, muchas yeguas están a punto de parir.

El coronel Reed decide exponer la situación a su superior, el general Patton. ¿Le da permiso para cruzar una única vez la línea de Yalta a fin de evitar que centenares de caballos pertenecientes a una de las razas equinas más nobles de Europa caigan en manos de los rusos?

Patton también es un incondicional de la caballería. En 1912 había participado en los 5.000 metros con obstáculos de los Juegos Olímpicos de Estocolmo a lomos de un caballo prestado.

La respuesta llega a vuelta de correo: «Vaya a por ellos. Dese prisa. Le espera una nueva misión».

Ese mismo jueves 26 de abril, Hostau encaja los primeros proyectiles, presumiblemente estadounidenses. Los prados se llenan de cráteres y los caballos se sobresaltan, despavoridos, pero quedan indemnes. Rudofsky comprende que no tiene salida. «No se mueva de su puesto», reza la última instrucción de Berlín. Pretenden que sus hombres y él luchen a muerte por un imperio que se esfuma ante sus ojos. Afuera, en la calle, resuenan los gritos de las Juventudes Hitlerianas. De pronto entra en el pueblo un Mercedes con un general de la *Wehrmacht* a bordo. El oficial ha emprendido la huida y decide instalarse en Hostau. Elige las dependencias de la yeguada como centro de operaciones, desbanca a Rudofsky y comienza a repartir órdenes a los leales a Hitler.

La situación se vuelve explosiva cuando el doctor Lessing regresa a altas horas de la noche, sin sospechar nada y en compañía del capitán Stewart, encargado de tramitar la capitulación de Hostau en nombre del coronel Reed. El estadounidense se esconde en la residencia oficial del matrimonio Lessing junto al molino de agua. Nadie se percata de su presencia. Sin embargo, al día siguiente, el general alemán convoca a Rudofsky. La mera idea de poder acabar fusilado por alta traición aterroriza al director de la yeguada. Logra ganar tiempo con excusas poco creíbles. El general le concede veinticuatro horas de respiro y luego, en el momento preciso en que se agota el plazo, la soga que le rodea el cuello se afloja cuando más parecía apretarse: el general hace las maletas y se marcha a toda velocidad en su Mercedes.

Mientras tanto, se aproxima desde el norte una unidad blindada estadounidense procedente de Belá nad Radbuzou. La expedición militar en territorio checoslovaco recibe el nombre de «Operación Cowboy». En un primer momento, los americanos no encuentran oposición. Sin embargo, el 30 de abril libran un combate de cinco horas con las tropas alemanas destacadas en las colinas. El soldado Raymond Manz, de 19 años, resulta mortalmente herido. El sargento Owen Sutton también sufre heridas y es transportado al hospital de campaña, donde fallece al día siguiente. La entrada en Hostau se convierte en un paseo: cientos de prisioneros de guerra dan saltos de alegría a ambos lados de la carretera.

«Más que otra cosa, parecía una fiesta», escribió el coronel Reed en retrospectiva.

De los documentos no se desprendía claramente dónde estaba la lealtad de Rudofsky, si con los alemanes o con los estadounidenses. Siendo justos, habría que decir que con los caballos. En el despacho de la yeguada, el doctor Lessing se apresuró a retirar y destruir los retratos de Hitler, para perplejidad del personal del criadero.

Poco después, el comandante Rudofsky colgó de la ventana una sábana blanca. No se quitó el uniforme de la *Wehrmacht*.

Hubert Rudofsky no era ningún héroe de las barricadas. Actuó con cautela, rayando en la indeterminación. Aun así desempeñó un papel determinante al enviar al veterinario a los estadounidenses y brindarle su protección en todo momento. En la película de Walt Disney no había ni rastro de Rudofsky. Solo hablaba de Podhajsky. Y de Patton, el general que, pese a la inconmensurabilidad de su misión, puso en peligro vidas humanas por una manada de caballos. Las opciones del guionista, por evidentes que pudieran parecer, provocaron resentimiento en un círculo de iniciados, sabedores de que Podhajsky no tuvo arte ni parte en el rescate de las yeguas de cría de Hostau. Así y todo, al término de la guerra, el director de la Escuela Española de Equitación no cayó prisionero. Al contrario, fue condecorado con las distinciones más exóticas. Los grandes de la Tierra se desvivieron por colmarlo de elogios: la reina Isabel, el canciller Adenauer, el príncipe Bernardo, el sah Mohammed Reza, el papa Pío XII, el general Franco, el mariscal Tito, el emperador Haile Selassie, al igual que celebridades de la talla de Vivien Leigh o Gary Cooper.

Al sugerir que la Operación Cowboy se lanzó a iniciativa de un enérgico coronel Podhajsky, Walt Disney convirtió su cinta en una oda al director de la Escuela Española de Equitación de Viena. De hecho, según la cronología del largometraje, las tropas de Patton no entraron en acción a finales de abril, sino con posterioridad al ruego de Podhajsky de que también se protegiera a las yeguas y los potros. La puesta en escena del espectáculo histórico de los sementales lipizanos, celebrado el 7 de mayo, daba paso a unas imágenes en las que se veía avanzar a los carros de combate estadounidenses hasta la frontera checoslovaca. Ahumaban a los alemanes para hacerles salir de sus trincheras y cruzaban la línea de Yalta. Finalmente, se producía la rendición de Hostau. Así fue como centenares de yeguas y potros pasaron sanos y salvos a manos de los estadounidenses, antes de que a los rusos les diera tiempo a sacrificarlos o robarlos.

Pregunté a Ulrich Rudofsky si su tío había visto la película.

–Me parece que sí –contestó Ulrich a través de Skype–. En todo caso, se llevaba un disgusto cuando alguien dejaba caer el nombre de Robert Taylor en su presencia.

El propio Ulrich solía comparar a su tío con Telly Savalas, alias Kojak, igual de calvo que él.

–No le importaba. *Kojak* era su serie favorita.

Hubert Rudofsky se quedó sin cabello en la segunda mitad de 1945 mientras estuvo preso en un campo de internamiento checo para colaboradores nazis, cerca de Bischofteinitz. Su cuñado, el esposo de Brigitta, por poco muere de tuberculosis durante el cautiverio. En 1946 los liberaron y los expulsaron a Alemania.

Cuando Ulrich emigró con su madre y su hermana a Estados Unidos en 1951 perdió por un tiempo de vista a su tío.

–En 1960, durante el servicio militar, me dieron a elegir entre asistir a las pruebas nucleares en el Pacífico o marcharme a Alemania.

Ulrich fue a ver a *Onka* Hu a su apartamento en las afueras de Darmstadt.

–Primero inspeccionó mi uniforme y luego preguntó: «¿Te apetece unMartini?».

Ahí estaba yo, escuchando y hablando a mi ordenador con unos cascos en la cabeza, como un teleoperador de un centro de atención telefónica. Ulrich me contó que se había formado en Anatomía Patológica en la Universidad de Chicago. Se dedicó durante treinta años a la investigación renal, un ámbito en el que también entraban los experimentos con animales.

–Monos, ratones, ratas, ovejas. No se imagina lo que pudimos hacer por entonces. Ahora sería inconcebible. Siempre digo: vengo de una familia de carniceros.

–No le entiendo.

–Mi bisabuelo era carnicero y mi abuelo y mi padre, médicos. Yo soy patólogo y anatomista. Va todo un poco en la misma línea.

Conforme su tío se hacía mayor, Ulrich acudió cada vez más a menudo a Alemania a hacerle visitas. Hubert Rudofsky no llegó a casarse nunca. Al final de sus días, vivía rodeado de dibujos y cuadros de caballos. Se sentía muy orgulloso de sus distinciones de la Primera Guerra Mundial, en especial de la Medalla de Plata al Valor del emperador Francisco José.

Jamás hablaron de Hostau, hasta que en 1973 falleció el coronel Podhajsky. Tras casi dos decenios de silencio, como correspondía a un «oficial digno de ese nombre», Hubert Rudofsky habló. «El rescate de los lipizanos de Hostau no fue mérito de Podhajsky», aseguró, «sino de Lessing y mío».

Según me comentó Ulrich, en 1985 la vida de su tío llegó de improviso a su punto culminante con la exhibición de gala de la Escuela Española de Equitación que Austria organizó en su honor.

Observé que aquel acto se celebró por iniciativa de Hans Brabenetz, pero a Ulrich no le sonaba ese nombre.

El tío Hubert recibió un diploma de manos del ministro austriaco de Agricultura. «Es para mí un honor transmitirle mi gratitud y mi reconocimiento por su contribución personal al rescate de los lipizanos.»

–Me mandó comprar todos los periódicos –recordaba Ulrich, que viajó expresamente a Alemania para poder asistir al homenaje–. *Onka* no cabía en sí de alegría. No paraba de gritar: «¡Después de cuarenta años, Matzl!

¡Cuarenta años!».

La actuación se celebró en la Wiener Stadthalle. «Herr Rudofsky, los caballos bailan solo para usted», dijo el maestro de ceremonias hacia la mitad del programa. Al escuchar esas palabras, al homenajeado se le saltaron las lágrimas. La función quedó grabada. De hecho, medio año después, el Viernes Santo de 1986, la emitieron por televisión.

–*Onka* Hu la vio y disfrutó muchísimo –relató Ulrich–. El Lunes de Pascua murió mientras dormía.

Se instauró un silencio.

–Todavía tengo sobre mi escritorio el lipizano de porcelana que le regalaron en aquella gala.

En el último acto de la existencia de Hostau como lugar de exilio de lipizanos, la realidad y la ficción convergen de nuevo. El Tercer *Reich* se hunde. Los partisanos checos salen de sus escondites y tratan de adueñarse del caos formando la Guardia Roja. Sus miembros portan un brazalete rojo. En Bischofteinitz sacan a rastras a los SS de sus casas. En Hostau echan el ojo a los lipizanos. Durante la primera semana de mayo, el coronel Reed, que avanza con su caballería motorizada hacia Pilzen, necesita a todos sus hombres y no puede enviar a nadie a evacuar los caballos. Cuando la rendición incondicional de Alemania es un hecho y a Reed le llega la noticia de que los checos pretenden desplazar la manada de lipizanos tierra adentro adopta, por fin, medidas para introducir la cabaña equina de Hostau a la mayor brevedad posible en la zona estadounidense de Baviera.

En la práctica resulta ser una ardua operación logística. La ruta discurrirá por la vía férrea en dirección sur y luego continuará por la cadena montañosa de la selva de Bohemia hasta Furth im Wald, en Alemania. Cuarenta kilómetros. Los potros de menos de dos semanas serán transportados en camiones, lo mismo que las yeguas preñadas.

Kitty de Vukovar ya ha dado a luz, de modo que le toca ir andando. De los ocho animales del árbol genealógico de Conversano Prímula que durante la guerra pasaron por Hostau, la yegua Soja es la más joven. Vive el éxodo como potranca de apenas un mes.

El comandante Rudofsky, por entonces ya desarmado, recibe orden de preparar el desalojo de la yeguada. «Nos lo llevaremos como cuidador de caballos», oye decir a uno de los oficiales estadounidenses. Amassov y sus soldados caucasianos, conscientes de lo que hace Stalin con los tránsfugas, no desean otra cosa más que marcharse a Estados Unidos. Aduciendo su condición de jinetes natos, consiguen que les otorguen permiso para acompañar a la manada.

El 15 de mayo, al amanecer, los caballos de Hostau se ponen en marcha. Parten en cuatro grupos, empezando por los machos jóvenes. Los cinco sementales de la temporada, tres lipizanos de Viena y dos árabes, van montados. El doctor Lessing encabeza el segundo grupo junto con unos pocos americanos. Por el camino, en los cruces, hay carros blindados estadounidenses. Los cosacos cubren los flancos, a lomos de sus ponis. Para evitar que se detengan a pastar, todos los caballos son obligados a hacer el trayecto al trote. También la joven Soja, que recorre los cuarenta kilómetros sin apartarse de su madre.

A última hora de la mañana, la avanzadilla alcanza la cresta montañosa. Junto al viejo poste fronterizo se encuentra un puñado de partisanos checos. En cuanto ven aparecer la inusitada columna obstruyen el paso. No piden pasaportes ni otra documentación, sino que bajan de su caballo al agrónomo de la yeguada, que encabeza el cortejo, y le propinan una paliza. ¿Cómo se le ocurre traficar con caballos? ¡Es un acto antipatriótico! «¡Vuelta!», ordenan. «¡Largo!» Los aduaneros checos con el brazalete rojo en el brazo se niegan a alzar la barrera. Cargan sus fusiles. En medio de aquel alboroto, los sementales se vuelven cada vez más díscolos e ingobernables. El segundo grupo del convoy está a punto de unirse al primero. Solo faltaba que los machos se mezclaran con las hembras. El atasco persiste, diez minutos, quizá un cuarto de hora, hasta que el teniente Quinlivan se acerca a tantear el terreno. Se dirige a los checos a grandes zancadas, profiriendo exabruptos. El cochero ucraniano del doctor Lessing hace de intérprete. El estadounidense no está dispuesto a negociar. «El teniente Quinlivan cuenta hasta tres. Si la barrera no está levantada a la de "¡Tres!", haremos "¡Buuum!"», se limita a decir mientras señala el cañón de su carro de combate, que apunta hacia ellos. Acto seguido, comienza a contar.

Una vez superado este último obstáculo, los caballos bajan la colina al galope adentrándose en la zona estadounidense.

Así ocurrió. A excepción de un detalle: alrededor de 15 machos se escaparon en el umbral entre Este y Oeste, desperdigándose por los prados circundantes en círculos cada vez más amplios. Al poco desaparecieron de la vista, en sentido opuesto, de regreso a la zona rusa.

Aunque esa fuga no se recogía en la cinta de Hollywood, el comandante Hubert Rudofsky daba fe de ella. Al final, los estadounidenses accedieron a sus súplicas y le autorizaron a quedarse en Hostau. Era su tierra natal. El pueblo donde vivía su madre. El director de la yeguada se despidió de los caballos y los siguió con la mirada todo el tiempo que pudo. Luego se retiró a su despacho vacío, a la espera de que lo arrestara la Guardia Roja. Ya de noche, llamó a la puerta un palafrenero: habían vuelto 4 caballos. El muchacho recitó los nombres uno a uno. Se hallaban de regreso en su establo de siempre.

III

Fraternidad y unidad

LIPIZANOS MORIBUNDOS

BELGRADO, 1 de agosto de 2007. Tras sobrevivir a los bombardeos de la guerra de Yugoslavia en los años noventa, estos magníficos caballos corren ahora el riesgo de morir de hambre como «prisioneros de guerra» abandonados en tiempos de paz.

Iba por el año 1945 cuando la actualidad dio un impulso inesperado a mi viaje tras las huellas de los lipizanos. Los medios de comunicación empezaron a difundir noticias sobre caballos famélicos retenidos a orillas del Danubio, en el norte de Serbia. Según parecía, se trataba de unos equinos desaparecidos en 1991, al estallar el conflicto en Yugoslavia. Las primeras imágenes de los caballos, reencontrados después de dieciséis años, se publicaron en un diario de Novi Sad. Las agencias de prensa internacionales y sus corresponsales en Belgrado sembraron las noticias de descripciones al estilo de «cuadrúpedos sin techo», «botín de guerra dado por perdido» o «majestuosos lipizanos convertidos en sombras de sí mismos». Desde el *USA Today* hasta *The New Zealand Herald* se hicieron eco.

«¿Otra vez?», fue lo primero que me vino a la cabeza.

Entre 1945 y 1947, después de la contienda, los lipizanos, barajados como naipes y nuevamente distribuidos, se repartieron por Europa en pequeñas manadas. Sin embargo, al igual que los Tratados de Paz de Yalta y Potsdam, la división de la cabaña de lipizanos reflejaba el creciente clima de Guerra Fría.

A todos les pareció bien que el coronel Podhajsky fuera el primero en elegir y que reclamara las yeguas de Piber para Austria, 205 ejemplares, incluyendo los potros y algunos sementales. Tampoco levantó protestas la decisión del ejército estadounidense de llevarse 14 lipizanos al Nuevo Mundo a modo de trofeo. El coronel Reed fue premiado con un fastuoso carruaje tirado por dos yeguas, y el general Patton se quedó con el extraordinario Pluto XX, un semental que durante mucho tiempo había sido el orgullo de los criadores húngaros.

Incumbía a la Comisión de Restitución de Estados Unidos en Austria determinar a quién correspondían los demás animales de la cabaña de Hostau. El mariscal Tito los reclamó para la nueva Yugoslavia socialista, arguyendo que los caballos arrebatados por los alemanes debían regresar a su lugar de origen. Sin embargo, el encargado de negocios italiano se opuso con el argumento de que de 1919 hasta 1943 Lipica formó parte de Italia, por lo que los equinos deportados habían nacido en territorio italiano y, por tanto, pertenecían a su país.

En el archivo de Piber me topé con una carta de un antiguo miembro de la Comisión de Restitución, el letrado Dick Weeber, de Carolina del Norte.

Pinehurst, 16 de marzo de 1970

Dear Louis,
Espero que estéis bien, tanto tú como tu querida esposa.

El por entonces ya jubilado Weeber explicaba a su amigo Podhajsky que entre 1945 y 1947 había tenido que hacer verdaderos malabarismos para sortear al comunista Tito en beneficio de los italianos. No fue fácil, porque, en su papel de exenemigo, Italia se hallaba en una posición débil. Los rusos –que controlaban la mayoría de los distritos vieneses– y los checoslovacos –basándose en el hecho de que la yeguada de Hostau se hallaba en su territorio– también reclamaban su parte.

«Sin embargo, esas reivindicaciones tenían fácil solución.» El caso de Tito era distinto. Sus partisanos liberaron Lipica por sus propios medios. Eran aliados. Aun así, Weeber propuso asignar el lote principal de 5 sementales, 42 yeguas y 33 potros a Italia, además de la copia de los registros genealógicos, como se había hecho después de la Primera Guerra Mundial. La comisión siguió su consejo. Al final, Yugoslavia solo recibió los 13 caballos que restaban de la cabaña de su destronado rey.

La tramitación de las reclamaciones de lipizanos, en especial las de Yugoslavia e Italia, ha sido para mí uno de los cometidos más trascendentes que he afrontado en mi vida.

Hasta la vista, en vieja y estrecha amistad,
Dick

El recuento de los lipizanos a uno y otro lado del Telón de Acero, que se cerraba rápidamente, dio por

resultado una distribución a partes iguales entre Este y Oeste. Las yeguadas húngaras y rumanas, en su día propiedad de la Casa de Habsburgo, no sufrieron traslados y pasaron de forma inadvertida a manos de los comunistas que, en un principio, dejaron todo como estaba y se limitaron a eliminar la corona de los hierros de marcar. Los checos, por su parte, lograron reunir varias docenas de lipizanos fugados o vendidos por Rudofsky, saqueando las granjas de los alrededores de Hostau. Los descendientes de esos animales acabaron ataviados con plumas en el circo estatal de Praga, cuyo ballet de lipizanos se convirtió en una versión popular de la Escuela Española de Equitación.

Lipica, la cuna de la raza, se situaba justo al este de la nueva línea de demarcación, tanto que los prados de heno continuaban hasta las torres de vigilancia. Hasta 1947, las tropas británicas utilizaron las cuadras como cuartel, con la *velbanca* reconvertida en cantina y sala de cine. Cuando se marcharon, el criadero retomó su función original. Pronto se sumaron a los 13 lipizanos «reales» vueltos de Hostau diversos congéneres que habían pasado años ocultos en las montañas de Bosnia para que no se los llevaran los alemanes. Yugoslavia disponía, además, de la yeguada de la pequeña ciudad de Djakovo, en Croacia, que pese a haber sufrido en la guerra no había sido expoliada. La cría nacional de lipizanos logró recuperarse gracias a una acertada práctica de reproducción y a los ejemplares adquiridos en el extranjero. Tito acabó fundando una serie de criaderos nuevos en Serbia, Bosnia y Croacia. Algunos eran empresas estatales dirigidas desde arriba y otros obedecían al concepto de autogestión obrera.

Cuando el mariscal acudía a inspeccionar la cabaña, el protocolo exigía que se le obsequiara con el mejor caballo, una costumbre a la que él mismo también se atenía: regalaba por sistema un lipizano a los jefes de Estado amigos. Adjudicó una yegua negra llamada Stana a la reina Isabel, y a Nasser y a Nehru, un macho blanco a cada uno. En 1955, Tito dio permiso al emperador Haile Selassie –previo pago en divisas fuertes– para que eligiera 30 yeguas de cría y algunos sementales para su propia yeguada imperial de Adis Abeba, una apuesta arriesgada que terminó en una debacle tropical.

El que Tito repartiese lipizanos a diestro y siniestro no quitaba que sintiera verdadera pasión por ellos. Le agradaba dar paseos por Brioni –la isla que poseía en el mar Adriático– en un carruaje tirado por lipizanos. Con respecto a sus caballos de monta, dos ejemplares de la línea Maestoso, dejó estipulado en su testamento que debían morir de una muerte natural y que, por tanto, no podían ser sacrificados bajo ningún concepto. De cara al cuarto centenario de Lipica, en 1980, se encargó personalmente de que Yugoslavia contara con una escuela de equitación –*rajttul*– propia. Tito falleció el 4 de mayo de 1980 a las tres y cinco de la tarde, en Liubliana, apenas unas semanas antes del comienzo de las festividades. Su defunción no fue óbice para que la celebración conmemorativa marcara el resurgimiento de Lipica de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Diez años más tarde estalló la Guerra del Fin de Yugoslavia.

Las noticias de agosto de 2007 sobre los lipizanos abandonados en las márgenes del Danubio llenaron de espanto a todo el mundo. El grupo de acción Libertad para los Animales, de Belgrado, colgó un vídeo en YouTube cuya imagen inicial mostraba un fondo negro con las palabras luminosas *WELCOME TO HELL* : bienvenidos al infierno. Al darle a la tecla de reproducción comenzaban a desfilar fotografías de escuálidos caballos en un pequeño terreno junto a un cobertizo de ladrillo. A primera vista parecía tratarse de matalones de trapero, sacos de huesos con costillas que se transparentaban como surcos de arena en la playa. Esqueletos andantes, envueltos en una ceñida piel blanca y deteriorada. La mayoría de los animales alzaban la mirada y aguzaban las orejas, tal vez porque tomaban al fotógrafo por un cuidador que les traía algo de comer. No había comentarista, pero en la pantalla iban apareciendo palabras, letra tras letra, con la urgencia y el tableteo de una máquina de escribir:

P L E A S E !

S T O P I T N O W !

La compilación fotográfica iba acompañada de la voz y la guitarra de Eric Clapton cantando «Tears in Heaven». La imagen final era de nuevo negra.

Decenas de espectadores –sirviéndose de alias como Pirouette987, Jebenoime, Spanonski, ideAL24– habían dejado un mensaje:

–«Los caballos son más humanos que los animales que les hacen esto.»

–«No entiendo muy bien de qué va la historia, pero creo comprender que tiene que ver con la guerra.»

–«¡Joder con la guerra! ¡Si están matando de hambre a estos caballos!»

Lo más sangrante era una foto de una yegua tumbada en un campo pelado que intentaba hacer un último esfuerzo por ponerse en pie. Los huesos prácticamente le atravesaban la piel.

Mientras observaba la imagen no pude por menos que compararla con la fotografía erigida en icono de la guerra de Yugoslavia: el torso desnudo de un hombre famélico tras la alambrada de espino del campo de

prisioneros de Omarska. El impacto ocasionado por la visión de la doliente yegua lipizana era como una réplica de aquel conflicto, que en 2007 ya casi quedaba relegado al olvido.

¿Qué había sucedido? La radio de la BBC fue de las primeras en confirmar que la manada provenía del criadero de Lipik en Croacia, «un balneario a cien kilómetros de Zagreb en dirección este». Al igual que Lipica, su equivalente esloveno, el nombre de Lipik derivaba de *lipa*, tilo. En 1948, Tito alojó una parte de la cría de lipizanos en la yeguada croata, en los espaciosos establos de tejas rojas de la época de los Habsburgo. Sin embargo, en el otoño de 1991 Lipik quedó reducido a escombros. Durante ocho semanas, los carros blindados y los morteros del Ejército Popular panyugoslavo de Tito estacionados en las colinas circundantes dispararon a los croatas acantonados más abajo. En medio de ese pandemonio se movían entre 100 y 120 caballos. Las yeguas y sus potros erraban como blancos de tiro por la tierra de nadie junto al ferrocarril. Al parecer, 27 o 17 murieron en un incendio provocado por el impacto de un proyectil en el henar de la yeguada. Finalmente, un día nebuloso, los serbios se llevaron al otro lado de las líneas a 80 o 90 lipizanos.

«Como prisioneros de guerra», sostenían los croatas.

«Eso es mera propaganda», refutaban los serbios. «Nos los trajo el caballerizo. ¡Los salvó!»

El reportero de la BBC terciaba: «Hay quien dice que los propios caballos cruzaron el frente de batalla».

Haciendo memoria llegué a la conclusión de que debió de ser en mayo de 1995 cuando pasé unas horas de mucha tensión a las afueras de Lipik como corresponsal de guerra. Por entonces los lipizanos de la yeguada local llevaban ya tres años y medio en paradero desconocido. Aquellos días los rumores sobre un posible secuestro de la manada se vieron sobrepasados por un recrudecimiento del ruido de armas. En la madrugada del Día del Trabajo, el ejército croata lanzó una contraofensiva –la Operación Blezak, que significa relámpago, un temerario guiño a la guerra relámpago de Hitler–, con el objetivo declarado de reconquistar la Autopista de la Fraternidad y la Unidad, nexo de unión entre Zagreb y Belgrado en tiempos de paz. Las tropas serbias ocupaban desde hacía años un tramo de 23 kilómetros en territorio croata. Si bien la Operación Blezak tenía como fin expulsarlas, las ambiciones de los croatas iban más lejos: clamaban venganza.

Mi intención era escribir algunos reportajes siguiendo la estela del ejército croata. Tras estudiar el mapa decidí hacer un intento por alcanzar Jasenovac, el campo de concentración alemano-croata de la Segunda Guerra Mundial. El área de exterminio de 1941-1945 se hallaba a 10 kilómetros de la Autopista de la Fraternidad y la Unidad y, según diversas fuentes, había sido reconquistada en la primera ola de ataque de los croatas contra los serbios.

Aunque el *logor* Jasenovac carecía de interés militar y estratégico, poseía un enorme valor simbólico. En su día, Tito dio orden de sepultar los barracones, los nidos de ametralladoras y las alambradas bajo toneladas de cieno fluvial. De los osarios ya solo sobresalía una flor de hormigón de 10 metros de altura a modo de monumento conmemorativo. También se conservaba parte de la vía férrea por la que llegaban los serbios, gitanos y judíos –en ese orden de frecuencia– como ganado al matadero. A los más fuertes los agotaban primero en la fábrica de ladrillos, pero en última instancia Jasenovac era un campo de exterminio donde los vasallos croatas de Hitler se deshacían principalmente de los serbios.

Ante el Tribunal de Núremberg, Tito estimó el número de muertos de Jasenovac en 700.000, una cifra a todas luces desproporcionada. El historiador que osara ponerla en duda acababa en la cárcel por subversión. «La matanza de los 700.000» se convirtió en útil arma política para atar en corto a los croatas. Como jefe de Estado, Tito se pasó la vida equilibrando las relaciones de poder domésticas. No tardó en romper con Stalin. Ya en 1948 emprendió su propio camino, algo que ocupaba todo su tiempo. Si uno de los grupos étnicos llegara a adquirir demasiada fuerza, Yugoslavia zozobraría y terminaría por hundirse. No en vano se le conocía como el «último Habsburgo»: engalanado con su uniforme favorito de galones dorados, logró mantener unido, al igual que el emperador de antaño, un Estado compuesto por múltiples nacionalidades que se extendía por diversas líneas de falla étnicas y religiosas. Josip Broz Tito, nacido en 1892 como súbdito de la monarquía austrohúngara, participó en la Primera Guerra Mundial bajo el emperador Francisco José en condición de sargento mayor. Más tarde, en tanto que secretario general de la Liga Yugoslava de Comunistas, albergaba la firme convicción de que su artilugio político seguiría en pie, incluso después de su muerte, mientras la alianza panyugoslava se mostrase lo suficientemente poderosa como para sofocar cualquier atisbo de nacionalismo. Por eso trabajaba en la génesis de un pueblo nuevo que dejara de sentirse esloveno, montenegrino, albanés o serbio para pasar a considerarse yugoslavo sin más. Los cuarteles del ejército se transformaron en escuelas donde se inculcaba a los reclutas una buena dosis de patriotismo. Además de ese componente educativo *(nurture)*, la creación del «yugoslavo» entrañaba un elemento genético *(nature)*: se enviaba a los mozos lo más lejos posible de su lugar de origen. Se daba el caso de que un húngaro de Voivodina cumplía el servicio militar en Macedonia, un croata en Kosovo y un serbio en Eslovenia, todo ello con el manifiesto fin de que acabaran casándose con una mujer de otra etnia y que de esos matrimonios mixtos, incentivados por el Estado, naciese una estirpe mestiza que se sintiera ante todo yugoslava.

Esa fue la respuesta de Tito a Jasenovac y al Holocausto en general: mezclar la sangre hasta tal punto que nadie pudiera arrogarse el derecho de exterminar a los «bastardos» o cualquier otra categoría de seres

humanos en virtud de unos genes «puros».

«Algo así no se consigue en una generación», puntualizó el mariscal a propósito de su experimento. «Puede que nosotros ni siquiera lleguemos a verlo, pero nuestros hijos lo vivirán.»

En los cinco artículos de periódico que dediqué a la Operación Blezak en mayo de 1995 no aparecían los lipizanos. Sin embargo, estaban presentes en mi libreta de notas.

Desde Zagreb partí hacia el frente en un coche de alquiler con la palabra *PRESS* pintada en el capó. A mi lado iba Renzo, un colega veterano y miope del *Corriere della Sera* que no tenía permiso de conducir. Cerca del aeropuerto nos incorporamos a la Autopista de la Fraternidad y la Unidad, construida tras la Segunda Guerra Mundial a guisa de hilván para mantener unida la Yugoslavia socialista, una puntada imprescindible para garantizar la necesaria *bratstvo* –fraternidad– y *jedinstvo* –unidad–. Jóvenes voluntarios de toda Europa, entre ellos un futuro ministro de Defensa de los Países Bajos, se sumaron al proyecto en la creencia de que, cantando y moviendo tierra a paladas, lograrían sepultar el atávico odio entre los pueblos.

Después de pasar por delante de una gasolinera y una extensión de césped con mesas de *picnic*, llegamos a un área de peaje.

–Vaya, vaya –observé–. Nos hacen pagar por una autopista cortada.

De los ocho carriles, dos continuaban en servicio. El taquillero me dio el tique y yo se lo pasé a Renzo como recuerdo.

–Estupendo –dijo–. Dos entradas para la guerra.

BELGRADO 374 KM. En un gesto de protesta, alguien había añadido tres enérgicos ceros emborronados al letrero. Daba igual: por esa ruta la capital del enemigo resultaba tan inalcanzable como la luna. En algún punto del horizonte que se desplegaba ante nosotros debía de encontrarse la región de *Vojna Krajina*, literalmente «terreno militar». En realidad, se trataba de una zona de seguridad establecida en el siglo XVIII por la emperatriz María Teresa para proteger a los croatas católicos contra los asaltos de los bosnios musulmanes y sus amos turcos. A ese fin, la franja sur del imperio se pobló de campesinos serbios quienes, a cambio de encargarse de vigilar la frontera, estaban autorizados a conservar su fe ortodoxa eslava. Si bien a primera vista no quedaba ni rastro de aquello, los topónimos contenían una indicación cifrada: sin previo aviso, la escritura latina dio paso a la cirílica. Cada cierto tiempo, la tierra a lo largo de esa línea de falla se caldeaba escupiendo chorros de odio que buscaban una vía de escape en forma de redadas, deportaciones, masacres.

Tomamos la última salida antes del frente. De todas maneras, no nos quedaba otra opción, porque la autopista se hallaba obstruida por caballos de Frisia y un puesto de vigilancia del batallón de cascos azules nepalíes. Abreviado, NepBat. A lo lejos se elevaba el primer penacho de humo: una larguísima línea recta que a gran altura se desviaba hacia el este. Seguimos el río Sava entre plateados bosques de ribera henchidos de brotes nuevos, atravesando pueblos con una iglesia católica, rematada por una simple cruz, y una iglesia ortodoxa serbia, coronada por la típica cúpula en forma de cebolla. A veces los templos rivales se hallaban el uno frente al otro, cual cabras montesas de cuernos desiguales, listos para embestirse mutuamente.

Los únicos caballos con los que nos cruzábamos eran bestias de carga y de transporte que tiraban de carros repletos de colchones, bidones y otros recipientes, jaulas con ocas y familias al completo, rumbo al puente flotante sobre el Sava.

En una encrucijada de tres caminos, al pie de una cadena de colinas, nos topamos con la carcasa de un carro de combate volcado. La mole yacía en medio de un charco de aceite marrón negruzco. Mientras la rodeábamos despacio descubrimos que la torreta había sido arrancada de cuajo. Del agujero emergía un enredo de hierros. Nos llegó un agrio olor a quemado. Temí que por dentro hubiera aún restos de carne.

Enfilamos una carretera comarcal que conducía a Lipik. Según nos habían comentado, la localidad se hallaba de nuevo en manos croatas. Por el camino se alternaban las viñas con los campos de lúpulo. Había cada vez más tráfico: refugiados a pie y camiones militares que, al adelantarnos, envolvían el coche en una nube azulada de humo de gasóleo. A ratos se escuchaba un trueno grave que hacía eco entre las colinas. En un cruce junto a las primeras casas bombardeadas de Lipik nos mandaron al arcén con grandes aspavientos. Unos soldados con una cinta negra en el pelo y un brazalete a cuadros rojos y blancos vigilaban una barrera formada por dos carros de combate atravesados: *«Akreditacija!»*.

Nos obligaron a salir y a enseñar nuestras acreditaciones. En un corral situado detrás de un granero había diez prisioneros de guerra sentados en el suelo con las piernas cruzadas. El guardián nos aseguró que los trataban de acuerdo con la Convención de Ginebra. A modo de prueba les tendió un cubo con agua, del que bebieron con ansia.

Saludamos a los cautivos y nos interesamos por lo ocurrido.

–*Nein!*

No estaba permitido hacer preguntas. El guardián, que llevaba su Kalashnikov encima de la cadera con el cañón apuntando hacia abajo, empezó a ponerse nervioso.

–¿Por qué no?

–*Verboten!*

Prohibido. Tampoco podíamos entrar en la ciudad.

–¿Significa eso que sigue habiendo focos de resistencia?

–¡Basta!

A diferencia de Serbia, Croacia tenía la ventaja de que allí se hablaba alemán, al menos en teoría. Antes de marcharnos, Renzo averiguó qué pensaban hacer con los prisioneros de guerra.

–Vamos a canjearlos por los lipizanos –contestó el comandante de la patrulla–. Diez caballos a cambio de uno de esos bastardos de mierda. ¡Toma nota!

Así era como figuraba en mi libreta, incluida la exhortación: «¡Toma nota!».

En el frenesí del mes de mayo de 1995 no capté el alcance de aquella historia. Estaba obcecado con Jasenovac, donde hablé con croatas embriagados por la victoria en la cálida hierba de un terraplén desde el cual se tenía una vista panorámica de los prados sin segar y la pardusca flor de hormigón. «El verdadero crimen perpetrado en este lugar es la falsificación de la Historia a manos de Tito y los serbios», sostenían en alusión a la lucha de sombras previa a la guerra de Yugoslavia. En el preludio a la contienda real, el patriarca de la Iglesia ortodoxa serbia elevó «la matanza de los 700.000» a un millón. Para cuando se preparaba la artillería en ambos bandos, la cifra se situaba ya en un millón y medio. El presidente croata devolvió el golpe mediante la publicación de unas estadísticas propias llamadas a demostrar que no había sido para tanto: 30.000 muertos, en todo caso no más de 35.000.

Tan pronto como estalló la guerra de 1991, los serbios expulsaron a los croatas del pueblo de Jasenovac. Se encontraron con que el museo del campo de exterminio había sido destrozado a toda prisa. Aunque muchas promociones de alumnos yugoslavos pasaron, de buena o mala gana, por delante de la vitrina que albergaba el guante con gancho utilizado por los verdugos para matar a los prisioneros, aquello no sirvió de nada: por más que luego salieran a vomitar al aparcamiento, al alcanzar la edad adulta volvían a odiarse a muerte.

En mayo de 1995, los croatas mandaban de nuevo en Jasenovac. Se habían invertido los papeles. No quedaba ni un solo serbio. Los vencedores se jactaban de que iban a volar la flor de hormigón –convertida en un monumento a la reconciliación carente de sentido– con mucha ceremonia y solemnidad. Por de pronto había que brindar por ello.

En serbocroata, la violencia bélica se denominaba *«etnicko citdenje»*: limpieza étnica, como si diera por resultado algo limpio. Sin embargo, nadie fue capaz de explicarme en qué se diferencia un croata de un serbio, ya fuera en constitución, conducta, mentalidad o rigidez del cabello, por decir algo. Y mucho menos por qué el uno habría de ser inferior al otro. Los pueblos de los Balcanes, que eran ellos mismos una maraña de lazos sanguíneos entrelazados, se comportaban como salvajes para deshacer la «política bastarda» del mariscal Tito, después de llorar desconsoladamente su muerte. ¿Cómo? Deshilachando el tejido étnico de ciudades, aldeas, calles e incluso familias con un golpe en la puerta y el fusil en ristre.

A una autora inglesa de libros de viajes que recorría los Balcanes poco antes de la Segunda Guerra Mundial le comentó un serbio: «Hay cosas que tu cerebro occidental no comprende, pero de las que nuestra sangre serbia está segura. Somos demasiado rudos y profundos para vuestra delicadeza y superficialidad». Sesenta años más tarde oí opiniones similares, tanto por parte serbia como croata. Unos y otros combatían a vida o muerte el cosmopolitismo, la idea occidental de que todos los hombres son iguales y, en última instancia, aspiran a lo mismo. Pude comprobar cómo mis propios pareceres izquierdistas de salón naufragaban. A ambos lados del frente me encontré a exaltados guerreros convencidos de pertenecer a un pueblo espartano que debía su tesón, su coraje y su perspicacia a la eterna proximidad del enemigo. Los débiles, los cobardes y los miopes morían antes de que les diera tiempo a reproducirse. Yo, por mi parte, no apreciaba diferencias, quitando detalles como que el croata, al santiguarse, se toca primero el hombro izquierdo y luego el derecho, y el serbio lo hace al revés. Me daba cada vez más la impresión de que ambos grupos se hallaban a años luz de mi visión de europeo occidental. ¿Me vería obligado a admitir que cada pueblo reviste carácter propio? ¿Tenían los habitantes de los Balcanes reflejos distintos a los nuestros? Aunque formulé esas preguntas por mera curiosidad, mis compañeros del periódico me llamaron enseguida la atención. Uno de ellos me advirtió contra las «trampas del racismo». Me defendí alegando que solo había pretendido plantear la cuestión, sin más, pero no logré convencerlos. Según ellos, me faltaba por asimilar una lección importante de la Segunda Guerra Mundial: conceptos como «carácter nacional» o «raza» son un mito social y, además, entrañan un enorme peligro. En respuesta al Holocausto, las Naciones Unidas no habían movilizado en vano a toda una serie de pesos pesados académicos para que acabaran con las arraigadas creencias populares de que una raza era más inteligente o más necia, más irascible o más pacífica, más trabajadora o más indolente que otra. Esas distinciones solo existían en la cabeza de la gente. Tal y como estipulaba la Declaración sobre la Cuestión Racial de la Unesco, de 1950, no existía ninguna justificación biológica para el odio o los prejuicios raciales. El *Homo sapiens* era una especie extraordinariamente homogénea que, desde el punto de vista biológico, constituía una gran «familia del hombre».

Yo no lo tenía tan claro. A la hora de practicar el examen forense de las calaveras encontradas en unas fosas

comunes no resultaba difícil distinguir la calavera de un asiático de la de un africano o un europeo. Y los manuales médicos no ocultaban que la mayoría de los adultos asiáticos eran alérgicos a la leche. Por otra parte, no estaba bien visto que uno se asombrara ante la hegemonía de los kenianos y los etíopes en la clasificación mundial del maratón y su escasa o nula presencia en los campeonatos de ajedrez. Por supuesto, el entorno *(nurture)* desempeñaba un papel fundamental, pero ¿era eso razón suficiente para hacer caso omiso de las diferencias genéticas *(nature)?* Al investigador que osara mencionarlas se le acusaba de mala praxis científica y quedaba excluido de los círculos académicos.

La Declaración de la Unesco de 1950, aumentada y actualizada en 1951, 1964 y 1967, repetía invariablemente que en términos de inteligencia, carácter o temperamento no existían diferencias genéticas entre pueblos o grupos humanos. Nadie debía cuestionar ese principio. Ni siquiera nadie debería pensar en cuestionarlo.

Animal Farm

A lomos de un caballo blanco, saludando a Stalin con la mano derecha y con las riendas en la izquierda. Así fue como Zhúkov, comandante del Ejército Rojo, salió de la Segunda Guerra Mundial. Con un ligero galope sobrevoló los adoquines de basalto de la plaza Roja mientras sus tropas entonaban tres «¡Hurra!» seguidos.

Conforme se fue alejando el ruido de los cascos, llegaron un centenar de soldados rusos. Marcharon desde la plaza del Picadero hasta el mausoleo de Lenin con su botín: banderas con la cruz gamada. Se detuvieron al pie del sepulcro, dieron un giro de noventa grados y, fila tras fila, acudieron a depositar sus esvásticas. Unos metros más arriba, en la galería de mármol, el camarada Stalin movía la cabeza en señal de aprobación.

Más impresionante aún que el desfile triunfal del 24 de junio de 1945 fue el deslumbrante espectáculo ideológico que ofrecía Moscú al cabo de la contienda. Tras la victoria era el momento de difundir la idea de la igualdad marxista como mensaje de salvación para la Humanidad y de asestar al fascismo y al capitalismo el golpe de gracia moral. A medida que fiscales y testigos iban desvelando en Núremberg el verdadero alcance de la *Shoah* se ponía de manifiesto la ininterrumpida línea roja que unía a Mendel con Mengele. Los nazis habían contaminado la genética mendeliana. Los camaradas tenían la razón de su parte: un sistema político cimentado en el ideario del probo fraile moravo de Brünn era de todo punto repudiable.

«Ningún Estado puede permitirse semejante doctrina, y mucho menos un Estado socialista», afirmó el dramaturgo irlandés George Bernard Shaw.

Para alivio de una amplia vanguardia de la izquierda europea, el Kremlin adoptó ante el Holocausto una postura implacable que iba mucho más allá de la declaración blanda y poco comprometida de la Unesco contra el racismo.

En 1997, cuando me mudé a Rusia para informar acerca del desmoronado Imperio soviético, la plaza del Picadero todavía era un descampado de asfalto, y no un paraíso comercial semisubterráneo con fuentes pobladas de figuras de cuento de hadas rusas. Zhúkov y su blanco caballo, fundidos en bronce, vigilaban el acceso a la plaza Roja. Bajo un abeto azul al pie del muro del Kremlin, Stalin descansaba en su tumba. Mientras tanto, surgían en la Rusia salvajemente capitalista cada vez más voces partidarias de sacar el cuerpo de Lenin del mausoleo e inhumarlo de una vez por todas.

En mi apartamento de Moscú, construido por prisioneros de guerra alemanes, leía con la respiración contenida sobre el verano de 1948, cuando el camarada Stalin encomendó a los científicos soviéticos la misión de reorientar la ciencia de la vida misma, la biología, hacia un nuevo modelo de índole «proletaria», colocando a su biólogo, Trofim Lysenko, en primer plano como una pieza de ajedrez. Este invitó a los académicos más brillantes del país a participar en un encuentro de varios días en Moscú, en la sede de la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas, para hacer balance del estado de la genética.

El 31 de julio de 1948, el primer día de sesiones, el camarada Lysenko pronunció con su marcado acento ucraniano un discurso de cincuenta páginas, repleto de citas de Marx, Engels y Darwin. En las fotografías tomadas durante aquella disertación mira hacia arriba con aire evangélico, como clavando los ojos en un punto futuro. Está peinado con una raya perfecta y en las comisuras de la boca se le intuye una tímida mueca de beatitud. Se estaba creando un culto en torno a su persona, basado sobre todo en sus sobrios antecedentes, la sabiduría campesina de su padre, los *pelmeni* –pequeños cuadrados de pasta rellenos de carne picada– acompañados de nata agria que le preparaba su madre y la explosión de dulzura que inundaba su rostro cuando alguien le recordaba todo ello.

Lysenko arremetió contra los investigadores de la mosca de la fruta. Desde que el mendeliano Thomas Hunt Morgan trazara en su Cuarto de las Moscas de la Universidad de Columbia la distancia entre genes en un cromosoma, la *Drosophila melanogaster* se había erigido en modelo por antonomasia de la genética. El presidente del congreso se mofó de ella. Describió al detalle cómo el camarada Dubinin –no por casualidad un erudito de renombre mundial– había «enriquecido» la ciencia soviética con el descubrimiento de que, durante la guerra, las moscas de la fruta de la ciudad de Voronezh presentaban una anomalía cromosómica poco común. Ese era un rasgo típico de la doctrina de Mendel y Morgan: no servía para nada.

Lysenko, que alardeaba de ser un hombre hecho a sí mismo, contraponía a esos experimentos nada prácticos su experiencia neolamarckiana. «Adiestrando» plantas, animales y humanos se creaban automáticamente especies nuevas y útiles. Solo se podía intervenir en la evolución desde fuera, introduciendo cambios drásticos en el entorno vital. No había que cruzar, sino injertar. Ni criar, sino ejercitar. Lysenko rechazó la genética mendeliana en beneficio de «una biología de verdad en la línea de Marx». Retó a todos –académicos, agrónomos y también criadores de ganado– a que siguieran su ejemplo.

–¡Bienaventurado el gran amigo de la ciencia, nuestro líder y maestro, el camarada Stalin!

Uno de los oyentes observó:

–No estamos de acuerdo, camarada Lysenko. Ahí donde usted habla de especies modificadas a base de entrenamiento y otros factores externos, nosotros hablamos de alteraciones producidas a saltos en el material genético. Mutaciones.

No hubo manera. Lysenko mantuvo su opinión a todo trance. ¿Genes? No existían. ¿Acaso los había visto alguien? Eran una invención de la burguesía, de quienes proclamaban que la procedencia determina el futuro y que el hombre nace con una serie de portadores genéticos fijos. Esas aseveraciones olían a predestinación y a divinidad, a Alemania y a Estados Unidos, a cámaras de gas y a sudor de esclavos.

En la última jornada del encuentro, Lysenko sometió a votación un texto que demandaba nada menos que la inhabilitación profesional de los mendelianos.

La apoteosis se recogía palabra por palabra en el acta:

«Camaradas, antes de pasar a las conclusiones, considero mi deber aclarar una duda. En una de las notas que me han sido entregadas se me pregunta cuál es la postura del Comité Central del Partido acerca de mi informe. La respuesta es clara: el Comité Central del Partido ha estudiado mi informe y lo ha aprobado». (Salva de aplausos. Ovación. Todo el público se pone de pie.)

Tres de los congresistas pidieron la palabra sin ni siquiera pensárselo. El primero en subir al estrado fue un prestigioso especialista en cromosomas. «La conferencia que pronuncié ayer no era digna de un comunista y científico soviético. Les prometo que no volveré a exponer ideas incorrectas desde el punto de vista biológico e ideológico.» (Largo aplauso.) Después fue el turno de un joven armenio. «De hoy en adelante no solo me esforzaré por abandonar mis pensamientos reaccionarios, sino que, además, trataré de convencer a mis estudiantes y a mis camaradas.» Según el acta, el tercero y último arrepentido no cosechó muestras de conformidad, aunque su reacción fue la más vehemente: «Hemos de respaldar al Partido en la eliminación de la podredumbre seudocientífica propagada por nuestros enemigos extranjeros».

Antes del final del verano, el 26 de agosto de 1948, la presidencia de la Academia de las Ciencias, el colegio de los eruditos más eminentes, adoptó doce medidas estrictas.

Entre ellas:

Eliminación de todos los cultivos de moscas de la fruta para la investigación científica.
Cierre del Instituto de Genética del profesor Dubinin por «inútil y antiacadémico».
Sustitución de todos los cursos y libros de texto utilizados en la enseñanza de la Biología.

Fueron despedidos de sus puestos de trabajo unos tres mil académicos. Uno de ellos, el camarada Sabinin, se pegó un tiro.

El 27 de agosto, *Pravda* comunicaba que el «espíritu de Partido» había quedado restablecido como pauta rectora de las ciencias soviéticas. Quien se atrevía a cuestionar la doctrina Lysenko era tildado de «adepto a las teorías propugnadas en la Alemania de Hitler y aún vigentes entre los defensores de la esclavitud y la discriminación racial, es decir, los estadounidenses». El semanario *Ogonjok*, el «fuego» socialista, publicó una caricatura de esa clase de «moscófilos/misántropos». Los diligentes periodistas sacaron también a colación a Hermann Joseph Müller, un experto estadounidense en moscas de la fruta que en los años treinta se había trasladado a Moscú por invitación de Vavilov. En 1946 fue galardonado con el premio Nobel por el descubrimiento de que los rayos X son susceptibles de desencadenar mutaciones. Causó un gran revuelo su alegato a favor de la eugenesia, por mucho que fuese de corte socialista. En sus escritos proponía que se fecundara al mayor número posible de mujeres con espermatozoides de unos pocos hombres superdotados llamados a engendrar unos cincuenta mil hijos cada uno, eso sí, sin tener en cuenta la raza ni la procedencia o la situación social. Müller emigró a Estados Unidos antes de que la prensa soviética pasara a caricaturizar a los genetistas de su «calaña» y otros «discípulos de Mendel» con capirotes del Ku Klux Klan.

¿Y Lysenko? En todas las aulas universitarias había una imagen suya. En Ostroh, Ucrania, se inauguró una estatua del camarada Stalin y de su biólogo personal charlando sentados con gesto relajado en dos butacas colocadas frente a frente. Los coros juveniles incorporaron a su repertorio el himno a Lysenko.

Toca alegremente el acordeón,
Déjame cantar a pleno pulmón,
De Lysenko, valiente y osado,
Que de Mendel y Morgan nos ha librado.

Asistido por una tropa de ideólogos, Lysenko reescribió la historia de las ciencias naturales. Albert Einstein quedó relegado a un segundo plano con el argumento de que su teoría de la relatividad era demasiado abstracta y rebuscada. En el día a día bastaba con la física newtoniana. En cambio, a Iván Pávlov se le asignó de forma póstuma un lugar destacado en las galerías de honor. Ya por 1900 elaboró la teoría del reflejo condicionado: los perros del profesor Pávlov comenzaban a salivar tan pronto como el científico tocaba una campana justo antes de darles de comer. Una vez habituados, salivaban nada más oír la campanada, incluso

haciéndola sonar a destiempo y sin que se les administrase comida. Descubrimientos de esa naturaleza y ese calibre sí resultaban útiles para la creación del *Homo sovieticus*.

Los soviéticos se convirtieron en empedernidos conductistas. Atribuían cualquier comportamiento a los –moldeables– procesos de aprendizaje y, por eso, creían firmemente en los campos de reeducación. Sin embargo, desecharon la etología, acuñada por investigadores como Konrad Lorenz y Niko Tinbergen, un holandés trasplantado a Oxford, alegando que, al poner tanto énfasis en la conducta innata y preprogramada, se corría el riesgo de fomentar la propagación de «fantasías morales reprobables», empezando por la justificación del papel de la mujer como progenitora por predestinación biológica.

Al volver a leer a Darwin, Lysenko cayó en la cuenta de que el gran maestro de la evolución se había equivocado. Formuló sus reservas con suma cautela, puesto que Darwin era considerado uno de los fundadores del «ateísmo científico». A raíz de la supresión de Dios –como creador y amo del destino–, la postura de los conservadores se vio debilitada. El dinamismo y el cambio eran intrínsecos a la naturaleza. Las especies descendían unas de otras –Darwin–, lo mismo que las sociedades –Marx–. En palabras de un biólogo del Partido Comunista francés: «El ser humano no es más que un eslabón en un devenir inmenso que tiene su origen en la ameba o algún organismo incluso inferior y que, finalmente, alcanzada la sociedad sin clases, logrará sustraerse al estado animal».

Si bien Lysenko coincidía con Darwin en que el cambio sentaba las bases de la evolución, desdeñó *El origen de las especies*, tildándolo de «mera suma de las centenarias experiencias de horticultores y criadores de ganado». A su juicio, Darwin cometió un craso error al introducir el concepto de lucha, afirmando que la rivalidad entre miembros de la misma especie brindaba a los ejemplares mejor adaptados la mayor posibilidad de supervivencia. No existía tal lucha. En todo caso no dentro de la misma especie. Hasta un niño lo comprendería. «Los lobos comen conejos», instruía Lysenko, «pero los conejos no se comen unos a otros. ¡Se alimentan de hierba!».

La rivalidad era el motor del capitalismo. Darwin había copiado su noción de lucha un poco a la ligera de Malthus, un economista –para más inri– que esgrimía salvajes teorías sobre escasez, exceso de población y fuertes descensos demográficos como consecuencia de hambrunas y la lucha por los alimentos. Así funcionaban las cosas en el campo de batalla llamado mercado, pero no en la naturaleza. El lobo no era lobo para los lobos, de modo que el hombre tampoco era lobo para los hombres, al menos no en esencia.

Ese planteamiento tenía fácil aplicación. Lysenko dio orden de que los koljoses dedicados a la producción de caucho sembraran por centenares en unos hoyos con un diámetro de metro y medio el diente de león ruso con alto contenido en látex: «espécimen 4711». Dentro de esos refugios circulares, las plantas se encargarían automáticamente de cerrar filas contra las malas hierbas. Del mismo modo, en el ámbito de la silvicultura, Lysenko recomendó dejar poco espacio entre los jóvenes árboles, fiel a su idea de que la unión hace la fuerza. Y las brigadas de jóvenes del Komsomol que en 1949 fueron enviados a la estepa a plantar miles de kilómetros de setos cortavientos recibieron la instrucción de introducir varios plantones a la vez en cada agujero.

–¿No lucharán por el agua y la luz cuando crezcan?

–No –contestaba Lysenko–. Lo único que puede suceder es que el árbol individual se sacrifique por el interés del bosque.

Los medios de comunicación soviéticos idolatraban al gran salvador, capaz de transformar «trigo en centeno, cebada en avena, col en colinabo y pinos en abetos». Blandengues razas porcinas se volvían fuertes como toros a través de una reeducación marxista: los mozos de los koljoses no podían cerrar las puertas de las pocilgas ni en las noches siberianas más gélidas. ¿Tampoco si los cerditos morían congelados? En ese caso menos aún. Su muerte heroica contribuiría a aumentar la resistencia de los supervivientes y su prole.

La genética libre de genes echó raíces de China a Cuba. En la Alemania Oriental, el ganado bovino fue sometido en bloque al método Lysenko. Las granjas colectivas disponían de «establos abiertos»: glaciales placas de hormigón rematadas por un tejadillo donde los ejemplares débiles perdían la vida en favor de los fuertes, lo que en la jerga de la RDA se conocía como «darwinismo creativo».

Así ocurrió en todos los países del Este. En Budapest, los comunistas húngaros celebraron la destrucción de las reservas de moscas de la fruta como un ritual de victoria. Sin embargo, donde más se sufrió la mano dura de Lysenko fue en Brünn, antigua ciudad de los Habsburgo y lugar de origen de Gregor Mendel. El científico soviético mandó cerrar el monasterio y derribar la estatua de Mendel, labrada por un escultor vienés en 1910. Los guisantes ornamentales del huerto de 35 x 7 metros donde el fraile solía efectuar sus experimentos fueron pisoteados y tapados con tierra.

Me preguntaba qué habría sido de los caballos. ¿También estuvieron expuestos a las terapias de Lysenko? Durante años se corrió la voz de que, tras la guerra, los rusos poseían tantos lipizanos que habían abierto una yeguada propia «más allá de los Urales». Según se rumoreaba, los criadores rumanos que en los años setenta trabajaban para los Ceaucescu se formaron allí. Fue ese rumor persistente el que animó a Piet Bakker a aprovechar la *glasnost* para enviar en nombre del Grupo de Trabajo para los Lipizanos de los Países Bajos una carta al «Sr. M. Gorbachov, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética». ¿Era cierto que la

Unión Soviética criaba sus propios lipizanos? En caso afirmativo, ¿no había llegado el momento de inscribir a los hijos pródigos en el registro genealógico?

Pese a haberse convertido casi en un hecho, la historia resultó ser un bulo. Los rusos nunca se sintieron demasiado atraídos por el aristocrático lipizano. En los años cincuenta, la Escuela Española de Equitación recibió en una ocasión la visita de una delegación soviética. El viceprimer ministro Mikoyan, que dio su nombre al avión de combate MiG, inspeccionó las cuadras y elogió a Podhajsky tal y como mandaba el protocolo. No llegaron a firmar ningún acuerdo.

Quedaban los lipizanos de Rumanía, Hungría y Checoslovaquia. ¿Habían sufrido? Y, en general, ¿hasta qué punto había incidido la furia antimendeliana en la vida cotidiana al otro lado del Telón de Acero? Nadie mejor que el genetista Vitezslav Orel, biógrafo de Mendel, para sacarme de dudas. Era un checo de Brno que, de joven, había sufrido en carne propia los excesos de Lysenko.

El doctor Orel llevaba una vida retirada. Alejado del ajetreo urbano, vivía como un eremita en una casa entre colinas. Pedí a Martina que se pusiera en contacto con él.

«Estimada Señora», le respondió, «me ha sorprendido gratamente que sienta usted interés por la cuestión del lysenkoísmo y su relación con la cría equina. Le adjunto algunas publicaciones que pueden serle de utilidad. Atentamente, Vitezslav Orel».

El señor Orel enviaba trabajos en inglés y en checo. Curiosamente, versaban sobre el ganado ovino y, más en concreto, sobre la raza merina, con especial atención hacia los criadores de ovejas de Moravia en el siglo XIX.

Martina no tenía muy claro cómo interpretar los documentos anexos, de modo que me los reenvió, añadiendo como posdata: «¿Sabías que Orel no ha vuelto a pisar el monasterio de Mendel desde 1989?». Era otro dato curioso, puesto que el doctor Orel figuraba en todas partes como director emérito del Mendelianum, un santuario científico consagrado a Mendel que, según las fuentes consultadas, se hallaba en el interior de la misma abadía. Dirección: Mendlovo náme˘stí, plaza de Mendel.

Volé a Viena y viajé en coche de alquiler de Austria a Chequia, sin puestos fronterizos de por medio. La ancha franja formada por las tierras bajas del Danubio, en el corazón de Europa, había vuelto a unirse, algo que durante mucho tiempo se tuvo por imposible. Me dirigí al norte por una monótona carretera de losas de hormigón. Ya cerca de Brno/Brünn vi desfilar ante mis ojos un cartel con el pictograma de una batalla y la palabra AUSTERLITZ escrita en letras capitales. ¿Austerlitz? A izquierda y derecha de la autopista se alzaban girasoles marchitos cuyos discos de semillas color marrón se inclinaban hacia el suelo. Así que esos eran los campos de la legendaria Batalla de los Tres Emperadores, donde Napoleón derrotó en un único día –el 2 de diciembre de 1805– a las tropas de élite rusas y austrohúngaras. Tanto temor infundía su genio estratégico que la manada de lipizanos en lo más recóndito de los Alpes había sido desplazada de Eslovenia a Hungría por precaución.

Una vez en Brno me salté una salida, y luego otra, de manera que perdí el rumbo y terminé por dar dos vueltas a la ciudad. Al adentrarme en el casco antiguo, donde se hallaba mi destino, me encontré con unas cuantas calles cerradas al tráfico porque, según averigüé después, los ministros de Agricultura de la Unión Europea estaban visitando el monasterio de Mendel. Cuando por fin llegué a la plaza dedicada al padre de las leyes de la herencia, aún quedaban varios furgones de policía. Me instalé en una habitación situada en un claustro abovedado reconvertido en hotel, me eché un poco de agua en la cara y salí en busca del más famoso de todos los huertos. Después de rodear la basílica, entré por un arco que daba acceso al claustro del convento de Santo Tomás. Las alas laterales estaban revestidas de estuco y el rastrillado jardín casi semejaba un parque. Medio oculto entre dos árboles se erguía fray Gregorio, enfundado en su hábito de monje, con los brazos abiertos y una pétrea mirada de visionario. Frente a él se extendían los cimientos de su viejo invernadero y, en paralelo a una senda enlosada, su terreno experimental de 35 x 7 metros. En la tierra suelta crecían begonias en vez de guisantes.

Me hallaba en suelo religioso, y más aún en suelo científico.

La entrada al Mendelianum estaba a unas pocas losas del huerto. Me quedé asombrado ante la puerta de cristal y la luz halógena del vestíbulo. El interior no se parecía en nada a las fotografías de internet. Ni siquiera olía a incienso o a velas. No tenía en absoluto la impresión de estar en una abadía. En el comedor esperaba encontrarme un cartel con la célebre frase de Mendel YA LLEGARÁ MI HORA, pero tuve que conformarme con un simple mostrador lleno de cuencos para sopa, cucharas, bolsitas de guisantes y otros recuerdos de Mendel. La exposición que Vitezslav Orel había montado en 1965 bajo el nombre de Mendelianum había sido sustituida por un flamante museo dedicado a la genética.

La primera sala aún giraba en torno a GREGOR MENDEL: EL HOMBRE, EL ABAD, EL CIENTÍFICO. Me incliné sobre sus gafas, su microscopio y su bastón con puño de marfil. «Mendel era muy alto», decía uno de los rótulos. La visión de su ejemplar completamente desgastado y plagado de anotaciones al margen de *Über die Entstehung der Arten*, Stuttgart 1863 –la versión alemana de *El origen de las especies*– me conmovió.

Estanterías estilo *art déco* con la colección de libros antiguos daban paso a una estancia futurista en la que

se exhibía un modelo a escala de la molécula de ADN. La rodeé, dando giros por una estructura de caracol, peldaño a peldaño. Al fondo se escuchaban susurros subacuáticos como de ciencia ficción que se mezclaban con las amortiguadas pisadas de los visitantes. A, C, G y T, cuatro letras, cuatro bases, representadas por cuatro colores distintos: conformaban los travesaños, los escalones de la escala de cuerda en espiral del ADN. El orden de las letras determinaba la forma de vida correspondiente: ratón, mono, ser humano, guisante. En un nicho en la pared se exponía una carta fechada el 2 de abril de 1953, tal y como se publicó en la revista *Nature*:

> Deseamos presentar la estructura de la sal del ácido desoxirribonucleico (ADN). Esta estructura tiene aspectos novedosos de considerable interés biológico.

James Watson y su codescubridor Francis Crick eran conscientes de que, en cuanto lograran descifrar el ADN, ascenderían como supernovas al firmamento científico. Aun antes de dar con la «doble hélice», Watson, de 24 años, ya soñaba con escribir una primera frase inmortal. En un momento pensó abrir su disertación con «Los genes tienen interés para los genetistas», tras lo cual pasaría a descifrar con austero rigor el código de la vida. Desde luego, una visita al monasterio bastaba para comprender que Watson era bastante más vanidoso que Mendel. Tras desvelar la arquitectura de los portadores genéticos, Crick y él consideraron la posibilidad de profundizar un poco más en el alcance de su hallazgo: las escalas de cuerda del ADN se abrían y se cerraban fácilmente en toda su longitud, lo cual arrojaba luz sobre la forma en que el material genético se duplicaba y, por tanto, se reproducía. Sin embargo, al final, los descubridores se limitaron a publicar una escueta y fría descripción de una única molécula, en la que observaban de pasada: «No se nos escapa que el emparejamiento específico que hemos postulado sugiere inmediatamente la posible existencia de un mecanismo capaz de duplicar el material genético».

A diferencia de Mendel, Watson y Crick no sufrieron de falta de reconocimiento. Al contrario, gozaron de un halo de fama del que el Premio Nobel no constituía sino una parte.

Di otra vuelta a la molécula con aspecto de columna de mecano. Lástima que la revelación de la carta de novecientas palabras aparecida en *Nature* no se hiciera pública unas semanas antes. Habría sido interesante conocer la reacción de Stalin, fallecido el 5 de marzo de 1953.

En cualquier caso, resultaba dudoso que el dirigente ruso hubiera claudicado. La hermética campana de cristal del sistema soviético se mostró resistente a la noticia de que la predisposición y la ascendencia poseían un componente demostrable y material. De hecho, bajo el deshielo de Nikita Kruschev, la doctrina de Lysenko campó a sus anchas, con o sin ADN. La estrella de Lysenko no se apagó hasta octubre de 1964, cuando Leonid Brezhnev expulsó del Kremlin a su predecesor. A los diez días del cambio de poder, el nuevo presidente lo degradó a la categoría de «seudocientífico». No era más que un curandero que había hundido a la URSS en la miseria. Por entonces ya prosperaba en el Cinturón del Maíz de Estados Unidos un híbrido que generaba cosechas sin precedentes, y en Filipinas se estaba perfeccionando una variedad de arroz que prometía ser todo un éxito de confirmarse los resultados obtenidos en un entorno experimental. ¿Y Lysenko? Sometió a la Unión Soviética a la vergüenza de tener que comprar trigo en el mercado mundial. Gracias a esa asombrosa agilidad mental tan propia de los periodistas soviéticos se operó un cambio propagandístico de ciento ochenta grados. El vertiginoso número de trapecio que precipitó al abismo a Lysenko volvió a levantar a Mendel sobre su pedestal: la estatua derribada de Brno se puso de nuevo en pie.

Para Vitezslav Orel la rehabilitación de fray Gregorio llegó justo a tiempo para dar esplendor al centenario de la publicación de *Versuche über Pflanzen-Hybriden* [Experimentos sobre hibridación de plantas] con un simposio y la inauguración del Mendelianum. En agosto de 1965, una delegación formada por setenta genetistas soviéticos súbitamente rehabilitados depositó una corona en la huerta de guisantes de Mendel. Las fotografías de la época mostraban hombres encanecidos o calvos con la cabeza inclinada.

Por más que buscara no encontré ninguna referencia a Lysenko. Ni rastro. En la salida había un pupitre con un libro de visitas. Alguien había dejado entre sus hojas un trébol. «La ciencia verdadera revela la grandeza del Señor», opinaba un visitante. Por el museo habían pasado japoneses, australianos, finlandeses y hasta un biólogo ecuatoriano. Escribí en una página nueva y vacía: «Es extraño cómo se han escamoteado los oscuros años de la era Lysenko». Puede que Trofim Lysenko recibiera su merecido al ser borrado de una exposición en el monasterio de Mendel, pero aun así me molestaba. Era como si alguien me relatara la historia de Galileo omitiendo su condena por el Vaticano.

A la mañana siguiente, Martina viajó de Olomouc a Brno para hacer de intérprete en la visita al señor Orel. Fui a recogerla a la estación de trenes.

Ella sí tenía una explicación para la ausencia de Lysenko en el museo: en Chequia solo los mayores de 50 años se lamían sus heridas.

–Lo que interesa ahora es el comercio –dijo–. Y la moda. Ese tipo de cosas.

Martina acababa de incorporarse como docente y doctoranda a la Facultad de Letras de Olomouc, una

proeza que había explotado con gran habilidad en la correspondencia con Orel. No porque ocupara un cargo académico llevaba menos *piercings*. Todo lo contrario. Además, se había hecho unos tatuajes en un antro de Praga. Me moría de curiosidad por ver la reacción del eremita Orel.

Llegamos antes de tiempo. La casa del biógrafo de Mendel se hallaba entre colinas en un paseo con arces de entre los que sobresalían algunas antenas rojiblancas. Martina me puso al día sobre Orel. Le pregunté si las manadas de lipizanos también habían sido sometidas a las terapias de Lysenko. Y de qué manera. También quería saber cómo había vivido Vitezslav Orel la era Lysenko. Pensaba interesarme por su familia, por sus ambiciones y sus ideas. Si la conversación marchaba bien incluso deseaba poner sobre el tapete las antiutopías, las exploraciones literarias, las características del Estado totalitario en el terreno de la ficción. Tenía en mente *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, con su bienaventurada sociedad compuesta por cinco categorías de clones humanos, criados mediante la incubación de óvulos de acuerdo con el método de Bokanovsky. Y también la novela *Nosotros*, del ruso Yevgeni Zamiatin, que desde el mismo momento de su aparición, en 1922, proyectó una sombra sobre la utopía soviética. En la sociedad que describe Zamiatin, las relaciones sexuales se llevan a cabo bajo demanda, conforme a las normas dictadas por la Oficina para el Sexo, lo cual me recordaba los manuales de familia soviéticos, donde el tiempo ideal de apareamiento humano se fijaba en dos minutos. Quizá Orel supiera indicarme hasta qué punto aquello que en el Oeste tomábamos por ficción se había llevado a la práctica en los Estados comunistas.

Martina pensó conmigo en voz alta. Pese a pertenecer a la generación Yahoo!, seguía relacionando la palabra *yahoo* con *Los viajes de Gulliver*. En el siglo XVIII, Jonathan Swift ya presentaba a los *yahoos* como una raza degenerada e inmunda de homínidos en oposición a la refinada civilización equina de los impronunciables *houyhnhnms*. Mientras hacíamos tiempo caminando por la avenida, Martina me habló de una cita de Milan Kundera que tal vez pudiera servirme. Se refería a la Creación del mundo, en concreto a la decisión de Dios de otorgar al ser humano la hegemonía sobre todos los animales.

–Cito: «Claro que el *Génesis* fue escrito por un hombre, no por un caballo».

Me quedé perplejo. Quise saber dónde había afirmado eso. En realidad, lo único que conocía de él era *La insoportable levedad del ser*.

–En *La insoportable levedad del ser* –contestó Martina con las cejas arqueadas, como diciendo: ¿a que no te lo imaginabas?

Era la hora. Nos dirigimos a la valla pintada de blanco del número 51 y empujamos la cancela.

–Por cierto, Kundera es de Brno –observó Martina.

–¿Milan Kundera? ¡¿De Brno?!

Nos abrió la señora Orel.

–Pasen –nos invitó con voz cantarina–. Mi esposo ya está preparado para recibirlos.

Recogió nuestros abrigos y luego nos condujo por el vestíbulo envuelta en una nube de perfume. Después de pasar por delante de dos imágenes de la Virgen María llegamos al salón.

–¡Bienvenidos a mi nido de águila! –exclamó el señor de la casa.

Estaba sentado al fondo del todo, junto a la ventana, y no hacía ademán de levantarse.

–*Orel* significa águila en checo –subtituló Martina.

Aún no había terminado de orientarme. Alfombras turcas en el suelo. Plantas de interior sobre los alféizares. Vistas elevadas sobre un Brno brumoso. Milan Kundera.

Hasta que llegué a su lado no me di cuenta de que Orel estaba en una silla de ruedas. Sus piernas se hallaban cubiertas por una manta a cuadros, como si llevara puesto un *kilt* hasta los tobillos. Por debajo sobresalían unas pantuflas.

Su esposa había arrimado dos mesitas auxiliares: una para obras de consulta y otra para café y azúcar cande. Contó que, en 1989, su marido se había quedado paralítico de cintura para abajo tras sufrir un accidente de coche.

El señor Orel se aclaró la garganta. Se dirigió hacia mí y me preguntó si sabía –siendo ingeniero agrícola– qué región había sido la primera en abordar de forma sistemática la cría del ganado.

Fruncí el ceño y debí de bajar también las comisuras de la boca, pero Orel se mostró implacable.

–¿Sabe quién describió por vez primera una célula?

Contesté que no.

–¿Cuál es a su modo de ver la mejor obra de Beethoven?

Por fin podía responder algo:

–La Novena Sinfonía. Aunque, para mi gusto, la idea de la fraternidad universal peca de utópica.

El señor Orel me observó con penetrantes ojos azules y rostro inexpresivo. Hablaba alemán, inglés y ruso. Disponíamos de suficientes lenguas comunes para poder comunicarnos, pero no conectábamos.

–¿Se sirvió Darwin alguna vez de la palabra «evolución»?

–Imagino que el término se acuñó después...

–¡Antes! –me cortó Orel.

Me tendió un libro sobre la cría ovina en Moravia alrededor de 1800 en el que podría encontrar las

soluciones a todas sus adivinanzas, con la particularidad de que en cada respuesta correcta se mencionaba a un criador de ovejas moravo.

–Uno de ellos era un hombre tan adinerado y culto que se erigió en mecenas de Beethoven.

–Nos encanta André Rieu –terció la señora Orel–. Es holandés, ¿verdad?

Seguía nuestra conversación al tiempo que charlaba en checo con Martina.

–Nuestro invitado –dijo a su marido articulando con los labios– está más interesado en el siglo XX que en el siglo XIX.

Aproveché la oportunidad para lanzar una pregunta:

–¿Se formó usted en ganadería?

–Después de la guerra, sí –contestó el señor Orel.

Ignoraba si mi interlocutor se sentía criticado, u ofendido, pero lo cierto era que había cambiado de tono.

–Mi padre criaba gallinas. Me envió a la Universidad de Brno con el fin de que llegara más lejos que él.

Vitezslav se especializó en avicultura. Sin embargo, aun antes de que le diera tiempo a terminar sus estudios se produjo el golpe de 1948, el llamado «Febrero Victorioso», tras el cual la granja familiar entró a formar parte de una empresa agraria colectivista.

–Por entonces estaba escribiendo un artículo sobre las estupideces del lysenkoísmo.

–¿Le expulsaron de la Universidad?

–No, me ofrecieron la posibilidad de quedarme, siempre y cuando me convirtiera en un fiel adepto de Lysenko.

Salvó el honor poniéndose a trabajar en un criadero de aves fuera de la ciudad. La autocompasión no iba con él. Su insigne catedrático salió peor parado. Para empezar, lo exiliaron a Eslovaquia. Y luego, como en sus escritos continuaba equiparando la doctrina Lysenko con la negación de la fuerza de la gravedad, fue condenado a año y medio de cárcel. Cuando recuperó la libertad, en 1959, lo privaron de su pensión de jubilación, al considerar el juez que seguía creyéndose «superior a la clase obrera».

El señor Orel alargó el brazo y revolvió los papeles esparcidos sobre la mesita al lado de su silla de ruedas. Tardó un rato en localizar lo que buscaba.

–¿Necesitas tus gafas de leer? –le preguntó su esposa, que se había levantado de un salto.

–No me hacen falta –respondió él acercándose mucho el documento para poder examinarlo–. Vamos a ver, ¿cuántos beneficios generaba un carnero en Moravia en 1818?

La señora Orel salió en mi auxilio con una bandeja de pasteles. Martina nos escuchaba desanimada, con los hombros caídos. Nuestro anfitrión ni se había percatado de su presencia.

–Señor Orel –dije con la mayor firmeza de la que era capaz–, quisiera hacerle una pregunta en su calidad de biógrafo de Gregor Mendel: ¿le parece una figura trágica?

Por fin conseguí captar la atención de mi interlocutor. Se instauró un silencio. Orel se quedó reflexivo. Al rato comenzó a citar a un monje agustino.

Lo interrumpí:

–Me interesa su propia opinión, en tanto que biógrafo.

–Pues no era ni mucho menos una figura trágica –contestó–. Sabía que en algún momento se le haría justicia. Sacaba fuerzas de esa creencia. «Ya llegará mi hora», decía. Colgamos sus palabras en la entrada al Mendelianum.

–¿No se ha mostrado la Historia muy cruel con su herencia?

–Cruel, no –replicó Orel sin tener que pensárselo–. ¡Primitiva!

Era una actitud característica de la condición humana. No había forma de que la especie progresara. En todo caso, la evolución del *Homo sapiens* no era proporcional a su desmesurada autosuficiencia.

–Quienes se apropiaron de Mendel o lo vilipendiaron jamás se sumergieron en los fundamentos de la genética. Esos fundamentos –prosiguió con gran tenacidad– se remontan a la Moravia de hace doscientos años. Los criadores locales abordaron la mejora racial de la oveja merina con tal destreza y acierto que no es de extrañar que fuese el hijo de un campesino moravo quien concibiera la genética.

El enigma Orel parecía desvanecerse en parte: desde su accidente, en 1989, el año en que la Europa Oriental entró en una vorágine histórica, el científico vivía encadenado a su silla de ruedas en su casa de la colina. Ajeno al convulso torbellino, se volvió hacia el pasado, hacia la época que había dado a luz a Mendel, su héroe.

Una vez más, traté de redirigir la conversación al siglo XX, a los lipizanos dentro de la esfera de influencia de Lysenko. ¿Cómo se enfocaba la cría equina en Checoslovaquia, Hungría y Rumanía? Según había leído, el matrimonio Ceaucescu aspiraba a criar el mayor número posible de lipizanos, sin preocuparse por la calidad de los ejemplares. Los animales «se producían» en los Cárpatos, primero para la agricultura y luego para la exportación. Los ejemplares negros y marrones no estaban a la venta: se los quedaban los Ceaucescu.

El señor Orel me escuchaba. A propósito de la cría de caballos en Checoslovaquia bajo Lysenko podía afirmar con total seguridad que los criadores no se servían de la estadística, piedra angular de las leyes de Mendel: contar, sumar y tratar los resultados con el fin de desvelar los patrones y obtener puntos de referencia

concretos para la selección y el cruce. El planteamiento matemático quedó relegado al olvido. Entre 1948 y 1965, los países del Este permanecieron al margen de los avances alcanzados en el ámbito de la genética. No hicieron más que chapuzas. El propio Orel no tuvo más remedio que contemplar impotente cómo echaban a perder la cría de aves de corral. Bajo el espíritu de Lysenko, un investigador de Praga aplicó la técnica de los injertos vegetales a las gallinas, inyectando sangre de un embrión a otro. Los polluelos salidos de aquel proyecto no presentaban ni una sola modificación genética. Aun así el hombre fue obsequiado con una medalla oficial y un elogioso artículo en el periódico del Partido.

–¿Y los lipizanos?

Orel ladeó la cabeza.

–Depende de la perspectiva con que se mire.

Si bien la mano de Lysenko se hizo notar, su intervención no dio lugar a abusos. De todos modos, no se trataba de animales destinados a la producción de carne. En un manual que llevaba por título *La cría equina*, de 1953, se explicaba al detalle en qué se había equivocado Mendel y dónde fallaba la «genética burguesa». El texto enseñaba al criador a «desequilibrar el organismo sometiéndolo al poderoso impacto de las influencias del entorno». En esa misma línea se desarrolló un experimento destinado a crear «el caballo de labor ideal para la agricultura socialista» cruzando sementales lipizanos con toscas yeguas de sangre fría.

Sin embargo, los lipizanos de Checoslovaquia conservaron su reputación aristocrática. Eran agrupados en el criadero de Topolcianky en las montañas al norte de Bratislava, donde se les aplicaba un nuevo criterio de selección llegado de la Unión Soviética: la prueba de rendimiento. Los machos capaces de recorrer en menos de cuarenta minutos un duro circuito de 12 kilómetros podían optar a la condición de sementales. Esa novedad era atribuible a la influencia de Lysenko, si bien había que precisar que la «resistencia» no podía considerarse un parámetro extravagante. Los criadores de Topolcianky siguieron el ejemplo de las yeguadas militares situadas al pie del Cáucaso, donde un caballo llamado Zanos estableció en 1950 un récord de resistencia efectuando un trayecto de 309 kilómetros en veinticuatro horas. En la cría equina de la caballería soviética apenas importaba ya el pedigrí. El método de las líneas puras era tabú. Conforme a las instrucciones de Lysenko, los equinos de la caballería, tanto jóvenes como adultos, debían pasar todo el año, ya fuera invierno o verano, en la estepa, de preferencia sin alimentación adicional ni cobijo. Ese mismo modelo, basado en una disciplina férrea, se aplicaba a los lipizanos de Topolcianky, aunque en una versión más blanda: todos los animales, incluidos los potros, permanecían en las praderas de montaña hasta la primera nevada. Luego pasaban al establo, pero las puertas y las ventanas continuaban abiertas día y noche para que el frío invernal los siguiera curtiendo.

«¡Ni siquiera los lipizanos se libraron!», pensé en un principio. Por otra parte, también era verdad que no habían sido sometidos a excesos. El trato que describía Orel no se diferenciaba sustancialmente del régimen al que la raza había estado expuesta durante siglos en Lipica. Allí también sufrían condiciones espartanas, con un mínimo de protección contra las bajas temperaturas y los vientos huracanados, factores ambientales que habían contribuido a la creación del lipizano. Ningún criador comunista cometió el abuso de «mejorar» la raza diezmándola primero a fuerza de matar animales de frío o de hambre.

Según relató Orel, Checoslovaquia puso punto final a la era Lysenko el 16 de febrero de 1966. Aquel día, medio año después de la inauguración del Mendelianum, el Gobierno publicó el Reglamento número 59 en virtud del cual se procedió a la destrucción de todos los libros de texto de Biología.

En un intento por restar gravedad al momento pregunté si en Checoslovaquia también circulaban chistes sobre Lysenko. Los señores Orel se interrogaron con la mirada. Al ver que no contestaban conté uno que recordaba de Rusia.

Me oí a mí mismo diciendo:

–¿Saben cómo demuestra Mendel que lleva razón? –guardé silencio durante unos segundos–. Señalando las similitudes entre un padre y su hijo. ¿Y saben cómo lo hace Lysenko? Señalando las similitudes entre el hijo y el vecino.

Los Orel estallaron en risas. Por último aludí a la ausencia de Lysenko en la nueva exposición del monasterio. ¿Qué opinaba mi anfitrión al respecto?

–No tengo nada que ver con ese museo ni quiero saber nada de él.

El señor Orel despotricó contra el Ayuntamiento, acusándolo de desmantelar el Mendelianum. Habían confiscado las gafas, el microscopio y el bastón de Mendel. De forma ilegítima. Desde luego no sentía ninguna necesidad de ir a ver cómo había quedado aquello.

–Y eso no es lo peor. Al parecer, la hospedería del monasterio funciona ahora como hotel.

Me callé. ¿Qué podía decir?

Al rato, mientras nos despedíamos en el vestíbulo, ya con los abrigos puestos, la señora Orel puntualizó:

–Mi marido apenas sale de casa.

Desanduvimos el paseo de los arces hasta el coche. De repente, Martina se acordó de algo que solía decir su madre cuando la calefacción del barrio se apagaba por enésima vez y los copos de nieve se acumulaban en los alféizares: «Vaya, ya estamos con el *studeny odchov*, el cultivo en frío».

Las caballerías de la Guerra Fría

–Atjan, me has llamado…

–Sí, quiero hablar contigo. Escúchame, ¿dónde estás ahora?

–En casa –respondí.

Desde que el secretario general de la Federación Internacional de Lipizanos me abriera la puerta del archivo de la Escuela Española de Equitación nos tratábamos de tú.

–¿Estás sentado?

–¿Por qué?

–Hay novedades. De lo que pudo ser testigo Conversano Soja –empezó–. Ya me gustaría a mí leer sus memorias.

Me faltaban datos sobre el progenitor de Prímula. Lo único que sabía de él era que nació el 22 de mayo de 1952 y que su madre, Soja, había vivido con muy pocos días el éxodo de Hostau.

–Es el protagonista equino de *Miracle of the White Stallions* [Operación Cowboy], la película de Hollywood sobre el rescate de los lipizanos en 1945.

Según sostenía Atjan Hop, Conversano Soja era el caballo gris claro que encabezaba la figura de la cuadrilla de Alta Escuela en la escena final, el desenlace feliz marcado por el histórico retorno a Viena de los lipizanos evacuados.

–¿De dónde has sacado eso? –pregunté.

Atjan tenía delante una descripción de Conversano Soja de la mano del mismísimo Podhajsky. Comenzó a leerme el texto alemán. Soja resultaba ser un «macho muy macho» dado a relinchar mucho y fuerte con las aletas nasales abiertas de par en par. Nervioso, sensible. Con un ritmo cardiaco de 52 latidos por minuto y un peso de 525 kilos. Nació en Wimsbach, donde las yeguas de cría permanecieron hasta 1952, año en que regresaron definitivamente a Piber. En noviembre de 1955 llegó a Viena cual diamante en bruto. Su llegada coincidió con el final de la «ocupación», como calificaba Podhajsky a las tropas estadounidenses, británicas, francesas y ruso-soviéticas que desde 1945 gobernaban con mano dura al exagresor austriaco. Los últimos soldados se marcharon en el curso de 1955. Unas banderas se arriaban, otras se izaban. Antes de partir, el comandante del sector ruso de Viena se comprometió a que sus hombres desalojaran la Escuela de Invierno, convertida en un desguace. Nada más recuperar su soberanía, Austria asistió sucesivamente a la apoteósica reapertura de la Ópera, el Teatro y la Escuela Española de Equitación. HOY POR FIN ACABA LA GUERRA PARA NOSOTROS, anunciaba el *Neue Kurier* el viernes 25 de octubre de 1955 en grandes titulares. Cinco semanas más tarde, Conversano Soja entró a formar parte de la primera hornada de «sangre fresca» llamada a engrosar las filas de los caballos de escuela de Viena.

–Un caballo tordo de finas crines negras que heredó la belleza de su padre Conversano Bonavista –leyó Atjan en voz alta–, pero también su susceptibilidad y sus corvejones demasiado débiles.

En el Stallburg, Soja se enfrentó a un macho mayor alojado en el box de al lado. Ambos animales embistieron la medianera a golpes. Soja se rasgó la lengua al morder unos hierros. Desconcertado, consintió que un veterinario embutido en una bata blanca le cortara sin anestesia el trozo de carne suelta, «una tira de más o menos cinco centímetros». Aguantó estoicamente, dando a entender que confiaba en su cirujano.

Podhajsky domó a Soja en persona. Fue él quien le puso la silla y lo adiestró. El animal progresó a paso firme, pero terminó por sufrir lesiones. Al final, tuvo que ser intervenido en las articulaciones tarsianas como un futbolista de élite. En cuanto se repuso, Soja se erigió en el caballo más destacado de la cuadrilla de Alta Escuela, en la que los blancos equinos se movían hocico con cola por la pista cual collar de perlas. Su pelaje gris claro delataba que era el más joven, algo que no era impedimento para que el director de la Escuela Española de Equitación le otorgara el privilegio de encabezar la representación. Los demás integrantes de la figura debían plegarse al compás y al ritmo que marcaba Soja. Podhajsky rememoraba con manifiesta jocosidad cómo un buen día el caballo se quedó de una pieza al descubrir en el palco de honor al presidente de un nuevo país africano. Soja no le quitaba el ojo de encima al «eminente invitado de tez oscura» y hubo que hacer malabarismos para conseguir que pasara de la línea central.

Atjan y yo echamos a reír ante ese toque de humor absurdo: precisamente al caballo menos blanco de toda la cuadra le daba un arrebato de racismo. Al parecer, Soja aún no estaba habituado a los cambios que se habían producido en la escena mundial, entre ellos la descolonización.

También en otros aspectos la suerte de los lipizanos de escuela permanecía ligada a los grandes movimientos políticos. De ser el orgullo de la Alemania nazi, la Escuela Española de Equitación pasó a convertirse en la niña bonita de Estados Unidos. En 1950 se organizó una espectacular gira por el país en el marco de la Guerra Fría. Doce caballos, transportados por vía marítima desde el puerto de Bremen, lograron cautivar al público con su grácil ligereza en el reino del rodeo. El coronel Podhajsky acudió a un popular

programa de televisión, ataviado con el tradicional sombrero de dos picos, para hacer propaganda de su pequeño país, «en su día, el centro cultural de Europa». Los estadounidenses, por su parte, aprovechaban la menor oportunidad para subrayar que fueron ellos quienes habían salvado esa cultura de la ruina, puesto que el Ejército Rojo no habría tenido ningún reparo en hacer picadillo de los lipizanos. Bajo los focos del Madison Square Garden, la viuda del general Patton entregó una rosa al coronel Podhajsky. Doce años después, la mitificación iniciada en Nueva York alcanzó su apogeo en la *Operación Cowboy* de Hollywood, que se filmó en la propia Austria.

En 1962, Robert Taylor se subió a un Conversano Soja ataviado de gala para que le grabaran diversos primeros planos, tanto al paso como en posición de descanso. Sin embargo, Soja se mostró una vez más espantadizo y rebelde. Al rato, el cineasta mandó sustituirlo por un viejo lipizano plateado, para estupefacción de Podhajsky. Al director de la Escuela Española de Equitación no le cabía la menor duda de que los espectadores se darían cuenta del cambiazo: saltaba a la vista que el caballo gris que encabezaba la figura de la cuadrilla –Soja, montado por Podhajsky– no era el mismo animal que el que recibía las ovaciones al final de la actuación.

Las multitudinarias escenas a campo abierto también resultaban engañosas. En contra de lo que pudiera esperarse no participaba en ellas ningún lipizano de Austria. El Gobierno se negó a exponer las yeguas de Piber de nuevo a una batida con carros blindados, por temor a que sufrieran caídas mortales y abortos. Ante esa negativa, Walt Disney, anticomunista feroz, se vio obligado a firmar un contrato con el mariscal Tito por el alquiler de 163 caballos. No había otra manera de conseguir extras de raza lipizana, y menos en tal cantidad. Pese a la proximidad de Hungría, era inconcebible que los comunistas húngaros pro Moscú fueran a prestar sus equinos para semejante ostentación de soberbia estadounidense. La rivalidad entre Este y Oeste flotaba en el ambiente. Nunca antes se había palpado con tal intensidad como en 1962. Berlín quedó dividido por el Muro y en el mar Caribe se desató la crisis cubana, que amenazaba a todo el planeta. A la sombra de ese duelo político, el equipo de rodaje comenzó a edificar réplicas de las caballerizas y los barracones de Hostau en un terreno militar en los alrededores de la pequeña ciudad de Bruck an der Leitha, en el límite del territorio austriaco, ya muy cerca de la frontera húngara. Una vez terminado el plató y recogidos los caballos de Tito –que llegaron por ferrocarril– se pudo escenificar la marcha a través de la selva de Bohemia. A una señal de la dirección del rodaje, más de 150 lipizanos de la Yugoslavia socialista se precipitaron por las colinas de la región fronteriza austrohúngara, en dirección oeste, atosigados a la vez que protegidos por una división blindada del US Army, envueltos en una nube de polvo, con un imaginario Ejército Rojo pisándoles los talones. Las grabaciones incluían tomas en contrapicado de animales saltando riachuelos, visiones laterales rodadas desde todoterrenos en marcha y vistas de pájaro desde una avioneta que sobrevolaba la embestida a escasa altura. Después de registrar la escapada a la libertad bajo todos los ángulos y cargar los caballos de Tito en vagones de ganado para el viaje de regreso, se llegó a la conclusión de que en lugar de 163 ejemplares había 165: dos yeguas habían dado a luz en medio de aquel orquestado desorden.

«Una película bien hecha con un singular mensaje», opinaba *The New York Times*. «Las penurias sufridas por la división militar estadounidense quedan eclipsadas por el futuro de esta grandiosa manada de vivaces caballos danzantes.»

Al margen del espectáculo de la gran pantalla, la Escuela Española de Equitación exhibió su arte en Helsinki, Estocolmo, Copenhague, Berlín, Aquisgrán, Fráncfort, Róterdam, Zúrich, Londres, Roma y Sevilla, donde los caballos actuaron en la plaza de toros de la Maestranza. El coronel Podhajsky le besó la mano al papa Pío XII e impartió clases de equitación a la reina Isabel y a la princesa de Orange, y nada menos que a lomos de Soja. Consintió que su rival Gustav Rau le condecorara con la máxima medalla hípica de Alemania y expresó su admiración por el generalísimo Franco, aseverando que no se parecía en absoluto a la «tan difundida imagen de severo dictador».

Atjan Hop pasó a leer el penúltimo párrafo dedicado a Soja. El 3 de junio de 1961 actuó en honor a Jackie Kennedy, en el mismo momento en que el esposo de la primera dama estadounidense causaba en otro punto de Viena una impresión de timidez durante su encuentro de alto nivel con Nikita Kruschev. Soja lideró la figura de la cuadrilla sin arredrarse ante la elegante *first lady* de sombrerito beige en el palco imperial.

Apenas un año más tarde volvió a estar en el foco de la atención mundial. Podhajsky describía un número peculiar que había ejecutado en compañía de Soja para promocionar el primer satélite de telecomunicaciones. En julio de 1962, el Telstar 1, un objeto con forma de balón, se puso en órbita terrestre desde Cabo Cañaveral con el fin de permitir el intercambio directo de datos entre continentes. En el marco de la carrera espacial con la Unión Soviética, que llevaba ventaja tras el lanzamiento al espacio del primer perro –Laika– y el primer ser humano –Yuri Gagarin–, los estadounidenses lograron enviar imágenes televisivas «en vivo» de la Estatua de la Libertad al otro lado del mundo, según ellos mismos decían para fomentar «la comprensión entre los hombres». Esa nueva batalla por el control de la bóveda celeste no estaría ganada del todo hasta que no se transmitieran también imágenes directas en sentido inverso, del Viejo al Nuevo Continente. A fin de culminar la hazaña, Podhajsky cepilló y ensilló a Conversano Soja y juntos mostraron desde Viena en tiempo real un

passage y un *piaffe* al público del hemisferio occidental.

En 1964, aprovechando la ola de popularidad de *Miracle of the White Stallions*, la Escuela Española de Equitación se enroló en una nueva gira por Estados Unidos. Soja no participó en el evento por pura casualidad. Jackie Kennedy, que por entonces ya se había quedado viuda, actuó de mecenas. En lugar de pasar días y días en el mar, como la vez anterior, los caballos fueron transportados desde Ámsterdam en un avión de carga de KLM. Soja, cuyas articulaciones volvían a dar problemas de tiempo en tiempo, acababa de partir a Piber para transmitir sus valiosos genes. Durante su estancia en los Alpes engendró 42 descendientes, entre ellos Conversano Prímula, el hijo de complexión atlética y escasa estatura nacido en 1967 que finalmente alcanzaría la edad adulta en los Países Bajos, a dos kilómetros de mi casa.

Alois Podhajsky falleció en 1973 a consecuencia de un derrame cerebral. Tras su entierro e inmediata «canonización» se inició una época de calma en la historia de los lipizanos, exceptuando el sobresalto provocado por la propagación de una epidemia letal en la yeguada de Piber. El virus del herpes que asoló las cuadras en la primavera de 1983 contagió en poco tiempo a 40 yeguas preñadas que perdieron todas el feto. Seis animales murieron al sufrir una parálisis del sistema nervioso. En el año 1983 nacieron tan solo 10 potros sanos. Una vez superado el desastre, que algunos atribuyeron al elevado grado de consanguinidad, el director del criadero, el doctor Lehrner, se vio obligado a marcharse.

En la segunda mitad de los años ochenta, las aguas volvieron a su cauce. Los animales de cría ya no sufrían acosos ni amenazas y los caballos de escuela podían interpretar su repertorio con toda tranquilidad. Esa situación marcada por la rutina y la estabilidad se interrumpió de forma abrupta en 1989. El 19 de agosto se produjo cerca de Bruck an der Leitha un pequeño incidente de enormes consecuencias, también para los lipizanos. Aquel día, el Gobierno reformista de Budapest decidió llevar a cabo un acto temerario: durante tres horas, los guardias fronterizos húngaros abrirían un camino rural entre el Este y el Oeste. Se trataba de un claro gesto de provocación a los países hermanos comunistas. El plan concitó el apoyo de una iniciativa ciudadana austriaca bautizada con el lúdico nombre de «*Picnic* Paneuropeo». Cientos de familias de la RDA que veraneaban a orillas del lago Balatón recibieron una invitación para ir a «merendar» al Oeste. 661 hombres, mujeres y niños franquearon entre lágrimas de incredulidad la primera grieta en el Telón de Acero. Algunos cayeron de rodillas y besaron el suelo austriaco ante las cámaras de los medios de comunicación. Una vez que se levantó la veda, ya no había marcha atrás.

Para mi asombro, aquella fuga humana medio planificada medio improvisada se produjo a tiro de piedra del emplazamiento donde Walt Disney había rodado su película sobre los lipizanos. Y eso no era todo. Curiosamente, entre los promotores del *picnic* estaba Otto von Habsburg, el hijo del último emperador de Austria, nacido en 1912. Pese a haberse visto arrinconado con rudeza en el curso del siglo XX, había seguido activo en la vida política. Le privaron de sus títulos nobiliarios y tuvo que renunciar a sus derechos al trono como príncipe heredero de la dinastía de los Habsburgo, pero la restricción de su poder no le impidió abrir en un momento decisivo –el verano de 1989– y en un lugar crucial –entre Viena y Budapest– una brecha en la medianera que dividía en dos su antiguo Imperio y también la moderna Europa. Lo hizo de forma pacífica e impecable, como miembro del Parlamento Europeo.

Actuando de ese modo, Otto von Habsburg, un afable caballero de avanzada edad con gafas y bigote, contribuyó indirectamente a que pudiera reanudarse el intercambio de lipizanos entre Este y Oeste, imprescindible con vistas al tan necesario refrescamiento de sangre.

El año 1989 fue asimismo el primero en que la Federación Internacional de Lipizanos se reunió en Hungría, es decir, en un antiguo país del Este. Todas las yeguadas volvieron a relacionarse entre ellas como si jamás hubieran estado separadas.

La euforia ocasionada por el final de la Guerra Fría no se prolongó por mucho tiempo. A raíz de lo ocurrido en 1989, la Escuela Española de Equitación recuperó por primera vez desde el pistoletazo de Sarajevo su carácter tradicional y apolítico. Sin embargo, a comienzos de la década de los noventa se oyeron nuevos disparos en Sarajevo.

El parque humano

Un sábado de 2008, doce hombres, mujeres y niños de distinto origen étnico me miraron desde el suplemento científico del periódico. Al tratarse de retratos circulares daba la impresión de que esas personas estuvieran asomadas a una hilera de portillas. «Otro artículo sobre la sociedad multicultural», pensé. Al leer el pie de foto, salí de mi engaño: «Por fuera no se parecen y por dentro las diferencias son incluso mayores». Abrí el cuadernillo.

HA QUEDADO DEMOSTRADO QUE LOS PUEBLOS FORMAN *CLUSTERS* GENÉTICOS

Conforme avanzan las técnicas del ADN se obtienen descripciones cada vez más exactas de las disimilitudes genéticas que existen entre los grupos étnicos. ¿Cabe concluir que estamos ante una evolución escalofriante? Desde luego, cualquier investigación corre el riesgo de ser utilizada con fines abusivos.

El artículo hacía referencia a una publicación tan sesuda y políticamente correcta como *Science*, para la cual la «variación genética humana» era el descubrimiento más importante del año 2007. En Estados Unidos, el medicamento BiDil, lanzado en 2005 como primer «fármaco racista» –podría parecer mentira, pero era un hecho real–, gozaba de gran popularidad: el producto dilataba los vasos sanguíneos y estaba diseñado especialmente para «enfermos del corazón pertenecientes al grupo de los afroamericanos». Aquel planteamiento se alejaba mucho del mantra con el que yo me había criado: la diferencia entre blancos y negros radica solo en la piel.

«Tras años de tabú se asiste a un resurgimiento de los estudios sobre la diversidad racial.» Estaba claro que me había perdido algo. Al parecer, los genetistas del Instituto Pasteur tenían constancia de que existían diferencias innatas entre los africanos y los no africanos en lo que concernía al aparato digestivo, el olfato, el cabello y la vista. «Todo indica que con el tiempo se irán descubriendo variaciones étnicas del ADN relacionadas con la inteligencia y la agresividad.»

Todos iguales ante la ley, pero por lo visto –ya– no ante la ciencia.

El mismo artículo hablaba del 1000 Genomes Project. El Proyecto de los Mil Genomas era una iniciativa de un consorcio de científicos norteamericanos, británicos y chinos que tenía por objeto elaborar un catálogo de las diferencias de ADN entre japoneses, masai, chinos, italianos de la Toscana, mexicanos, indios gujarati y una decena de etnias más. Gracias a la nueva generación de chips de ADN –láminas sintéticas del tamaño de una tarjeta de crédito–, capaces de determinar la «combinación de letras» del ADN humano –tres mil millones de caracteres– en un plazo de veinticuatro horas, el muestrario estaría a punto en el año 2012. Miles de voluntarios participaban en esa investigación mundial. ¿Cuáles serían los resultados? ¿Qué diferencias saldrían a la luz? ¿Que a unos se les daban mejor las matemáticas que a otros? ¿O que algunas etnias tenían tendencia a enojarse? ¿Para qué servirían esas revelaciones? ¿Qué uso se haría de ellas y quién se encargaría de mantener todo bajo control?

Dejé el suplemento. El principio de no discriminación sentaba las bases del Estado de derecho. Los investigadores se cubrían las espaldas afirmando de antemano que ellos no discriminaban. Si se diera el caso de que un pueblo resultase más torpe que otro, ellos se limitarían a aportar un hecho científicamente demostrado. Ese era el punto de vista que yo había defendido siempre: el mal no estaba en la constatación de la diversidad. Sin embargo, ya no lo tenía tan claro. Quien manipula sustancias peligrosas corre el peligro de contagiarse; era fácil que las constataciones se deslizaran bajo la piel y acabaran convirtiéndose en prejuicios. Y si la desigualdad fáctica entre grupos humanos entrase en conflicto con el principio de igualdad, ¿qué se doblegaría antes: la ley o la ciencia?

Me acordé de que en 1989, el año en que terminé mis estudios en la Universidad Agrícola de Wageningen, nos contaron que en Estados Unidos se había desarrollado una máquina de ADN comparable a una expendedora de café que permitía a los ingenieros genéticos seleccionar la cadena de ADN deseada pulsando un botón. Todo organismo vivo quedaba reducido a un rollo de película cuyo montaje se podía modificar. Si era posible incorporar un fragmento de ADN humano a un bovino –como demostraba el toro Herman–, ¿por qué no implantar ADN animal en el hombre? «Algo» nos retenía, pese a que en la práctica era ya una opción viable.

¿Dónde estaban los límites de la mejora racial y quién velaba por ellos?

Desde 2006, el toro Herman, nacido en 1990, se conservaba en el Museo Naturalis de Leiden, disecado a la perfección, con anillo nasal de acero y todo. Murió a los 14 años. Por entonces ya nadie tildaba a su padre espiritual, el profesor Herman de Boer, de doctor Frankenstein. Según comentaba De Boer una y otra vez al ser entrevistado, los genetistas modernos actuaban con suma cautela. «Mengele ha agudizado nuestra conciencia.»

Por lo demás, se consideraba un hijo de campesino normal y corriente que había seguido las huellas de su progenitor. «Con la diferencia de que yo cultivo el campo de la biotecnología.»

En 1997 vino al mundo el primer mamífero clonado. La oveja Dolly, concebida a partir de una célula de la glándula mamaria de un ejemplar de la raza Finn Dorset, desató una mayor psicosis que el toro Herman. Sin embargo, ella también llevaba ya varios años en un museo de Edimburgo como curiosidad de la historia de la ciencia. ¿Y los caballos? Esa primicia se la adjudicó Italia, donde en 2003 nació una yegua clónica genéticamente igual a su madre. Poco después fue el turno de Scamper, el caballo castrado norteamericano que ganó diez veces el campeonato de *barrel racing*, una atropellada carrera por entre barriles de aceite al estilo de los *cowboys*. Su clonación costó 150.000 dólares.

Se me antojaba improbable que el propietario de un lipizano pudiera desear hacerse con una copia genética. Me equivoqué. El 5 de mayo de 2010, el Proyecto X –promovido por una amazona de Florida empeñada en hacerse con un ejemplar idéntico a su apreciado equino– dio como resultado el nacimiento de Pluto Marcella hijo, mientras en el vientre de otra yegua portadora crecía un clon de reserva, Pluto Marcella III. Los responsables del registro genealógico de Viena se hallaron ante un dilema. Después de haber tenido que aprobar –aunque a regañadientes– el paso a la inseminación artificial en la yeguada de Piber se veían obligados a pronunciarse sobre una cuestión de gran trascendencia: ¿había que inscribir los clones como lipizanos de pura raza y, en caso afirmativo, dónde? Ya existía un Pluto Marcella con antepasados idénticos, nacido el 24 de abril de 1980 en los alrededores de Chicago.

Movido por la curiosidad revisé su pedigrí. En efecto, el lipizano doblemente clonado era el bisnieto de Pluto XX, el caballo que el general Patton recibió como regalo tras la guerra y que luego fue llevado a Estados Unidos.

A la edad de 30 años, su descendiente Pluto Marcella se encontró de repente con dos hermanos idénticos creados a partir de las células de su piel. Lo mismo podrían haber sido veinte. O doscientos.

Con la clonación del hombre al alcance de la mano, la mayoría de los países se apresuraron a echar el freno, reacios a dar un paso que les resultaba excesivo. Sin embargo, todo parecía indicar que el discurso de los filósofos éticos decididos a contener a los ingenieros de bata blanca no llegaba al resto de la sociedad. Quizá iban simplemente por detrás de los acontecimientos.

Veinte años después de las acciones de protesta de Las Patatas Furiosas, el 7% de la superficie agrícola útil de todo el mundo se halla plantada de organismos genéticamente manipulados. Alemania es el único país donde, quitando algunos laboratorios de alta seguridad, la siembra de cultivos genéticos es tabú. Determinados campos de investigación en el ámbito de la genética siguen siendo terreno prohibido, como si estuvieran cercados con cinta policial y señales de peligro, contaminados por el veneno de los cadáveres del Holocausto. En 1999, Peter Sloterdijk recibió serias críticas al referirse a la «ingeniería genética aplicada a la crianza humana» en una conferencia que llevaba por título *Normas para el parque humano*. El filósofo expresó en voz alta su preocupación por la «bestialización generalizada del hombre», acelerada por los medios de comunicación y la industria del entretenimiento. La formación y los otros influjos de corte humanista llevaban todas las de perder. Habida cuenta del naufragio de la *nurture*, ¿no era hora de inventariar las posibilidades que ofrecía el *hardware*, es decir, la *nature?* O por decirlo con las palabras de Sloterdijk: «¿Qué amansará al hombre si fracasa el humanismo como escuela de domesticación humana?». Mantenerse al margen no era solución, porque: «Quien no selecciona será seleccionado».

«Esas palabras me retrotraen sin querer a la selección practicada en el andén de Auschwitz», escribía un crítico de *Die Zeit*.

Y un redactor de *Der Spiegel* las interpretaba como un «llamamiento a una selección genética deliberada bajo la dirección de una élite cultural», lo cual le parecía un «planteamiento fascista». Sloterdijk buscaba la salvación en la ingeniería genética. «El útero como sustitución de la utopía.»

Apenas diez años después, la selección de embriones es un hecho. Padres con enfermedades hereditarias pueden acudir a clínicas privadas –en países conocidos como civilizados– para cultivar algunos embriones a la vez. En incubadoras del tamaño de una cesta de compra, los futuros bebés se desarrollan hasta alcanzar el estadio en que puedan ser sometidos a la prueba del gen maligno. Es una técnica de eugenesia pura: se implantan en el útero los embriones que no sufren la anomalía y el resto se destruye.

El preámbulo de la Declaración de Independencia de Estados Unidos estipula a modo de artículo de fe: «Tenemos como evidente por sí misma esta verdad: que todos los hombres nacen iguales». Sin embargo, en el número de septiembre de 2006 de la revista norteamericana *Journal of Biosocial Science* se afirmaba que los judíos asquenazíes obtenían una media de coeficiente intelectual más alta que los demás grupos étnicos y que entre ellos abundaban los grandes maestros de ajedrez. Los autores presentaban esos datos como hechos probados y ciertos atribuibles a la centenaria discriminación a la que esa etnia había estado expuesta en Europa: al no tener derecho a poseer tierras estaban condenados a ejercer de banqueros o comerciantes, profesiones en las que una sólida capacidad de cálculo aumentaba las probabilidades de supervivencia. Ese mecanismo de selección social contribuyó a que, a lo largo de muchas generaciones, los judíos asquenazíes

fueran adquiriendo por vía genética una especial predisposición para el razonamiento abstracto. Los autores del artículo eran acusados de «racismo institucionalizado», pero los reproches no afectaron a su trayectoria científica.

Mientras tanto, la biología continuaba rompiendo tabúes. En la Declaración de Sevilla de 1986, la Unesco arremetía contra los criminólogos que situaban el origen de la agresividad humana en el cerebro. Quien adoptaba semejante postura volvía a darle la bienvenida al fascismo, algo que había que evitar a toda costa. No obstante, incluso «el mal» posee una anatomía que, además, se deja modificar. Desde hace poco, los neurólogos pueden desactivar los focos de la conducta compulsiva liberando pequeñas cargas eléctricas puntuales. Se trata de una técnica llamada estimulación cerebral profunda. El cirujano del cerebro dispone, por tanto, de un instrumento refinado para reajustar –y alterar para siempre– la personalidad de cualquier persona.

La relación entre *nature* y *nurture* resulta más compleja de lo que se creyó durante mucho tiempo y es justamente esa complejidad la que comienza a descubrirse ahora. Ha quedado demostrado que los ratones hembra, tras ser sometidos a un ejercicio de entrenamiento de la memoria, transmiten sin falta las destrezas adquiridas a sus descendientes, es decir, los estímulos exteriores pueden «activar» o «desactivar» determinados genes. En otras palabras: Lysenko, Kammerer y Lamarck tenían –hasta cierto punto– razón. Su tesis principal de que lo adquirido se hereda ha entrado a formar parte del campo de investigación de una nueva rama científica, la epigenética, cuyos logros se ubican precisamente en ese plano de intersección entre los conceptos biológicos de Hitler y de Stalin.

El «octavo día de la Creación» despuntó hace tiempo. El ser humano no solo ha descifrado el funcionamiento de la evolución, sino que ha logrado desarmar el motor, limar las piezas y volver a montarlas hasta conseguir una motocicleta mejorada que él mismo pilota, pisando fuerte, sin casco y seguro de sí mismo.

Un sobre de Atjan Hop con un informe de 1992 me devolvió a la cruda realidad del hombre no tan noble. «Lectura poco reconfortante», rezaba el texto manuscrito en la primera hoja de la pila de fotocopias. El documento llevaba por título: «Informe sobre el destino de los lipizanos muertos durante las hostilidades en Lipik y alrededores, República de Croacia, entre mediados de agosto y finales de diciembre de 1991».

En febrero de 1992, la Liga Internacional para la Protección de los Caballos, que por entonces había nombrado a la princesa Ana de Inglaterra como presidenta de honor, realizó por invitación del Gobierno croata autopsias de los cadáveres de lipizano enterrados de forma precipitada en una fosa común con el fin de determinar la causa de muerte. ¿Debían esos animales ser considerados víctimas directas de la violencia bélica? Y, en caso afirmativo, ¿habían sido matados con alevosía?

A raíz de la exhumación efectuada en el área 2 de la aldea de Filipovac quedaron al descubierto 13 cadáveres equinos en diferente estado de descomposición.

Las autoridades croatas facilitaron botas de cadera, mascarillas y una pala excavadora. Los cuerpos flácidos de los lipizanos fueron extraídos uno a uno, colgando de las cuatro extremidades. La identificación se llevó a cabo a partir de la marca a fuego: una «L» con una raya atravesada, similar al signo de la libra esterlina. Se comprobó que los trece animales procedían de la yeguada de Lipik.

Había que tener el estómago de hierro para seguir leyendo. Aun sin estar expuesto al nauseabundo olor a putrefacción, las fotografías adjuntas me provocaron arcadas. Nueve lipizanos tenían los pulmones rajados.

Del estado de sus vías respiratorias se desprende que murieron por inhalación de humo.

Aunque no era el primer estudio forense sobre una fosa común de la antigua Yugoslavia que llegaba a mis manos, hasta entonces no había visto ninguno de caballos. Sentí una rabia impotente por la suerte de Favory Trompeta, de 7 años, muerto por asfixia en su establo devorado por las llamas. Dudaba de que, en su día, el informe de la ejecución de 264 croatas en las instalaciones de una ganadería porcina en las inmediaciones de Vukovar me afectara con la misma intensidad. Si bien aquel crimen, al que Zagreb solía referirse como «Jasenovac II», obedecía a intenciones mucho más vastas y sistemáticas, tenía la incómoda sensación de que la muerte de los caballos causaba en mí un impacto más brutal. ¿Por qué? ¿Por su indefensión? ¿Por su inocencia, que recordaba la de los niños?

Me sentía inclinado a desconfiar de la sensibilidad humana para con los animales. Le encontraba algo de ilógico. No hacía tanto, la gente se iba de safari con un fusil en vez de una cámara fotográfica sin que nadie se extrañara. Por lo general, el amor hacia los animales no implicaba ningún compromiso y estaba reservado a las especies tipo peluche. En no pocas ocasiones, los soberanos más crueles demostraban ser los amigos más tiernos de los animales. Hitler mimaba su pastor alemán con cariño. Mussolini siempre llevaba algún terrón de azúcar en el bolsillo. Napoleón prohibió que a los caballos se les cortara la cola. ¿A cuántos hijos de hombre pasó por las armas? Ese asunto le traía sin cuidado. Lo que a él le preocupaba eran las emociones íntimas de

Vizir, su macho árabe. «¿Quién dice que los caballos no hablan?», cavilaba, desterrado en la isla de Santa Elena. «Lo damos por supuesto porque no los comprendemos. Sin embargo, es un animal dado a los recuerdos, el conocimiento y el amor.»

Dos lipizanos murieron al ser heridos por esquirlas de granada.
Otro falleció aplastado: el diafragma presenta indicios de dislocación.

Los patólogos llevaban ya dos días seguidos hurgando en las lesiones equinas con las manos enfundadas en finos guantes. Desperdigados por el corral de la propia yeguada (área 1) había al menos otros cinco cuerpos más. Resultaba imposible examinarlos por la presencia en torno a los establos de proyectiles sin explosionar.

En la Universidad me enseñaron que la transición de la caza y la recolección a la cría y el cultivo marcaba el comienzo de aquello que llamamos civilización. El hombre cavernícola salió de su cueva para construir chozas y refugios para el ganado. Refrenó el caballo y, una vez conseguido eso, lo montó. Aunque a primera vista ese paso no pareciera más que un eslabón inofensivo en la evolución de la humanidad, ¿no revolucionó –involuntariamente– las relaciones naturales? Dicho de otro modo: ¿no era el uso del caballo como montura uno de los actos cruciales con los que el ser humano se situó fuera –o por encima– de la naturaleza?

Quien se subía a un caballo crecía en altura y en importancia. Quien galopaba por los prados tenía la impresión de elevarse sobre sí mismo. «Vuelo cuando me subo en horcajadas a él, soy un halcón. Él trota por el aire, la tierra canta cuando él la toca.» Así formulaba Shakespeare la euforia del jinete.

En los retratos ecuestres de reyes y aristócratas, el esplendor de la caballería resaltaba el poder del hombre. Pintores cortesanos como Goya y Velázquez lograron acentuar esa falsa proporción manipulando la óptica: reducían un tanto la cabeza del animal y agrandaban la de su amo. Me vinieron a la memoria los cuadros de equinos sin jinete pintados en la Corte de Viena. En 1718, la familia imperial nombró expresamente a un retratista de caballos, Johann Georg von Hamilton, por cuyo taller pasaron lipizanos y kladrubers. Tanto si posaban enjaezados –con las crines trenzadas– o «desnudos», los animales irradiaban elegancia y refinamiento. En aquellas obras de arte, los caballos se erigían en símbolo de gracia. Cualquiera de esos machos majestuosos en plena ejecución de una levada contenida y serena representaba la civilización personificada: la máxima expresión de la cultura humana. De ser eso cierto, ¿cómo interpretar la suerte sufrida por los lipizanos de la fosa común de Lipik?

A un lipizano de 8 años lo mataron de cerca disparándole tres balas de fusil automático:

En el lado izquierdo del pecho: tres heridas ovaladas. Perforación de tres costillas (diámetro de 8 milímetros). Destrucción total de los órganos posteriores.

En casa me inculcaron que el mal en el mundo derivaba del pecado original: Adán y Eva no deberían haber comido del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y peor aún, a causa de ese pecado el hombre sabía cuál era la conducta correcta, pero estaba condenado a equivocarse.

Empecé a verlo de otra manera a raíz de un proyecto en torno a la agresividad animal y humana en el que trabajamos en el instituto.

El comportamiento agresivo de los animales tenía fácil explicación. De uno u otro modo siempre servía a la selección natural y, como tal, encajaba sin fisuras en la lógica del evolucionismo. La agresividad humana, en cambio, adoptaba unas formas incomprensibles. Lo hablamos en clase con el profesor de Biología. Sus palabras quedaron grabadas en mi memoria para siempre. Mientras se sacudía el polvo de tiza de las manos empezó a definir el concepto «entusiasmo» desde una perspectiva biológica. A primera vista parecía algo noble y sublime, un estado «mental». Era lo que nos invadía cuando el 11 holandés alcanzaba la final del Mundial de Fútbol. O cuando Manon Bollegraf, alumna de la otra clase del mismo curso, ganaba el Campeonato Juvenil de Tenis para exaltación de todo el instituto. El entusiasmo puro hacía que se nos erizara la piel y que literalmente sintiéramos escalofríos.

«Es como cuando un gato arquea la espalda o un gorila macho se levanta y exhibe la fuerza de sus brazos», prosiguió el profesor de Biología.

En definitiva, nuestro entusiasmo no era más que una conducta animal. Se encendía en situaciones de rivalidad y amenaza. Sonaba a broma, pero, en realidad, cuando se nos ponía la piel de gallina, el vello de los brazos se erizaba para agrandar los contornos de nuestro cuerpo confiriéndole una apariencia lo más aterradora posible. Si en esas circunstancias se presentaba un líder capaz de convencer a los suyos de que estaban acorralados, las filas se cerraban en torno a él. La furia que solía atribuirse a los animales saltaba cual contagio de rabia a los seres humanos. Se dejaban llevar, sin mesura ni vergüenza. En el peor de los casos, el desenfreno desembocaba en un genocidio: el exterminio de todo un grupo de la población. «Genocidio» derivaba de «genos» –raza– y «caedere» –matar–, y solo el hombre incurría en ello.

Al guardar el informe de las autopsias, pensé que el *Homo sapiens* se caracterizaba por su conducta antinatural. Creaba y destruía como nadie: esas eran las dos caras de su humanidad. Los museos de Viena

atesoraban magníficos retratos de lipizanos, mientras que, a unas pocas horas de viaje en dirección sur, sus descendientes yacían con heridas de bala y granada en una fosa común.

¿Había visos de mejora? Desde el punto de vista técnico, las posibilidades eran, por así decir, ilimitadas. Sin embargo, la especie humana parecía inmune a cualquier forma de progreso moral. Incluso cabía preguntarse si su evolución conducía a alguna parte.

Algunos biólogos vaticinaban que la globalización tardaría entre diez y veinte generaciones en dar lugar al nacimiento del «hombre cosmopolita». Las migraciones, los billetes de avión baratos y las páginas de contactos contribuían a crear una poza génica en la que la diversidad se iba disolviendo poco a poco. No había marcha atrás. Era un movimiento espontáneo. El crisol funcionaba sin prisa, pero sin pausa, dando como resultado seres humanos del estilo de Colin Powell: color café con leche y cabello levemente rizado.

En la radio oí a un artista hablar de su intención de llevar esa misma idea al mundo de las aves de corral. En el marco de un experimento llamado «Cosmopolitan Chicken Project» cruzaba diferentes razas de Gallináceas. De entrada, emparejó el cuco de Malinas –una raza que pasaba por ser el orgullo de Bélgicacon el pollo de Bresse galo. Luego incorporó sucesivamente a la cadena de descendientes el Redcap inglés, el gigante de Jersey norteamericano y la gallina de Dresde. El artista se llamaba Koen Vanmechelen y era autodidacta. «Esto nos enseña a nosotros como hombres que debemos olvidarnos de las fronteras para comenzar a pensar en términos cosmopolitas», observaba con su aterciopelado acento flamenco. Vanmechelen aspiraba a crear un superbastardo como nuevo punto de partida para la especie *Gallus gallus*. O lo que era lo mismo: una gallina cosmopolita.

Según se decía, el hombre también evolucionaba en esa dirección, por sí solo, sin necesidad de ayuda. Faltaba poco para que la discriminación, la persecución y el genocidio perdieran su razón de ser.

Yo tenía mis dudas. Toda forma de acercamiento y unificación despertaba de inmediato aversión y resistencia. Europa era un claro ejemplo de ello: cuanto mayor la Unión, más poderoso el nacionalismo. A la menor ocasión surgía en cualquier lado un líder capaz de aglutinar a buena parte de la sociedad bajo el lema «Nuestro pueblo primero». En virtud del eterno principio de acción y reacción, el péndulo siempre terminaba por inclinarse a un lado: de *nature* –en la primera mitad del siglo XX– a *nurture* –en la segunda mitad– y a comienzos del siglo XXI, de nuevo y con fuerza, a *nature*.

Me acordé del esfuerzo de Tito por crear al yugoslavo con mayúsculas y del cariz que había tomado su proyecto.

Por otra parte, también era cierto que, una vez apagada la orgía de la violencia étnica, los supervivientes lograban recuperar con asombrosa velocidad la vieja apariencia de civilización.

Croacia volvía a ser el país de vacaciones de siempre. La autopista entre Zagreb y Belgrado estaba de nuevo abierta, aunque ya nadie hablaba de fraternidad y unidad.

En 2006 se inauguró un nuevo museo sobre el campo de Jasenovac, a la altura del kilómetro cien de esa ruta. El número de muertos había sido revisado por una nutrida y variada comisión de historiadores. El balance provisional, basado en los documentos de archivo, se cifraba en 69.842, una décima parte de la cifra barajada por Tito y el doble de la del presidente de Croacia. Los nombres se recogían en orden alfabético en un libro de hojas finas del formato de una guía telefónica y un grosor considerable.

Entre los muertos había:

39.580 serbios
14.599 roma
10.700 judíos
3.462 croatas
1.501 otros

De los cuales: 18.812 niños menores de 14 años.

El antiguo centro conmemorativo de la época de Tito albergaba la Escuela Primaria de Jasenovac. Los alumnos tenían vistas a la flor de hormigón de 10 metros de altura que se erigía en medio de los henares a orillas del Sava. Tal vez ellos terminaran por convertirse en esos nuevos ciudadanos del mundo. Era una posibilidad –¿por qué no?–, aunque muy pequeña.

Conversano Batosta

Por un instante, Ivan retira las manos del volante en un gesto de «a ver cómo te lo explico».

–Es amigo de Bono –me dice–. Y de John Malkovich, de Bruce Springsteen, de Brian Eno.

En el semáforo –el único en todo Lipik– saca un CD de la guantera. *A Thousand Years of Peace*. En la carátula aparece la silueta de un hombre con sombrero.

–Es la mayor estrella del pop de Croacia –continúa Ivan–, y no porque lo diga yo.

Se refiere a Nenad. Nombre completo: Nenad Bach. El cantante está al llegar. Ivan acaba de hablar con él por teléfono. Se encuentra en la autopista, a tres cuartos de hora de Lipik.

Jadranka, que está sentada en el asiento trasero, se inmiscuye en la conversación.

–También ha actuado con Pavarotti, en un concierto para los niños de Bosnia.

Jadranka es profesora de Inglés. Nos propone que, mientras esperamos a Nenad, vayamos a ver el aula donde el año pasado redactó con sus alumnos una petición a favor de los lipizanos. Se puso en acción tan pronto como salieron a la luz las primeras imágenes de horror de los blancos caballos a orillas del Danubio, en agosto de 2007. Los animales por fin habían sido localizados, pero lo estaban pasando mal. Padecían hambre. Tenían que regresar a casa. Con ese fin, Jadranka hizo un llamamiento en croata y en inglés a través de internet:

> ¡Pongamos fin al calvario de los lipizanos croatas que en 1991 fueron trasladados a Serbia! ¡Aunemos nuestras fuerzas para que los últimos sin techo de la guerra puedan volver con sus descendientes a sus establos en Lipik!

El texto iba acompañado de una fotografía en la que el alcalde de Lipik firmaba el escrito. Más decisiva aún resultó la colaboración de Nenad Bach, que colgó la petición en un lugar destacado de su popular página web. En muy poco tiempo se recabaron cuatro mil muestras de apoyo, una movilización suficiente como para poner en marcha el asunto. La llegada de Nenad Bach –que vivía en Nueva York– formaba parte del proyecto. Lipik estaba preparada para recibirlo como a un héroe.

Jadranka e Ivan son los monitores del Movimiento de Juventud de Lipik que se esfuerza por la reconstrucción de la pequeña ciudad. En el maltrecho Opel de Ivan me pasean por los principales lugares de interés de la Lipik resucitada: el nuevo orfelinato, el nuevo sanatorio, el nuevo Hotel Lipa de color rosa pastel, donde enseguida se celebrará el almuerzo con el alcalde.

Cada vez que pasamos por el cruce de la carretera principal con la calle de la emperatriz María Teresa, el semáforo está en rojo.

–¿La calle de María Teresa?

–Se llama así de toda la vida –contesta Ivan–. Excepto en los años de Tito.

Explica que, en origen, Lipik era un balneario de los Habsburgo. Ya en 1861 se había establecido una conexión directa por ferrocarril con Viena.

–¿Sabías que por aquí tenemos electricidad desde 1894? Solo doce años después que Nueva York.

El decimonónico *Kursalon* –según Ivan es una réplica del casino de Karlovy Vary– aún se encuentra rodeado de andamios. En 1991, esta joya arquitectónica de estilo *art déco* fue destruida por completo, incluidas las boleras del sótano. Parece casi imposible que algún día acabe por ser restaurada.

Jadranka añade que en la época de entreguerras cantó aquí el legendario bajo ruso Feodor Chaliapin. Está claro que aprecia más la ópera que la música pop.

Por la linde del parque se extiende una hilera de majestuosas mansiones, algunas remozadas, otras reducidas a ruinas perdidas para siempre de las cuales emerge la fronda de unos árboles altísimos.

–Por aquí discurría el frente –señala Ivan junto a una desviación que conduce al cementerio.

La escuela de Jadranka también se halla en este barrio, el único que no fue conquistado en ningún momento por el enemigo serbio.

Nada más apearnos del coche, el calor (35 ºC sin el menor soplo de viento) nos asalta sin piedad. A partir de ahora, es Jadranka quien lleva la batuta. Abre la puerta. Oigo el susurro de su falda mientras nos lleva hasta la planta de arriba, donde se aposta frente a un tablón de anuncios. Una diadema negra evita que sus cabellos ondulados le caigan en la cara: irradia autoridad de profesora.

En el tablón cuelgan poemas sobre lipizanos. Hay también una fotografía de un caballo que se dirige en inglés al espectador a través de un bocadillo pintado a mano: «Hola. Me llamo Conversano Batosta. Nací en 1987». Al lado, en letras de imprenta: DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS DEL ANIMAL, OCTUBRE DE 1978, PARÍS. Jadranka posa la mano en un contenedor de desechos decorado con imágenes equinas.

–Esta es nuestra hucha –explica.

Al principio no entiendo a qué se refiere, pero luego capto que sus alumnos arrojan manzanas y zanahorias al recipiente para los caballos que aún necesitan recobrar fuerzas.

En el tablón también hay un testimonio firmado por Ivan que lleva por título «El regreso del alma de Lipik»:

> 13 de octubre de 2007
>
> Aquella noche, Lipik vibró de emoción. Reinaba un ambiente mágico. La yeguada se hallaba atiborrada de gente. Entre la niebla, la multitud se fundía con los árboles. En medio de la oscuridad, el brillo de nuestros ojos iluminaba el camino para los caballos que estaban a punto de llegar a casa.
>
> A las 02:21 horas vislumbramos el convoy. Sonaron bocinazos y vítores. A pesar de que era ya muy tarde, los habitantes de Lipik salieron en masa a la calle. Estallaron en lágrimas al ver emerger a sus caballos de las tinieblas que los habían engullido y apresado en 1991.
>
> En la entrada al criadero, 200 vecinos, algunos con una vela en la mano, recibieron a los caballos formando un pasillo de honor. Los camiones se detuvieron junto a los establos. Tan pronto como se abrieron las cajas y los primeros animales se decidieron a bajar, titubeantes, un escalofrío recorrió la multitud. 66 caballos de Lipik, lipizanos, el tesoro nacional de Croacia, regresaban a sus cuadras tras dieciséis interminables años.
>
> Todo se nos antoja más leve, más fácil, ahora que sabemos que nuestros caballos duermen bajo el mismo cielo que nosotros.

Según cuenta Ivan, no se acostó hasta terminar el texto –espontáneo, escrito con el corazón– y enviárselo por correo electrónico a Nenad Bach.

Aquella noche recorrió las calles de Lipik en su coche sin dejar de tocar el claxon, como tras un partido de fútbol. En su Opel escoltó al convoy en el último tramo del trayecto, guiándolo hasta las caballerizas con una bandera croata ondeando por la ventanilla.

Luego podré ver los caballos. Debo tener un poco más de paciencia. La visita al criadero está programada para después del almuerzo.

Nenad manda un sms: acaba de tomar la salida Lipik/Jasenovac y viene por la carretera nacional.

Pregunto a Jadranka y a Ivan si de veras fue su petición la que desencadenó el regreso de los caballos. Jadranka me dedica una mirada de desaliento, como si me hubiera saltado la incorporación a la autopista de la información. Según Ivan, no hay que infravalorar el poder de internet. Desde luego el «bombardeo de faxes» que se lanzó contra la embajada de Serbia en Berlín no debió de surtir demasiado efecto: a estas alturas, ¿qué se consigue con un fax? Como mucho, Ivan está dispuesto a compartir el honor con el grupo de acción serbio Libertad para los Animales, con sede en Belgrado, que colgó las fotografías de la manada reencontrada a orillas del Danubio en YouTube. El enlace que Nenad Bach incorporó a su página web recibió miles de visitas.

Me llevo una sorpresa: el sufrimiento de los lipizanos ha hecho que los croatas y los serbios se tiendan la mano...

Ivan y Jadranka se niegan a ir tan lejos. Se trata más bien de una cuestión generacional. Quien se ha criado con internet, ya sea serbio o croata, no mira al pasado sino al futuro.

Ivan invierte el razonamiento: la generación anterior a la suya no ha conseguido nada.

–¿Te das cuenta? Todas sus tentativas de recuperar los caballos terminaron en fracaso.

En su día, Croacia creó una Comisión para el Regreso de los Lipizanos Sustraídos, pero sus miembros volvieron con las manos vacías de todas las conversaciones de paz, directas e indirectas. Los negociadores serbios fingían no saber nada. Ni siquiera Otto von Habsburg logró resultados concretos. En 1994, con 82 años, presentó en el Parlamento Europeo un proyecto de ley en el que proponía incluir el caballo lipizano en la lista de especies amenazadas. Con ello pretendía lanzar una advertencia a los serbios para que respetaran la manada de Lipik, pero su iniciativa quedó en agua de borrajas.

Los esfuerzos de la Federación Internacional de Lipizanos también fueron en vano. Se instó a todos los socios a notificar cualquier información relacionada con los lipizanos desaparecidos. De vez en cuando se vendía algún lipizano con la marca de Lipik en las subastas, lo cual indicaba que parte de la manada seguía con vida y que incluso se utilizaba para la cría –los malhechores se llevaron hasta el hierro de marcar–. Todos los ejemplares detectados pasaron a formar parte de una lista negra. Con ese boicoteo se pretendía conseguir que los ladrones de caballos, al no poder vender sus animales, se avinieran a devolver el botín de guerra. Paradójicamente, de ese modo, el lipizano, habituado a estar en el pedestal de la nobleza, quedaba degradado a paria y era tratado como un apátrida sin papeles.

No sirvió de nada. A finales de 1995, cuando se firmó la paz en la base naval de Dayton, Ohio, las condiciones del armisticio no hacían referencia a los animales de Lipik. Tampoco se redactó ningún anexo o tratado especial sobre los lipizanos y su reparto, como se acostumbraba a hacer casi por tradición al cabo de los grandes conflictos del siglo XX.

Los croatas no se dieron por vencidos. Tras diez años de paz reconstruyeron las instalaciones de la yeguada de Lipik –de 1843– en todo su esplendor para aumentar la presión. En un día de primavera de 2007, después de colocar un tejado nuevo sobre los establos de 169 metros de longitud, rastrillar el corral y podar el seto que flanqueaba la entrada, se invitó a los medios de comunicación. Al abrirse las puertas corredizas de los boxes,

el vacío golpeó en la cara a los periodistas como una acusación. Aun así, la ausencia de los blancos caballos no dio lugar a reportajes sobrecogedores.

Para eso hubo que esperar a los meses de verano, cuando el ojo que todo lo ve de YouTube enfocó la penuria de los lipizanos.

Nenad Bach viste un ceñido pantalón blanco y una camisa blanca sin cuello de mangas anchas y largas. Y pese al calor: su proverbial sombrero negro. El alcalde de Lipik, una delegación de notables, los jóvenes del Movimiento de Juventud y yo lo recibimos en la escalinata del Hotel Lipa. Después de los saludos y demás formalidades pasamos al comedor. Hay dos mesas redondas preparadas con gran esmero. Ivan y los jóvenes se sientan juntos en una de ellas. En la otra, la colocación de los invitados está establecida de antemano. Jadranka se halla a mi derecha para poder hacer de intérprete. Luego están el alcalde y el exalcalde, Nenad Bach, el secretario municipal, el director de la yeguada y, a mi izquierda, el caballerizo mayor de Croacia, Mato Cacid, «Diplomado en Ingeniería Agrícola», según dice su tarjeta de visita. Ha venido en moto desde Zagreb. Un hombre como un roble, con el pelo cortado a cepillo y una barba de tres días cultivada con pulcritud.

–*Sorry, mister* –se presenta–. *I speak English like Tarzan*.

Quiere que le llame «Mato» sin más. Para romper el hielo le pregunto si posee caballos propios.

–*Yes* –contesta–. Todos los caballos de Croacia son míos.

Nos sirven un vino espumoso. El alcalde brinda por el regreso de la manada de lipizanos y el apoyo recibido de Nenad Bach. La otra mesa prorrumpe en vítores. La estrella del pop, habituado a los halagos, levanta ambas manos: no merece ningún homenaje. Desea dar las gracias a los jóvenes por su esfuerzo. Nenad Bach se quita el sombrero, dejando al descubierto sus finos cabellos pegados a las sienes. Habla en voz queda. Sus palabras apenas se sobreponen al monótono runrún del aire acondicionado.

En lugar de pronunciar un monólogo, como suelen hacer los hombres de los Balcanes, se limita a formular preguntas. ¿Cómo están los caballos? ¿Se están recuperando tal y como estaba previsto? ¿Han quedado traumatizados para siempre? ¿Quién los ha traído a Lipik?

Aunque el cantante se dirige al alcalde, le contesta el caballerizo mayor. Mato Cacid lleva años en contacto con las autoridades de Belgrado. En nombre de la Comisión para el Regreso de los Lipizanos negoció directamente con los serbios mientras consultaba al ministro croata de Agricultura por el móvil.

–En el momento de máxima tensión, el ministro me gritó al oído: «¡Firma lo que haga falta! ¡Lo importante es que liberen a esos caballos!» –escenifica Mato.

En la misma semana en la que se difundieron las fotografías de las enflaquecidas yeguas, los serbios inspeccionaron el lugar donde eran retenidas. Conclusión: ni desnutrición ni abandono. El Ministerio de Agricultura de Belgrado consideraba que no se trataba de un caso de maltrato de animales.

–Añadieron que, de todas maneras, no podían emprender ninguna acción legal, puesto que los caballos no pertenecían al Estado.

Nenad silbó entre dientes.

–Y eso solo fue el comienzo –prosigue Mato–. El hombre que decía ser el propietario de la manada era el director de un casino de Novi Sad. Un tipo que se enriqueció con la guerra.

Mato y su comisión tuvieron noticia a través de terceros de que el individuo pedía 300.000 euros por los animales. Croacia podía comprar sus lipizanos secuestrados pagando un cuantioso rescate.

Entran dos camareros con una gran sopera de plata: caldo de pollo con grasa flotando en la superficie.

–Fue entonces cuando los acontecimientos se aceleraron gracias al revuelo que causó vuestra petición –explica el caballerizo mayor–. Nos invitaron a llevar a cabo nuestra propia investigación.

–¿Qué os encontrasteis? –quiere saber Nenad.

–Un caos.

Los camareros nos sirven el caldo.

–Agotamiento terminal –continúa Mato–. Y cadáveres. Aquel corral a orillas del Danubio era un cementerio de caballos.

El hombre que afirmaba ser el propietario también criaba perros para empresas de seguridad. Tenía cuarenta. Enjaulados. Mato Cacid vio con sus propios ojos cómo roían el maxilar de un lipizano.

Los sementales se encontraban relativamente bien. Tenían todos *box* propio. Sin embargo, las yeguas que seguían vivas estaban invadidas por las llagas, algunas en carne viva y descuidadas.

–El jefe de cuadras nos contó que se atacaban unas a otras las raras veces que les daban algo de comer.

–¿Es el jefe de cuadras del que se dice que en su día se llevó la manada de Lipik? –pregunto.

Mato asiente con la cabeza. Es él. Mihajlo Komasovid.

–Mile.

–El ladrón de caballos –traduce Jadranka.

Tengo curiosidad por saber más sobre ese tal Mihajlo, pero Mato no se detiene en él.

–Sacamos una muestra de sangre a todos los caballos. Para un análisis de ADN.

Tres semanas más tarde se alcanzó un trato: el equipo croata podía ir a recoger los animales.

–¿Se pagó un rescate?

–No que yo sepa –responde Mato con parsimonia–. Y, a decir verdad, me da igual.

El viernes 12 de octubre de 2007 cargaron los caballos en los camiones. Aunque parecía fácil, era más bien una tarea de *cowboys*. Entre los caballos había yeguas de 5, 6 y 7 años que jamás habían llevado cabestro. Mato y sus ayudantes se vieron obligados a arrojarles un lazo y arrastrarlas por la pasarela hasta el interior de la caja. Las autoridades serbias les presentaron un documento tras otro. Mato los firmó sin leerlos. Entrada la noche, por fin les dieron permiso para partir.

–El ministro de Croacia me recomendó por teléfono: «No os detengáis bajo ningún concepto. Seguid conduciendo».

Sin embargo, los pararon en el puesto fronterizo de Ilok. Permanecieron retenidos durante dos horas, sin saber muy bien por qué. Al fin, pasada la medianoche, la barrera se levantó y el convoy de lipizanos pudo cruzar la frontera.

–No quiero hablar la lengua del odio –puntualiza el alcalde–, pero una cosa está clara: solo un pueblo capaz de asesinar a criaturas inocentes es capaz de matar de hambre a unos caballos.

Llegados al plato principal –una pierna de cordero tan hecha que la humeante carne se separa por sí sola del hueso–, la conversación cambia de tono. Con los ojos clavados en mí, el único no croata de los presentes, el alcalde dice:

–Antes, cuando de estudiante viajaba por Europa, me sentía europeo, pero ahora me siento croata. En la época yugoslava trabajaba como maestro, sin perspectiva de poder optar jamás a un cargo de director de escuela. Había un argumento que siempre esgrimían en contra de nosotros: Jasenovac. Implicaba que ningún croata podía llegar a ocupar un puesto directivo. La última guerra me ha abierto los ojos: quien no ama a su propio pueblo y a su patria no es capaz de amar a los demás.

–Yo también me siento croata –le respalda el director de la yeguada–. Cien por cien y de pura raza. En la guerra, ese detalle adquiere especial importancia. Te doy un ejemplo para que lo entiendas. Siempre me he llevado bien con el jefe de cuadras. Es un excelente criador que conoce su oficio a la perfección. Al igual que yo, es natural de aquí. Con una diferencia: él es serbio y yo soy croata. Él siguió a su pueblo y yo al mío.

–¡Y cómo! –reaccionó el alcalde con vehemencia–. ¡Llevándose nuestros lipizanos!

Aprovecho la oportunidad para volver a interesarme por el caballerizo serbio del que, al parecer, está probado que secuestró a los caballos de Lipik.

Mato Cacid se inclina hacia mí.

–No vayas a mencionarlo en tu libro, pero nos lo hemos traído. Con los lipizanos.

No sé si lo he entendido bien: ¿han traído a Croacia a Mihajlo «Mile» Komasovid, el serbio que en 1991 les robó la manada al completo?

–Le hemos salvado la vida –explica Mato–. Admitiéndole como polizón en el convoy.

Resulta que fue el caballerizo Komasovid quien tomó las fotografías de las famélicas yeguadas y las envió a un periódico de Novi Sad. Desde entonces teme por su vida. Su jefe, el director del casino, amenazó con pegarle un tiro en la cabeza si volvía a pisar las cuadras.

–Conozco a ese tipo y te puedo asegurar que parece recién salido de Las Vegas. Es de los que te tumban a la menor: ¡Pum! –dice mi vecino de mesa mientras se lleva el dedo índice a la sien.

–¿Y dónde está Mihajlo Komasovid ahora –pregunto–. ¿Puedo verlo?

–Escúchame –contesta Mato–, olvídate de Komasovid. *He is not for the book*.

Los demás refrendan las palabras del caballerizo mayor. Aunque Komasovid no es mala persona, para el grueso de los croatas es el secuestrador del patrimonio vivo del país y, por tanto, un enemigo nacional. A pesar de ello, Lipik le ha concedido asilo. Komasovid es un serbio que vive en Croacia en un apartamento cuyo alquiler se paga con fondos públicos. No conviene pregonar esa noticia a los cuatro vientos. Al menos de momento. Las heridas de la guerra son demasiado recientes para un gesto de reconciliación de ese calibre.

Lo comprendo, aunque me gustaría escuchar al propio Komasovid.

–Vive en Lipik –se limita a decir el alcalde.

Mato Cacid añade:

–A cambio de un sitio donde dormir cuida de los caballos. Lo lleva haciendo toda su vida, primero diez años aquí en Lipik y luego dieciséis años al otro lado de las colinas.

Por fin llega el momento cumbre del día. Apretados en una furgoneta municipal, partimos hacia la yeguada, que se halla en las afueras de Lipik. Ivan nos sigue en su Opel. No le queda más remedio que hacer dos viajes, porque los jóvenes no caben todos a la vez.

En el camino pasamos por delante de la embotelladora de agua mineral de la ciudad. Por detrás de la última fila de casas se alza, como un gigante lleno de acné, un silo de cereales acribillado a balazos. Tras una suave curva a la derecha se extiende ante nosotros, en medio de las praderas, la yeguada nacional de lipizanos de

Croacia. Un sólido edificio alargado de tejas rojas. Cipreses en el corral, todo muy majestuoso e impecable.

Mato Cacid, que iba delante en su moto, nos espera junto a las puertas abiertas de las cuadras.

Escuchamos relinchos. En cuanto estamos todos, el caballerizo mayor nos invita a pasar. Primero acudimos al establo abierto de las yeguas. Una treintena de animales blancos se mueve por la crujiente paja. Lo primero que llama la atención es que ya no se las ve tan huesudas. Y lo segundo, que no hay potros, a pesar de que estamos en el mes de junio.

–Enseguida han cogido peso –explica Mato–. Veremos si la próxima temporada podemos utilizarlas de nuevo para la cría.

Al fondo del establo aparece un anciano cargado con una paca de heno. La abre como un acordeonista y va arrojando puñados a lo largo de la pared lateral. Atraídas por el manjar, las yeguas dejan de prestarnos atención, de modo que nos dirigimos a los boxes de los machos. Son 12 y se hacen notar.

«¡Chicos, aún no es hora de comer!», les grita Mato mientras descorre el cerrojo del box de Conversano Batosta. Nos cuenta que el caballo acabó convirtiéndose en el patriarca de la manada de Lipik en el exilio. A causa de sus cualidades –hermosa línea dorsal, carácter afable–, es el que más se usa como semental. Mato coge al animal del cabestro y lo guía hacia fuera. Batosta posa para la sesión fotográfica. Tiene grandes manchas rosadas en el hocico por falta de pigmento. Lo mismo que Prímula, que hasta tenía pecas.

Me intereso por sus antepasados.

Mato explica que está reconstruyendo las líneas de parentesco mediante el análisis del ADN. Lo que ya se sabe es que entre los 66 caballos recuperados hay 21 cruzados y 45 lipizanos puros. Solo 8 de ellos son originarios de Lipik y han vivido la guerra y el secuestro en carne propia. Los demás se criaron después. Conversano Batosta es uno de los ejemplares naturales de Lipik, nacido el 25 de febrero de 1987. Es un caballo de «sangre hermosa», descendiente de un semental del Imperio: Conversano Savona.

De pronto, lo miro con otros ojos. El animal que golpea impaciente, la puerta del establo es «sobrino» segundo de Conversano Prímula.

Mato Cacid continúa:

–Durante las hostilidades del otoño de 1991 tenía 3 años y medio. Acababa de alcanzar la madurez sexual y su pelaje aún no había cambiado de color. Ahora es el *pater familias* plateado. Con sus 21 años es el más viejo de la manada.

–¿Cuál es la esperanza de vida media de un caballo? –quiere saber Nenad.

–20 años. 25 para los lipizanos. Son una raza de vida longeva.

Nenad Bach se pone el sombrero. Tiene que irse porque le esperan en Zagreb, pero no quiere hacerlo sin plantear una última pregunta.

–¿Qué piensa hacer Lipik con los lipizanos?

El alcalde, con los brazos cruzados, comienza a dibujar una visión de futuro de turistas que acuden a disfrutar de los saludables manantiales de Lipik y a dar paseos a lomos de blancos caballos. El problema es que sigue habiendo minas.

–¿No se pueden señalizar algunas rutas ecuestres cien por cien libres de minas?

Aunque todos aprecian la sugerencia de Nenad, son conscientes de que la garantía «cien por cien libres de minas» no atraerá precisamente a familias con niños.

La estrella del pop se despide con la promesa de que su página web estará siempre abierta a cualquier llamamiento o iniciativa en pro de los lipizanos de Lipik.

Todo el mundo se dispone a marcharse, menos yo. Pregunto a Jadranka si le importaría quedarse un momento para hacerme de intérprete.

–¿A quién quieres que traduzca?

En lugar de contestarle, me la llevo de vuelta al establo abierto de las yeguas. El viejo cuidador de caballos que antes repartía el heno trajina ahora entre el estiércol con una horquilla. Es flacucho y luce unos cabellos blancos como la nieve.

–Es usted Mihajlo Komasovid –digo.

El hombre endereza su tridente, se apoya sobre él y me dedica una mirada escrutadora. Jadranka nos observa inmóvil, con los hombros caídos, como si se arrepintiera de haber venido conmigo.

Le pregunto si me puede contar lo que le ha pasado a él y a los caballos.

«Mile» Komasovid se mesa el bigote. Sus ojos, muy hundidos, se hallan rodeados de sombras negras. Dice con un resoplido:

–*Dobro*.

El caballerizo, claramente degradado a mozo de cuadra, no espera a ser interrogado, sino que toma la iniciativa. Su manada acaba de regresar del exilio más largo de la historia de los lipizanos, pero él decide hablarme de la calidad de la sangre equina.

–Aquí están representadas las seis líneas de sementales.

Le gustaría poder incluir también la línea de Tulipán, aunque tampoco resulta imprescindible, puesto que fuera de Croacia no se la reconoce como pura. Además, en su opinión, los descendientes de Tulipán son

hermosos, pero no inteligentes. «¡Capriola!» Mile Komasovid llama a una de las yeguas para instruirme en la genealogía de las hembras de la manada y en el papel preponderante de la yegua en general.

–¿Estudió para ser criador de équidos?

–En casa teníamos caballos –responde Mile–. Lipizanos. Mi padre los ponía delante del arado.

Se familiarizó con la práctica de cruce y selección desde pequeño.

–Es un criador no cualificado –puntualiza Jadranka.

–En 1991 estalló la guerra –digo–. ¿Llegó a luchar en ella?

–Aunque vivía en Lipik, volví a mi pueblo natal. Oficialmente estaba registrado como reservista, pero en realidad hui. Jamás he vestido uniforme. Mis padres me inculcaron que me escondiera en las colinas si alguna vez volvía a desatarse otro conflicto. No existen guerras buenas. En cualquier lucha armada, el valor de una vida humana se reduce a un marco alemán: el precio de una bala.

Mile nació en 1947.

–Soy natural de Smrtid. En febrero de 1945, la población serbia sufrió una redada. Deportaron a 287 hombres, de todas las condiciones y de todas las edades.

–¿Cómo que los deportaron? –pregunta Jadranka.

–A Jasenovac, señorita –aclara Mile y añade sin pausa–: Mi padre sobrevivió porque se unió a los partisanos.

–En 1991, los caballos no tenían a donde ir –observo.

–Exacto –confirma Komasovid.

Según le comentaron después, se hizo un intento de evacuarlos antes de los bombardeos, pero a los dirigentes no les pareció necesario. El propio Mile acudió dos veces a la yeguada bajo el manto de la noche.

–Debería haberlos visto. Estaban francamente mal. Los sementales no se distinguían ya de las yeguas.

Mile nos lleva hasta una ventana lateral y señala las praderas situadas entre las casas de Lipik y la vía férrea al pie de las colinas: todo ese terreno era tierra de nadie y justo ahí se encontraban las yeguas y sus potros.

–Al principio se alejaron corriendo a cada impacto de granada, pero terminaron por embotarse. Levantaban un instante la cabeza o seguían pastando.

–No eran granadas caídas del cielo. Las lanzaban los serbios desde las colinas –puntualiza Jadranka.

–Señorita –la interrumpe Mile–, ignoro de dónde venían aquellos proyectiles.

Jadranka monta en cólera. Pese a la diferencia de edad, arremete contra el cuidador de caballos. Reconozco algunos improperios, aunque mi intérprete ha dejado de hablar en inglés. De repente se vuelve hacia mí:

–¿Has oído lo que ha dicho? ¡Insiste en que no sabe de qué lado llegaban las granadas!

–Lo he oído –contesto–. Y lo anoto, junto a tu comentario.

Me cuesta convencerla para que no se vaya.

Mile Komasovid se ajusta la camiseta y desliza las manos dentro de los bolsillos delanteros de su pantalón vaquero antes de retomar el hilo de su relato. A últimos de noviembre de 1991 contrató un camión y se acercó por un camino rural hasta la parte trasera de la yeguada. Con ayuda del conductor subió los animales a la caja. Todos mezclados. Qué más daba. Tras dos meses en plena línea de fuego, las yeguas y los sementales estaban demasiado debilitados para alterarse. Hicieron ocho viajes en total para evacuar los 88 caballos supervivientes.

De pronto resuena por el establo un relincho de angustia: a nuestras espaldas, una yegua amaga con morder a una rival.

–¡Trompeta! –exclama Mile–. ¡Basta!

Trompeta suspende las hostilidades.

–Entre las yeguas hay tres con el nombre de Monteaura –dice el caballerizo convertido en mozo de cuadra–. Cuando llamo a una de ellas, saben por mi voz a cuál me refiero.

Reconduzco la conversación de nuevo al éxodo de los caballos (ver **mapa 3**).

Mile cuenta que encontraron cobijo en un *agrokombinat* justo al otro lado del río Sava, en Bosnia: una explotación de ganado vacuno con matadero anexo. Sin embargo, a los dos meses, ahí también estalló la guerra. Siguieron viaje hasta la yeguada del Ejército Popular de Yugoslavia en Karadjordjevo, Serbia. Eran las caballerizas de élite del mariscal Tito, donde habían pasado su vejez los Maestoso presidenciales. Cuando Komasovid se instaló en el lugar con sus lipizanos de Lipik, el mayor de los dos, Maestoso Mara, aún estaba con vida. Murió en abril de 1993, completamente ciego y consumido hasta los huesos, a la edad récord de 41 años.

–De modo que sí fue una operación militar –tercia Jadranka–. No la acción de un hombre solo.

–Señorita, no robé los caballos, sino que los evacué. Se encontraban en peligro de muerte y yo era su caballerizo. Además, carecen de nacionalidad, ¿o me equivoco?

Mile Komasovid admite que se le escapó el control de la situación. Conforme Serbia iba perdiendo la guerra había cada vez más caos y miseria. En 1997, la cúpula militar decidió que en adelante Karadjordjevo debía autofinanciarse, dando carta blanca a los oficiales de turno para comerciar con los animales bajo cuerda, o al menos así lo interpretaron estos. Al ver que su manada se fragmentaba, Mile solicitó protección –«un techo»– a un tal Todor Bukinac, un hombre pudiente que criaba caballos y perros en los alrededores de Novi Sad.

–Visto en perspectiva, fue un gran error –reconoce Mile–. Si usted me pregunta si me arrepiento de aquella decisión, le aseguro que sí, cada minuto del día.

El nuevo propietario pretendía criar equinos para el mercado extranjero. Según decía, le darían entre ocho mil y diez mil marcos alemanes por un solo ejemplar. Encajaron el primer revés en la primavera de 1999, cuando aviones de combate de la OTAN castigaron a Serbia por la guerra de Kosovo. Los hipermodernos F117 bombardearon edificios estratégicos de Belgrado y eliminaron uno a uno los puentes sobre el Danubio. Uno de ellos se hallaba a doscientos o trescientos metros de los establos de Todor Bukinac. Saltaron los cristales de las ventanas y los prados se cubrieron de esquirlas. Milagrosamente, ninguno de los animales resultó herido. Sin embargo, en las semanas posteriores, la mayoría de las yeguas sufrieron un aborto espontáneo. Las hembras que parieron un potro vivo lo repudiaron y no le dieron de mamar.

–Es lo que suelen hacer las yeguas que no tienen leche –explica Mile–, pero las mías sí tenían.

Bukinac siguió confiando en su programa de cría comercial hasta el verano de 2003. Al ofrecer los primeros ejemplares en las subastas de Hungría, se dio cuenta de que nadie los quería. Pese a su ascendencia y la marca de Lipik, nadie los compraba. Los potenciales clientes apartaban la documentación con un gesto de rechazo.

–Bukinac estaba furioso –recuerda Mile–. Vociferó que no invertiría ni un solo dinar más en los caballos.

Mile no consiguió hacerle cambiar de idea.

Su patrón se sentía estafado. Vencido por la frustración, se vengó de un pueblo al que odiaba. ¿Cómo? Maltratando a sus animales. Según Mile, Bukinac empezó a considerar las blancas yeguas como croatas. Cuando llegó el invierno y la nieve sepultó los prados, el caballerizo vio morir 30 caballos.

–Al final, se comían el establo. Mordían y masticaban cualquier trozo de madera.

Bukinac echó los cadáveres a sus perros, que los desgarraban con el hocico ensangrentado.

Mile relata que cada mañana, nada más despertarse, pensaba: «¿Cuál morirá hoy?». En la primavera fue a mendigar a los servicios de jardinería de Novi Sad. Preguntó si podía llevarse la hierba segada de los parques para sus caballos. Sin embargo, no era más que un refugiado en bicicleta y nadie le hacía caso.

Por aquella época escribió varias cartas de socorro a la inspección veterinaria de Belgrado. Jamás obtuvo respuesta. Finalmente, el caballerizo se enfrentó a Bukinac. A finales de 2006 su patrón le prohibió el paso a los establos. Mile volvió una única vez, armado con una cámara fotográfica. Después de entregar las imágenes en la redacción del periódico *Gradjanski List*, se escondió.

Jadranka enrolla un mechón de pelo suelto alrededor de su dedo. Quiere tocar una yegua que haya sobrevivido a todas las tribulaciones de los últimos dieciséis años. Mile se introduce en la paja y regresa con un animal blanco pálido cubierto de cicatrices. Cuello, pecho, vientre, lomos, codillos... El pelaje está deteriorado por todas partes. La yegua me lame la mano. Jadranka palpa las cicatrices con delicadeza y pregunta a qué se deben.

–Se ve por la forma –explica Mile–. La mayoría son como medialunas. Las del cuello son el resultado de mordiscos, y el resto, de coces.

Las yeguas pelearon a muerte entre sí por cada puñado de heno que les era arrojado.

–¿También las atacaron los perros? –quiero saber.

–No a estas –responde Mile–. Eran demasiado fuertes.

Los perros solo se atrevían con los animales que estaban tan exhaustos que no conseguían ni levantarse. Actuaban como chacales. Primero daban vueltas en torno a su presa y luego la atacaban desde atrás.

–De entrada, engullían los bocados más sabrosos, el ano y la vagina, digamos que la carne más blanda.

Jadranka aparta la mirada. En cuanto se repone, observa:

–Usted ha visto el lado más cruel de la naturaleza.

–No –la corrige Mile–. Lo que he visto es el lado más cruel de la naturaleza humana.

Fuentes y agradecimientos

Durante dos años y medio me he dedicado de forma casi ininterrumpida a este libro. No ha sido un trabajo en solitario. Un elenco de iniciados, testigos y expertos me ha enseñado a mirar –a los caballos, para empezar– y me ha prestado su ayuda en momentos decisivos. Piet y Leny Bakker fueron los primeros, allá por la década de los setenta. Cuando volví a verlos treinta años más tarde, todo había cambiado. Sin embargo, la alegre voz de Piet –«Vamos. Te voy a mostrar cómo hacer bailar a un caballo»sonaba como siempre. Mientras escribía he tenido presente en muchos momentos el arte de la rienda larga que él exhibió con Conversano Nóbila a orillas del lago de Zuidlaren.

En abril de 2009 me llamó por teléfono:

–Nóbila ha muerto. Tenía un tumor en la cabeza. Ocurrió ayer.

Conversano Nóbila, nacido en 1986, cumplió 22 años.

El potro Pluto Marcella, el primer lipizano clonado, falleció el 3 de agosto de 2010. Solo tenía tres meses. El «clon de reserva» –Pluto Marcella III– fue rechazado por la yegua portadora transcurridas dos terceras partes de la gestación.

Conversano Batosta, en cambio, está bien. Lo emplean de nuevo como semental. Por primera vez desde 1991 han vuelto a nacer potros en los establos de Lipik. La reapertura oficial de la yeguada se celebró el 14 de mayo de 2009. Aquel día, un sacerdote roció los jóvenes animales con agua bendita para protegerlos de calamidades futuras.

Esta obra se cimienta en un gran número de fuentes. Solo unas pocas aparecen citadas en el cuerpo del texto.

Para la reconstrucción de la huida de Ehrenfried Brandts, tal y como figura en el prólogo, he tomado como punto de partida el informe de diciembre de 1945 que Brandts recoge en su libro *Pferde zwischen den Fronten*, publicado en Múnich en 2007. Algunos fragmentos han sido abreviados y otros ampliados con lo que el propio Brandts me contó después, a la edad de 72 años. Además de las notas tomadas durante el encuentro que mantuvimos en Múnich, también ha sido de gran utilidad nuestra correspondencia por carta y correo electrónico.

Sucede lo mismo con la información facilitada por Ulrich Rudofsky, Hans Brabenetz, Ivan Putdenik, Piet Bakker y Atjan Hop: al margen de las múltiples conversaciones, me enviaron gran cantidad de mensajes de correo electrónico con explicaciones, sugerencias, comentarios, referencias y multitud de documentos. Todo ello conforma la materia prima de la que me he servido para elaborar esta obra.

La descripción de las acciones de Las Patatas Furiosas (De Ziedende Bintjes) se basa sobre todo en dos artículos que redacté en 1991 para la revista *Intermediair*, así como en el material bruto subyacente. Las declaraciones y la caracterización del profesor Herman de Boer proceden en parte de una entrevista mía («Spijt is een onproduktief gevoel», *NRC Handelsblad*, 15 de junio de 1995) y en parte de una entrevista de Jutta Chorus («Mengele heeft ons gewetengescherpt», *NRC Handelsblad*, 9 de marzo de 2000).

Uno de los libros que consulté fue *Sobre la equitación*, de Jenofonte (versión neerlandesa *Peri Hippikes – Paardrijden, eene handleiding voor den ruiter*, trad. de C. A. van Woelderen, La Haya 1928). La cita de Virgilio está tomada de las *Geórgicas* (trad. de P. Virgilio Marón y J. B. Bergua, Madrid 2011) y la de Hölderlin de *Obra Poética Completa* (trad. de F. Gorbea, Barcelona 1986). También hago alusión a *La Tempestad*, de Shakespeare (trad. de M. Cohen y G. Speranza, Buenos Aires 2000).

Aunque existen diferentes grafías para «Lipica» (Lipitza, Lippiza, Lipizza, Lipica) se ha optado sistemáticamente por la denominación actual eslovena por razones de claridad. El nombre de la localidad solía variar según el Imperio o el país al que perteneciese. Así por ejemplo, se llamó Lipizza durante los años italianos (1919-1942).

Los detalles sobre la historia de la Escuela Española de Equitación y el lipizano provienen en su mayoría de las siguientes publicaciones: *Das ehemalige K.u.K. Karster Hofgestüt zu Lippiza 1580-1920*, de Emil Finger, Laxenburg 1930; *Die edlen Lipizzaner und die Spanische Reitschule*, de Franz Ackerl y Arthur-Heinz Lehmann, Weimar 1942; *Spanische Hofreitschule Wien*, de Alois Podhajsky, Viena (fotocopia, probablemente de 1943); *The Spanish Riding School*, de Mathilde Windisch-Graetz, Londres 1956; *The Spanish Riding School in Vienna*, de Ann Tizia Leitich, Múnich 1956; *De Spaanse Rijschool in Wenen*, de Hans Handler y Erich Lessing, Bussum 1972; *Lipica*, de Joxe Jurkovid, Koper 1973; *Piber: Das Gestüt der österreichischen Lipizzaner*, de Werner Menzendorf y Heinrich Lehrner, Múnich 1977; *Lipizzaner, the Story of the Horses of Lipica – Commemorating the 400th Anniversary of the Lipizzaner*, de Milan Dolenc, Liubliana 1981; *Een keizerrijk voor een paard*, de Hans-Heinrich Isenbart y Emil Bührer, Haarlem 1985; *Die Spanische Reitschule zu Wien*, de Jaromir Oulehla, Leo

Mazakarini y Henri Brabec d'Ipra, Viena 1986; *Der Lipizzaner*, de Heinz Nürnberg, Magdeburgo 1993, y *Auf den Spuren der Lipizzaner*, Hildesheim, 1998, del mismo autor; *Die Lipizzaner der Spanischen Hofreitschule*, de Georg Kugler y Wolfdieter Bihl, Viena 2002. Encontré información adicional en el folleto italiano sin fechar *L'Allevamento Statale del Cavallo Lipizzano*, de Luca Buttazzoni. También la obra de ficción *Florian, das Pferd des Kaisers*, de Felix Salten, Berlín 1934, me ha servido indirectamente.

A fin de familiarizarme con el ambiente de Viena en vísperas de la Primera Guerra Mundial me he imbuido de *La marcha Radetzky* (trad. de A. Quintana, Barcelona 1989) y de *La historia de la noche 1002*, de Joseph Roth, y también de *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig (trad. de J. Fontcoberta y Gel, Barcelona 2002), así como de *El Danubio*, de Claudio Magris (trad. de J. Jordá, Barcelona 1997).

Las siguientes publicaciones me han aportado datos importantes sobre los caballos en general: *La culture équestre de l'Occident*, de Daniel Roche, París 2008; *100 Jahre Pferdezucht und Pferdesport in Deutschland*, de Susanne Hennig, Warendorf 2005, y *Het paard in de kunst – dertigduizend jaar cultuurgeschiedenis*, de Tamsin Pickeral, Baarn 2007. *Marengo, The Myth of Napoleon's Horse*, de Jill Hamilton, Londres 2000, ofrece algunos detalles hermosos sobre los caballos de Napoleón.

La información específica sobre el destino de los lipizanos en la Segunda Guerra Mundial está tomada de *Gespräche mit einem Pferdemann: Dr. Rudolf Lessing*, de Dietbert Arnold, Bremen 1995; *Pferde zwischen den Fronten*, de Ehrenfried Brandts, Múnich 2007, y la antología de artículos que lleva por título *Hostau 1945: Die Rettung der Lipizzaner – Wagnis oder Wunder?*, de Brigitte Peter, Salzburgo 1982. Para documentarme sobre Hostau he recurrido a *Hostau, die Geschichte einer Pfarrei in Böhmen 1836-1938*, de Stefan Stippler, Tönning 2008, y la publicación checo-alemana *Wanderungen durch die verschwundenen Ortschaften des Böhmischen Walds*, Taus/Domazlice 2007.

Otras obras que me han inspirado directa o indirectamente son: *Yo he servido al rey de Inglaterra*, de Bohumil Hrabal (trad. de J. Mlejuková y A. Ortiz, Barcelona 1997); *Kaputt*, de Curzio Malaparte (trad. de R. Coll Robert, Barcelona 1990); y *Caballería roja*, de Isaak Babel (trad. de R. San Vicente Arondo, Barcelona 2003).

De Gustav Rau he consultado los «informes Rau», fotocopiados por Ehrenfried Brandts, sobre la Segunda Guerra Mundial y *Die Reitkunst der Welt an den Olympischen Spielen 1936*, Berlín 1937. Información adicional se encuentra en *Gustav Rau, ein Leben für die Pferde van Karl Schönerstedt*, Gießen 1960. *The Cavalry of World War II*, de Janusz Piekalkiewicz, Nueva York 1980, brinda una visión más general del contexto.

Con respecto a Gregor Mendel he estudiado, además de la citada biografía *Gregor Mendel, The First Geneticist*, de la mano de Vitezslav Orel, Oxford 1996, las siguientes publicaciones: *Gregor Mendel*, folleto, publicado con ocasión de la apertura del Mendelianum de Brno, 1965; *Gregor Mendel, der Bahnbrecher der Vererbungslehre*, de Alois Fietz, una publicación del NSDAP; *Heft 99*, serie *Heimat und Volk*, Niederdonau 1944; *Gregor Mendel, de ontdekker der erfelijkheidswetten*, de J. G. Meijknecht, Bussum 1950, y *Gregor Mendel und das Schicksal seiner Vererbungsgesetze van Ingo Krumbiegel*, Stuttgart 1957.

Para los hermanos Heck y su intento por «re-criar» uros y caballos primitivos me he basado en *Aurochs, le retour... d'une supercherie nazie*, de Piotr Daszkiewicz y Jean Aikhenbaum, París 1999. También debo mencionar *De oeros, het spoor terug*, de Cis van Vuure, Wageningen 2003. El propio Lutz describe sus experimentos con el tarpán en *Tiere, mein Abenteuer*, Viena 1954. Gracias a la obra *Op zoek naar volmaaktheid*, de Piet de Rooy, Houten 1991, he tenido acceso a numerosas publicaciones sobre ciencias biológicas de principios del siglo XX. *Biologie en marxisme*, de Marcel Prenant, Ámsterdam 1937, ha sido revelador desde la perspectiva de la ideologización de la biología («Si este libro es bueno es porque es marxista, no a pesar de ser marxista. Y si este libro es malo no es porque sea marxista, sino porque no es lo suficientemente marxista», concluye el autor en el epílogo). Una obra muy distinta, pero no por ello de menor interés, es *The Inheritance of Acquired Characteristics*, de Paul Kammerer, de 1924, aparecida como facsímile en High Sierra Books, Gold Beach 2003.

En relación con el suicidio de Kammer cabe citar *The Case of the Midwife Toad*, de Arthur Koestler, Londres 1971, donde el autor trata de demostrar con todo lujo de detalles que Kammerer no cometió fraude en su estudio sobre los anfibios, sino que fue víctima de un complot.

Para la reconstrucción de la disputa ideológica y biológica entre Nikolai Vavilov y Trofim Lysenko han sido de vital importancia las siguientes obras: *The Science of Biology Today*, conferencia pronunciada por Trofim Lysenko ante la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas de Moscú el 31 de julio 1948 y publicada íntegramente en inglés, Nueva York 1948; *Heredity, East and West*, de Julian Huxley, Nueva York 1949; *Lysenko is Right*, de James Fyfe, Londres 1950; *The Rise and Fall of T. D. Lysenko*, de Zhores Medvedev, Nueva York 1969; *Proletarian Science? The case of Lysenko van Dominique Lecourt*, Oxford 1970; *New Atlantis Revisited, Akademgorodok, the Siberian City of Science*, de Paul Josephson, Princeton 1997; *A Little Corner of Freedom, Russian Nature Protection from Stalin to Gorbachev*, de Douglas Weiner, Berkeley 1999; «Freiheit der Wissenschaft versus Primat der Ideologie», de Peter Fäßler, en *Zwischen Bodenreform und Kollektivierung*, Stuttgart 2001; *Genetics behind the Iron Curtain*, de Anna Matalová y Jirí Sekerák, Brno 2004; y *The Murder of Nikolai Vavilov*, de Peter Pringle, Nueva York 2008. El manual checo sobre la cría de caballos se publicó bajo el título de *Chov Koní* y redacción de Frantitek Bílek, Praga 1953.

La trayectoria profesional y los descubrimientos de Konrad Lorenz se describen en la biografía *Konrad Lorenz*, de Klaus Taschwer y Benedikt Föger, Múnich 2009. También ha sido de gran utilidad *Sobre la agresión, el pretendido mal*, del propio Lorenz (trad. de F. Blanco, Madrid 2005). Los grandes avances logrados en el ámbito de la etología se recogen en *Van nature goed, over de oorsprong van goed en kwaad in mensen en andere dieren*, de Frans de Waal, Ámsterdam 2005, y *Het geniale dier, een andere antropologie*, de René ten Bos, Ámsterdam 2008.

El pasado nazi de Lorenz se documenta a fondo en el vasto estudio *Biologists under Hitler*, de Ute Deichmann, Londres 1996. En este mismo terreno se enmarcan también *Nazi Biology and Schools*, de Änne Bäumer-Schleinkofer, Fráncfort 1995; *Vererbung, Rasse, Volk*, de Erich Thieme, Leipzig 1938, para los libros de texto nazis; y *Familienkunde und Rassenbiologie für Schüler*, de Jakob Graf, Múnich 1939. El ideario nacionalsocialista en materia de cuestiones biológicas se analiza con minuciosidad en *Das Geschlechtsleben bestimmen wir, Sexualität im Dritten Reich*, de Anna Maria Sigmund, Múnich 2008; *Hitler's Vienna, a Dictator's Apprenticeship*, de Brigitte Hamann, Nueva York 1999; *La Société pure de Darwin à Hitler*, de André Pichot, París 2001; *¿Por qué maltratamos tanto a los animales? Un modelo para la masacre de personas en los campos de exterminio nazis*, de Charles Patterson (trad. de R. Sala Gili, Lérida 2008); *Heinrich Himmler, de architect van de Holocaust*, de Richard Breitman, Oostum 2005; *De gebroeders Himmler, een Duitse familiegeschiedenis*, de Katrin Himmler, Meulenhoff 2007; *Death Dealer, the memoires of the SS Kommandant at Auschwitz*, de Rudolph Höss, con la redacción de Steven Paskuly, Nueva York 1992; *Auschwitz Chronicle 1939-1945*, de Danuta Czech, Nueva York 1990. El trasfondo de las expediciones botánicas de las SS se describe en *Plant Breeding and Agrarian Research in Kaiser Wilhelm Institutes 1933-1945*, de Susanne Heim, Boston 2008.

Los capítulos sobre la guerra de la antigua Yugoslavia se nutren de mis propias experiencias como corresponsal, reflejadas en mi libro *De brug over de Tara*, Ámsterdam 1999. También *Croatia, a Nation Forged in War*, de Marcus Tanner, New Haven 1997, ocupa un lugar destacado. El artículo «Lipizzaners under Socialism», de Dennison Rusinow, aparecido en la revista *Southeast Europe Series*, 12, número 1, Nueva York 1965, aporta valiosa información sobre la cría de lipizanos bajo el régimen de Tito.

El libro de Marianne van Herwerden que lleva por título *Erfelijkheid bij de mens en eugenetiek*, Ámsterdam 1926, ampliado en 1956, indaga en el movimiento eugenésico. *Out of the Night, a biologist's view of the future*, de Hermann Joseph Muller, Nueva York 1935, constituye un alegato para la mejora de la raza humana desde una óptica socialista. Una de las primeras críticas de la eugenesia, en forma de novela, es *Darwinia*, de Jan Holland –seudónimo de Annes Johan Vitringa–, Deventer 1876. Otras fuentes de inspiración han sido: *Nosotros*, de Yevgeni Zamiatin, escrito en 1920 (trad. de M. Estapé, Zaragoza 2005); *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, publicado en 1932 (trad. de R. Hernández, Barcelona 2005); y *Las crisálidas*, de John Wyndham, aparecido en 1955 (trad. de A. García Fluixá, Barcelona 1976). Muchos de los asuntos planteados en estas distopías adquieren una dimensión científica en el estudio *Race and Biology, the Race Question in Modern Science*, de L. C. Dunn, París 1951, uno de los documentos que sientan las bases de la Declaración sobre la Cuestión Racial de la Unesco.

James Watson describe de primera mano el descubrimiento de la molécula de la herencia en su obra *La doble hélice: un relato autobiográfico sobre el descubrimiento del ADN*, publicado en 1968 (trad. de A. Martín, Barcelona 1994). En 1999, Peter Sloterdijk reavivó el debate sobre la «aplicación de la ingeniería genética a la crianza humana». Su controvertida conferencia, así como las críticas aparecidas en la prensa mayoritariamente alemana, se recogen en *Normas para el parque humano. Una respuesta a la «Carta sobre el humanismo» de Heidegger* (trad. de T. Rocha Barco, Madrid 2008). En *El fin del hombre. Consecuencias de la revolución biotecnológica* (trad. de P. Reina, Barcelona 2008), Francis Fukuyama va incluso más allá. Mientras que Fukuyama se centra ante todo en los peligros, John Harris se muestra partidario de llevar a la práctica las técnicas de mejora de la raza humana en *Enhancing Evolution, the Ethical Case for Making Better People*, Princeton 2007.

Por último, deseo expresar mi más sentida gratitud a todas las personas que me han ayudado con sus inestimables consejos y observaciones: Piet y Leny Bakker, Laurens y Ally Touwen, Frank Verhagen, Hans y Susi Brabenetz, Marko Matz, Ehrenfried Brandts, Ulrich Rudofsky, Atjan y Yolanda Hop, Ines Hubinger, Martina Vitácková, Vitezslav Orel, Jirí Sekerák, Caitlin Maynard, Ivan Putdenik, Jadranka Timunovid, Mato Cacid, Milan Boxid, Antun Haramija, Stjepan Horvat, Nenad Bach, Brigitte Gawlik, Georg Kugler, Miroslav Rauch, Stefan Stippler, Peter Windrath, Snexana Milovanovid y Mihajlo Komasovid.

Gracias también a Emile Brugman, Maya Rasker y Anita Roeland por la lectura crítica del manuscrito. Han sido para mí verdaderos puntales y un firme asidero a lo largo de todo el proceso de redacción.

Al igual que en mis obras anteriores, el apoyo incondicional que me ha prestado Suzanna Jansen sobrepasa con creces los límites de lo meramente literario. Sin su entusiasmo y el de Vera Adinde Westerman –que comenzó a montar a caballo para animarme– no habría trabajado en este libro con la misma pasión y la misma entrega.

Ámsterdam, 18 de agosto de 2010

Título original: *Dier, bovendier*

Edición en formato digital: septiembre de 2013

En cubierta: Detalle de *Morning Exercise in the Winter Riding School* (1890), de Julius von Blass
© Frank Westerman, 2010. Originally published by Atlas Publishers, Amsterdam, 2010
© De la traducción, Goedele De Sterck, 2013
© Ediciones Siruela, S. A., 2013
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-47-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com